Almudena Navarro

ACEITE y AGUA



ACEITE Y AGUA

Almudena Navarro

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2025 Almudena Navarro

Título: Aceite y agua

Edición publicada en junio de 2025

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
www.alexiajorques.com

Almudena Navarro

ACEITE *y* AGUA

A todos los que me quieren.
A mis princesas, especialmente a Cris.
A mi padre, Antonio.
A mi madre, Fala.
A mi tía, María Dolores.

Historia basada en la vida de una familia real.

Instrucciones para el lector:

Se recomienda su lectura en un buen sofá, rodeado de paz y calma. Silenciar todo dispositivo móvil.

Abstenerse de leer con prisa, por compromiso o por prejuicios. En caso contrario, directamente no leer.

Por favor, por consejo de la autora, al acabar, debe abrazarse con fuerza a sus seres queridos. Este punto es fundamental para una buena comprensión de la obra.

C A P Í T U L O P R I M E R O :

"Un noviazgo de aceite y agua"



Fuentealbilla, 13 de junio de 1934.

El cielo lucía de un estremecedor color azul índigo, como un mar en calma en atardecer alicantino, contrastando así con los campos áridos y amarillos que bordeaban la pequeña carretera. La luz del sol entraba a raudales en el coche.

Rómulo solo podía sonreír, feliz, conduciendo su precioso y flamante coche nuevo, un Fiat 522 de origen italiano que circulaba ruidoso con sus amplias ruedas y revestimiento lujoso. Le gustaba disfrutar de esos pequeños instantes, en los que su corazón burbujeaba pletórico sin razón concreta. ¿No era maravillosa la vida?

Empuñó con sus dos manos el volante, su suavidad era un portento de la tecnología, y él era un afortunado. Le había costado un buen pellizco de sus ahorros, pero lo necesitaba para su trabajo. Era consciente de que era un capricho, y que podía haber optado por algo menos lujoso, pero su trabajo era su vida, y pocas veces se permitía ningún tipo de regalo que no fuera necesario.

El trayecto desde el pueblo de Valdeganga al de Fuentealbilla era de tan solo 18 kilómetros, y lo recorría desde que tenía quince años varias veces al día. Podría incluso hacerlo acelerando con los ojos cerrados, pero prefería ir despacio para disfrutar de cada curva y de los campos repletos de amapolas desperdigadas a capricho de la naturaleza.

Al final había optado por ser práctico, pues hacía poco había adquirido en propiedad una preciosa casa en Fuentealbilla ubicada

en la misma plaza del pueblo, justo delante de la fuente central del pueblo, la célebre fuente blanca. Así evitaba ir y volver a Valdeganga cuando fuera innecesario o estuviera cansado. Era una casa grande, y quizás ostentosa, de la que se había enamorado nada más pasar bajo el dintel de su inmensa puerta principal. Una propiedad con esa céntrica ubicación, y totalmente reformada, era prácticamente un hito a nivel adquisitivo. Su exquisito olfato empresarial nunca le fallaba. También era una casa grande para un soltero, pero era una buena inversión, ya que se revalorizaría con el tiempo.

Sacó el antebrazo por la ventanilla para sentir el viento sobre la palma de su mano y sintió las cosquillas del aire al correr sobre su piel.

Al bajar una cuesta tuvo la tentación de parar en un pequeño recoveco del camino para apreciar el paisaje; se notaba que había sido un buen año de lluvia, a pesar del calor que hacía aquel día. ¡Qué preciosidad aquel manto rojo de atractivas flores rojas! Era evocador y escandaloso a su vez. Las amapolas. Le habían contado que en China se comercializaba con ellas, pero uno no sabía nunca cuándo esas cosas eran precisamente cuentos chinos. Nunca mejor dicho. Aun así, pensó que muchas oportunidades de negocios crecían de la nada, como aquellas flores, pero luego cada una de ellas necesitaba trabajo y dedicación absoluta. Así que no era suficiente con tener la idea, o el producto, hacía falta ser un buen gestor, y un buen comercial. Eso, y saber de números, si no, el negocio jamás iría a buen puerto. Ante todo, estaba claro que las oportunidades estaban en el camino, había que saber parar y enfocarse en ellas. La flor de la amapola le recordaba a la figura de la mujer, tenía algo de femenina fortaleza que le empujaba a soñar. Crecían de forma aleatoria y contenían el veneno del opio.

Rómulo siempre reflexionaba sobre la misma joven, de forma quizás algo incisiva, su nombre era Pilar, y era la hija del alcalde de Fuentealbilla. Apenas había cruzado cuatro palabras casuales con ella y se había convertido en el centro de sus desvelos. La joven era amiga de su hermana Felisa y ambas tenían más o menos la misma edad. Si estaba en lo cierto, se llevaba con la joven cuatro años, lo que ahora parecía una pequeña brecha, pero no era un escollo

insalvable para lograr tener un futuro juntos. No estaba dispuesto a dejarse llevar por ese tipo de pensamientos negativos, que restaban más que sumaban. Él no era así. Aunque también decían en el pueblo aquello de: "donde hay amor, hay dolor." Y, por otro lado, estaba el dicho de: "Padecer por mucho amar, no es parecer, es gozar." Y desde luego él estaba más preocupado por la labor de este último, pues sentía una emoción febril absoluta sólo con pensar en verla. Gracias a dios siempre había un refrán para refutar a otro. Sabiduría popular.

A pesar de haber sobrepasado la mayoría de edad y contar con su propio coche, casa y negocio, algo bastante inhabitual para un joven, Pilar parecía no haberse percatado de su existencia. Nunca le devolvía el saludo, ni lo miraba. ¿Se sabría acaso su nombre? No le gustaba dudar de sí mismo, nunca le había pasado anteriormente y era como si los pensamientos de su cabeza, antaño de límites sólidos, fueran barro licuado. Tenía que acabar con aquello de una vez por todas o se volvería totalmente majareta. Siempre dándole vueltas a todo.

Por los comentarios casuales de su hermana Felisa, sabía que Pilar era una joven de armas tomar, con un carácter más bien particular. Era muy delgada y tenía un precioso pelo negro liso rematado por una mirada inquisitiva que tiraría para atrás al más vanidoso. Por los pocos comentarios que le había hecho su hermana, no eran muy amigas, pero coincidían en un grupo de varias jóvenes de la zona que se encargaban de organizar festividades, rifas y actividades. Su hermana Felisa no mostraba precisamente un gran entusiasmo por Pilar, por ello, Rómulo se preguntaba si sería porque ambas tenían personalidades fuertes. Pero a Rómulo aquello no le imponía lo más mínimo, todo eran pequeñas salvedades sin importancia. De alguna forma, sabía que estaban destinados el uno para el otro. Era solo cuestión de tiempo que lograra comenzar una relación con ella, estaba muy seguro de sí mismo al respecto.

Tenía que encontrar la forma de hacerse ver, por muy ridículo que pudiera resultar, es decir, una estrategia desesperada a lo pavo real: extensión de su cola de colores para hacerse bien visible. Habían pasado más de dos años desde que se enamorara como un loco y no

había progresado en absoluto en su cortejo. Tenía que espabilarse, o algún infame, que no sabría quererla como él, se la llevaría. Y no podría soportarlo. Sí, Pilar sería su novia, no podía ser de otra forma. Lo sería además antes de cuatro semanas, esa promesa se la hacía aquel cielo limpio con ese inusual aire fresco. Lo normal en aquel camino, a mediados de junio, era derretirse como cera con su llama. Subida, bajada. Subida, bajada. Y su corazón latía cuando el coche se deslizaba cuesta abajo, justo cuando su cuerpo se levantaba levemente del asiento.

Nadie sabía que estaba enamorado. Su hermana no le dejaría tener novia en la vida, y menos a una amiga suya. Debía guardarlo con el máximo sigilo. Felisa era celosa y protectora hasta extremos desafortunados, pero lo hacía por amor fraternal. Desde el fallecimiento de sus padres, él era su vida y sustento. Aun así, sentía muchas veces que su hermana lo agobiaba en exceso, y esa era la razón indirecta para haber comprado una casa en Fuentealbilla, la de tener su propio espacio personal. Había sido inteligente con aquella decisión.

Torció en una curva pronunciada y se paró en seco. Ya se veía el pueblo al fondo a la izquierda. Con sus viñedos y su cantera de piedra blanca. La cantera era uno de los negocios familiares, la familia "Los Valentines", como los llamaban. Resultaba bastante extravagante tener de apellido lo que sería un nombre común, lo que los llevaba a numerosos quebraderos de cabeza, sobre todo en cuanto a formularios y solicitudes. La mayoría de las veces, le ponían Valentín de segundo nombre, y de primer apellido, su segundo, Navarro.

Vivían en Valdeganga desde hace generaciones, pero por su cercanía a Fuentealbilla había ido incrementando sus inversiones según crecían las oportunidades, y no se había tenido que ir muy lejos, en aquel pueblo cercano había encontrado varias. Ahora, Rómulo pasaba temporadas vigilando los negocios de un lado al otro: la cantera, la fábrica de mantas, los campos y la productiva fábrica de harinas.

Era la fábrica de harinas de Fuentealbilla, la empresa más rentable de todas ellas, al menos hasta hacía poco. Le había

dedicado mucho tiempo los últimos dos años, ya que llevaba personalmente toda la coordinación de la producción, el embalaje en sacos y la distribución a nivel nacional. La maquinaria necesitaba una ardua asistencia por turnos y no podía ausentarse muchos días. Por eso las quejas de su hermana no iban desencaminadas, pues pasaba mucho tiempo en aquel pequeño pueblo. No era casual. En su fuero interno sabía que la dedicación a su fábrica coincidía, en el tiempo, con el momento en que había conocido a Pilar. Se había volcado en la empresa de Fuentealbilla, sin duda, con el aliciente de encontrarse con la joven.

Los negocios en Valdeganga eran más numerosos, y su hermana Felisa había resultado ser una gran directora. Ella sola se encargaba tanto de la presa "El enchicero", como de la fábrica de mantas del río y el molino de piensos. Por supuesto, todo ello con su ayuda, especialmente en cuanto a la parte comercial de mantas, cuya gestión era exclusivamente suya y la joya de su corona. Este era el negocio con mayor potencial de crecimiento y, por ello, aún no había tenido ocasión de centrarse en él como le hubiera gustado. A Felisa, Rómulo le recordaba mucho a su difunto padre, que había creado aquella empresa, ya que no tenía dotes comerciales, y era más bien poco sociable. El fallecimiento de sus padres había influido en su carácter adolescente.

En cambio, los asuntos de Valdeganga los podía delegar más fácilmente, ya que eran negocios que su padre había consolidado en su día, con encargados y trabajadores de confianza. Todo iba rodado, tanto que así él podía dedicarse a las nuevas ideas. Sabía que debía cambiar sus prioridades al respecto, puesto que últimamente, la fábrica de mantas de Valdeganga había multiplicado su beneficio de forma considerable, y Rómulo tenía bastantes planes para modernizar tanto el producto como la estrategia de comercialización. Quería ampliar la línea de colores pero, para ello, deberían modernizar su maquinaria, algo obsoleta ya, aun así, el resultado final del producto era de una calidad inigualable. Había que hacer números porque la inversión era mucho más grande de lo que quizás podía abarcar en aquel momento.

Miró el sillón del acompañante, allí reposaba una nueva y flamante manta azul. Una pieza de una calidad exquisita de la que estaba muy orgulloso. La quería dejar en Fuentealbilla, aunque hasta el invierno no sería necesaria. Era un producto caro, casi de lujo, insuperable. La acarició con la mano. Era suave, nada que ver con esas mantas ásperas que al lavarlas casi se quedan de pie, como una piedra. Nunca había encontrado unas mejores, ni siquiera en Madrid, por eso se vendían tan bien en tiendas y almacenes de lujo de las grandes ciudades.

Sus semanas se sucedían en viajes y reuniones, de un lado para otro, y rara vez dormía más de dos noches en el mismo lugar. Por todo ello, el automóvil, más que un capricho, era una necesidad. Era increíble pensar que no hace tanto sólo se podía ir en carruajes y carretas de caballos, menuda incomodidad. Aunque en los pueblos la carreta tradicional, seguía siendo el principal medio de transporte. Le fascinaba la forma en que los vehículos de motor habían revolucionado ya no solo la industria, sino la propia logística de los caminos. Antes se necesitaban caballerizas y postas en todas partes, la revolución del motor lo había cambiado todo, hasta la distribución de casas, fincas, pueblos y ciudades. Las posadas estaban desapareciendo a un ritmo vertiginoso, ya que los viajes eran mucho más rápidos. No hacía falta tantas paradas para los caballos. La gente hacía los viajes largos en autobuses, mucho más cómodos y limpios.

Adelantó a una carreta que iba a paso de pulga. Más adelante, otra. Ya estaba entrando en el pueblo. Tocó la bocina, era una costumbre que tenía. A modo de saludo. Volvió a pensar en los avances de la ciencia. A veces su mente progresista iba por delante de la realidad. Rómulo veía un brillante futuro repleto de ingeniosos inventos, coches gigantes con salones, mantas con calor, piedras que alumbraban los caminos, casas subterráneas para evitar el calor o flores comestibles que eran frutas. Su imaginación no tenía límites y eso le causaba muchos problemas a diario, no todo el mundo podía comprenderlo. Reconocía que muchos se mofaban de él. Y entre ellos, la más dura era su propia hermana.

Recordó la última discusión con Felisa.

—Ro, no puedes vivir así, en las nubes.

Su hermana solía llamarlo por su diminutivo al sermonearlo, para hacerle sentir más pequeño. Pero él sabía manejarla:

—Pues es maravilloso, te lo recomiendo hermana, siempre estás seria, soportando el peso de mil infortunios imaginarios. Si no es una enfermedad, es la ruina o una plaga bíblica.

—No son imaginarios. No hagas que me enfade, alguien tiene que ser realista por los dos. Te recuerdo que, encima, mantenemos a dos primas.

Encima se lo recordaba. Adelaida y Bernarda. La "a" y la "b". Siempre las llamaban así entre ellos, a modo de chanza. Menuda pesadez.

—Me hago cargo de que mantenemos a dos primas solteronas, y no entiendo muy bien aún el porqué.

—No digas eso, Adelaida y Bernarda son dos buenas mujeres y te idolatran. Bastante han pasado las pobres, que tienen que vivir con sus parientes y lejos de su padre.

Rómulo puso los ojos en blanco.

—¿Y es que no hay forma alguna de casarlas? Igual algún viudo, o manco… Deberíamos hacer algo, hombre, no las vamos a tener aquí siempre. Ya parecen parte del mobiliario.

La verdad era que Rómulo jamás había llegado a tener una gran relación con sus primas, especialmente con Bernarda, que apenas hablaba y era algo distante. Sin embargo, tenía un gran afecto y respeto por su padre, el tío Andrés.

—No digas tonterías, si tienen ya más de treinta años y ninguna gana de varón a su lado. Huyen de ellos como de la peste. El tío Andrés ya lo ha intentado todo. Y es nuestro único familiar de edad con ascendencia directa.

—Nuestro eminente tío republicano. Hace tiempo que no nos visita, lo echo de menos.

Rómulo idolatraba a su tío, Andrés Albors, que había ejercido todos aquellos años de albacea de su padre. Era el hermano pequeño de su difunta madre, y tras el fallecimiento de su mujer, la Tía Nadia, se había involucrado de pleno en la vida política y guardaban un vínculo estrecho. Los cuatro eran una pequeña familia

desestructurada de huérfanos, bajo la autoridad disfuncional y ausente de su tío.

Andrés Albors estaba dedicado en cuerpo y alma a la República, hacía tiempo que había dejado de inmiscuirse en los asuntos y negocios de la familia, salvo que revistieran de gravedad. La familia de los Valentines era todo lo que tenía y pasaba, cada año, sus vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano en Valdeganga con sus sobrinos.

—¡Si odias la política, Rómulo!

Tenía toda la razón. De hecho, esa mañana se había negado a gastarse los veinte céntimos del periódico al vislumbrar, de refilón, que iba encabezado por algo de un debate financiero en las Cortes. Menudo aburrimiento.

—La política es un horror. No sirve para nada, sino para crear malentendidos.

—¡Para eso sí que eres cenizo!

No le gustaba perder en aquellos debates, así que contraatacó:

—¡Qué va! Es una de mis mayores esperanzas, hermana. Te aseguro que algún día la política no existirá. Y todo solucionado, se acabarán los problemas de los hombres. ¿De qué sirve algo que solo enfrenta a la gente? ¡Está condenada a desaparecer!

—¡Menudo disparate! No seas bobo. La política existe y existirá siempre. La política es todo, incluso tú y yo ahora. Está en todo. Hasta influye en el precio de la vid…

Y por fin su hermana Felisa sonreía, porque él era el único que conseguía hacerlo. Con sus locuras y ocurrencias, con sus pensamientos originales. Y podía ver el orgullo en los ojos de su hermana, lo quería.

Su hermana y sus primas eran como lijas. No sabía por qué eran tan distintos. Las tres ásperas y distantes. Poco habladoras. Y él era todo abrazos y cariño, siempre derribando muros a su paso. Era el único que podía entrar en aquel círculo de mujeres regias. Y ante aquel percal, obviamente, de vez en cuando, necesitaba poner, aunque fuera, unos pocos kilómetros entre ellos.

Rómulo disminuyó la velocidad del automóvil al mínimo, para bajar la cuesta hacia el centro del pueblo. Fuentealbilla tenía algo

que lo hacía especial. Bueno, tenía alguien que lo hacía especial, y él era un romántico empedernido sin remedio alguno.

No pudo evitarlo. Decidió dar un rodeo para llegar a su casa en la plaza del pueblo, así se exhibía con su coche pasando por delante de la gran fuente blanca, por el lado más opuesto a la gran plaza principal. Allí se reunían los jóvenes por las tardes, al lado justo de su casa, sólo que él entraba habitualmente con el coche por la parte trasera, sin llamar la atención.

Aprovechaba así el innecesario rodeo para pasar, por si acaso, por delante de la gran casa donde vivía la familia de Pilar, "Los Gabaldones", muy cercana a la suya, tan solo a una cuadra, pero que daba a la parte trasera del ayuntamiento. Era como si estuvieran ambas casas de espalda, la una con la otra, dando a espacios opuestos. Lo encontraba romántico; los Valentines y los Gabaldones, las dos casas más grandes del pueblo.

Zacarías Gabaldón era el eminente alcalde del pueblo y padre de la joven. Creía recordar, por lo que le habían contado, que ya el abuelo de Pilar, José Antonio, fue en su día un muy querido alcalde socialista. Formaba parte de una saga familiar política en toda regla. Si Pilar hubiera sido varón, seguramente habría sido la siguiente en la lista. Afortunadamente, no era así, a Rómulo no le gustaban ni un pelo los políticos, sólo aceptaba a su tío Andrés, pero porque lo conocía bien, así como sus elevados ideales y valores. Para él era la excepción que confirma la regla.

Nada más atravesar la avenida con sus inmensos chopos ralentizó el coche. Todos le observaban, nadie en muchos kilómetros a la redonda tenía un vehículo igual. Los niños seguían al coche, entusiasmados.

—Señor, ¿cuántos caballos tiene? Va muy rápido. ¡Acelere! ¡No sea tan aburrido!

Un grupo de diez o doce niños lo rodeaba, así que iba a paso de transeúnte, con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo que señor? ¡Si soy un chaval! Tengo solo unos años más que vosotros.

Entró en la plaza principal del pueblo entre gran algarabía, todos dejaron sus quehaceres. Desde rellenar cántaros, hasta barrer el

suelo. Eso sí que era una entrada triunfal. Justo lo que buscaba.

Había un grupo de cuatro jóvenes sentadas en la preciosa fuente blanca, se le hinchó el pecho al ver una figura estilizada. Allí estaba ella, Pilar. Ahora sí que tenía toda su atención. Era ahora o nunca. El tiempo jugaba en su contra.

Paró delante de ellas y saludó con descaro. Sólo obtiene resultados, quien arriesga. Y él, no tenía vergüenza. Se puso el sombrero.

—¡Buenas tardes, señoritas! Y muy buenas tardes a ti, Pilar.

Era importante dejar claro su interés, no fuera a crear malentendidos con el resto de las mozas que nada le importaban y acabaría metido en un berenjenal.

Las tres amigas de Pilar soltaron unas risitas. No así la propia joven, que lo miró seria.

—Menuda entrada discreta. Eres algo… ¿fanfarrón?

A Rómulo se le cayó el alma a los pies. ¿Por qué le hablaba así, en un tono tan condescendiente? Era guapo, buena gente y tenía una buena posición. ¡Era un partidazo!

Por un momento no supo qué decir. Se hizo el silencio. Sintió las hojas de los árboles mecerse con el viento. Pilar lo miró con sus enormes ojos negros. Supo que le juzgaba, tenía que reaccionar rápido o la perdería, pero supo reaccionar a tiempo.

—Te traigo saludos de mi hermana Felisa. El viernes estará aquí para la reunión de la iglesia. Sé que sois buenas amigas.

La joven relajó la cabeza. Y aunque no llegó a sonreír, al menos suavizó su semblante.

—Estupendo, tenemos un montón de cosas que contarle.

¿Un montón de cosas? ¿Acaso eran más amigas de lo que él creía? ¡Menuda intriga!

Pilar siguió hablando:

—Viene tan poco al pueblo… siempre está en Valdeganga. Tú vienes mucho más a menudo, casi se diría que vives aquí.

Sabía que la joven no lo decía precisamente como un cumplido, más bien lo contrario. ¿Lo estaba llamando pesado? A pesar de ello, la cara de Rómulo se hinchó de felicidad. Pilar estaba pendiente de él, de sus idas y venidas. Se había fijado por fin en su persona.

Rómulo sintió una emoción burbujeante y emocionante, cabía pensar que Pilar sentía lo mismo que él. ¿Cómo había podido siquiera dudarlo? ¡Era un amor correspondido!

—Bueno, adiós.

Para su desgracia, a él no le dio tiempo de despedirse, pues Pilar le estaba dando largas mientras se levantaba seguida por sus amigas. Mujeres, ¡qué complicadas eran! Y eso que él vivía ni más ni menos que con tres.

Su mente volvió a la realidad. Su hermana y primas. Más bien ellas eran la razón por la que huía de Valdeganga, lo agobiaban, siempre pendientes de él y no sólo su interés por Pilar. Que si dormía poco, que si estaba pálido, que si no comía fruta… Era el centro de sus vidas y aquello le pesaba. Era un hombre joven y soltero, nunca había vivido en la ciudad. Conocía sólo las grandes ciudades del país, pero únicamente en estancias muy cortas, debido a los viajes de negocios. No era un hombre de mundo, desde bien joven había tenido que hacerse cargo de un montón de responsabilidades familiares, debido al fallecimiento de sus padres, pero aquello le había hecho fuerte. Sus primas y hermana lo querían. Poseía una gran fortuna y negocios. ¿Qué no conocía otro país…? ¡Pues qué más daba! Si era tan afortunado que a veces el pecho se le hinchaba sólo de felicidad, sin razón aparente.

Cuando arrancó el coche, Pilar movió su melena, con coqueteo, desde la distancia y le dio la espalda. Tenía la cintura de avispa más delgada que había visto nunca. Era muy llamativo, seguramente debían confeccionarle la ropa a medida. ¿Cómo podía caber en aquel precioso vestido azul claro?

Pilar cogió el camino hacia su casa. Rómulo la siguió con el coche, despacio, para torcer al final de la calle hacia la parte trasera de su casa, donde había construido un pequeño garaje. Antes, miró directamente hacia la casa de los Gabaldones, y allí vio al padre de Pilar, Zacarías, mirándole fijamente. No era con disgusto, para su alivio, pero tampoco parecía contento de que estuviera rondando a su hija. Era el alcalde, y siempre sacaba mayoría absoluta, todo el mundo lo votaba. No eran precisamente ricos, pero eran queridos y respetados y no les faltaba de nada.

La casa familiar de los Gabaldones, con un pequeño patio interior en la parte trasera, era la envidia del pueblo, con una ubicación inmejorable en un enclave estratégico del pueblo, junto a la entrada lateral del propio ayuntamiento. Nunca había entrado, pero siempre tenían el portón abierto de par en par y había echado alguna ojeada indiscreta, por curiosidad, al pasar. Esta nada tenía que ver con su flamante y nueva casa, mucho más grande y moderna, situada en el mismo corazón del pueblo, en la misma plaza central. Desde la puerta casi se podía tocar la preciosa fuente blanca, que era el centro de reunión de los vecinos.

Los chopos recién podados rodeaban toda la avenida, que subía hacia la puerta principal de su casa. Pilar acababa de librarse del joven Rómulo y aún no se había despedido de sus amigas, cuando se abrieron las ventanas superiores de su casa. Su padre, que justamente estaba en la puerta de la casa, también miró hacia arriba. Su madre había salido al balcón, hecho que nunca era de su agrado.

—Pilar, es tarde, entra en casa. Como bien puedes ver, tu padre ya ha llegado —lo señaló con el brazo—. ¿Se puede saber qué quería el de los Valentines? ¿Por qué te seguía con un coche si se puede saber?

Las amigas de Pilar rieron con escándalo.

—Nada, mamá, ya le ha ido papá con el cuento. ¡Le he visto espiar desde la ventana de abajo y salir a la puerta cuando ha pasado el coche! El de los Valentines no quería nada, sólo darme un mensaje de su hermana.

—Entra ya, por favor, que se va a enterar todo el pueblo. ¿Quieres que piensen que tienes un novio rondándote o qué? ¡Jesús!

Y dicho esto, se dio la vuelta, cerrando el balcón. Pilar se despidió entre risas de sus amigas y entró en casa. Su madre la observaba ya con los brazos cruzados desde el descansillo del recibidor.

—Ese chico te ronda, Pilar, ya te lo digo yo. ¡Menudo descaro! Seguir a una niña de quince años, cuando vuelve tranquila a casa con sus amigas. ¿Quién hace algo así? ¡No me fío! No me deja tranquila.

Pilar levantó las cejas.

—No haga una montaña de un grano de arena, madre.

—Es algo mayor para juntarse contigo, ¿no crees?

—Bueno, nos llevamos cuatro años, creo, aunque no estoy segura, porque apenas lo conozco. No es de aquí. Pero lo que sí le puedo decir es que usted, con padre, se llevan mucho más, ni más ni menos que ocho…

Su madre enrojeció, nerviosa.

—Mira que eres descarada. ¿Dónde se ha visto a una señorita contestar así a sus padres? ¡Mira que eres de pueblo!

—De pueblo soy, sí. De Fuentealbilla.

Pilar no pudo evitar reírse de su propia chanza.

Su madre, al oír su risa, la abrazó y rio. Era la niña de sus ojos y le importaba un bledo que le dijeran que la consentía. Tras el abrazo se sentía relajada, entre ellas no había barreras, además, como madre ya la había reñido, así que no tenía por qué sentirse mal.

—Pensándolo bien, la verdad es que no es mal chico. Es de buena familia.

Pilar puso los ojos en blanco, lo estaba esperando. Después de la escena del balcón, salían a relucir los oscuros deseos de su madre. Que se casara, y que lo hiciera con alguien próspero, no con cualquiera.

—No, no es mal chico, mamá. Pero no invente cosas, que sólo me ha saludado.

—Siempre pasa con el coche por delante de casa. Tu padre se ha dado cuenta, lo ha mencionado varias veces.

—Todo el pueblo, madre, Rómulo no es muy discreto. No sé aún… no es una persona al uso, no es como los otros jóvenes. Apenas me ha hablado durante años, y de repente… No sé.

—¿Te gusta?

Pilar enrojeció, nerviosa. ¡Menuda pregunta!

—Ni me gusta, ni no me gusta, madre. Más no le puedo decir. Es… ¿Cómo describirlo? ¿Llamativo? Y eso, quizás, puede ser que no me guste.

—Parece un joven muy seguro de sí mismo. Eso no siempre es malo, hija.

Pilar no contestó a su madre, no tenía una opinión definida sobre Rómulo. Por un lado, le llamaba mucho la atención, con su forma de hablar y comportarse, como si el mundo fuera una pequeña habitación de su propiedad y todo fuera fácil; pero, por otro lado, su petulancia le provocaba una especie de ira constante cuando estaba en su presencia, que, si bien no era un rechazo rotundo, sí que le servía de compuerta interior.

Hacía meses que notaba su interés por ella, y aquello, la halagaba. Rómulo era alto, delgado, moreno y terriblemente guapo. Tenía unos dientes blancos perfectos y siempre una sonrisa en los labios. Nunca se estaba quieto, siempre lo veía faenar de un lado al otro, como si constantemente tuviera algo que hacer. Jamás le había visto pasear tranquilo por el pueblo, en compañía de los otros chicos de su edad. Todos sabían la historia de los Valentines y por qué Rómulo había tenido que convertirse en un pequeño patriarca. Conocía, por Felisa, lo mucho que se esforzaba por cuidar de ella y sus primas, y aquello, por supuesto, le agradaba.

Alguien tan joven, que fuera tan responsable y quisiera tanto, no podía ser malo. Aun así, y a pesar de todo ello, no pensaba dejarle entrar en su mundo fácilmente. Rómulo era el centro de su familia, pero Pilar era el mundo de la suya. Sus padres la querían hasta un punto que resultaba vergonzoso en público, especialmente viniendo de un alcalde. Siempre la hacían sonrojar, con su extrema protección. Sus padres no se contentarían con un novio cualquiera. Y ella, jamás había tenido uno. Era muy joven. Pero veía venir las intenciones de Rómulo, aquel joven, no quería un simple tonteo con ella, estaba claro que iba a darlo todo y que iría muy en serio. La cuestión era, ¿a ella le gustaba Rómulo?

Plantearse aquella pregunta, le provocó una leve inquietud. Como si fuera más una molestia que una dicha.

—Madre, voy a tocar el piano un rato, antes de la cena.

La música era su refugio, hacía años que ya no tenía profesor de piano y sabía que, si no practicaba de vez en cuando, perdería su habilidad. Si es que tenía una. No era una gran pianista, pero tampoco había tenido los medios para ello. Tener un profesor en un pequeño pueblo había sido un desafío para sus padres que, hacía

más de dos años, se había convertido en un imposible. Debido a todo ello no había podido ser constante. Su mejor profesora había sido la institutriz que había tenido de niña, Ofelia, una distinguida joven de buena familia, a la cual no sabía cómo su madre había conseguido convencer para pasar tantos años en su casa. Ofelia había vivido en aquella casa ocho años y la había cuidado como a una hija. Hacía años que no tenían noticias suyas, era una pena. Ofelia le había inculcado su amor por el piano y le había dado todas las claves para que fuera el motor de su vida. No era sólo música, era tranquilidad y tiempo para ella misma.

Abrió el piano y puso sus suaves manos sobre las teclas. Miró la partitura. Y voló.

Su mente, nerviosa en exceso, se colocó en su sitio, como si hubiera estado donde no tocaba hasta el momento, dejando que el orden y la calma de las notas musicales dieran sentido a la melodía, y con ello, a su cabeza.

C A P Í T U L O S E G U N D O :

"Insectos y fango"



Fuentealbilla, julio de 1934.

Pilar salió de su casa a primera hora de la mañana y, pese a que la luz era aún tenue, pudo sentir un abochornante calor sobre su piel. Aquel verano estaba siendo más cálido que ninguno. En el pueblo hacían chanzas sobre si el diablo se había dejado el horno prendido, y hasta el párroco reía con la ocurrencia. Lo curioso era que la misma broma se la hacían unos a otros, sin parar, así que podía uno incluso recibirla en el mismo día por cuadruplicado, lo que acababa irritando a cualquiera. Ser joven en un entorno tan pequeño, resultaba complejo, y eso que Pilar era de las pocas jóvenes del pueblo que no soñaba con irse de Fuentealbilla. A ella le gustaba su vida tranquila, sus recovecos cálidos y sus sonidos familiares.

Como cada vez se sentía más acalorada, paró a refrescarse la nuca situándose bajo uno de los chorros de la fuente blanca del pueblo. Sintió alivio inmediato gracias al frescor que emanaba de ella. Ya lo decía el refrán: "En julio, beber y sudar, y el fresco en balde buscar." Olía a barro mojado, y no pudo evitarlo, cogió agua entre las manos y se mojó los brazos. No había ni un alma en la plaza, quizás era demasiado pronto. En esos días de bochorno se agradecía llevar el tradicional pañuelo en la cabeza, como las mujeres más mayores del pueblo, pero ella se negaba en rotundo a llevarlo, ni, aunque sudara como un pollo. Era anticuado y favorecía muy poco. Sin duda era una joven presumida, le encantaba llevar

tocados y sombreros los domingos, a pesar de que no era algo muy común en un pueblo tan pequeño, pero nunca aquel pañuelo negro y feo. La gente a su alrededor era práctica y sencilla. Solo las más jóvenes, que no eran más de cinco, intentaban imitar las modas de las revistas. Y por lo que sabía, lo hacían con mucho retraso. Cuando ellas se hacían con un vestido sobrio elegante, ya se llevaban los trajes de día de colores pasteles en el resto del país. Cuando pensaban que el chal era algo rústico, y buscaban abrigos de ciudad, resultaba que las mujeres más elegantes llevaban chales confeccionados a medida con miles de cuentas.

No era fácil vestirse en un pueblo, no tenía muchas opciones de ir a comprar a ninguna ciudad, así que, con la ayuda de la costurera de su madre, que venía dos veces al mes al pueblo, copiaban como podían los diseños que Pilar iba eligiendo de las revistas. Aun así, era una afortunada, nadie de su edad en el pueblo contaba con una costurera que supiera hacer aquellos tipos de patrones tan complejos.

Pilar era consciente de su posición social en el pueblo y de la de su familia, "Los Gabaldones"; aun sin tener un gran patrimonio, vivían una vida privilegiada. Tenían una de las mejores y más nuevas casas del pueblo, servicio y posición muy respetable. Pilar había recibido la mejor educación que sus padres habían podido darle, completando los años de escuela, con dos años de interna en Albacete, y varias institutrices en casa, como Ofelia, a la que tanto echaba de menos. Cada vez que abría la tapa del piano, podía oír su voz, como si estuviera allí. Gracias al piano, Pilar no sentía aquella llamada de inquietud, como la que solían contar sus amigas Blanca y Margarita. Ellas querían irse lejos y aprender una profesión nueva, o incluso estudiar. En cambio, Pilar, cerca de sus padres y su piano no sentía más que paz, no tenía necesidad alguna de irse. Era cierto que muchas veces, se le pasaba por la cabeza continuar con sus estudios de piano, pero sabía que no era una alumna brillante, y que aquello jamás podría pasar de una afición. Quizás podría en el futuro enseñar a otras niñas… No era mala idea convertirse en profesora en un futuro.

Aun así, si se comparaba con las hijas de nobles y burgueses que había conocido en Albacete, sabía que estaban muy por detrás de lo que sería realmente pertenecer a la clase social más elevada. Siempre había un pez más grande en el mar. Su padre era algo que siempre le había dejado muy claro. Y justamente, como tenían una posición privilegiada en Fuentealbilla, debían esforzarse por ayudar a la comunidad, participar en la parroquia, eventos, fiestas del pueblo, caridad…

Su amiga Felisa, la hermana de Rómulo, por ejemplo, sin ser ni mucho menos de la nobleza, tenía una posición económica muy alta, con sus fábricas, casas y fincas. Su forma de vestir, con prendas confeccionadas a medida en Madrid, eran la envidia de todas las jóvenes de al menos doscientos kilómetros a la redonda. Además, siempre llevaba complementos que no estaban al alcance de nadie: bolsos, pitilleras, guantes de piel, medias, tocados y sombreros. Seguro que se gastaba una fortuna cada vez que iba de compras, lo cual ella jamás podría ni soñar.

Sin que le diera tiempo a bajar el escalón de la fuente, apareció el coche negro de Rómulo. También debía ser madrugador. Hacía semanas que no hablaban, precisamente desde aquel encuentro en la plaza del que sus padres habían tenido conocimiento. En ese pueblo no podía uno moverse sin que todos se enteraran. Era algo que la exasperaba, desde pequeña la reñían nada más pasar por la puerta, todo se sabía, y se compartía. Que la observaran le resultaba muy molesto dado su carácter reservado, y mucho más aún, estar en boca de todos por asuntos de esa índole. No le gustaban los cotilleos, propios, ni ajenos. Pero era el divertimento general de sus vecinos.

Pilar vio cómo el joven paraba el coche en un extremo y bajaba sonriente para después andar hacia su dirección. Menudo descaro, aquel joven no tenía límites. Pilar miró de soslayo al callejón que daba al balcón superior lateral de su casa, pues prefería no volver a enfadar a su padre.

—Buenos días, Pilar.

Rómulo la miró sonriente, de frente, con la mirada totalmente despejada. Pero ella no estaba de tan buen humor, y menos recién

despertada.

—Buenos.

Pilar no añadió ni una palabra más, estaba claro que Rómulo era un descarado y que buscaba comprometerla. Si alguna vez había dudado de sus intenciones, ahora lo tenía claro, aquel joven no era para ella.

—He pensado que esta tarde podríamos dar un paseo juntos, en mi coche. Seguro que no has subido en ninguno.

Pilar lo miró con evidente enfado. ¿Qué y quién se habría creído ese presumido? ¿Que nunca había subido en coche? ¡Petulante engreído!

—Pues desde luego que sí, en el de mi padre. Todas las veces que he querido.

Rómulo pudo cara de confuso, pero más bien pareció una mueca incómoda, porque luego contestó con alegría:

—Es verdad, se me olvidaba que Zacarías tiene el otro coche del pueblo. Pero es un modelo más antiguo, nada que ver. Como puedes ver, el mío es muy distinto, lo hemos traído desde Italia, de Torino. Te gustará dar un paseo en él.

—No sigas, no iré contigo, apenas te conozco. ¡Ah, y no veo tan distintos los dos coches! Son sólo ruedas, motor y volante.

Rómulo se quedó mirando con confusión a la joven. No entendía su reacción negativa. Parecía ofendida, en cambio él no había sido más que amable y franco.

—Ya me había dicho mi hermana Felisa que tienes malas pulgas.

Un montón de pensamientos recorrieron la mente de Pilar y ninguno era bueno. ¡Menudo maleducado! Uno de ellos era no volver a fiarse de Felisa. Menuda traicionera. Tenía que replicarle. Aquello era una ofensa en toda regla, y bastante hiriente.

—Curioso, a mí me han dicho que eres algo tonto.

Diciendo eso, y no teniendo por qué soportar más aquella situación ingrata ni un segundo más, Pilar se giró para dejar plantado a Rómulo.

Rómulo, sin amedrentarse, levantó la voz para que le escuchara antes de desaparecer por el callejón:

—Te recojo delante de tu casa, a las seis en punto de esta tarde.

Pilar se giró sobre sí misma para fulminarle con la mirada por aquel descaro. ¿Quién diablos se había creído ese engreído? ¿O acaso estaba sordo? ¡Lo había rechazado! Por el contrario, Rómulo no parecía enfadado, más bien al contrario, se mostraba relajado y tenía una sonrisa en los labios, como si no acabaran de haber tenido un momento de tirantez y sus palabras no hubieran sido lo suficientemente disuasorias. Aquello la desestabilizó.

—Sé que vendrás. ¡Aquí estaré esperándote a las seis! ¡Será una excursión maravillosa!

Esto último lo dijo a viva voz, mientras ella se daba a la fuga con la cesta de los recados, menos mal que no había nadie.

Pero no podía irse así, como si se escabullera asustada, tenía que plantarle cara. Así que se giró y le espetó:

—Espera sentado.

Puso todo el énfasis solemne que pudo, y así ahuyentarlo para siempre. No necesitaba en su vida un fanfarrón que la incomodara a cada paso. Ella era feliz, en su casa, con sus padres y su piano. No necesitaba más. No le gustaban las complicaciones.

Pero parecía que a Rómulo le gustaba tener siempre la última palabra:

—Nadie puede huir de lo que ha de venir.

Pilar no pudo evitar volver a girarse y mirarlo como una pánfila. Allí seguía Rómulo, con una sonrisa en los labios, confiado y con una mano metida en el bolsillo. Parecía relajado. Como si no estuviera viviendo un incómodo rechazo; como si realmente hubieran quedado a dar un paseo. Lo mejor era salir corriendo de aquella plaza. Por encima de su cadáver tendría una cita con Rómulo. ¡Ni hablar!

Pilar miró de reojo el viejo reloj de pie del salón, al que su padre daba puntualmente cuerda cada tarde antes de la cena. Daba vueltas sin rumbo entre la salita, la entrada y el comedor. Todo aquello era absurdo. ¿Por qué diablos estaba tan nerviosa si había dejado clara su negativa a pasear con Rómulo? Eran las 17.55h. Le había dicho claramente que no iría con él a ningún sitio, así que no debía inquietarse. ¿Por qué entonces le latía tan fuerte el pecho? ¡Estaba muy nerviosa!

Oyó a su madre cantar mientras regaba las plantas del patio, estaba de buen humor, parecía una saeta de Semana Santa. La casa olía a azúcar tostado, ya que en la cocina estaban haciendo rollitos, el dulce preferido de su madre, Luisa. Las dos chicas de servicio se habían ido al lavadero del pueblo.

Volvió al salón a comprobar la hora. Tic tac. Por fin. Las 6 en punto. El reloj se activó, y las campanadas sonaron, marcando por fin el final de aquella absurda espera. Tras el susto por las campanadas, sintió un gran sosiego, no había pasado nada. Cerró los ojos. Silencio absoluto en la calle. Suspiró con alivio. Se sintió una tonta por haberse alarmado por algo tan absurdo. ¿Qué podía haber sucedido?

Súbitamente, escuchó el inconfundible sonido de un vehículo al parar el motor delante de la casa, y por la hora, claramente, su padre no podía ser. Dos bocinazos estruendosos retumbaron, y no pudo evitar ponerse roja. No le había dicho ni una palabra a su familia de lo sucedido aquella mañana, y ahora todo el mundo estaría al tanto. Aquel joven no era nada discreto. Y eso la incomodaba gravemente.

Será cabezón. ¿Cómo se ha atrevido?

No quiso ni moverse para mirar a través de los visillos.

Su madre entró en el salón curiosa, ahora cantando una zarzuela a pleno pulmón y vestida con un precioso delantal bordado a mano. A saber, dónde habría aprendido aquella canción, si apenas salía de casa, y, aun así, se las ingeniaba para estar cantando todo el día. Pilar comenzaba a sospechar que su madre escuchaba a escondidas el transistor. No podía ser otra cosa.

—¿Qué es ese estruendo? ¿Alguien llama? ¿Será para nosotros? —Estaba confundida, no le había mencionado a nadie ninguna visita o recado. De hecho, había enviado a las chicas de servicio a hacer recados fuera. No estaban para recibir visitas.

Pilar no contestó. No se movió. Su madre corrió los visillos sin disimulo.

—¡Pilar! ¡Pero si es el de los Valentines! ¡Rómulo! ¡Está mirando hacia aquí! Y… nos saluda con la mano. ¡Qué extraño!

Para su bochorno, su madre devolvió el saludo a través del cristal. Acto seguido se quitó el delantal, y se atusó el pelo.

Su madre se volvió, pensativa. La miró, y fue como si le estuviera leyendo la mente. Era increíble aquel vínculo filial, la maternidad, tenía algo de mágico, por mucho que Pilar intentara mantener las distancias, su madre podía leer su mente.

—Hija, ¿has quedado con Rómulo, el de los Valentines, y no nos has pedido permiso? ¡Pero si tu padre no está hoy en casa! ¡No duerme aquí! ¿Qué vamos a hacer? ¡Si se entera! ¡Jesús! Precisamente hoy, con lo tranquilo que era el día…

—Nada, madre, no haremos nada. No haré nada. No he quedado con nadie. Por eso no le he dicho nada.

Pilar notó cómo se había puesto roja, lo que le faltaba, desde el principio había querido evitar esta situación.

Dos cláxones más retumbaron. Desmintiendo así sus fútiles palabras. Se oyó la voz impaciente de Rómulo:

—¡Pilar! ¡Ya estoy aquí! ¡Sal! ¡Se nos va a hacer tarde!

Pilar dudó. Estaba organizando un escándalo y el pueblo era muy pequeño.

Su madre debió de pensar lo mismo.

—Pilar está todo el pueblo en la puerta. Veo incluso a los Navarro, y la señora Adelfa, pegados al coche de Rómulo y preguntando. Tendrás que salir. No sé en qué lío te has metido. ¿Cómo se te ocurre quedar con un chico sin decirnos nada, ni pedirnos permiso? ¡No te hemos educado así! ¡Qué dirá tu padre cuando se entere! ¡Menuda vergüenza!

Pilar no quería perder los papeles, pero la situación empezaba a incomodarla.

—Madre, es que no he quedado con nadie. Y punto.

Luisa volvió a asomarse a la ventana, como si aquello pudiera solucionar algo. Rómulo se había bajado del coche y hablaba ahora con varios vecinos.

—No sé qué confusión ha habido con ese joven, pero está claro que vas a tener que salir y dar la cara. Si no, va a parecer que lo has dejado plantado, y eso tampoco es correcto. No podemos hacer tampoco un feo a un joven como él, todo el mundo lo conoce y tiene

una buena posición. Además, no hay muchos jóvenes como él por la zona…

Pilar enrojeció, no le gustaba llamar la atención, ni ser el centro de habladurías. Pero aún menos que la coaccionaran. Estaba furiosa, la estaban obligando a salir con alguien, no entendía cómo había acabado en aquella posición. Bueno, sí lo sabía, Rómulo la había colocado en aquella tesitura, lo que resultaba bastante egoísta.

—Iré, solamente porque no hay más remedio. Pero tengo que cambiarme, no puedo salir así, y menos ahora que está todo el mundo mirando.

Estaba muy enfadada, pero no iba a dejar que trasluciera. Pensaba cambiarse muy lentamente. ¡Se iba a enterar! ¿Rómulo se atrevía a presionarla montando un escándalo? ¡Se iba a enterar de lo que valía un peine! ¡Ella lo haría esperar, y así que hiciera un poco el ridículo! ¡A ver si así se avergonzaba él también de aquella absurda situación!

Subió a zancadas las escaleras hasta llegar a su cuarto. Allí, nerviosa, se asomó al balcón con disimulo. Desde que había empezado todo aquel embrollo, no había ni querido mirar. Para su mala fortuna, Rómulo la vio a través del cristal.

Volvió a hacer sonar el claxon y encendió el coche. Se subió. No contento con la feria que estaba montando, se dedicó a dar vueltas con el coche girando por la parte trasera de la plaza principal. Una vuelta, dos, tres, cuatro…

Lo hacía muy lentamente, sonriendo y saludando a diestra y siniestra, como si supiera que aquello la estaba fastidiando. Al pasar bajo su balcón le guiñó el ojo. ¡Descarado! Ahora ya no había tres personas en la calle, ahora estaba medio pueblo.

Un vecino, D. Alberto, veterinario del pueblo, quiso indagar y paró la marcha del coche:

—¿Pero se puede saber qué haces, Rómulo? ¡Menuda feria!

—Espero a Pilar. Quiero llevarla a pasear, pero hace veinte minutos que debía haber bajado ya.

Alberto, con familiaridad y sin miramientos, vociferó hacia la casa de los Gabaldones:

—Pilar, niña, baja ya, no te hagas de rogar o este joven nos volverá locos a todos. ¡Menudo estruendo!

El veterinario la conocía desde niña y trabajaba para su padre. Pilar sintió que ya no podía contener su enfado, aunque la hubieran educado como una señorita para hacerlo. Nunca enfadarse en público, nunca demostrar sentimientos ante la gente…

La madre de Pilar salió a la puerta para intentar mediar con los vecinos. Luisa intentó sonreír para tranquilizar los ánimos. ¡Menuda situación inesperada! Y la niña apenas había dicho una palabra, ni mencionado ningún interés particular por aquel chico, pero con su hija uno no sabía nunca a qué atenerse. Ocultaba bien sus sentimientos.

—D. Alberto, voy a volver a preguntar a la niña, me ha dicho que ahora bajaba. Esto me ha pillado desprevenida, yo no sabía nada, y su padre no está ni le ha dado permiso para salir, y menos para subir a un coche con un joven tan… bueno es ya un adulto. No creo que sea nada correcto todo esto. Hay una gran diferencia de edad entre ambos. Pilar es aún muy joven para estas cosas…

—Lo entiendo, pero mírale, qué penica da el joven. Llevará treinta vueltas. Con lo que cuesta darle de comer combustible a esos chismes.

La Juani, vecina de enfrente, intervino.

—Hombre, Luisa, deja salir a la niña, que ya no es tan pequeña. Y a Rómulo lo conocemos todos, es un buen niño. Mira cómo cuida de toda su familia desde bien chico, de su hermana y primas. Ya quisiéramos muchos, yo solo tengo hijos holgazanes.

—Es cierto, mujer. —continuó interviniendo D. Alberto. —Lo tenemos localizado, vive en la plaza de aquí al lado y parece una inocente cita de enamorados.

Y ese fue el punto de inflexión, todo el pueblo de golpe se puso a discutir y a opinar: Que si Pilar era una niña. Que si Rómulo parecía un joven serio. ¿Por qué el alcalde que se enteraba de todo no sabía nada de ese romance en ciernes? ¿Desde cuándo se veían en secreto aquellos jóvenes?

Las chicas de servicio llegaron con los cestos de ropa y se unieron a la tertulia con buen ánimo, allí nunca pasaba nada, así que había

que aprovechar. Mientras tanto, el Fiat seguía dando vueltas y el claxon sonando. Debido al estruendo, cada vez había más vecinos, y Pilar, desde su ventana, vio a más de una veintena. Opinando y riendo. Enfureció por completo.

¿Cómo se atrevía aquel chico a ponerla en semejante situación? ¡Ese no sabía quién era ella!

Su madre irrumpió nerviosa en su habitación.

—Hija, menuda escandalera se ha montado. Te dejo ir, ya me las apañaré con tu padre, y le daré las explicaciones pertinentes. Pórtate bien. Cógete una chaqueta, aunque haga calor. No dejes que se acerque mucho a ti, apenas lo conocemos y no es decoroso. Quizás debería ir con vosotros, sería lo normal, pero ya sabes lo poco que me gustan esos coches, y me mareo siempre. ¡Si nunca subo ni en el de tu padre, salvo fuerza mayor! Pero, en fin, como dicen, es un buen partido. Y todo el pueblo ha sido testigo, no sería capaz de ningún acercamiento indecoroso que diera a más habladurías, espero.

Pilar la fulminó con la mirada. Y eso que adoraba a su madre. Se había enzarzado en un discurso sin sentido alguno para ella.

Cogió un precioso sombrero con adorno de flores y se lo encasquetó como pudo. Hasta en esas situaciones era presumida, aquello era inevitable. Y más, si todos iban a verla salir, no podía ir descuidada.

En el último momento, decidió quitarse la falda y la blusa, que eran demasiado de diario, y ponerse un vestido de paseo de tarde. Eligió uno precioso de color azul con un escote en pico, rematado con una cenefa de color negro.

Salió de su cuarto, bajó las escaleras de dos en dos, y con pasos de elefante y sin amedrentar, salió por la puerta de su casa con cara de pocos amigos. Fulminó con la mirada a todos sus vecinos. No habló, más bien por no ser maleducada y desatar una pequeña guerra, pero un montón de pensamientos malintencionados pasaron por su mente.

Rómulo paró su coche a dos metros de ella y le sonrió con una confianza absoluta que no parecía de aquel mundo, y mucho menos se correspondía con aquella situación tan forzada. Aquello, de

alguna forma, la desarmó por completo. ¿Cómo podía ser? Era como si no estuviera haciendo el ridículo delante de todos, y todo fuera fácil para él. ¿No podía darse cuenta de la vergüenza que le estaba haciendo pasar? Se preguntó cuánto conocía en realidad a Rómulo. Poco sabía de su personalidad, pero no parecía un joven muy equilibrado. ¿Acaso podría ser que no estuviera bien de la chaveta?

La escena, la escandalera, e incluso su negativa a salir con él, al parecer, todo le importaba un pimiento y parecía muy seguro de sí mismo, como si su éxito fuera inevitable.

Salió del coche y le abrió caballerosamente la puerta del copiloto, con una risa sonora, como si de repente todo aquello le hiciera mucha gracia y estuviera pasando un gran momento. A Pilar no le dio ni tiempo a reaccionar, pues por el rabillo del ojo vio a un joven bastante malhumorado, no esperaba verlo allí, los problemas siempre vienen juntos. El joven, Rafael, era amigo del pueblo desde la infancia y miraba con desagrado evidente a Rómulo. Era normal, él nunca había conseguido sacarla a pasear y eso que lo había intentado en numerosas ocasiones. Podían contarse con la mano, los jóvenes con su misma edad en Fuentealbilla. Eso siempre le había creado momentos incómodos, como aquel.

Pilar recordó las veces que se le había declarado aquel joven, la primera, cuando eran tan solo unos niños, mientras recogían piñones. Aun así, Rafael no era asunto suyo, no tenían ningún vínculo, apenas se hablaban, y desde luego estaban a años luz de distancia. Los jóvenes del pueblo siempre se sentían ofendidos de los forasteros que cortejaban a las mujeres del pueblo.

Rómulo, por supuesto, no se percató de nada. Era ajeno a todo ello y seguramente ni siquiera conocía a Rafael, al fin y al cabo, eran de pueblos diferentes, y de familias muy distintas. Rafael vivía con sus padres, en una pequeña caseta a las afueras del pueblo, eran ganaderos, con pocos recursos, y su único vínculo era haber crecido en el mismo sitio.

—Ya verás, Pilar, lo bien que lo vamos a pasar. ¡Menuda tarde he preparado! Pero ya vamos con retraso.

—¿Retraso? Pero si solo vamos a dar una vuelta, ¿no?

Pilar dudó de si quitarse el sombrero en el coche, nunca se había parado a pensar qué dictaban las normas de etiqueta al respecto. Pero no lo hizo, por la sencilla razón de no despeinarse. Permaneció con la espalda muy recta y las rodillas apretadas. Ahora que estaban los dos solos, no sabía qué esperar. Nunca se había visto en una situación así, ni había estado a solas con un joven. Realmente no sabía mucho de Rómulo, lo que la inquietó.

—No, vamos a hacer algo muy especial, he preparado una sorpresa. ¡Pero espera! Se me olvidaba…

Para su confusión, Rómulo giró y dio marcha atrás, volviendo hacia el lugar de partida. Situó el coche delante de la puerta de los Gabaldones.

—¿Se puede saber qué pretendes?

Su madre estaba allí, pasmada, sin saber si sonreír o poner cara de preocupada por la situación. Normalmente, esas cosas las hablaba con su marido, su hija nunca había salido con un chico, ni había tenido ningún pretendiente serio y no tenía claro cómo proceder. Un miedo atroz atenazó a Luisa, su hija se hacía mayor, y un montón de malas situaciones podrían darse. A lo mejor, no tenía que dejarla ir sin el permiso de su padre…

¿Y si le rompía el corazón? ¿O peor aún? ¿La dejaba en mal lugar? ¿Y si tenían un accidente con el coche? Un montón de posibles catástrofes se le vinieron a la cabeza.

Rómulo bajó y con amabilidad se dirigió a ella:

—Señora, me llevo a su hija de excursión. Hace mucho calor, así que la voy a llevar a uno de mis sitios preferidos, la Laguna del Galayo. Llegará un poco tarde, ya cenada. En previsión, nos han preparado en mi casa una merienda con emparedados, y pastas. Así que no se preocupe por nada.

Luisa intentó sonreír, no consideraba nada apropiado que su hija llegara tan tarde. Lo de la cena eran palabras mayores, así que hizo un mohín de disgusto. No podía dejar que nada inapropiado sucediera.

—¿Llegaréis mucho antes de que se ponga el sol?

—Por supuesto que sí, es más bien una merienda. Mi proposición con su hija es la más honrosa, y mis intenciones las mejores.

No tenía por qué dudar de aquel joven, su forma de expresarse era sumamente honesta. Ahora sí que Luisa se sintió tranquila, era un chico formal y atento. No lo conocía mucho, pero todo el mundo hablaba bien de él, era educado y amable. No tenía por qué dudar y no tenía sentido ser agorera.

El coche por fin se puso en marcha. Varios vecinos aplaudieron, y para vergüenza de Pilar, al pasar por delante de la fuente blanca, cerca de donde estaba la casa del propio Rómulo, pudo escuchar:

—¡Vivan los novios!

Sintió su cara enrojecer como un tomate. Se miró las palmas de las manos, le quemaban de la vergüenza. Todo aquello no tenía ni pies, ni cabeza. Sintió una presión enorme en su cabeza, y se dio cuenta de que no podía ni hablar. Menudo bochorno atroz.

Entonces, Rómulo, aceleró el coche para enfilar en camino de salida. No paró de charlar alegremente todo el camino, sin cesar, a pesar de su insistente silencio taciturno. ¿Cómo podía no afectarle?

Todo ello acrecentó su enfado, era como tirar piñas al fuego.

Allí se encontraba ella, sentada en un coche, al lado de aquel joven desconocido. Sin querer, sin haberlo decidido y forzada por la situación. Salieron del pueblo, y para su confusión, cogieron la carretera. Prefería seguir callada y no preguntar, recordaba vagamente que Rómulo había dicho algo de un pantano, pero estaba tan enfadada que no le había prestado mucha atención, lo que ahora comenzaba a resultar algo absurdo.

Rómulo estaba ahora hablando sobre su hermana Felisa y los negocios que gestionaban conjuntamente, era interesante saber cómo dos jóvenes huérfanos habían conseguido tantos logros.

Poco a poco Pilar se fue relajando, la cadencia de la voz de su acompañante le resultaba extrañamente familiar. Además, nunca había salido sola de casa en coche; de hecho, su padre jamás la hubiera dejado, a buen seguro. Aquella inesperada libertad comenzaba a insuflar vida. Era una pena que el coche no fuera descapotable porque hacía mucho calor y estaba sudando todo su precioso vestido azul. Las medias se le pegaban a la piel de las piernas, con gran incomodidad. La chaqueta, que no sabía para qué la había cogido, reposaba entre sus piernas, dándole más calor.

Rómulo, sin embargo, aun con chaqueta y con su gomina en el pelo, parecía un figurín de revista. Parloteaba sin parar de asuntos aparentemente incoherentes: de su trabajo, de mantas, del camino, del coche… En cambio, ella seguía sin decir ni una palabra.

—Bueno, mi hermana Felisa aún no sabe que somos novios. ¡Madre mía, qué sorpresa se va a llevar!

¿Novios? ¿En serio? ¿De verdad había dicho aquello o se estaba volviendo loca?

Ahora sí se veía obligada a interrumpir el monólogo.

—Hombre, Rómulo…

—Llámame Ro.

—No pienso hacerlo, además, es un diminutivo completamente ridículo. Te llamaré por tu nombre y yo creo que vas algo deprisa.

—¿Estás en mi coche, no? Y vamos de excursión. No eres de esas mujeres que se irían con cualquiera, ¿o me equivoco? ¡Está claro que te gusto!

Pilar dudó por un segundo si pegarle un pellizco en el brazo, a modo de represalia, pero había algo en el tono de voz, en su seguridad, que hizo que soltara una leve carcajada nerviosa, por poco apropiada que fuera. Internamente, se alarmó, estaba dando señales contradictorias, no solo a Rómulo, sino lo que era peor, a ella misma.

¿Le gustaba acaso aquel joven?

Y entonces lo supo. Aunque sonara totalmente ridículo, estaba perdida desde que había aceptado a sentarse dentro de aquel ostentoso coche negro, junto a él. Su cercanía se hizo más patente que al principio, sintió todo su cuerpo cerca de ella, a su lado. Por primera vez se dio cuenta de que casi se podían rozar con los codos, así que se apartó con disimulo del centro del coche hacia el lateral. Ser consciente de la cercanía de su cuerpo, la abrumó por completo.

Por lo visto ahora tenía novio, y era un completo desconocido para ella. Y lo peor, no sabía bien si aquello le gustaba o le disgustaba. Había entrado en una espiral de sensaciones confusas. Del enfado a la duda. Poco sabía de Rómulo pero, por lo poco que lo conocía ya, tenía un nivel de intensidad abrumador.

—Bueno, no sabes lo contento que estoy con la fábrica de mantas. Resulta que se puede añadir tejido azul, mucho más elegante… ¿Has visto las amapolas? Menuda belleza, Pilar. Casi tanta, como tú. No se puede ser más guapa.

Madre mía. También era un cursi de folletín.

—Rómulo, no me mandes flores, que tengo la tumba llena, desde que me he sentado aquí.

Rómulo ignoró con elegancia su única réplica en media hora.

—Bueno, ya verás el día tan perfecto que vamos a pasar, ya no queda tanto. Y es maravilloso. ¿Conoces la Laguna de Galayo?

—Pues la verdad es que no.

El joven hablaba y hablaba, piropeaba a discreción y le pareció incluso que la llamó: "¿reina?". No sabía si sería capaz de lidiar con algo así toda la tarde.

Llegaron al final de la curva de un camino sin asfaltar. La laguna no se veía por ninguna parte.

—¿No es un lugar único, Pilar?

Rómulo sacó una cesta con víveres y un pequeño botijo de la parte trasera del vehículo. Aquello debía pesar lo suyo, pero ella no pensaba ayudarle. Solito se había metido en aquello.

—Único, desde luego.

Ironía, por supuesto, Pilar observó sin dar crédito a su alrededor. El paraje era un secarral, a cuarenta grados y lleno de insectos. Solo había feos matojos secos. Intentó no tropezar con sus zapatos de calle con tacón.

—Maravilloso el campo, y la laguna, ya verás. Fortalece el espíritu, y estaremos fresquitos, no como los del pueblo, que hoy se están asando.

Pilar levantó las cejas incrédula.

—Eso si vemos la laguna. ¿Estás seguro de que estamos en el sitio indicado?

Rómulo miró a ambos lados. No parecía al cien por cien convencido, pero mintió.

—Por supuesto, está tras esa colina. ¡Vas a quedarte con la boca abierta! ¡Menudo sitio!

Subieron por un tortuoso camino repleto de polvo y piedras, pero al otro lado, solo había otro altozano, casi idéntico al anterior.

A Pilar le picó un mosquito en el brazo y sudaba a raudales para su propia vergüenza. No quiso mirar las costuras de su vestido para no sentir bochorno. Lamparones seguros. Se miró los zapatos, los llevaba llenos de polvo y apenas podía andar entre las piedras con el tacón que llevaban. No pudiendo más mantener la compostura, se quitó el sombrero que le estaba friendo los sesos y por poco lo lanzó al aire agobiada.

—Rómulo, aquí no hay nada. Volvamos por donde hemos venido.

Su acompañante no pareció escucharla.

No acabó ahí el asunto pues, subiendo hacia la cima, tropezó con el tacón y se torció el tobillo. Sintió un fuerte fogonazo de dolor que la obligó a sentarse en el suelo, sin importarle ensuciar más aún el vestido, ni perder la compostura. ¡Menuda pesadilla de tarde!

Si por un segundo había dudado a favor de aquella relación, ahora el castillo de naipes caía al completo. Rómulo, presto, soltó todos los bártulos y acudió en su ayuda.

—Lo siento mucho, Pilar, qué mala suerte. Estamos al lado. Te cojo en brazos.

¿Era una broma? ¿No se atreverá a cogerme en brazos? ¿No?

Pero lo hizo, Rómulo la levantó en brazos tambaleándose, y por un segundo Pilar temió que ambos cayeran montaña abajo, así que se aferró con fuerza a su cuello. Por lo visto eran novios y de esos con contacto físico e intimidad. No pudo ni sonrojarse, debido al dolor en el pie y al miedo de pensar que había sudado y de que Rómulo lo notara.

Pero él iba a la suya, feliz en su papel de héroe, con una damisela en apuros, y con ella en brazos, subió la pequeña pendiente que quedaba hasta que por fin llegaron al inolvidable y encantador paraje de la laguna. Que, por supuesto, estaba seca, y era apenas un gran charco maloliente de barro. Rómulo, con su peso, se tambaleó y ambos cayeron, por fin, al suelo. El joven simuló como que había sido a propósito para dejarla en la superficie.

—¿No es un lugar maravilloso? ¡Ahora vuelvo! ¡Disfruta del momento! ¡Voy a por nuestra comida!

Pilar observó detenidamente y confusa cada recoveco del paisaje. Le pareció que había hasta un animal muerto en la orilla contraria. En invierno debía de ser un sitio hermoso, pero ahora estaban en plena sequía veraniega, y estaba claro que, el optimismo exacerbado de Rómulo ni siquiera lo había contemplado a la hora de planificar aquella excursión. Pero lo peor era que no lo veía siquiera preocupado o avergonzado por haber organizado una excursión tan absurda y fea, al contrario, parecía feliz, como si todo fuera magnífico y estuvieran viviendo una cita única y memorable.

Volvió con la cesta y organizó la merienda en un precioso mantel de flores. Eso sí que fue bonito, ver a un hombre distribuir, poner platos y colocar todo con el más mínimo detalle. Tenía incluso preparadas dos preciosas copas de vino de cristal. Le sirvió un poco de agua fresca en ellas.

—Somos unos afortunados. ¡Excelente! ¡Es un día perfecto!

Pilar le sonrió, por fin. Y se bebió el agua, porque a través de sus ojos pudo ver otro mundo, mucho más bello y bonito, inventado y ajeno a la realidad, pero de una hermosura conmovedora. Admiró la capacidad soñadora de su acompañante.

Rómulo no paró de contar anécdotas, y alabar el paisaje, como si aquel lugar fuera maravilloso. Y ella, no sabía cómo, estaba empezando a contagiarse un poco. Lo observó con detenimiento, estaba guapísimo. Se desabrochó dos botones de la camisa y se quitó la chaqueta. Era delgado pero fibroso y fuerte. Era obvio que también estaba pasando mucho calor, por el estado de su camisa blanca. Menos mal que se había quitado la chaqueta azul marino, que era de entre tiempo, porque si no iba a desmayarse y sería Pilar quien hubiera tenido que socorrerlo, a la inversa que hace unos minutos. Todo eran riscos escarpados y no había un fácil acceso al agua. Nada era idílico, pero estaba logrando convencerla de que sí que lo era.

De repente todo cambió, la pesadez voló y las risas llegaron de forma espontánea, Pilar comenzó a intervenir y replicar, sorprendiéndose a sí misma. Además, una brisa suavizó el bochorno para alivio de ambos.

Ya no era ella misma, la joven cabezota y esquiva de mal carácter. Era alguien mucho mejor. Podía verse a sí misma en la cabeza de Rómulo; bella, amable e inteligente. Una versión mejorada de sí misma. Como si fuera todo un encantamiento de cuento. El dolor del tobillo remitió por completo e incluso sintió que ella también podía contar algún detalle sobre su vida.

Sacaron toda la merienda de la cesta y comieron con apetito unos entrepanes y unos chocolates derretidos. Debía de haber preparado él mismo el menú porque no era coherente. Dudaba mucho que Felisa supiera que habían quedado. Hacía mucho que no se veían. Y no tenía claro en qué punto estaba su amistad, o cómo quedaría después de todo aquello.

Rómulo se aseguró de que Pilar estaba bien, y podía andar, así que se levantaron e inspeccionaron el lugar. Era mucho más grande de lo que había juzgado en un primer momento, pues lo que había pensado que era la laguna era tan solo un extremo seco de su caudal. Siguieron más adelante y vieron que la laguna estaba en realidad tras un barranco con arbustos.

Se acercaron como pudieron a la zona donde vieron que había un trozo de agua menos marrón, más limpia. Estaba repleta de patos blancos y grises que también parecían cansados de tostarse al sol, graznaban tirados en el suelo. Al otro lado solo había juncos amarillos que ocultaban la otra orilla.

—Teníamos que haber hecho la merienda aquí delante, es más bonito —señaló Pilar.

—Se me acaba de ocurrir una gran idea.

Pilar lo miró sonriente. Seguro que era una locura, le había bastado una tarde para entenderlo. O al menos, eso creía, sentía como si lo conociera desde hacía años. Habían adquirido una gran familiaridad en pocas horas.

—Dime.

—Vamos a refrescarnos en la laguna.

¿Se había vuelto rematadamente loco? ¡No podía ser tan necio y atrevido!

Rómulo se quitó los zapatos y los calcetines y se arremangó los pantalones. Se metió en el agua.

—¡Venga! ¡Refresca un montón! Solo los pies. ¡Atrévete, Pilar!

Pobrecito mío, menudo iluso. *Lo que está haciendo es una guarrería.*

—No, gracias, estoy bien y no quiero que se me hundan los pies en el fango.

Efectivamente, Rómulo puso cara de pocos amigos al darse cuenta e intentó levantar un pie, pero se le había quedado incrustado en la tierra del fondo de la laguna.

Pilar rio a carcajada limpia al ver su cara de asco.

Rómulo consiguió sacar el pie pero, por la inercia, se desestabilizó resbalando dentro del agua hacia atrás. Enseguida se levantó con cara de susto y con la ropa completamente manchada de lodo. Pilar no dudó, corrió a socorrerlo. Lo ayudó a incorporarse. Pilar reía a carcajadas. Se había mojado entero, así que fue corriendo a por el mantel para que le sirviera de toalla.

Rómulo se quitó la camisa blanca, dejando su piel morena y su torso fuerte al aire. Ahora él también reía. Pilar lo envolvió por detrás con el mantel, dándole un cálido y espontáneo abrazo. La joven sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo, nunca había sentido un latigazo de placer como aquél. Rómulo era arrolladoramente atractivo. Demasiado incluso, hasta perder la cordura, y con ella, todas sus ideas preconcebidas. Cayeron todos sus muros. Pudo sentirlo.

Rómulo se giró y le dijo al oído mientras ponía los brazos sobre sus hombros:

—¿Ves cómo ha sido un día perfecto?

Y antes de que Pilar pudiera contestar, o siquiera suspirar, Rómulo la besó en la boca y bajó sus manos hacia su cintura. Estaba mojado y aquello alivió el insufrible calor de Pilar. La lengua de Rómulo acarició sus dientes, sorprendiéndola por completo. Sintió cómo un chispazo de electricidad recorría su cuerpo. Nunca había pensado que aquello se hiciera así. No había hablado ni con sus amigas de esas cosas. Los besos así eran un tema tabú, sobre todo teniendo en cuenta las pocas ocasiones que ninguna había tenido para ello.

No resultó indecoroso, todo el Rómulo era natural y bienintencionado. Al fin y al cabo, eran novios. Inesperado noviazgo.

Era su primer beso, entre calor, insectos y fango, y Pilar sintió que era perfecto.

CAPÍTULO TERCERO:

"Los políticos son dinosaurios que vivirán en la luna"



Fuentealbilla, verano de 1935.

Rómulo subió a buen paso hasta la salina e inspeccionó la superficie por enésima vez. Finalmente la compraría, había tomado aquella decisión después de revisar a conciencia todos los números durante semanas. Además, en el proceso, se le habían ocurrido unas pequeñas ideas que la harían más rentable aún. Los negocios prosperaban y podía permitirse invertir en nuevos negocios.

—¡Jesús! Puedes parar quieto un momento. Es la cuarta vez que subimos.

Su hermana Felisa lo acompañaba ese día, lo que comenzaba a ser la tónica habitual, pero aún no tenía claro cómo reaccionar. Le hacía sentir incómodo. Últimamente, insistía en exceso por estar a su lado, quitándole tiempo para estar con Pilar. En todos los corrales hay hojarasca, y estaba claro que, en su familia, también.

Su hermana iba vestida para la ocasión, informal, de campo, con un austero traje marrón y gris, algo viejo y pasado de moda a juzgar por la falda por encima de los tobillos. Su hermana cuidaba mucho su imagen y lo único que delataba su sofisticación en aquel momento eran unos impolutos zapatos de salón de tacón bajo, de color nácar. Llamaban poderosamente la atención, como si fueran anacrónicos. Años veinte versus años treinta.

Miró a su hermana. Seguía suspicaz con él, como si hubiera entre ellos algún tipo de malentendido que no conseguía entender. Estaba

claro que la distancia había surgido con su noviazgo, y con los meses se había acrecentado. Al principio había obviado la situación, teniendo por seguro que se solucionaría sola, con el paso de los días, pero un año después, no era el caso.

¿Eran acaso celos por su noviazgo? ¿Quizás podría ser algo tan simple y emocionalmente inmaduro? Aquello era absurdo y lo confundía. No le gustaba aquella tesitura, y tampoco la entendía bien.

Su hermana era su hermana. Su novia era su novia. Era muy sencillo. Dos situaciones que poco tenían que ver. Las quería a ambas, pero de forma diametralmente opuestas, y empezaba a cansarle aquella actitud egoísta. Además, todo ello era tan solo un problema menor. Felisa había desarrollado una especie de chaladura u obsesión negativa contra su novia, no sabía bien cómo definirlo. Lo veía en sus caras, sus gestos y sus comentarios mordaces. Aquel año de noviazgo con Pilar, lejos de acercarla a su amiga, las había separado por completo. Pilar no era tonta y, aunque afortunadamente jamás le hablaba mal de su hermana, notaba que intentaba evitarla por todos los medios.

Rómulo intentaba analizar cómo habían llegado los tres a ese punto, y desde luego estaba seguro de que ni él, ni Pilar, habían hecho nada para merecer tantas suspicacias. Desde hacía ya meses los comentarios de su hermana hacia su novia no eran los mejores, más bien sonaban malintencionados. Y aquello comenzaba a atormentarlo, porque sentía la necesidad de arreglarlo y no sabía cómo, al final y al cabo eran las dos mujeres más importantes de su vida y, por tanto, necesitaba buscar una solución, para que ambas se llevaran bien.

No es que no hubiera intentado mediar, en los últimos meses había decidido tomar cartas en el asunto ya que la situación comenzaba a ser francamente incómoda; había organizado meriendas con las dos y preciosas excursiones que solo habían envalentonado a Felisa y provocado una actitud de rechazo en Pilar, como si no quisiera saber nada del asunto.

Últimamente Pilar siempre tenía una excusa a punto para cuando Rómulo le propusiera un plan con su familia y eso era algo que lo

atormentaba. En un año no habían tenido ningún problema grave como pareja, contra todo pronóstico y teniendo personalidades diametralmente opuestas. Teniendo en cuenta el carácter reservado de Pilar, la situación solo provocaba que se encerrara más en sí misma. La verdad es que resultaba obvio que evitaba coincidir con su antigua amiga.

—¿Cómo lo ves, Rómulo? —Felisa interrumpió sus pensamientos.

—Está muy claro, tenías razón, vamos a comprarlas. La sal es una inversión atemporal, además, está en buen estado. Se me ocurre que, quizás en esa ladera, deberíamos levantar un muro.

—Sí, tienes razón. Si quieres voy adelantando el papeleo con el abogado.

—¿No te importa?

Rómulo la miró con una sonrisa, posiblemente no estuviera todo perdido y fuera solo cuestión de tiempo. Algunas situaciones solo necesitaban un poco de coción en el horno.

—¡Por supuesto que no! Ya sabes cómo me gusta ayudarte.

Felisa se llevó las manos a la frente para evitar el sol de cara, a pesar de su sombrero de paseo. No era ni mucho más su preferido pero valía para ensuciarse en el campo. No le gustaba exponer su ropa buena, porque se pasaba el día en el campo entre jornaleros y debía ser práctica.

—Estupendo porque quiero ir hoy a merendar a casa de Pilar. Me han invitado. Su padre quiere hablarme de la Ley de Restricciones, que se va aplicar cuando vuelvan a abrir las Cortes.

—¿Desde cuándo te interesa la política?

—No me interesa, pero mi suegro es alcalde, y el tío Andrés diputado. Por mucho que me aburra, intentan obstinadamente mantenerme informado, como si fuera crucial. En realidad me interesa dos pimientos, pero tengo que ser educado, especialmente con Zacarías Gabaldón, si Dios quiere, mi futuro suegro.

El semblante de su hermana cambió. Hizo una mueca y giró la cara.

Ya estábamos, demasiado bien iba aquella mañana. Aquello empezaba a fastidiarle. Rómulo sintió el súbito cambio de humor de su hermana sin haber dicho siquiera ni una palabra.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

Su hermana se giró, con ojos furiosos, hecho que lo sorprendió. Pero más aún sus palabras por francas e inesperadas. Hasta ahora ella había mantenido un discurso educado hacia su noviazgo, sin apoyarlo, con indicios de negatividad, pero nada como las palabras que salieron a borbotones de su boca, como si llevaran meses tras un dique de contención:

—No deberías dedicarle tanto tiempo a una niña, a una relación que no va a ningún sitio. Pilar es infantil, tiene mal carácter, está claro que tú necesitas a una mujer de más edad a tu lado, alguien que sepa llevar una casa y criar a unos niños. ¡Estás perdiendo tu tiempo con alguien que no lo merece!

Rómulo la miró con disgusto. Aquella nueva faceta de su hermana lo desconcertó y, también de alguna forma, lo asustó, en aquellas palabras parecía haber incluso odio. Siempre habían estados muy unidos. Felisa le había apoyado en su vida absolutamente en todo, salvo en esto.

—No me gusta que me hables así, ni te metas en mis cosas, estoy muy enamorado. Este último año ha sido el más feliz de mi vida. Los Gabaldones me tratan como a un hijo. Tampoco me gustan las pocas alabanzas hacia mi novia. Últimamente no dices ni una buena palabra sobre ella. Es como si le hubieras cogido tirria sin tener ningún motivo. No te reconozco cuando hablas con tanta acritud.

Felisa lo miró con seriedad. Parecía calibrar su discurso, como si supiera que había sido demasiado efusivo. Giró la cabeza para mirar al horizonte y se recompuso:

—Perdón, no pretendía ser impertinente con ella. Pero te conozco y sé que no estás enamorado. No puedes estarlo de alguien tan vulgar y pueril. ¡Si es hija de un alcalde socialista!

Y ahora sacaba la política. ¿Qué tenía que ver? ¡Todo el país estaba obsesionado! No era suficiente con los periódicos, ni los malditos partidos políticos, las revoluciones de Asturias, los sucesos de Aznalcóllar o las recientes elecciones de mayo, que tenían patas arriba a media España. ¿Es que nadie se daba cuenta de lo que de verdad era importante en la vida?

—¿Pero qué bicho te ha picado? ¡Nosotros no nos metemos en política! ¡Nunca! No tenemos nada que ver. ¿Y con los socialistas? Y te recuerdo que nuestro tío, Andrés, el único que en la vida se ha preocupado por nosotros, y nos ha cuidado, es diputado Republicano. ¡Re-pu-bli-ca-no! ¿Ahora tú de qué te vistes? ¿De señora bien, de derechas, a estas alturas? ¡No me hagas avergonzarme!

Pero su hermana no quería escuchar. Ni hablar de su querido tío Andrés. Aquél que los había protegido como huérfanos, el que les había prestado dinero y mantenido. Ella seguía con la misma cantinela. El foco de su obsesión: Pilar, Pilar y Pilar.

Y Pilar no era de esas jóvenes dulces, que todo lo hablan con una merienda y se olvida de todo con unas flores. No perdía el tiempo con esas cosas. Así que, si no lograba que su hermana suavizara su actitud, Pilar podría alejarse incluso de él. Y no estaba dispuesto a asumir nada que pusiera en riesgo su futuro con Pilar.

Su hermana seguía con su proclama:

—Sois de clases distintas. ¡Esa ni va a misa!

Menuda crítica absurda.

—Por supuesto que va, ella y toda su familia. Como el pueblo entero, todo el mundo va a misa los domingos. No tiene ni pies ni cabeza lo que dices, que, si misa, que si socialistas… ¿qué tendrá que ver?

—Pues que es una joven caprichosa, es hija única. Se cree el centro del mundo. ¡Es demasiado joven para ti! Solo estoy velando por tus intereses, por todo lo que has construido. Pilar jamás estará a nuestra altura. Está acostumbrada a que se lo hagan todo, no es una luchadora como nosotros. Aquí estamos, trabajando, mientras ella seguro que estará tranquilamente tocando el piano, no tiene otra cosa más en la vida. No te aporta nada. No es como nosotros, unos luchadores. Los Valentines trabajamos duro día y noche para conseguir todo lo que tenemos.

Rómulo negó con la cabeza.

—Dejémoslo. Deberíamos estar celebrando el alboroque, sin embargo me estás dando el día. No entiendo ni una palabra de lo que dices. Y te aseguro que Pilar está muy por encima de lo que yo

jamás habría soñado. Soy feliz, eso debería ser suficiente para ti. Hoy es un día muy importante para mí y no quiero que nada lo enturbie.

Rómulo se enfadó. No podía oír más sandeces, ni barbaridades. Su hermana Felisa estaba celosa como una niña, ahora lo veía cristalino. Y no podía ser. Mentiras y olas, nunca vienen solas. Además, le horrorizaba su discurso clasista. Si de algo estaba seguro Rómulo, en lo concerniente al destino de la raza humana, es que la política se extinguiría. En el año dos mil a buen seguro no habría ni un solo político en el planeta para amargar a nadie, y todos vivirían felices. Ese era el secreto para comer perdices. Seguramente eso sería antes incluso de que el hombre llegara a pisar la luna. No estaría mal, llevarlos a todos exiliados allí. Cada uno remaba solo para sí mismo, pocos para todos. Desde joven, se había sentido distanciado de la política y no tenía ningún atractivo para él, y menos en el contexto actual. Siempre andaban a la gresca, insurrecciones, atentados e incluso revoluciones. El Congreso era un foro para las agresiones verbales, en vez de un poder legislativo constructivo.

El futuro de la raza humana estaba asegurado, era espléndido, pero sin política; repleto de campos verdes y comunidades de amigos que trabajaban como una familia. No existiría la pobreza, y las leyes serían tan justas, que nadie querría reformarlas.

Estaba claro, los políticos se extinguirían, como los dinosaurios. La gente viviría, simplemente, y sería eso mismo, el modo de afrontar el futuro lo que configuraría las corrientes de pensamiento generales de las personas.

¿Cómo es posible que nadie lo viera tan claro como él? La corriente general era la contraria a la suya, pensar que siempre se podía ir a peor y que nada bueno estaba por venir. ¡Cenizos! Y su hermana formaba parte de esa línea de pensamiento contraria a la suya, la de "piensa en lo peor, y acertarás".

Felisa tendría que adaptarse a un futuro más justo e igualitario, sin tantas ínfulas, en el que por supuesto Pilar sería el centro de toda su vida. Tenía que aceptar la realidad. Y él tenía que centrarse en aquel día, en olvidarse de aquel enfado para volver a su carácter

risueño. Su carácter era afable y lucharía por mantenerlo siempre así. Era su filosofía de vida, lo que le hacía dormir de un tirón y levantarse feliz.

Pilar esperaba a Rómulo con el refrigerio preparado en la mesa de la salita que había situado estratégicamente frente a la ventana. Su madre le había ayudado, tenían chocolate, bizcocho y magdalenas caseras. Suspiró cansada, menudo año de noviazgo, se sentía abrumada en exceso. No estaba de genio festivo, como lo llamaba coloquialmente su madre. Pero esta vez era diferente, su situación iba mucho más allá y no veía ninguna salida a aquella situación.

Aun así, se esforzó porque todo estuviera preparado hasta el más mínimo detalle. Ella misma fue a la cocina a llenar la jarra de agua, para posteriormente depositarla en la pequeña mesa. Era una jarra preciosa, heredada de su abuela, con preciosas e intrincadas tallas de vid. Pesaba mucho. Pero como decía siempre su madre, si pesa, es que es de buena calidad. Pidió a las chicas de servicio que tuvieran preparado chocolate y café con leche, con Rómulo nunca se sabía muy bien cuál de los dos escogería. No parecía seguir ningún patrón determinado, en casi nada. Un día estaba aquí, otro allí. Le gustaba la carne y el pescado. Absolutamente todo, le parecía estupendo. No recordaba haber tenido ni una sola discusión con él, y eso le preocupaba casi más que el resto. Ella discutía hasta con el perro de su vecina, y reconocía que muchas veces era incluso necesario. No haber discutido nunca, sonaba casi a fracaso, como si no estuvieran teniendo una relación normal. Le daba un punto de surrealismo que atizaba todas sus dudas.

Revisó bien su blusa a juego con la falda, todo de un elegante tono coral, ambas estaban hechas de la misma tela rayada veraniega. La falda era un poco más corta de lo que se llevaba en el pueblo, pero le parecía que favorecía mucho más su delgada figura.

Le gustaba cambiar de colores según la estación, lo que se había tornado en vana costumbre, que complicaba quizás en exceso a sus padres con sus curiosas peticiones de confecciones a medida. No era que fuera caprichosa, como Felisa, por ejemplo, que iba siempre a la última moda, de las distintas capitales del país. Ella siempre iba por

detrás, al vivir en el pueblo. Pero no vivían al margen de las revistas y le gustaba resaltar su figura quizás excesivamente delgada.

Felisa, solo de pensar en ella, quería salir de su propia cabeza, prefería no coincidir con ella ni en ese espacio mental. Aunque no era el único problema al que debía enfrentarse. Por delante había muchos, y de gran calado y esperaba esa misma tarde solventar los principales.

Pilar no se sentía cómoda con su noviazgo. Últimamente Rómulo la agobiaba en exceso, a pesar de que, por supuesto, no fuera malintencionado. Era como si no se diera cuenta de que, con su exceso de cariño, la estaba apagando poco a poco. Se sentía como una planta con exceso de regadío.

Rómulo era simple y llanamente, demasiado positivo y entusiasta. Chocaban sus personalidades muchísimo y lo que en los inicios le hacía tanta gracia, como que jamás viera la realidad tal y como era, desde hace unos meses era una losa para ella. Se habían ido desconectando paulatinamente el uno del otro. O quizás ella se había ido distanciando de él. En cambio, no había ningún indicio de que a Rómulo le hubiera pasado lo mismo, ya que siempre estaba alegre y positivo. Así que tenía que poner orden en su mente o se volvería majareta. Un montón de sucesos y conversaciones se agolparon en su mente, difusas. Que no hubieran tenido ninguna discusión no quería decir que no hubieran tenido problemas.

Todo empeoró hace poco más de un mes, cuando Rómulo la llevó a pasar el día a su casa familiar de Valdeganga. Suspiró al recordarlo.

Lo que estaba claro es que, desde el minuto uno, Rómulo se había tomado la relación muy en serio. No estaba jugando, ni se andaba con chiquilladas. Desde aquel primer encuentro en la plaza de la fuente, era como si todo estuviera orquestado y simplemente estuvieran siguiendo las notas de su partitura. Su obsesión con ella era intensa. Lo veía en sus ojos en cada una de sus visitas, se deslomaba por hacerla feliz. Incluso, un día, le llegó a intentar cocinar una tortilla de patatas, solo para demostrarle su amor, a pesar de no haber cocinado jamás ni un huevo, por muy ridícula que fuera esa muestra de afecto.

No dudaba de sus intenciones, como tampoco de su amor por ella. En realidad, le hacía la vida fácil, con él todo era sencillo y maravilloso. De ahí esa contradicción interna, por un lado, una sensación de agobio por aquella, su primera relación; por otro lado, la de sentirse halagada por ser merecedora de tales atenciones. Y lo peor de todo es que le sabía mal pensar todo esto, le hacía sentir mezquina. Sí, eso era. Aquella posición incómoda le hacía sentir la villana del cuento, la que rechaza al joven bueno y apuesto.

Recordó los momentos más relevantes de su noviazgo, como incluso aquella vez en que Rafael intentó increpar a Rómulo en la puerta de su casa. Rómulo fue educado, no levantó siquiera la voz, y le dijo que ni siquiera sabía quién era aquel joven que parecía tan agraviado. Rafael tuvo que irse, al no atreverse a confesar su interés delante de ella, muerto de vergüenza ante la indiferencia de su rival.

Estaba claro que Rómulo vivía en su mundo, y el resto de las personas, simplemente, no importaban. Nunca había conocido a alguien así, y ciertamente le fascinaba, porque ella era exactamente lo opuesto a su novio. Siempre pensaba que todo podía ir a peor y a ella sí le importaba aquello qué pensaran los demás de ella. Veía los defectos propios y ajenos en cualquier esquina. Y su desasosiego no se diluía precisamente con el entusiasmo de Rómulo. Eran como el agua y el aceite, que solo podían mezclarse un segundo, justo al removerse con una cucharilla, pero que cuando las aguas volvían a su cauce, se separaban inexorablemente.

En los primeros meses todo aquello solo les benefició como pareja y los unió como amigos y amantes. Pero, paulatinamente, piedrecitas de cal se agolpaban sin control en su corazón con los comentarios casuales de su novio:

—En cuanto nos casemos, nos iremos a vivir a Valdeganga. Mis cuatro mujeres juntas.

¿En cuánto nos casemos? ¡Si soy una niña! ¡No he salido apenas del pueblo! ¡Mi padre ha cruzado cinco palabras contigo, no lo tienes ni convencido!

—Tendremos por lo menos cinco hijos.

¿Cinco? ¡Si no sé si quiero uno!

—La casa de Valdeganga es el paraíso en la tierra.

No pienso vivir en Valdeganga ni muerta.

—Odio a los políticos y la política. ¡No sirven para nada!

Mi padre es alcalde y un gran hombre, que intenta cuidar del bienestar de todo el mundo. Soy socialista de cuna.

—Mi hermana Felisa es una gran ayuda, no sé qué haría sin ella. Se encarga prácticamente de todo.

¿Pero no te has dado cuenta de que desde que somos novios le falta acuchillarme por la espalda con un cuchillo jamonero?

—Me encantaría que viajáramos en avión, como hizo Alfonso XII.

Ni borracha me subo a un avión para volar por el cielo. ¡No somos pájaros! ¡Moriría de miedo!

Y así podría estar Pilar recordando pensamientos que marcaban distancia entre ellos, incrementando, de esta manera, sus dudas sobre la relación. No es que no eran la pareja perfecta, era mucho peor, nada tenían en común.

Su madre, Luisa, entró en el salón y le dio las servilletas bordadas por ella misma, esa misma primavera, estaba muy orgullosa de la hazaña y las sacaba a relucir a la mínima ocasión. La verdad es que eran bonitas, ribeteadas en azul cielo, y con las iniciales GC, de Gabaldón y Córdoba, los apellidos de sus padres, bordadas en una elegante letra cursiva,

—Hija, aún tardará en llegar. Te noto algo alterada. Refunfuñas, y eso no es propio de una señorita bien educada de tu edad. No paras de mover las manos, como si estuvieras ensayando una lección.

—Sí, madre, ya sabes que tengo muchas dudas. Últimamente no sé, siento que Rómulo me agobia mucho.

Luisa se sentó y la cogió de la mano afectuosamente. Sonreía con amabilidad, como si fueran cosas de chiquillos en vez de una relación adulta.

—Me duele oír eso, hija, pues parece un buen chico, está claro que te quiere. Aunque tengo que reconocer que es algo intenso. Por nosotros no te preocupes, lo que decidas siempre será lo correcto, y tu padre está deseando librarse del señorito ricachón. Noto algo de rivalidad entre ambos.

Así lo llamaba entre mofas Zacarías, las pocas veces que lo mencionaba, porque la mayor parte del tiempo, es decir, cuando no

lo tenía delante de sus narices, hacía como si no existiera. Era verdad que a su padre parecía no gustarle su novio, pero era educado con él, por supuesto. Su padre era un señor, y ella lo quería con locura. Estaban tan unidos que debería molestarle que Rómulo no fuera de su agrado, pero no era así, sabía que a su padre no le parecería bien ningún tipo de novio o pretendiente, su vínculo padre e hija era tan importante, que consideraba normal su actitud recelosa.

Si de algo estaba segura en la vida era de que sus padres la amaban sin reticencias, y harían cualquier cosa con ella, incluido aceptar en el futuro a Rómulo como su marido, si es que hacía falta, pero por ahora solo trataban de protegerla, como su bien más preciado. Así que sus padres no eran ni mucho menos el problema. Sus dudas eran otras.

—Madre, ¿te acuerdas del día nefasto en Valdeganga? ¿Cuándo me llevó Rómulo a comer con su familia?

—Por supuesto. Llegaste de mal humor y no quisiste darme más detalles, salvo que habías comido arroz caldoso con judiones y pichón. Me acuerdo bien, porque fue la única indicación que me diste a pesar de llevar horas esperando a que me dieras los pormenores.

—Pues, pues…

Pilar no sabía bien cómo expresar las dudas que se habían acumulado en su interior, y que no había querido compartir por si fueran infantiles o pasajeras. No era de las que iban por ahí contando todo lo que pasaba y dando detalles de sus sentimientos. Aquellos alardes los veía innecesarios. Pero si debía confiar en alguien y oír su opinión, estaba ante la persona indicada. Luisa se deshacía en dedicación hacia ella.

Las lágrimas asomaron inesperadas entre las cuencas de sus ojos, y no eran pequeñas, podían haber caído con peso específico en un cubo con su consiguiente "clonc" metálico. Lágrimas de elefante.

—¿Qué sucede, hija? Por favor, no llores, si tú nunca lloras, ni de pequeña, cuando te caías y te marcabas las rodillas.

Luisa la abrazó, qué extraño y perturbador era ver llorar a su hija. Le partió el corazón. Sintió como si algo se rompiera en su interior,

como madre, por no estar acostumbrada a esa muestra de debilidad y dolor. Pilar era un roble. Sintió que su hija había acumulado un daño que no encajaba en su interior. Algo le estaba causando una gran pena.

—Madre, no sé por dónde empezar… era todo. Me sentí mal cada segundo que pasé en Valdeganga. Para empezar, la casa era horrible, muy oscura y grande. Felisa lo controla todo, lleva llaves para cada puerta y solo las tiene ella. No tiene casi luz, y no sé, notaba una sensación desagradable en ella. No quiero vivir allí ni loca. No me gusta, y sentía todo el rato un desagradable olor a polvo y habitaciones cerradas. ¿De qué sirve tener tanto dinero para vivir así? Sin luz, ni calor, ni sensación de hogar.

Luisa miró a su hija. Se había callado aquello más de dos meses y eso que ella le había estado preguntado, así que debía de haber sido una situación que había marcado intensamente a su hija, tanto como para guardarla, rumiarla durante semanas y expulsarla al no poder contenerla más.

Pilar miró a su alrededor. No pudo evitar las comparaciones. Su casa no era ni tan grande, ni opulenta en su exterior, tampoco tenía terreno, pero vivían con muchas comodidades. Además, lo más importante era la calidez que desprendía cada habitación, con las puertas y ventanas abiertas, y el sol entrando a raudales. Todo ventilado, sin olor a cerrado o humedad. Valdeganga le había parecido tétrico e inquietante. Estar allí le había provocado todo tipo de sentimientos negativos: bloqueo, malestar, rechazo y suspicacia. Sobre todo, suspicacia. ¿Cómo podía Rómulo vivir así cuando estaba allí? Era lo opuesto a su carácter. Ella había pensado que su casa familiar sería parecida a la que tenía en la propia Fuentealbilla, con ventanales, patios y plantas. Pero sus expectativas por lo visto eran demasiado elevadas.

—Bueno, eso tiene fácil solución, hija, se lo dices y punto. Rómulo haría cualquier cosa por ti. Le dices que quieres vivir en Fuentealbilla, o bien aquí con nosotros, o en la casa que él mismo tiene en la plaza principal de la fuente. No sé por qué habríais de vivir en Valdeganga cuando tiene una de las casas más bonitas que he visto en mi vida, aquí mismo, a la vuelta de la esquina. No tiene

lógica, nosotros estamos aquí. Lo habitual es vivir cerca de la familia de la novia.

Pilar la miró impotente. Sentía algo de rabia acumulada por guardar tantos meses lo que la disgustaba.

—¡No!, ¡No lo entiendes! Tenías que ver a sus primas, Adelaida y Bernarda, siesas y estiradas. Todo el rato pendiente de él. "Rómulo, esto". "Rómulo, lo otro". Encima… ¡Lo besuquean! ¡Tratan a su primo a cuerpo de rey, aunque entiendo que es normal porque es su sustento económico! No las abandonaría jamás, y Felisa nunca lo dejaría ir. Está atrapado en aquella casa, con aquellas mujeres, y aquello me impactó con fuerza. Fue un golpe de realidad. En aquella casa es como si Rómulo fuera otra persona, no sé cómo explicarlo. Si me caso algún día con él, tendré que soportar a esas personas cada día, opinando, manejando y tocándolo. Además, viviendo en una casa en la que siempre seré la eterna extraña. Poco puedo hacer, madre. Le he dado mil vueltas a la cabeza. La situación que tiene con su hermana y primas… Y Felisa, madre, no te puedes imaginar cuánta falsedad acumulada, me trata delante de Rómulo cordialmente, y la mínima me lanza unos cuchillos que del susto no sé ni recoger. Cree que le tengo miedo, y eso me fastidia. Porque no es así, es solo que sé que tengo que respetarla, por Rómulo, es su hermana ¿De qué me serviría enfrentarme a ella? Es su única familia directa, su socia en todos los negocios. Su mano derecha. No puedo competir con eso.

Luisa bajó la cabeza, pensativa. Su hija tenía toda la razón, ahora que se lo había explicado entendía mejor su actitud distante. La conocía, su hija no duraría mucho en un entorno así, se marchitaría y sería tremendamente infeliz. No era lo que quería para ella.

—Mala solución tiene pues, hija. No puedo decirte más. Pero tranquilízate, por favor, no me gusta verte así. Gracias a dios no tienes por qué casarte si no quieres, no tienes ninguna necesidad. Ya sé que lo que te digo puede sonar radical, pero el casarse es una decisión personal, y, por tanto, es opcional. Sé que el resto de las madres, no dicen esto a sus hijas… Así que este consejo te lo guardas, es privado. La obsesión del resto de madres es casar a sus hijas, con la mejor fortuna. Pero, nosotros siempre hemos sido

distintos, como familia, somos si quieres verlo así, algo más modernos. Lo sabes perfectamente, para empezar, tu padre y yo nos conocimos de casualidad, cuando vivía en Valencia con los abuelos. Tu padre ya comenzaba con la política, y estaba en Valencia no recuerdo exactamente por qué. Y allí nos conocimos por casualidad, delante de la mismísima Catedral de Valencia. Ambos íbamos a entrar a visitarla y nos saludamos, a pesar de no conocernos. Yo nunca estaba sola, pero mi madre había quedado a pocos metros a merendar con amigas, y no vio peligro en que entrara sola en un lugar religioso. ¡Menos mal! Fue tan bonito, que hicimos la visita juntos, comentamos cuadros, sombras o cualquier esquina, disfrutando con la ilusión de habernos conocido. Mi origen es mucho más humilde que el de tu padre, pero eso no le detuvo. Creemos en el amor. No hay que casarse por obligación o promesas de título. La sociedad tiene que avanzar, de algún modo. ¡Las mujeres hemos votado incluso! Tu padre ha cuidado de ti desde que naciste, prestándote una atención tan inusual para ser un hombre, que fue incluso objeto de burlas en nuestro entorno y seguirá haciéndolo siempre. No debes sentir presión ninguna por casarte. Aunque yo a veces te haya hecho algún comentario, porque claro, me encantaría verte vestida de novia, pero no debes darle importancia.

Su madre se levantó mientras daba aquel inesperado discurso liberal. No sabía si se había pasado, pues la sociedad, y más en los pueblos, era muy tradicional. No quería tampoco meterle en la cabeza ideas extremas, pero tampoco que pensara que el único camino de la mujer era el matrimonio. A veces se contradecía ella misma, porque deseaba como toda madre para su hija un buen matrimonio, con un joven que fuera apuesto y educado, pero que también tuviera una buena posición.

—Solo tú puedes decidir cómo será tu futuro, hija. Una cosa es casarse con Rómulo, otra es con Rómulo, Adelaida, Bernarda y Felisa. Y esta última, menuda decepción, ¡con lo amiga que parecías! No entiendo la actitud de esa joven, debería estar feliz por su hermano. Encima, te conoce desde pequeña. ¡Qué mala sombra!

Si su madre supiera. La envidia en sus ojos. Buenas palabras y ruines hechos engañan a sabios y necios.

—Sí, no entiendo su cambio. Parecen celos, o envidia. Ha variado su actitud por completo con mi persona. De todas ellas, Adelaida parece la más normal, al menos, me mira con pena, como si no fuera del todo partícipe, pero, aun así, es distante y fría. ¡Al menos ella no me fulmina con la mirada, ni me sonríe como un gato herido! Yo no quiero vivir con esa gente. Ni en esa horrible casa. Adelaida y Bernarda son primas por parte de la madre. Están muy unidas a su prima Felisa, eso sólo consiguió aumentar mi incomodidad y desubicación, se me hizo eterno y me quedé callada. Yo en Valdeganga no me quedo ni a dormir una noche. Una visita diurna ya se me hizo insufrible. ¿Cómo podría vivir allí, madre? ¿Dónde estaría mi sitio entre aquellas mujeres?

—Pues entonces, sea. Creo que ya lo tienes decidido. No hay más que hablar. Me parece una buena decisión, pero igual te precipitas, tienes todo el tiempo del mundo, debes darle la oportunidad a Rómulo para demostrarte que todo esto que estás vislumbrado puede no ser así.

Pilar negó con la cabeza, sabía que Rómulo estaba atado a aquella casa, a través de aquellas mujeres. Entendía lo que le quería decir su madre, pero no quería sentir la esperanza de montarse castillos en el aire. Debía ponerle fin a todas aquellas complicaciones dolorosas que estaban haciendo merma en ella. Habían sido muchas noches tormentosas, con dudas y miedos. Le había dado mil vueltas a todo, pero en ningún giro había podido siquiera vislumbrar una solución.

Sí, con todo el dolor y vergüenza, está decidido. Pero me siento mal, y cobarde, como si estuviera huyendo de algo.

—Madre, debo hacerlo ahora, no puedo postergarlo.

Luisa miró al suelo, pensativa. Conocía bien a su hija, seguro que llevaba meses planeando una ruptura. Era increíble que no se hubiera dado cuenta, pero es que desde pequeña era una niña muy hermética. Se guardaba siempre dentro todo aquello que no le gustaba. Veía que se sentía acorralada, como si fuera un animal de campo en un cercado.

—Si estás decidida, y lo estás pasando mal, por supuesto, tienes todo mi apoyo.

—Pero no por ello deja de doler, madre. Además, sé bien que Rómulo no se lo espera, y esto puede dolerle de por vida. Lo conozco muy bien. Él sólo ve venir las cosas positivas, siempre lo bueno. No está preparado para lo malo. Ojalá tenga siempre suerte en la vida, porque se aleja demasiado de la verdad, y con ello, de la realidad. Yo lo quiero, pero no quiero una vida con él. Ya sé que es contradictorio… Ni yo misma me entiendo, sólo sé que no puedo más, necesito poner distancia entre nosotros. Lo he pasado muy mal estas semanas, y él no se ha dado ni cuenta. Igual que tampoco lo hizo aquel día en Valdeganga. Me duele, además, que no estuviera a la altura, que no me hiciera el día más fácil estando más pendiente de mí que de sus parientes. Me dejó sola, y eso hizo que incluso desconfiara de él. ¿Cómo puedo pasar de ser el centro de su vida, la más apreciada y mimada hasta ser abrumadora, a ser ignorada en un momento tan importante como aquél? Hay una contradicción en Rómulo que no puedo ignorar. Yo es que soy igual siempre.

Sí, su hija no tenía cambios de humor. Ni tampoco era emotiva, errática ni pasional. Se parecía mucho a su padre, Zacarías. Era muy Gabaldón.

—Es entendible. Por lo que me has contado, yo tampoco te veo allí, en aquella casa, rodeada de aquellas mujeres. Tienen demasiado protegido a Rómulo. Nunca van a saber dejarte tu sitio en aquella casa, como esposa de Rómulo. Sea, hija.

—Sea.

Pilar se sintió por primera vez en muchos meses aliviada al escuchar esas palabras, como si hubiera soltado un mueble viejo y polvoriento que llevara cargado a la espalda.

Rómulo miró sus flamantes zapatos de cordón nuevos. Los estrenaba aquel día y le habían costado una pequeña fortuna, al igual que la camisa y el traje de chaqueta azul marino que vestía aquel maravilloso día. La conversación con Felisa en las salinas era agua pasada. Se había puesto su mejor pañuelo de seda en la solapa, de color burdeos. Era un día especial, la gran merienda que tanto había planeado, la ocasión que marcaría su destino para siempre, y tenía una visión bastante nítida de cómo sería su

afortunada futura vida junto a su amada Pilar. Tenía todas las ganas y razones para salir victorioso y, para ello, iba pertrechado con el precioso anillo de su madre en el bolsillo. Lo tocaba cada pocos segundos con la punta de sus dedos, nervioso. Era único, forjado con una gran esmeralda rodeada de brillantes, algo ostentoso quizás para llevarlo todos los días. Y es que Pilar se merecía lo mejor. Sería su esposa. Su mujer. El amor de su vida. Lo supo desde el primer momento en que habló con ella, una de las veces que recogió a su hermana en su casa. Aún era pequeña, no tendría más de catorce años, hace tres años. Esas cosas se sabían. Era como recibir una llamada que le insuflaba una certeza absoluta interna. En aquel instante sintió que Pilar era la mujer que marcaría su futuro y que todo iría bien, sobre ruedas.

Y precisamente, aquella tarde era el primer día de una vida de ensueño juntos, tan perfecta que su corazón ya latía desbocado por la emoción. No podía dejar de reír solo, como un loco enamorado mientras se dirigía a la casa de los Gabaldones. Pensó en la piel de Pilar, con esa textura tan peculiar, su pelo brillante o las pocas veces que conseguía sacarle una sonrisa. Porque mira que era seria la jodía…. Tenía la impresión de que era un volcán inactivo, y que un día se pondría a soltar burradas a todo el mundo cual lava contenida. Era de las que decía verdades como puños, por mucho dolor que causaran y eso a veces asustaba mucho. Quizás con el tiempo Pilar cambiaría, sería más risueña y él le contagiaría con sus bromas. La alegría los desbordaría con el montón de hijos que iban a tener. Las risas invadirían sus vidas. Estaba deseándolo.

Como siempre, dejó el coche delante de la puerta de la casa de los Gabaldones, allí no entorpecía el paso a nadie. Los chiquillos, que parecían polluelos nerviosos, corrieron a subirse hasta el techo, sin vergüenza alguna. Esta vez, ni siquiera les llamó la atención.

Su futura suegra en persona, Luisa, abrió el portón. No lo hicieron las chicas de servicio como era costumbre y tampoco le dio tiempo a llamar. Seguro que la mujer intuía el gran desenlace y estaba impaciente, al igual que él. Tenía la impresión de que era todo tan obvio, que la pedida no era un secreto. La cara de Luisa así lo decía, parecía algo nerviosa, y levantaba las cejas arriba y abajo de forma

singular, nunca la había visto en esa tesitura. Nervios, claramente, ante el feliz acontecimiento.

Entró en el salón y allí estaba su amada, un bellezón como ninguna, con aquella mirada negra tan difícil de interpretar, pero que a buen seguro contenía su amor por él.

Llevaba el pelo suelto, algo bastante inusual, con inmensos bucles negros que caían sobre sus hombros. Bellísima. Llevaba una blusa con falda muy favorecedoras que nunca le había visto. Era buena señal que estrenara un conjunto nuevo.

Luisa le sorprendió al intervenir antes siquiera de que se saludaran:

—Sin que sirva de precedente, os dejaré a solas en la merienda, con vuestras cosas, yo tengo mucha faena en la casa. Además, a tu padre se le ha metido la idea de construir una pajarera en el techo. Tengo mucha faena con el tema del palomar, merendad tranquilos.

Rómulo sonrió, feliz, resultaba obvio que Luisa les dejaba intimidad para que pudiera pedir la mano de su hija. Todos estaban deseándolo, no solo él. Sería el acontecimiento del año en todo el pueblo, mejor dicho, en toda la Mancha. ¿No era acaso él el yerno perfecto? Cariñoso, divertido y atento. Eso sin tener en cuenta lo responsable que era.

—Sentémonos, Rómulo, tenemos que hablar.

Rómulo frunció el ceño, sorprendido por el giro inesperado. *¿Intuía Pilar la pedida? ¿La habría hablado con su madre?* No podía dejar que le tomara la delantera con aquella conversación.

—Sí, pero empiezo yo, que me hace mucha ilusión.

Rómulo sonrió con su mayor sonrisa, se le salían los dientes del rostro de la felicidad que emanaba de su persona.

Pilar lo miró confundida. No sabía qué bicho le había picado a Rómulo, siempre estaba contento, pero aquel día se estaba coronando.

—No sé. No estamos viendo este momento desde la misma perspectiva, Rómulo. No sé por qué. Llevas ropa nueva, hasta los zapatos. Y el traje, no te lo había visto nunca…

—¡Tú también lo has notado! Hoy es un día especial. El mejor de tu vida. Tu vestido creo que también es nuevo. Menuda coincidencia.

¡Los dos estrenamos!

Pilar se miró confundida la ropa. No era un vestido nuevo, tenía al menos dos años, pero era verdad, que, al ser de entretiempo, apenas se lo ponía. Ella era de las que en invierno tenían mucho frío, y en verano mucho calor. Friolera y calurosa, lo que dejaba poco espacio al entretiempo en su armario.

—¿Hoy? ¿El mejor de mi vida? —se llevó la mano al pecho.

Pilar no entendía nada, estaba muy confusa. Intentó dar un sorbo al chocolate, que se había quedado frío, en un intento de ganar tiempo para esclarecer sus ideas, pero estaba claro que Rómulo estaba como loco de júbilo. Claramente, no bailaban al mismo son.

Y dudó. Su sonrisa, su alegría y su ropa nueva, todo ello la hicieron pensar que quizás no era el momento oportuno para provocar una conversación que solo podía llevarlos a la ruptura directa. Sintió pena por él. Quizás no hacía falta ser tan drástica y retrasarlo. Era evidente que no era el momento, tan repeinado y guapo. ¡Tan aceleradamente exclamativo! Hablaba prácticamente chillando. Todo muy extraño… Rómulo estaba extrañamente forzado.

Lo malo de posponerlo todo era que no sabía si sería capaz de tener esa conversación más adelante. Porque detrás de toda aquella situación, había algo curioso que le provocaba muchas dudas, y era que ciertamente, lo amaba. Lo quería hasta decir basta, incluso con aquellas excentricidades que conseguían descolocarla como ahora en aquel preciso momento.

Romper con alguien a quien amas es tristeza absoluta y agonía infinita. Pero no podía obviarlo, por muy guapo que fuera, por mucho que lo quisiera, había un problema insalvable: no quería una vida en Valdeganga, ni mucho menos convivir con su familia. Ni hablar del tema de Felisa. Y, además, estaba ese otro punto negro, que a veces era divertido, pero otras muchas le tiraban para atrás: su positivismo exacerbado. Rómulo veía lo mejor hasta en el peor momento, y aunque podía resultar beneficioso en algunos momentos, de forma constante era insufrible. Siempre tenía que estar ella compensando con la realidad, haciéndole ver lo que tenía delante de sus narices. ¡Pero era Rómulo! Y a Rómulo le salía todo bien, había nacido con la mejor estrella del firmamento. Sus

negocios, su familia y su salud eran prueba de ello. ¡Sí, nunca había estado con fiebre en la cama! ¡Ni de infante! ¿Cómo invocar la realidad a alguien que solo obtiene buena fortuna? Rómulo era inmune a la mala fortuna.

Pilar removió su taza con la cucharilla de plata. ¿Acaso la buena suerte podía contagiarse? ¿Si pasaba mucho tiempo con él quizás nada malo podría pasarle?

Juana, la criada, cofia en la cabeza, entró, y puso unas pastas en la mesita. Aprovechó para recoger un vaso que se había quedado suelto. La señora de la casa le había hecho ponerse el uniforme al completo para recibir visitas.

Entonces sucedió. Pilar no tuvo tiempo de reaccionar. No debería haber sido así. Desde luego que no. Había planeado minuciosamente aquella conversación con Rómulo desde la víspera, sin apenas poder echar ojo en toda la noche. La situación se precipitó de modo errático:

—Pilar, tengo algo muy importante que decirte, y no puedo esperar. Eres la mujer de mi vida —se tocó la cara, nervioso—. He venido a pedirte hoy aquí que te cases conmigo. Que nos vayamos a vivir con mi familia a Valdeganga. Luego le pediré la mano a tu padre, como debe ser. Estoy seguro de que le gusto y va a ser un sí rotundo...

Ni en esas acertaba el pobre, a su padre le parecía sobradamente pretencioso. Pero claro está, no podía decirle aquello, heriría aún más sus sentimientos. Que no creyera que estuviera a la altura de su hija sería demasiado para lo que iba a suceder.

No podía ser. ¿Se había vuelto majareta?

Le estaba pidiendo matrimonio. Justo ese día. Pero ahí estaba su declaración, en la que una palabra había destacado fulminando el resto. A lo mejor si no la hubiera pronunciado, si no estuviera en aquel discurso... pero allí estaba: Valdeganga. Era todo lo que Pilar había procesado: "vivir con mi familia en Valdeganga". Horror. Justo cuando ella había decidido enfrentarse a todo ello. Así que no había vuelta atrás. Su orgullo se imponía al amor. Por Valdeganga no pasaría.

Iba a ser despiadada con lo que iba a decirle, tanto que le dolió el pecho. Sabía que no podía evitar ser ella misma. Su corazón se paró. Acaba de cumplir diecisiete años, no iba a sepultarse en Valdeganda con varias solteronas antipáticas. Ni hablar.

—Rómulo, yo…

—Espera, ¡mira qué bonito! —Rómulo sacó la caja aterciopelada del anillo, que se le resbaló de entre los dedos y fue a parar directamente debajo del sofá.

Ambos se agacharon y lo cogieron a la vez. Fue un breve instante de calma y felicidad, en el que sus cabezas chocaron, lo cual no hacía presagiar la devastación futura. Rómulo abrió la caja de terciopelo rojo y se la puso sobre el dedo.

—Espero que te guste, era de mi madre. Le encantaba. Decía siempre que era el anillo más bonito del mundo.

Pilar abrió confusa la pequeña caja. En realidad, no quería haberlo hecho, nada de lo que estaba pasado tenía sentido. Se obligó a observar el anillo, al fin y al cabo, era de su madre, y sabía lo que significaba aquel gesto para él.

—Es… Es precioso. Pero, Rómulo…

—Ro, para ti Ro. Rómulo suena a señor mayor. Mis padres me llamaban así.

—Rómulo, no voy a casarme contigo.

Ya está, dicho a bocajarro. Igual debía haber sido más sensible, pero me ha salido así.

Eran como el aceite y el agua, no se sincronizaban. El semblante de Rómulo se demudó, fue como si la casa entera hubiera caído sobre él, destrozándolo, partiendo sus miembros. No podía hablar. Titubeó.

—No lo entiendo, Pilar. Creía que…

—Lo siento de verdad. No estoy preparada para algo así. Te quiero, pero soy muy joven para casarme. Y, sobre todo, lo principal, el gran problema es que no quiero vivir en Valdeganga, ni compartir techo con tu hermana y primas. No sería jamás feliz allí.

Pilar titubeó con esas últimas palabras, como si le dolieran. Una muestra emocional inusual por su parte, pues estaba muy afectada.

Rómulo no había pensado nunca en esa cuestión, el tema de vivir en Valdeganga, ¿Cómo podía haber sido tan confiado?

Quiso agarrarle por la mano y contestarle que no pasaba nada, que podrían vivir en Fuentealbilla y renunciar a su familia, pero no fue capaz. No tenía el valor suficiente. Su hermana y primas dependían de él. Siempre había cuidado de ellas y no podía abandonarlas. Eran su responsabilidad, especialmente su hermana Felisa, por muy impertinente que se estuviera volviendo. Así se lo prometió a su padre literalmente en el lecho de muerte. Aún recordaba la intensidad de esa promesa, hecha casi por un niño sumido en un mar de lágrimas. Que nunca la abandonaría, que siempre la protegería. Además, su tío Andrés también contaba con él, como albacea y mediador familiar, así podía estar donde lo necesitaban en Madrid y luchar por su partido.

No pudo decir nada de lo que debía haber dicho para evitar aquella ruptura. Se sintió cobarde. Un fraude. Tanto amor y no era capaz de renunciar a lo que le estaba pidiendo. Sus responsabilidades pesaban y Pilar no podía entenderlo.

Pilar enseguida vio cómo la oportunidad que había tenido Rómulo para salvar su noviazgo se había esfumado. Le había dado la oportunidad de ceder, pero había hecho bien en no tener ilusión alguna al respecto. Rómulo no era capaz de renunciar a su estilo de vida y, quizás, jamás podría hacerlo.

—Lo siento mucho, Rómulo, de verdad.

Pilar le devolvió con cuidado el anillo. Se lo puso entre las manos. El joven la miró, tenía lágrimas en los ojos, pero estaba en silencio. A Pilar le destrozó haberle infligido tanto daño. Ver llorar a alguien que quieres es torturador. Pero saber que ella era la causante de aquella desilusión resultaba desgarrador.

Rómulo miró a Pilar, ella no lloraba, pero sí lo hacía él. No se había dado cuenta. Se tocó la cara, avergonzado. Se sonó los mocos con su pañuelo y se levantó. Apretó el estuche del anillo, que pesaba repleto de vergüenza.

Salió de la casa sumido en una nube de dolor, sin despedirse, sin añadir ni una palabra, no podía. Se subió al coche como un autómata. Se sentía desubicado, como si las cosas no estuvieran en

su sitio. Le pareció incluso que el coche no estaba donde lo había dejado.

Los pilluelos se asombraron, jamás le habían visto así, ni siquiera cuando eran pesados o cuando se subieron diez en la parte interior. Ese señor, Rómulo, siempre tenía buen carácter. Y ahora, tenía los ojos rojos y no podía hablar. Transmitía un gran pesar.

Pilar salió a la puerta, en un vano intento de acompañamiento a modo de consuelo, pero poco podía hacer. Su corazón se había partido al ver el daño que le había ocasionado. No sabía si Rómulo podría algún día recuperarse de aquello, ella sabía lo sensible que era. Hasta con los detalles más nimios. Había tenido que ser cruel, habían bastado tan solo unas frases cortas. ¿Pero qué más podía haber hecho? ¿Aceptar una vida que no quería? ¿Sacrificarse solo por el hecho de casarse?

No lloró. Ella nunca lo hacía. Ni de niña. Pero un fuerte dolor de cabeza se apoderó de ella, y corrió a buscar a su madre, que seguro estaba preocupada y deseando saber lo que había ocurrido.

Luisa estaba ya en el recibidor, preparada para atender a su hija, estaba claro que había estado pendiente de lo que había sucedido y que no se había ido a mirar lo del palomar, sólo había sido una excusa.

Pilar entró y la abrazó con mucha fuerza. Su madre entendió enseguida que la merienda había acabado en la temida e inevitable ruptura.

—Hija, no pasa nada. No sufras, todo pasará y enseguida te enamorarás de otro joven. Es ley de vida. Lo que parece ahora dramático, mañana no lo será tanto.

Pilar la miró, muy seria.

—Espero que tenga razón, madre. Ahora mismo, me siento por un lado aliviada, por haber expresado lo que sentía después de tanto tiempo y, por otro lado, inmensamente infeliz. Por fin se sentía libre, y eso le gustaba, pero conllevaba renunciar a mucho.

Unos días más tarde, en mitad de la noche, a una hora incierta, su padre la zarandeó.

—Pilar, niña, despierta.

Pilar se sobresaltó y se levantó de un salto.

—¿Papá? ¿qué sucede?

—Nada, no te inquietes. Es algo bueno, estoy seguro de que te animará. No soporto verte así más, tan triste y malhumorada. Hoy voy a dejar que cumplas uno de tus sueños.

Su hija llevaba más de un mes como un alma en pena, sin pegar un bocado, por culpa del joven ése, Rómulo. Zacarías sabía desde el principio que aquello jamás acabaría bien, aquel muchacho nunca le había convencido. Era cierto que lo respetaba ahora que lo había conocido más, sobre todo al conocer cómo había logrado salir adelante como cabeza de familia siendo tan joven, y valoraba mucho su capacidad de trabajo y sacrificio. Pero, por otro lado, no podía obviar que era petulante y engreído.

Pilar abrió los ojos, confundida.

—¿Un sueño? ¿Voy a subir a un barco?

Zacarías rio.

—¡No, hombre! ¡Sí que estabas dormida! Vamos, sígueme, ya verás, hija.

Zacarías rio por la ocurrencia de su hija, ni que tuviera en la puerta un velero. Vivían en secano y el mar pillaba muy lejos. Menuda ocurrencia.

Pilar se puso un batín blanco bordado encima del camisón y se ató la lazada al cuello. Tenía tanto sueño y estaba tan triste que no tenía ninguna esperanza de lo que acaeciera. Además, ya sabía que lo del barco, pues no iba a suceder. Y que ella supiera, era su único sueño verbalizado.

Su padre la guio hasta los pequeños establos traseros. Para llegar, prácticamente había que salir del perímetro de la casa a través de un estrecho pasillo, atravesando dos pequeños corrales de labriego. Sintió el frío de la noche sobre sus piernas, así que se arrebujó en su batín.

Al llegar al pequeño establo se sorprendió con la iluminación a candiles de gas. El establo parecía otro, cálido y reconfortante. Estaban dos de los hombres de su padre, y el veterinario, Don Alberto. Además, observó que habían hecho un pequeño fuego en el patio trasero.

—¡Hija, aquí tienes la gran sorpresa! ¡Han parido a la vez las cuatro vacas! ¡Es casi un milagro!

Pilar abrió mucho los ojos, emocionada, y pudo ver que ya había tres terneritos andando entre la paja. Eran preciosos, a pesar de estar sucios y viscosos. Daban traspiés con sus propias patas y caían al suelo entre la paja.

—Y ése que sale ahora, el último, será el tuyo.

—¿El mío?

—Siempre quisiste tener un ternero propio. Lo repetías una y otra vez.

—Pero cuando era una niña, quizás con cinco años… Padre, que luego se hará grande… ¡Menuda locura! ¿Qué voy a hacer con una vaca a modo de mascota?

Pilar soltó una carcajada, después de imaginarse compartiendo cuarto con una gran vaca, menuda locura, su madre se volvería loca. Su padre siempre había sido muy consentidor con ella, y era cierto, que, como su única hija, la trataba con gran afecto y cariño. Para mucha gente del pueblo, su madre incluida, en exceso. Pilar miró con afecto a su padre. Por primera vez en muchas semanas, sintió alegría.

—¡Pues luego lo cambiamos por un corderito o un perro! ¡Y ya está!

Lo quiero. Es el mejor padre del mundo. Debe de estar muy preocupado por mí si ha organizado todo esto.

Zacarías hizo un gesto a uno de los hombres y éste le acercó un pequeño ternero. Pilar se agachó y lo abrazó emocionada, sin preocuparse por manchar de sangre y mucosidad su precioso batín. Sintió su calidez, era precioso. Por un momento, sus pesares se esfumaron.

—La verdad es que es precioso, mira cómo se retuerce, es bastante movido. ¡Pero cuando crezca, prométeme que no nos lo comeremos!

El animal se retorció y Pilar lo dejó en el suelo. A pesar de acabar de nacer, pesaba lo suyo.

—¿Y qué haremos con él? ¡Lo normal es comerlo!

—¡Se quedará pastando en el campo cuando crezca!

Su padre le dio un beso en la frente, feliz.

—Claro, hija. Aún no puedes llevártelo a casa, tiene que estar con su madre. Pero mañana estará aquí, esperándote. Tienes que pensar un nombre.

Pilar pensó.

—Se llamará, Rábano. ¡No creo que madre me deje meterlo en casa, es una locura y es enorme!

Y Pilar rio a carcajadas, por la tontería.

—Cuánto me alegra verte reír, hija. Es un nombre un tanto raro y feo, pero es divertido.

Pilar cogió esta vez en brazos al recién nacido y lo llevó con su madre.

—Adiós, mi querido Rabanito.

Padre e hija volvieron a la casa, cogidos por los hombros, felices ambos de haber compartido aquel maravilloso instante de felicidad.

—¿Padre, pero cuán rápido crece un ternero?

Su padre se rascó la cabeza.

—Pues rápido. Pero tarda meses en destetarse.

Zacarías no había pensado en ello. Volvió sobre sus pasos para preguntar al veterinario:

—Alberto, ¿cuánto tiempo más o menos?

—Pues el destete es más o menos a los ocho meses, pero a esa edad ya pueden pesar más de doscientos kilos…

Su padre se rascó la cabeza, incómodo. No tenía mucha lógica entonces todo aquello.

—Padre, quizás son muchos kilos para tenerlo rondando por casa…

—Imagina la cara de tu madre, cuando intente pastar la alfombra del salón.

Se abrazaron, entre risas.

Pilar se sintió reconfortada por el esfuerzo de su padre para que volviera a ser la de antes. Aunque fuera por sus padres, debía salir adelante, por muchas dudas que surgieran en su mente. Debía dejar atrás el pasado. Tenía toda una vida por delante, junto a Rábano.

C A P Í T U L O C U A R T O :

"Soy la villana de una preciosa historia de amor"



Fuentealbilla. Octubre de 1935.

Pilar estaba completamente devastada, a pesar de que ni una sola lágrima había caído de sus ojos en aquellos meses. Paseaba por el campo, cerca de uno de los huertos familiares, a ritmo lento. Total, no tenía nada que hacer. Hacía calor para ser octubre, y se percató de que se había abrigado demasiado, pues llevaba puesto un tailleur de erizados pelos largos, con botones plateados en forma de cuadrado. Afortunadamente, el sol se estaba poniendo.

Era la primera vez en su vida que no sabía gestionar sus emociones. Su cabeza corría de un lado a otro, sin coherencia alguna. Jamás había pensado que una persona tan fuerte como ella no pudiera gestionar una ruptura. Había leído mucho sobre ello, en las novelas, y folletines, pero nada se acercaba, ni por asomo.

Soy la villana de una preciosa historia de amor.

Lo más hiriente era que sentía que era una mala persona. Pensó que, con el paso de los días, su dolor iría menguando, pero no había sido así, al contrario, yacía enquistado en cada uno de sus pensamientos. Sus padres le aseguraban que camino largo y penoso, más meritorio y glorioso, y que, una vez superado el trance, todo sería un lejano sueño, pero aquello era un engañabobos para tranquilizarla. Se sentía mil veces peor que el día de la ruptura, esa era la verdad. Nada había mejorado, así que nada de lo que decían tenía sentido alguno. Además, era plenamente consciente de que

había destrozado a una persona buena, o mucho peor, a alguien a quien amaba. A su cabeza, cuando menos lo esperaba, veía la imagen de un Rómulo destrozado, con lágrimas en los ojos. Y entonces la culpabilidad la invadía hasta bloquearla por completo. Pero lo más duro no era eso, sino que, a pesar de todos esos sentimientos, de toda esa pena, no cambiaría nunca su decisión. Volvería a tomarla.

El amor no había sido suficiente para conseguir que ella continuara con aquella relación o quizás, simplemente, era muy egoísta por no querer renunciar a su vida. No quería vivir con aquellas mujeres en Valdeganga. No quería formar parte de aquel clan. Seguía pensando exactamente igual, pero tenía muchas dudas de si quizás podía haberlo enfocado de otra manera. La sensación de alivio inicial, como de haberse quitado un peso de encima, solo había sido un espejismo. Un consuelo transitorio. Tras aquella tarde, las dudas y los miedos la fueron carcomiendo como minúsculos pero implacables insectos.

¿De dónde venía toda esa confusión cuando su resolución había sido prácticamente inquebrantable? No paraba de darle vueltas, buscando una explicación a tanta desorganización emocional. Y aquel día por fin, tras tantas jornadas sin pegar ojo, de forma clara y sencilla le había llegado la respuesta. Tan sencilla, como vergonzosa: amaba a Rómulo. Con aquella revelación no había sentido precisamente paz, sino más bien racionalidad, para dar coherencia a un caos absoluto. Esa certeza, no era ni mucho menos la respuesta interna que esperaba escuchar. Era como una traición de su corazón hacia su cerebro. Desde luego no estaban alineados. Y cada uno era dueño y señor de una gran parcela de su personalidad, sin prevalecer de forma absoluta el uno sobre el otro. Eran como el sol y la luna; el agua y el aceite. Maldijo en voz alta por todo ello. No quería ya querer a Rómulo ni sentir ese dolor.

Darse cuenta de ese hecho tan crucial en su vida, cuando todo estaba roto, sólo le generó una gran inseguridad personal. Culpabilidad, egoísmo, miedo, e incluso, vergüenza. Vergüenza porque aquel dolor tan inmenso sólo podía significar amor verdadero. Amor del de verdad, de ese de las grandes novelas,

como en *Guerra y Paz*. Era tan devastador que estaba completamente paralizada, como si su vida, súbitamente, no tuviera sentido. El bloqueo era tan inmenso, que no lograba sentarse siquiera delante de su querido piano. No había tocado ninguna nota desde entonces, y cada vez que lo intentaba sentía una inmensa pesadez sobre su cuerpo y espíritu, como si estuviera de duelo.

—Venga, vamos, Manolito.

No era un buen nombre para un perro, pero a ella le hacía gracia. Su padre, ante la malograda idea del ternero, que buena escandalera había armado en la casa, le regaló un precioso cachorro repleto de pelo blanco, que parecía una oveja. Lo llevaba pegado todo el día a las faldas desde que salía del porche de su casa. Era un cachorro bastante asustadizo y ladraba por cualquier cosa. Aun así se había encandilado con Rábano, el pesado ternero, que pastaba en el cercado a las afueras del pueblo cerca de la huerta. Rábano parecía incluso conocerla, y cada día, paseaba con Manolito para visitarlo y colarse dentro de la cerca. Su padre le dejó que Rábano entrara una tarde en el porche de la casa. Luisa casi se muere, cuando tiró sillas y muebles e intentó colarse en el recibidor. Desde entonces estaba exiliado, era la única cosa divertida que le había pasado en mucho tiempo.

Manolito, afortunadamente no se quedaba atrás. El cachorro atenuaba su soledad y mantenía su mente ocupada con nimiedades, al estar siempre metido en follones. Había roto incluso la tapicería de las sillas del salón comedor. Su madre, no podía ni verlo en pintura. Todo el rato lo expulsaba al patio, para evitar más destrozos, y no podía soportar encontrarlo dentro de la casa. Gracias a él, Pilar evitaba darle más vueltas aún a la cabeza.

Soledad. Sin Rómulo, estaba sola.

Ese era el mensaje que le lanzaba su cabeza sin piedad, algo ilógico dado que siempre había sido muy independiente, y no era de esas personas que tenían muchas amistades.

No había vuelto a saber nada de Rómulo; silencio absoluto, desde el día en que había roto. Y como la ruptura había sido tan sonada en el pueblo, nadie osaba sacar el tema. Se moría de ganas de tener noticias suyas, por muy infantil que fuera. Deseaba saber si seguía

tan herido o si había continuado su vida como si nada. En muchas ocasiones, habría jurado que, dado su carácter y su amor por ella, volvería a su puerta, como si no hubiera sucedido nada, impulsado por su positividad. Se recreaba viéndole aparecer, como cada sábado, y abrazarla. En su fuero interno se había aferrado a la esperanza de que Rómulo no desistiera con el noviazgo. ¿Cómo alguien tan positivo como Rómulo no había luchado por ella? No lo entendía. Conocía a Rómulo, y cuando quería algo, no desistía en su empeño arrollador hasta conseguirlo. ¿No era ella suficiente para él?

Por ello, además de triste, esa mañana de octubre estaba enfadada. Peor, llevaba unos días que sentía incluso una especie de furia. ¿No valía la pena luchar por ella?

Muchas preguntas dolorosas habían cobrado vida en su mente.

¿Es que no la quería de verdad? Si de verdad su amor era absoluto, ¿no habría vuelto para decirle que no tenían porqué vivir en Valdeganga, que podrían tener una vida feliz solos?

Pero pasaron las semanas y no había sido así. Esperó muchas tardes ver el coche de Rómulo entre los visillos de la salita. Espió incluso la plaza principal, donde vivía. Ella misma iba a llenar los cántaros y botellas vacías varias veces al día. Pero la casa de los valentines estaba cerrada a cal y canto. Ningún signo de vida en su interior. Aquella casa estaba en la misma situación que ella, abandonada. Eso sentía ahora, a pesar de ser ella quien hubiera tomado la decisión de romper la relación. Pero lo había hecho por un motivo determinado, que no era insalvable. Rómulo hubiera podido subsanar y salir airoso con el compromiso. Pero aquello no era el cuento de la cenicienta y Rómulo nunca volvería a buscarla. No la quería tanto como le había asegurado. Eso le decían sus padres para aplacar su furia, en aquellos momentos en los que no entendía nada. Como si nada encajara.

—Manolito, por favor, no te comas todo lo que veas por el suelo.

Le dio una suave patada con el zapato, mientras tomaban el camino para entrar en el cercado. Era precioso. Cuando la miraba, el cachorro le ofrecía su amor incondicional. Pero Pilar sabía que por muy bonito que fuera Manolito, no era precisamente esa clase de amor que necesitaba. Si lo pensaba bien, todo aquello era como lo

del malogrado asunto del ternero Rábano, que ahora le miraba con sus ojos negros, y que pesaba doscientos kilos como poco. Eran de mundos distintos, no podían convivir. No podían mezclarse.

—Rábano, ya estoy aquí —Pilar se acercó sin miedo y le acarició el lomo. El animal se alejó a paso lento y contento, como si realmente la reconociera. Manolito ladró y salió corriendo tras él. Se estaban haciendo amigos.

El fondo del problema seguía allí, tan firme como al principio, no se había diluido ni un ápice: Ella nunca sería una de los Valentines. No encajaba en la casa de Valdeganga, ni con Felisa, Adelaida y Bernarda. Ellas nunca la aceptarían como mujer de Rómulo.

Pues todo ello era parecido: Pilar quería al ternero Rábano. El ternero a ella. Pero aún así, a pesar de ese amor mutuo correspondido, no tenían un futuro juntos en el pueblo y mucho menos en el interior de una casa. Era así. Tan sencillo y racional. ¡Y cuánto pesaba la racionalidad! ¡Toneladas! ¡Aquí estoy yo, la razón, y siempre voy con la verdad! ¿Que si la verdad pesa? Por supuesto, va con la razón. No se puede obviar algo tan racional, se puede rechazar, pero uno siempre es consciente de su constancia y presencia. ¿Qué no la quieres tener en cuenta? ¡Atente a las consecuencias, porque la razón seguirá existiendo con su verdad, por mucha espalda que le des!

Salió del cercado y se cuidó de dejarlo bien cerrado.

—Manolito, sal. ¡Fuera! —Manolito acudió, solícito. Al menos, era obediente.

Rómulo y ella eran tan distintos, que daba miedo. Agua y aceite. Sólo juntos, si los remueves muy fuerte con la cucharilla. En cuanto los dejas tan solo un segundo de reposo, se separan a velocidad asombrosa. A pesar de eso, cuánto echaba de menos ese aceite, tan sabroso y colorido, comparado con su insípida agua. ¡Cuánto se aburría ahora! Paseo arriba, paseo abajo. Visitar a Rábano era su único entretenimiento. Antes tenía meriendas, excursiones, paseos, tertulias, risas y besos.

Cómo echaba de menos ahora, tras mucho criticar, la falta de racionalidad de Rómulo, o la belleza poética de sus palabras, sus risas y sus bromas. ¡Qué rápido pasaba el tiempo a su lado! ¡Qué

belleza había en cada esquina! Añoraba que todo fuera bonito en vez de un secarral. Encontrar una flor entre los juncos. Sentir la brisa entre el calor sofocante. Aquella era otra forma de vida, ajena a su personalidad y, por mucho que intentaba reproducirla, no lo lograba. Pilar hacía el esfuerzo, intentaba ver algo bueno en algo banal, en una tostada de mermelada, o en un bizcocho, pero nada, a todo le faltaba alegría.

La música que tanto le gustaba se había apagado para ella, pero seguía en otras partes, para muchas otras personas que sí tienen ese don. La música estaba en otra parte, y nunca con ella.

—¡Pilar! ¡Espera! ¡Te acompaño!

Maldición, Pilar se giró; era Rafael. Manolito corrió gruñendo y ladrando. Podía ser muy escandaloso, lo que en aquel momento la alegró. No le hubiera importado que Manolito le hubiera propinado un pequeño mordisco en la pierna, pero no fue así. Otra vez, se había olvidado completamente de su existencia y eso que últimamente la asaltaba varias veces al día. Empezaba a ser muy incómodo.

—No hace falta. —No dijo nada más, no tenía por qué darle explicaciones.

Llevaba casi dos horas fuera de casa, con tanto melodrama interno, sólo deseaba llegar a casa para subirse al balcón de su habitación y vigilar la plaza, por si veía pasar a Rómulo con su coche, por muy desesperado que sonara. Junto al paseo al cercado, ésa era su única ocupación: el espionaje. Y era lo único que la apaciguaba, la reconfortaba vigilar desde su balcón, como si estuviera haciendo algo útil.

—Te acompaño, no voy a dejar que vayas sola.

Desde la sonada ruptura, Rafael había intentado acercarse a ella de forma insistente, casi febril, y ella hasta ahora había logrado mantenerlo a cierta distancia. Pero aquel día no estaba para tonterías. Tanta insistencia la sacaba de quicio. "No" era un "no".

Rafael la miró mientras la seguía:

—Dicen en el pueblo que aún sigues triste por el señorito engreído ese. ¡Si estás mejor sin él!¡Llevó diciéndotelo semanas!

Pilar lo fulminó con la mirada. *¿Pero era acaso estúpido?*

Qué pena que Manolito no fuera un perro sabueso de caza, porque ahora mismo se lo lanzaba con un gesto de ataque.

—No te metas donde no te llaman, Rafael.

—No hace falta que me contestes así, mujer, yo sólo te deseo el bien. Aguja fina, saca espina.

—Pues ya puedes irte por donde has venido. Cuando digas bacín, dices presente. Yo también sé refranes. No eres discreto y siempre vas lanzando al aire acusaciones y malentendidos. No hables mal de Rómulo. Vete ya, déjame en paz.

El joven se quedó plantado en la esquina con cara de pocos amigos. Pero a Pilar le dio exactamente igual, era un maleducado que le deseaba el mal a Rómulo, desde el primer minuto, y que se alegraba por la ruptura y, por tanto, por su desdicha.

Rafael era de carácter taimado y presentía que dentro de él había algo más profundo, una especie de maldad enfundada en envidia. Donde reina la envidia, no puede vivir la virtud. Y ella en ese momento, no estaba para dedicarle ni un solo segundo, con la cabeza como la tenía. Tanta pena y obsesión no podían ser saludables. Algo no funcionaba bien dentro de ella. Sólo tendría algo de paz, cuando se instalara en el balcón para vigilar la calle, era lo único que la desahogaba.

¿Dónde diablos estaba Rómulo? ¿Cómo podía haberse olvidado tan rápido de ella?

C A P Í T U L O Q U I N T O :

"El borrador de tristezas"



Fuentealbilla, diciembre de 1935.

Tras meses de ausencia, Rómulo estaba de vuelta en Fuentealbilla. No había podido postergarlo más, aunque eso era justamente lo que había hecho hasta ahora con todas sus fuerzas. El retorno había sido inevitable, la casa llevaba cerrada demasiado tiempo.

Afortunadamente, su diligente ama de llaves, Esperanza, la había cuidado como siempre, y no notó ninguna diferencia al entrar en ella. Las chicas de servicio habían limpiado a diario a conciencia. Esperanza vivía en la parte trasera de dos habitaciones, prácticamente independiente y separada de la zona noble de la casa, por un gran patio. Vivía junto a su marido, Paquillo, que ayudaba en el mantenimiento de la casa, como se hacía en las grandes fincas de la nobleza.

Para la fábrica de harinas Rómulo había contado esos meses con la ayuda de Juanico, su hombre de confianza en el pueblo, que le había sido especialmente de gran ayuda en su ausencia. Pero debía reconocer que, a pesar de todo ello, los números se habían resentido y las previsiones iniciales distaban mucho de cumplirse, incluso, el resultado había sido, lo que se podría decir, más que insuficiente, y eso le fastidiaba. Era una situación que no podía obviar, ni siquiera en su intento de huida después de lo acaecido con Pilar. Él no era así, era trabajador y eficiente, así que se sentía culpable por haber provocado una situación que había perjudicado

notablemente a sus negocios. No recordaba nunca haber obrado de aquella forma tan poco racional. Pero reconocía que no podría haber hecho otra cosa, no había tenido fuerzas después de lo de Pilar.

Aun así, no era necesario que Rómulo estuviera presente siempre en Fuentealbilla, se negaba a ello. Una vez enmendara la situación en la fábrica de harinas, se repartiría entre los dos pueblos y la ciudad, Albacete, lugar donde había encontrado sosiego tras la tormentosa ruptura. La ciudad le había insuflado ganas de vivir, con nueva gente y nuevos amigos. Era justo lo que necesitaba tras tanto melodrama, cambiar por completo su entorno. No le había costado nada integrarse en Albacete y, en pocos días, era como si su anterior vida se hubiera difuminado para convertirse en una lejana y triste letanía. Así no dolía tanto. Era como si hubiera estado años fuera de Fuentealbilla, en vez de unos pocos meses.

¡Qué bien le había sentado Albacete! ¡Qué divertido! Al recordarlo, sólo podía sonreír, se había pasado toda la vida trabajando, sin salir de la casa familiar, y el poder vivir en un ambiente más distendido, le había cambiado por completo. Se sentía agradecido, nunca habría podido sobrellevarlo si se hubiera quedado en Valdeganga o Fuentealbilla. Era demasiado doloroso.

Pensaba volver al menos una semana al mes a Albacete, ya no podía vivir lejos de la ciudad. El bullicio, los toros, la feria, y, sobre todo, la alegría que rebosaban sus calles. Allí había podido volver a retomar incluso la amistad con sus compañeros de colegio, de cuando era interno en el colegio de los escolapios. Estos, a su vez, le habían introducido en nuevos círculos de amistades, y poco a poco, gracias a una agenda repleta había logrado reducir el dolor y la vergüenza hasta la mínima expresión, si bien, no olvidar, puesto que la espina seguía clavada, sí.

¡Ah, y por supuesto estaba ella, el borrador de tristezas: Mercedes Luján! Aún recordaba el día en que se la habían presentado, en casa de su amigo de la infancia, Agustín Pardo, no podía apartar los ojos de ella, tan alegre y divertida, pero sobre todo tan decidida. Era como si la vida fuera fácil para ella, sin complicaciones, ni secretos. Mercedes era rubia, alta, con unos ojos verdes oscuros y un tipo esbelto escandaloso. Con ella, todo era más

fácil y la agenda se completaba a diario sin dejarle ni un hueco para sus pensamientos. Mercedes era la cura a sus males, y gracias a ella, había podido seguir con su vida, e incluso con sus planes en Fuentealbilla. Porque por un momento había llegado a valorar deshacerse de todo su patrimonio en el pueblo, pero su hermana Felisa se lo había desaconsejado. Vender por razones emocionales era errar.

Gracias a todo ello ya llevaba unos días en el pueblo, sin percances, y sin dejarse mucho ver. Aunque era consciente de que las noticias volaban, y Pilar ya sabría seguramente que había vuelto. Aun así, era un tema en el que prefería no detenerse.

Y ese día precisamente, sábado, Mercedes, iría de visita a conocer la casa de Fuentealbilla. Era cierto que no lo había planeado precisamente él, Mercedes era muy independiente y de armas tomar. Había sido su decisión unilateral antes de que partiera de Albacete. Fue algo así como "te vas, y yo detrás".

No llevaba ni dos semanas allí, y ella ya había decidido hacer la visita para marcar su territorio. De alguna forma la comprendía, Mercedes era una mujer de mundo, que había viajado mucho, decidida, moderna y sin pelos en la lengua. Tenía unos años de experiencia en la vida más que él, y esa diferencia de edad no le preocupaba. Con ella, la vida era un cúmulo de risas y besos apasionados.

Le gustaba disfrutar de cada instante del día, por muy simple que fuera, como a él, y era justamente aquel optimismo lo que les había unido. Habían salido cada noche, bailado, bebido y reído. ¡Cuánto lo agradecía! ¡Mercedes era una bendición! Ella hacía y deshacía, y él sólo tenía que dejarse llevar. Coger un bañador y acabar en el mar Mediterráneo mecidos y abrazados por las olas.

No se había atrevido a mencionar aquella amistad a su hermana Felisa, por supuesto… Mercedes era una mujer divorciada y sin hijos, que vivía sola y que le daba igual dormir en su sitio que en otro, jamás lo aprobaría. ¡Pero qué maravilla de escándalo! ¡Así debería ser la vida, sin tanta parafernalia ni normas estúpidas! ¡Fácil y

divertida! Con Mercedes no había tenido siquiera que definir la relación que mantenían, todo era abierto y natural.

Desde que la conocía, jamás la había visto ni seria, ni enfadada, todo le parecía bien. Justo lo que Rómulo necesitaba en su vida, eliminar las preocupaciones. Mercedes era su paraguas para la triste lluvia. Esa agua cayendo a bocajarro que no había querido ni sentir, porque las cosas malas, cuanto más lejos, pues mejor.

¿Que si dolía Pilar y Fuentealbilla? ¡Demasiado!

Cada vez que entraba en el pueblo, daba dos vueltas inmensas para llegar a su casa, y así no pasar por delante de casa de los Gabaldones, para que así no se parara su corazón. Era muy joven para un infarto. Tenía que alejar todos esos sentimientos de su lado y evitar aquellos recuerdos internos. No le hacían ningún bien. No ver, no sentir, no pensar. Sólo vivir y disfrutar. No estaba dispuesto a volver a sentir las consecuencias de aquel recuerdo en particular, en el que veía la decepción en el rostro de Pilar al salir de su casa en silencio.

Rómulo llamó a Esperanza.

—¿Sí, señor?

Esperanza apareció, solícita. Le gustaba tener al señor en casa, llevaba mucho tiempo ausente.

—¿Está preparado todo para la visita?

—Sí, señor, hemos preparado la habitación de invitados, todo está dispuesto. Hemos preparado una cena especial, tal y como nos indicó.

—¿Una crema de verduras y una carne en salsa?

—Sí, crema de guisantes y guisado de ternera al vino.

—Perfecto, muchas gracias.

Rómulo agradecía la constante presencia de su ama de llaves, Esperanza. En Fuentealbilla no estaba Felisa para encargarse de cada detalle y casi que lo prefería. Le reconfortaba poder tomar decisiones cotidianas tan sencillas.

A Pilar ya le habían ido con el cuento de que Rómulo había abierto de nuevo la casa del pueblo y llevaba ya unos días en Fuentealbilla, pero no lo había visto aún. Era bastante raro, ya que

había intensificado la vigilancia en su balcón desde que había tenido notificación del hecho. Desde luego, el coche no había pasado por delante de su casa, algo singular, ya que era el camino más lógico para llegar a la casa de Rómulo. ¿La evitaba acaso? ¿Y si así era? ¿Cuáles podrían ser los motivos? ¿Enfado por su rechazo? ¿O quizás estábamos frente a un arrepentimiento? Sólo de pensar en ésta última opción, su corazón latía con fuerza de ilusión, y se veía obligada rápidamente a desalojar esa esperanza de su cabeza. Pilar no se atrevía a acercarse a casa de los Valentines, ni siquiera a pasar por la puerta, y él, no había ido a la suya.

Le dolió tanto aquel hecho como lo fuera en los primeros días de ruptura, ya que siempre había guardado una leve esperanza de tener un final de cuento. Podía sentir su ausencia con todo su impacto, igual que el día en el que había salido por la puerta para nunca volver. Saber que estaba allí cerca, al girar tan solo unas esquinas, le provocaba una intensa angustia. ¿Se encontrarían por casualidad? ¿Lo vería pasar por fin con su coche a través de la ventana de su balcón?

Sin embargo, sus absurdas ilusiones se vinieron definitivamente abajo con aquel maldito coche. Todo el pueblo lo vio llegar, al fin y al cabo, sólo habían dos automóviles en Fuentealbilla, estaban contados. Aquel precioso automóvil iba conducido por una despampanante mujer con el pelo suelto, rubio tintado, y un pañuelo azul atado en la cabeza. Cuál diva de cine de Estados Unidos. Imposible pasar desapercibida.

La vio entre los visillos de la parte inferior del salón y sintió tanta curiosidad, que subió los escalones de dos en dos hasta llegar a su balcón y poder cotillear en profundidad. Era verdad que podía ser cualquiera, una turista perdida, una prima de alguien, pero sospechó desde el primer minuto que algo tenía que ver con Rómulo, quizás era demasiado suspicaz, pero piensa mal, y acertarás.

Como castigo divino, la mujer bajó del coche justo delante de su casa. Podía ver desde arriba sus maletas en la parte trasera del descapotable. Su falda de tubo era tan estrecha que se le marcaba todo el cuerpo. No cabía ni un alfiler.

Se sintió morir al ver que era justamente su propia criada, Juana, quien oportunamente apostada en la puerta, la que le ayudó con las indicaciones.

—Buenas tardes, busco la casa de mi novio, Rómulo Valentín. ¿Sabría, por favor, indicarme el camino?

Y Juana, la muy traidora, contestó divertida por el atuendo de la mujer, que llevaba un abrigo de pieles inmenso. Igual pensaba que estaban allí los Pirineos.

—¡Por supuesto! ¡Aquí al lado mismo detrás! ¡Este es un pueblo pequeño! ¡Mejor, si quiere, la acompaño a usted hasta allí, que no tiene pérdida y estamos en un santiamén!

—¿Haría usted eso por mí? ¡Qué alegría! Menuda recepción.

Por un momento pareció que aquella mujer iba a abrazar a Juana, pero solo le dio una palmadita por la espalda, lo que a ésta pareció gustarle mucho.

—¡Suba a mi coche!

—¡Arrea! ¿Subir al coche?, ¿yo? ¡Yo no me subo a un trasto de esos ni muerta! ¡Pero la acompaño andando!

—¡Estupendo todo! —Estaba claro que aquella mujer jamás había oído hablar de los Gabaldones, ni le importaban —¿Y cómo lo hacemos para llegar hasta la casa?

—Muy fácil, yo ando, y usted me sigue con el coche.

La mujer se quitó las gafas de sol sorprendida, y carcajeó por la ocurrencia de Juana. Como si fuera una locura divina.

—¡Por supuesto! ¡Maravillosa idea! ¡Me va a encantar este pueblo! ¿Vive usted en esta preciosa casa? —dijo mirando el balcón de Pilar, la cual se tiró para atrás como sorprendida en una fechoría.

—¿Aquí? ¿Yo? ¡No! ¡*Amos*! Soy la criada.

—¡Pues una casa preciosa para trabajar, claro que sí! Yo me llamo Mercedes. ¿Y usted?

—Juana, para servirle, señora.

—Vamos a buscar a mi querido Rómulo. ¡Menuda sorpresa se va a dar al verme llegar! Le dije que vendría hoy… ¡Pero no la hora! ¡Ni que fuera tan pronto! Pero tantos días sin él son una eternidad. Igual me he precipitado un poco, pero es lo que tiene el amor. ¿Juana, has estado alguna vez enamorada?

Juana rio, incrédula con la confianza de aquella mujer de ciudad. Parecía tan sincera y libre.

—No, nunca, soy muy joven.

—Pues hazlo cuanto antes, es tan maravilloso, muy recomendable, te cambiará la vida, créeme. ¡Estoy segura de que voy a sorprender a Rómulo con la visita! ¿No crees?

—Imagino. No lo conozco tanto.

—Es inevitable echarme de menos.

—Estoy segura.

Juana contestó por ser educada, y pensó que una mujer tan sofisticada y moderna como ella, debía dejar una marca indeleble en cualquiera, y más aún en el señorito Rómulo.

—¡Pues es el hombre más maravilloso y divertido sobre la faz de la tierra! ¡Mi Rómulo!

Qué mujer tan agradable, que podía tratar con confianza a una simple mujer de servicio.

Y pensado esto, Juana comenzó a subir la cuesta y el coche arrancó para seguirla a paso de tortuga.

Pilar cayó al suelo tras oír la conversación, estaba justo encima, y los techos de aquella casa no eran muy altos. Con tan sólo escuchar la palabra "novio" se le habían doblado las piernas como si fueran de mantequilla derretida, con la mala suerte que cayó justo encima del quicio del balcón, doblándose un tobillo.

Pero no le dolió tanto el golpe como todo lo que había escuchado. Aquella mujer había dicho "el hombre más maravilloso" y "mi Rómulo". Al menos no había dicho "Ro". No habría podido soportarlo, y hubiera valorado bajar a tirarle el pelo. Los celos le nublaron la vista, la rabia le subió por el cuello, y hasta le empezó a salir un sarpullido. No tenía fuerzas para levantarse del suelo del balcón.

Rómulo tenía novia, y era una mujer mayor, sofisticada, de la ciudad y muy guapa. Se había olvidado de ella, una niña tonta que había rechazado su precioso anillo de compromiso. Ya no se acordaba seguramente ni de su nombre de pila. Ella no era nada. Era una ilusa por llevar meses pensando en él, con la esperanza de que todo pudiera arreglarse.

Tantas tardes esperando en aquel balcón un coche que nunca llegó, con un novio que nunca la quiso. Con unas esperanzas absurdas e infantiles, como si ella fuera la princesa de algún cuento infantil. Se sintió tonta.

Su madre entró a la media hora en el cuarto, seguida por su querido Manolito. Pilar seguía deshecha, en el suelo. No se había movido, y le dolía todo el cuerpo de estar en aquella posición maltrecha.

—Hija, no te puedes creer el chisme que me ha contado la Juana.

Manolito se lanzó preocupado a sus brazos y le lamió la cara.

Luisa vio a su hija tirada en el suelo con la pierna doblada.

—¡Hija! ¡Cielos Santo! ¿Pero qué te ha pasado?

Se acercó y la ayudó a levantarse. Manolito comenzó a ladrar, alarmado por la situación, estaba claro que a su dueña le sucedía algo.

—Ya sé el chisme, madre, lo he visto con mis propios ojos. Y ahora tengo el tobillo torcido. Mercedes se llama la novia, y es una señora mayor, rubia y despampanante. Llevaba toda la cara maquillada, y un carmín tan rojo que se veía a la legua. Lo he vivido todo, desde el balcón.

—¡Hija, ¡cuánto lo siento! ¿Dónde te has hecho daño?

—Creo que es una simple torcedura de tobillo, estoy bien.

—Intenta apoyarlo. Estás temblando…

Pilar obedeció, pero no pudo y volvió a caerse.

—¡Santo dios! ¡Hay que llamar al médico corriendo! ¡Juana! ¡Juana! —Los chillidos de su madre sonaron excesivamente alarmistas.

Juana subió corriendo las escaleras de dos en dos. Menuda mañana más ajetreada, si allí nunca pasaba nada interesante.

—Pilar se ha caído. Llama al médico, a Don Isabelino, a ver si tenemos suerte y está en el pueblo.

—Corriendo voy.

Juana desapareció escaleras abajo, antes incluso de haber pisado el último peldaño.

—Madre, Rómulo nunca me quiso. Y yo aquí, esperando cada día como una boba desde el balcón, como si fuera Julieta.

—Hija, eso ahora no importa. Importa la salud. Vamos a tumbarte.

Su madre la cogió por un brazo y a la pata coja la llevó hasta el lecho.

—Madre, me duele todo el cuerpo. No me encuentro bien. No es solo el pie, es muy raro. Mira mi mano.

Ambas miraron cómo la mano derecha se movía descontrolada en pequeños movimientos inconstantes.

—Pilar, estás temblando…

Luisa tocó la frente a su hija, y observó preocupada cómo ardía de calor. ¿Acaso los rumores eran ciertos y existía el mal de amores como enfermedad?

—Tú, descansa tranquila, voy a bajar para que avisen a tu padre, vendrá corriendo desde el ayuntamiento. No pienses más en el imbécil ese de Rómulo, no te merece. Dale puerta ya de una vez, pero de verdad, creo que llevas demasiado tiempo sufriendo, es hora de que pases página. Está claro que él ya lo ha hecho. Es evidente.

Pilar gimió del dolor.

—Me duele todo. Pero no puedo llorar. Quiero hacerlo, pero ¿por qué nunca me salen lágrimas, madre?

—No te salen desde pequeña, ni cuando eras bebé. Tampoco cuando te caías de niña. Nunca has llorado, al menos que yo recuerde. De bebé sí, claro, pero no sé, desde que ya tenías dos o tres años, no recuerdo precisamente el momento, ya no soltaste ni una lágrima.

—¿Cómo es eso posible? ¡No conozco a nadie que le pase!

—Es que tú eres especial.

Su madre la abrazó con fuerza y le atusó el cabello. Sabía que su hija sufría. Lo veía cada día desde la maldita ruptura, como si no fuera capaz de pasar página ni de aceptar sus propias decisiones.

Al poco entró Juana en la habitación.

—Menuda suerte hemos tenido, señora, Don Isabelino está operando en el hospital de Albacete, pero estaba su hijo, que ya casi es médico.

Detrás de ella apareció un joven de tez clara, con un grueso maletín negro algo destartalado.

Luisa lo observó con curiosidad.

—No sabía que Don Isabelino tuviera hijo alguno. Pero claro, solo lleva dos años aquí en el pueblo.

—Buenas tardes, señora, me presento, soy Arturo, el hijo de Don Isabelino.

—Encantada, pase. Nunca le habíamos visto por el pueblo.

Manolito ladró al desconocido.

—Manolito, pará de ladrar —le riñó Luisa.

Eso hizo, pero no contento se subió al lecho de su dueña, para protegerla. Era su fiel escudero.

Pilar acarició a Manolito, le reconfortaba cómo la protegía. Se sintió agradecida con su mascota, ajena un poco a la conversación que proseguía en su cuarto.

—La carrera de Medicina es dura, y es la segunda vez que vengo. Han tenido suerte, ya que a mi padre le han requerido en una operación de corazón, su especialidad, en el hospital. ¿Qué ha sucedido?

Luisa miró sonriente al joven, era justamente la medicina que necesitaba su hija. Un buen muchacho. ¡Y médico! ¡Guapo y educado! ¡Menuda suerte! ¡La solución a todos los problemas de la familia, estaba allí mismo, de pie!

Luisa señaló con la mano a su hija:

—Pues mire, no sabemos qué le ha pasado, mi bella hija se ha tropezado y torcido el tobillo.

Pilar puso los ojos en blanco al oír lo de "bella". Su madre no daba puntada sin hilo. El joven no pareció percatarse de la situación, se acercó y entró más en la habitación.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto, adelante.

El joven se acercó al lecho y observó a Pilar. No parecía una simple torcedura. No tenía muy buena cara. La joven estaba pálida y a la vez sudaba. No tenía buen aspecto.

—Buenas tardes, señorita.

Pilar lo observó y se tapó con la manta que había encima de la sabana, no supo por qué.

Sintió vergüenza de la situación. ¿Por qué había un joven desconocido en su habitación?

—Voy a tener que tocarla para diagnosticarla, ¿puedo?

Pilar lo pensó, para luego asentir, sin hablar.

Arturo le tocó el tobillo y se lo movió hacia ambos lados. Pilar gimió.

—No es nada grave, afortunadamente, se curará con hielo y frío. Que sumerja el pie en agua fría. Se le va a hinchar y poner morado así que mejor que no ande en tres días. Lo que me preocupa es que la paciente no tiene buen aspecto, y no tiene nada que ver con la torcedura. Está pálida —le tocó la frente—. Y está caliente, con febrícula.

Luisa se acercó al lecho.

—¿Verdad? ¡Sí, mi hija Pilar está como apagada! ¡A lo mejor se ha mareado y luego se ha dado el golpe!

—Puede ser, deme la muñeca. Creo que tiene la tensión baja y…

Luisa se sentó en el otro extremo de la cama. Estaba preocupaba por su hija. No tenía buen aspecto, lo de la torcedura parecía lo de menos.

—¿Y? ¿Doctor, qué tiene mi hija?

—Bueno, aún no soy doctor… Aunque es cuestión de poco tiempo que lo sea —Arturo hinchó el pecho, al afirmar aquello.

—Se nota que va a ser usted un gran médico, no hay más que verlo.

El joven sonrió a la amable mujer. Sintió que era una madre preocupada y de carácter muy afable. Se había sentido como en casa desde que entró en aquella habitación.

Rómulo volvió a tocar la frente a Pilar y habló ahora con un tono más gravoso:

—No es febrícula. Está ardiendo. Tiene fiebre. Denle inmediatamente friegas de vinagre.

—Juana, prepara la palangana. Y los paños.

—Enseguida.

Luisa juntó las palmas de las manos, preocupada. ¿y si su hija había contraído una enfermedad grave? Ése era el mayor de sus temores desde que la había dado a luz, tenía casi como una

obsesión por su salud, a pesar de que la niña había sido como un roble. Unas anginas con fiebre que recordara a los cinco años, y poco más.

El joven médico intervino:

—Me preocupa su estado, la caída solo ha sido una tontería, está claro que le pasa algo más. Tendremos que hacer un seguimiento las próximas horas. Si empezara a vomitar, o tuviera problemas de vientre, no sé, no tiene síntomas habituales que puedan causar esa fiebre. Es como si fuera algo que aún no ha dado la cara.

—Eso seguro.

Luisa quiso contarle más, pero era mejor que el joven no supiera nada del mal de amores de su hija. No era un joven muy apuesto, más bien del montón, pero tenía una elegancia natural que le hacía parecer distinguido. Le gustó.

—Debería usted, si tiene tiempo, y no es molestia, venir a visitarla a diario, le pagaremos como a su padre, por supuesto.

El joven la miró. Podía ser sólo una torcedura y estaba a lo mejor preocupándose innecesariamente. En ese caso, una visita diaria sería algo desproporcionado. Pero miró a la joven, y sintió que necesitaba su compañía. A pesar de su situación, era guapísima, con un precioso pelo negro con ondas y una tez clara. No le había pasado desapercibida a pesar de que no había abierto la boca.

—Por supuesto, vendré a visitarla, no hace falta que me pague nada —Arturo no supo por qué, pero sintió que se estaba comprometiendo a algo más que a su profesión—. De todas formas, yo le recomiendo tisanas para descansar y que cada día se siente al aire libre, aunque no pueda andar. Le reconfortará el espíritu y enseguida mejorará.

—Así haremos.

El joven médico salió de la habitación y Luisa lo acompañó hasta la puerta.

—¿Su hija no es muy habladora, verdad?

Luisa rio nerviosa.

—¡Sí, que no le engañen las apariencias, es buena conversadora, es solo por la situación, no se encuentra bien! ¡Pilar es un encanto! ¡Y muy alegre! ¡Es que no se encuentra bien la pobrecita!

A su hija le vendría bien la compañía de aquel joven. Aguja fina saca clavo.

—Por supuesto, es lógico. Nos vemos mañana.

Luisa sabía que había dicho una mentira piadosa, por su hija. No era precisamente locuaz, ni jovial… Pero se le partía el alma viéndola sufrir por alguien que no la merecía. ¡Tantas tardes obsesionadas con aquel balcón y ese dichoso coche! ¡Necesitaba una buena distracción para olvidar! ¡Estaba de los Valentines hasta el moño! Su marido y ella no podían seguir viéndola en aquel estado de tristeza, durante meses. Esto tenía que acabar y lo haría desde aquel momento.

Se abrió la puerta de la casa y se oyó a alguien subir al trote por las escaleras. Era Zacarías, que había acudido presto tras el aviso de Juana.

—¡Mi hija! ¡Luisa! ¿Qué le ha pasado?

—Nada, una torcedura sin importancia.

El hombre se recostó cansado contra la pared.

—Menudo susto. No hacía falta pues tanta escandalera.

Zacarías cogió fuerzas tras las prisas y entró en el cuarto. Se acercó a su hija.

Pilar estaba tumbada, con la mirada vacía.

—Padre. No me encuentro bien.

Le acarició el pelo. Miró a su hija con tristeza. En realidad, llevaba meses enferma, aquella caída sólo era una consecuencia de aquel desafortunado noviazgo. Desde el principio receló de aquella relación con Rómulo, que, a pesar de su buena fortuna, tenía algo que no acababa de convencerlo. Demasiado fanfarrón.

—No te preocupes, quédate en la cama y descansa. Todos cuidaremos de ti. Un buen caldito van a darte. Eso resucita a cualquiera.

—Gracias, papá.

Su padre salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado para que su hija descansara. Bajaron hasta la salita inferior, y allí Zacarías dio rienda suelta a su enfado:

—Todo esto es culpa del cabrón de Rómulo. El Valentín ese. Me han contado lo de la divorciada en el propio Ayuntamiento, es un

escándalo. ¿En qué lugar deja a nuestra hija? ¿Cómo se le ocurre volver a Fuentealbilla? ¡No tiene vergüenza! ¡Seguro que Pilar se ha enterado de todo, y por eso está así!

—Pero ¿cómo te has enterado tan rápido?, ¡si no ha dado tiempo! ¡No digas palabrotas, no te pega en absoluto! Menudo pueblo de chismosos. A fuego y a boda va la aldea toda. ¡Si no ha pasado ni una hora! ¡La niña debe de estar en boca de todos! ¡Pero no te preocupes que ya está todo solucionado!

Zacarías cerró los ojos, con confusión. La situación no parecía ni mucho menos solucionada, se le partía el corazón al ver a su hija así, postrada en la cama. Tan débil, cuando era una joven fuerte y repleta de salud.

—¿Solucionado? ¿Cómo?

—¡Pues cómo va a ser, con otro novio!

Zacarías puso los ojos en blanco.

—¿Cómo que otro novio, qué sandeces son esas? —lo que le faltaba, más leña a las llamas.

—Sí, va a ser novia del médico.

Zacarías se quedó anonadado:

—¿Se ha enamorado la niña de Don Isabelino? ¡Menuda locura! Que tiene más de sesenta años... ¿Os habéis vuelto las dos locas?

Luisa rio a gusto.

—¿Don Isabelino…? No seas bruto. ¡Del hijo! Se llama Arturo, y es un chico muy bien plantado, con mucha cultura y empaque. Tiene muy buena planta. Va a venir cada día de visita. Ya verás, en dos días la niña no se acuerda del infame. Y en el pueblo dejarán ya de murmurar todos como borregos cuando los vean juntos. ¡Ya estoy harta! He tenido que solucionar el problema.

Su marido la miró confuso. No entendía nada.

—No sé yo… En cosas de mujeres no voy a meterme, pero dudo mucho que sea todo tan fácil. ¡Si ni siquiera lo conseguí con el ternero! ¡Rábano era mano ganadora! El sueño de la niña.

—Cuando era una infante. Ahora como toda señorita, su sueño es tener un buen novio y casarse de blanco en la iglesia. ¡Lo normal!

Zacaría levantó las cejas, conocía bien a su hija y dudaba mucho que aquello fuera el centro de sus desvelos. Si fuera así, se habría

casado con Rómulo, pero Pilar era una joven independiente y fuerte, con metas muy por encima de casarse por el simple hecho de hacerlo. Su hija había sabido pensar en algo mucho más fuerte: su bienestar y felicidad.

Pilar oía cómo sus padres intercambiaban opiniones, pero poco le importaba. Sentía una gran decepción, sólo quería descansar. Tras el golpe estaba muy cansada, y se le cerraban los ojos. Sabía que en pocos minutos, Juana o Loles llegarían para las friegas, pero aun así, se quedó dormida abrazada a Manolito.

CAPÍTULO SEXTO:

"El buen novio"



Fuentealbilla, finales de febrero de 1936.

—Pero siéntese, Don Arturo, por favor. ¡Qué alegría otra de sus visitas! ¿Verdad, Pilar? —Pilar se mantuvo imperita.

Ya está mi madre, en plan casamentera. No puedo soportarlo.

Pilar no se molestó en contestar, aquel joven era insufrible. La gota que colmaba el vaso de su poca cordura. No sólo había perdido al amor de su vida, que estaba en brazos de una mujerona que paseaba arriba y abajo por delante de su puerta a diario, con unas faldas tan cortas que no salían ni en las revistas; si no, que encima, se veía abocada a soportar día tras día a aquel patán llamado Arturo.

—¡Es usted tan apuesto y agradable! ¡Una bendición para esta casa! —su madre se deshacía en halagos para compensar su escasa predisposición hacia el joven.

Apuesto, apuesto… como una acelga.

—No tan bella como usted, Luisa.

Pilar hubiera asegurado que aquellos dos tenían como poco un idilio secreto, siempre con piropos absurdos y risas sin motivo. ¿No veían que no estaba para tonterías? ¿Ni mucho menos para visitas? ¿Era tan difícil dejarla vivir en paz, con su tristeza? ¡Quería estar sola!

Tenía aún el tobillo hinchado y negro, aunque ya empezaba a remitir y podía andar con ayuda. El diagnóstico del incipiente médico no había sido del todo certero, y no le auguraba un buen futuro como profesional de la medicina. Su torcedura sí que era de

gravedad ya que llevaba desde diciembre, y su juicio, errado al completo. A la incompetencia, tenía encima que sumar y soportar sus visitas diarias, así como la forzada actitud de casamentera de su madre. Resultaba insoportable. Las primeras visitas aún tenían sentido, por la lesión, y el joven, que no había cogido aún confianza, se marchaba tras unos minutos. Pero ya no era el caso. Parecía que Arturo vivía en aquella casa, y estaba a punto de acabar con su paciencia. Un día más, y explotaría. Se estaba conteniendo para que no salieran sapos y culebras por su boca.

La única persona que quería realmente ver no iría nunca, así de sencillo. Y para empeorar su situación, tampoco podía espiar ya a Rómulo, debido a que no podía moverse con celeridad para una actividad así, y menos aún subir las escaleras sin vigilancia. Pero sería lo primero que haría, en cuanto saliera de todo aquel entuerto. No lo había visto desde el día de la pedida y soñaba con verlo, aunque fuera de refilón, lo necesitaba. Habían pasado meses, era como si Rómulo evitara pasar frente a su casa.

—Eres un joven tan apuesto…, con una elegancia innata.

Risas absurdas de ambos. Pilar puso los ojos en blancos, le costaba conectar con las conversaciones ajenas, y más entre aquellos dos. Arturo era el joven menos apuesto que había conocido nunca. Tenía tantos dientes torcidos que no podía asegurarlo con claridad, pero juraría que le faltaban dos o tres, y el resto de la mandíbula se había distribuido de forma uniforme. El día que lo conoció, en su situación, apenas pudo apreciar aquellos detalles. Aún parecía un joven del montón, pero las apariencias engañaban, y visto de cerca, sólo perdía puntos. Además, tenía dos calvas en el pelo, a pesar de su juventud, y una chepa que ni Pepe, el de las ovejas de las salinas.

¡Apuesto! dice la jodía de mi madre. ¡Que estoy coja, pero no ciega!

Pero nada, su madre todo el día con el joven médico. ¡Pero si al paso que iba nunca acabaría la carrera, no se parecía nada a su padre, D. Isabelino! Y lo peor de todo no era eso, sino cómo su madre se lo metía con calzador cada día, cuando ni siquiera él estaba delante, en el momento más insospechado, como, por

ejemplo, la noche anterior, cuando pasó a darle un beso de buenas noches:

—¿No es acaso bien plantado, hija?, ¿podrías al menos sonreír de vez en cuando esté cerca?

Y venga con lo de "bien plantado", tanto como un cactus torcido.

—Arturo es un gran conversador, ¿no es cierto?

Manolito ladra con más consistencia y retórica…

—¿Has visto cómo te mira hija? ¡Está claro que tiene mucho interés en tu persona! ¡Menuda suerte! ¡Qué gran partido! ¡Sería una magnífica boda! Y qué amabilidad la suya, viniendo cada día. Estoy segura de que no se ha ido del pueblo por ti, ¿no te halaga?

Será para ti, que te gusta tanto, madre. Sí, he visto cómo me mira, eso sí, y me dan escalofríos cada vez que se acerca. Espero que no se atreva ni a rozarme con un palo.

—¡Qué detalle! ¡No nos ha cobrado ni una visita!

Madre, es que no es médico. Y lo que dice y…, nada es lo mismo. Que el tobillo está torcido, y se pondría morado, lo supe en cuanto me lo torcí. Dijo tres días, ya llevamos dos meses… Debería pagarnos él, por toda la comida nuestra que está engullendo. Y no ha recibido tantos piropos en su vida…

—¿No sería estupendo un noviazgo rápido con boda? ¡Sería magnífico!

Para eso, madre, deberías matar a papá y ser viuda. A buen seguro la iglesia no te dejaría casarte con tu marido vivo. Por mí, no hables.

Y así se pasaba el día Pilar, como ahora, meciéndose para morderse la lengua y no ponerse a soltar todos los improperios del mundo para que aquel joven no volviera nunca a entrar en su casa. No entendía bien por qué debía ser educada, llevaba meses de mal humor, y a duras penas le costaba contenerse, pero sabía que una señorita de su posición debía comportarse. Había cosas que se podían pensar, pero jamás decir. Y además, prefería pasar desapercibida, por todo ello debía evitar montar un escándalo.

Hacía años que Pilar había descubierto que debía censurar sus pensamientos, porque poca gente entendía su ironía y sinceridad, ni siquiera sus propios padres. Y eso que, podría asegurar que su

madre podía si no oír, imaginar sus pérfidas réplicas interiores. Veía cómo le dirigía constantes miradas desaprobatorias, conforme sus pensamientos desfilaban por su mente. Era como una conexión mágica, madre-hija.

Pilar intentaba no prestar atención a la aburrida conversación que la rodeaba, pero ya era tarde, llevaban más de una hora de tediosa visita.

—Arturo, como comprenderás, me es imposible entender algo de los resultados de las elecciones, y eso que mi marido ha intentado explicarlo. Poco te puedo decir.

—Doña Luisa, es que ni los periódicos pueden dar datos, al ser listas abiertas por circunscripción, no se puede saber exactamente ningún resultado. No se puede decir por tanto que el Frente Popular no haya obtenido los resultados esperados, es imposible de saberlo, quizás más adelante si el gobierno publica algún resultado. Hay que esperar a la segunda vuelta, el 1 de marzo.

Pilar carraspeó la garganta, para interrumpir.

—Madre, disculpadme, pero es tarde, y necesito descansar.

Los dos la miraron sorprendidos, como si no esperaran una interrupción a una maravillosa conversación.

Arturo frunció el ceño, confuso, como si aquello hubiera sido inoportuno.

—Sí, se ha hecho tarde. Con vosotras el tiempo pasa volando. Tengo que volver a casa —Arturo respondió titubeando, como si sólo siguiera una convención social, y no tuviera ningún interés de irse, sabiendo que después le pedirían un "bis" a su actuación.

—Por favor, no hace falta que te vayas, en breve llegará mi marido, y así podrá saludarte. ¡Tengo una idea maravillosa!

Por favor, madre, no, ni se te ocurra invitarlo a cenar.

A Arturo se le iluminó la cara.

—Me encantaría saludarle y, de paso, darle mi apoyo para las elecciones del 1 de marzo.

—¡Por supuesto! Lo mejor es que te quedes a cenar, si te parece bien.

Pilar puso los ojos en blanco. Y ahí estaba la invitación. Alargando la agonía.

—Sí, por supuesto, es un placer, es decir, si no es mucha molestia, me quedaré encantado.

Es una gran molestia, especialmente para mí. Qué ganas tengo de curarme y poder salir corriendo.

—Madre, no sabemos la hora a que llegará padre, puede ser que sea muy tarde y yo no estoy para trasiegos.

Su padre últimamente tenía mucho trabajo y estaba algo nervioso, había viajado incluso a Madrid, pero no les contaba mucho. Sabía que era para no preocuparlas más, no quería añadir más peso sobre su hija, pero se respiraban aires de inestabilidad. A Pilar le hubiera gustado que su padre le confiara sus inquietudes, y sabía bien que el motivo era la segunda vuelta de las elecciones. Demasiados problemas en el último mes, de hecho, desde la disolución de las Cortes, había habido mucha violencia política, con más de cuarenta víctimas mortales y ochenta heridos en reyertas callejeras entre grupos de ideologías rivales, la tradicional izquierda contra la derecha. Ahora, con la segunda vuelta, todo se calmaría, con una victoria clara de la gran coalición de izquierdas que vencería a una derecha dividida. El patio político estaba revuelto, con el frenesí de estar en campaña, y para su padre, el Partido Socialista Obrero era un pilar fundamental, no ya de su vida, sino, del país. Una II República era inminente, y su padre quería poner su granito de arena. Visitaba pueblos y pedanías, fábricas y campos, y sin ser candidato directo, trabajaba de sol a sol. A su madre le daba miedo que andara solo, por las carreteras, y más con tantas malas noticias en los periódicos. Ser político podía ser una cuestión de vida o muerte, y eso había provocado unas inmensas ojeras en las cuencas de los ojos de Luisa. El amor entre sus padres era único.

Así que Pilar agradecía poder cenar al lado de su padre aquella noche, y no tenía ninguna ilusión por compartir ese momento tan especial e íntimo con una persona ajena a la familia. Los tres en casa, sin compañías molestas. Todo ello, era mucho más interesante que hablar de nimiedades junto a su madre y Arturo. Tan sencillo, como eso. Estaba a punto de poner la excusa de un dolor de cabeza, para retirarse a su cuarto, cuando la puerta principal se abrió.

Luisa se levantó, agradecida por la interrupción, como si estuvieran viviendo una velada organizada de alto topete.

—¡Qué alegría! ¡Ya está aquí Zacarías! ¡Como caído del cielo! —Luisa se giró hacia el lado de la casa donde debía aguardar el servicio—. ¡Juana! ¡Ha llegado el señor!

No fue Juana quien acudió, sino la joven doncella, Loles.

—¿Sí? ¿Me ha hecho llamar, señora?

La joven Loles llevaba poco tiempo en la casa, pero estaban todos contentos con ella, incluida Juana. Era educada y trabajadora, y sabía bien cómo pasar incluso desapercibida.

—El señor ha llegado, ya pueden servir la cena. Pongan un cubierto más para el señorito Arturo.

—Enseguida.

Zacarías entró en el salón y fue directo a saludar a Pilar.

—Tienes mejor cara, hija —Zacarías le dio un beso en la mejilla, y acarició su barbilla.

Pero no precisamente gracias al futuro médico, aquí sigue, tras horas de tortura social y trivialidades.

Pilar abrazó a su padre con fuerza, antes de que este se levantara a saludar al resto.

—Buenas noches —Zacarías se percató entonces de la presencia del hijo del médico.

Zacarias se giró, llevaba tantos asuntos en su cabeza, que no pensaba encontrar a nadie en su casa. Apenas había coincidido con el joven, aunque por lo que le contaba su mujer, visitaba muy a menudo su casa.

—¿Eres el hijo de Don Isabelino? ¿verdad?

—¿Cómo que no sabes quién es Zacarías? ¡Si viene cada semana varias veces! ¡Es Arturo!

El joven se acercó a estrechar la mano, solícito.

—Sí, soy su hijo. Nos hemos visto en pocas ocasiones, de paso.

—Por supuesto, te recuerdo, perdóname si no te he reconocido, pero llevo unos meses muy liado, no sé dónde tengo la cabeza. Te agradecemos tus servicios. Nos hemos debido cruzar, no recuerdo haber coincidido contigo, pero es verdad que he viajado bastante.

Luisa intervino:

—Arturo se queda a cenar esta noche, se ha portado tan bien con nosotros, que es lo mínimo que podemos hacer...

Zacarías no puso precisamente cara de agrado, sino más bien de cansancio, no era lo que esperaba tras una semana cenando por los pueblos. Aun así, no perdió su educación:

—Estupendo, ¿Qué tenemos hoy de cena? Como he estado en Socuéllamos todo el día, apenas he comido.

—No sabía que íbamos a tener invitados, así que tenemos una cena modesta, sopa de ajo. De segundo, unos filetes empanados.

Se volvió para sincerarse con Arturo.

—Si llego a saber que venía, habríamos preparado algo más especial.

—No se preocupe, me gusta todo.

Juana apareció en el salón, seguida de Loles, que llevaba una bandeja.

—La cena está servida.

Arturo hizo un amago de ayudar a Pilar a levantarse para llegar al comedor. Pero Pilar se adelantó llamando a su padre.

—Padre, ayúdeme.

Zacarías cogió a su hija por el brazo y la ayudó a levantarse con suavidad.

—Ya está, ya puedo, padre, estoy mucho mejor.

Luisa les acercó la muleta.

—Madre, no hace falta, ya puedo apoyar mejor el pie.

Para demostrarlo, Pilar anduvo resuelta hasta el comedor. Se sentaron y los cuatro cenaron acompañados por la animada charla de Luisa y Arturo, que parecían congeniar a la perfección.

Para disgusto de su hija, Zacarías apenas abrió la boca, parecía preocupado por el trabajo, pero que eran cosas que no debían compartirse con extraños. Era como si estuviera a miles de kilómetros de allí. Si Arturo no se hubiera quedado, podrían haber hablado con libertad, y quizás haber ayudado a su padre a aligerar su carga. Sabía que no lo estaba pasando bien, que organizar una campaña política era muy difícil, y que el sistema electoral de dos vueltas era enrevesado, pero mañana sería otro día, y con suerte podría pasar tiempo con él.

Rómulo se encontraba en un serio compromiso, por decirlo suavemente. Cuando invitó en su día a Mercedes al pueblo, o, mejor dicho, accedió a su visita, él había imaginado que vendría a pasar el día, o como mucho, un fin de semana. Jamás pensó que fuera a instalarse indefinidamente. Y ya llevaba dos meses instalada en su casa. Era terriblemente incómodo.

Cogió la taza de café con leche y dio un sorbito, pero aún estaba ardiendo. Le encantaba desayunar tranquilo, en el patio interior cubierto de la casa, sobre el que pendían las escaleras al segundo piso. La mesa estaba rodeada por plantas, simulando un patio al aire libre, pero evitando las inclemencias del tiempo. Era su lugar preferido de la casa, donde leía la prensa los fines de semana y podía relajarse con un libro.

Menos mal que Mercedes aún no había amanecido. Ocupaba oficialmente un cuarto, en el piso superior, alejado del suyo, por el bien de las apariencias, pero también para su tranquilidad mental. Le costaba compartir su espacio personal con ella, y cada vez le resultaba más natural evitarla a toda costa.

Menudo embrollo. Como todo aquello llegara a oídos de su hermana Felisa, se armaría una grande. Buena era su hermana, capaz de todo. No recordaba cómo se había metido en semejante berenjenal. Sólo de pensarlo se le ponían las orejas rojas y por muchos motivos. No estaba gestionando nada bien la situación.

¿Qué estaría pensando Pilar sobre él ahora mismo? ¿Que era una persona cruel? ¿O quizás más bien alguien falto de moral? Podía oír los chismes rebotar en su cabeza, y había que reconocer que Mercedes no era precisamente discreta. Cada día tenía que pasear de lado a lado por el pueblo, maquillada, peinada y vestida como para acudir a una sala de fiestas. Eso era algo que en el pueblo no podía entenderse, además, en su calidad de divorciada, no pisaba la iglesia. Tenía todas las papeletas para ser el blanco de críticas de cada uno de los sectores del pueblo. Y a eso había que sumar que sentía pena, por ambos, como relación. Mercedes era de esas mujeres que, con el tiempo, uno se daba cuenta que no tenían nada en común como pareja. Él le había abierto todas sus puertas, a

modo de amistad y ella se había hecho con la casa, el pueblo y su persona.

Menuda vergüenza. ¿Y qué pensaría su propio servicio de él? ¿qué comentarán de esquina a esquina por el pueblo? ¡Y con razón! Iban a ser sólo unos días, una visita rápida para conocer la casa… Tenía que ser fuerte y decidido para poner solución a aquel entuerto, aquello no podía durar. Su relación con Mercedes había sido estupenda, tenía que reconocerlo, había sido ella quien había evitado que se sumiera en la tristeza y borrara los recuerdos por la ruptura, pero ya estaba bien. Le estaba francamente agradecido, le había hecho descubrir lugares y sitios en los que jamás habría entrado. Gracias a ella, había conocido gente nueva, pero de la buena, de esa con la que uno podía conversar durante días: artistas, escritores, políticos, ingenieros y electricistas. Pero también gente humilde, que había logrado abrir su propia tienda; como Alberto el Gallego, que vendía coches y ahora era rico, o Juan Arriendo, que tenía cinco ultramarinos repartidos por Albacete.

Y para Rómulo, centrado hasta hace poco en su pequeña vida familiar, y en el trabajo, todo aquello había supuesto un mundo infinito de posibilidades, pero desgraciadamente, él tenía su propio país y debía gobernarlo: Valdeganga y su familia.

Siendo sincero consigo mismo, tras días dándole vueltas, si no había renunciado a su bandera por el amor de su vida, Pilar, ni de suerte lo haría por Mercedes. La incongruencia había estado desde el principio, pero él, cegado por las facilidades que le otorgaba Mercedes, no había sabido verlo. Además, Mercedes era una buena persona, que solo buscaba su sitio, pero no era definitivamente a su lado. Desgraciadamente, había dejado pasar demasiado tiempo sin tomar decisiones, dejándose llevar, y concluyendo erróneamente que todo se solucionaría solo. Esperaba que Mercedes fuera a marcharse de vuelta a Albacete, sin decirle nada, y sin escándalos, pero aquella técnica de espera sin intervención no había funcionado. No le gustaba el conflicto, ni las discusiones, las evitaba a toda costa. Así como los problemas. Era una gran estrategia de vida, que aportaba mucha paz exterior.

Tampoco se había parado a analizar detenidamente lo acaecido, como tampoco analizó en su día su ruptura con Pilar. Él no se paraba a pensar en esas cosas. Había evitado pensar, tan sencillo como eso. No había visto a Pilar ni de lejos porque sencillamente se moría de pena y vergüenza, ya que era consciente de no haber luchado por ella, lo que claramente era un fracaso. Sentía que la había traicionado. Ella había declinado su oferta de matrimonio, pero a su vez, le había dado las razones por las que lo hacía, indicando el camino por el que subsanar el problema. Y no había tenido valor, pero tampoco las ganas de dejarlo todo de lado por ella. Era un fracaso personal que había preferido ocultarse a sí mismo. ¿Para qué sufrir más? Además, le habían contado, cómo no, a través de Juana, la criada de los Gabaldones, que Pilar se había echado un novio de postín, médico, para más inri. Y aquello, que debería alegrarle, porque él era de esa gente que se alegraba siempre por amigos y vecinos, lo carcomía. No le gustaba, para nada, al contrario, estaba enfadado. Quería lanzar cosas, ir hasta la casa de Don Isabelino y lanzarle huevos y tomates al tal Arturo vestido con su mejor traje. Porque así se lo imaginaba él; destrozándole su mejor traje. Lo peor que podía pasarle a un hombre. ¡Con lo caros que eran!

¿Qué se piensa aquel hombre, qué por ser médico ya es más interesante que yo? ¡Pues quizás! ¡Pamplinas! ¡Menuda contradicción!

Los hombres no lloraban por las mujeres, decían. Así que él debía evitar pensar en todo aquello, porque era lo único que le salía de dentro. Su amigo, Agustín Pardo, siempre que le sacaba el tema, le decía que los hombres jamás sufrían por las mujeres, que era al revés, y que debía estar feliz con su nueva vida. Y él quería estar feliz, pero algo dentro de él, no encajaba. Ahora, encima, su historia con Mercedes hacía agua por todas partes.

Miró su periódico, todo noticias sobre elecciones, nada interesante. Estaba harto de la política, sólo quería saber de fútbol. Pero no había nada de deportes, 15 céntimos malgastados.

C A P Í T U L O S É P T I M O :

"Definitivamente, 1936 será un buen año"



Fuentealbilla, mayo de 1936.

Mercedes se acercó con cara de pocos amigos a la mesa de desayuno, donde estaba sentado Rómulo; ella odiaba madrugar, al contrario que él. Para Rómulo era importante sacar el partido a la mayor parte de las horas del día, y aquel había sido un punto de fricción entre ellos. Rómulo ya no sabía qué hacer con ella.

Mercedes llevaba muchos meses viviendo con él. Algo inconcebible, amoral y a saber qué calificativos más podrían emplearse. Rómulo estaba ya tan paranoico que miraba de reojo la puerta por si entraba de golpe el párroco de Fuentealbilla, Don Honorato, a darle una buena reprimenda. Si estuviera en Valdeganga, Don Gil ya lo habría hecho, el primer día, con la propia ayuda de su hermana para condenarlo a una flagelación pública en la plaza del pueblo, o en sustitución, a una buena donación en ofrenda para su confesión. Don Honorato debía de estar furioso. Pilar y su familia, abochornados. Y aquello sólo podía ir a peor, era únicamente cuestión de tiempo…

Mercedes sonrió. Había hecho un esfuerzo enorme por levantarse antes y esperaba que su amado lo apreciara, últimamente parecía como si estuviera cansado de ella, lo que empezaba a preocuparle. Se había hecho a la vida en aquella casa y, aunque echaba de menos la ciudad, tenía que reconocer que vivía tranquila.

—Querido, aquí tienes la prensa. ¿Tienes que ir esta mañana a trabajar? ¿O podemos quizás pasar el día juntos? ¿No sería maravilloso? Deberíamos planificar irnos una semana a Albacete, nos hace falta salir de este pueblo, allí disfrutamos más de la vida.

—Pues sí, tengo que trabajar esta mañana, como todas. Y por las tardes, también. Mi vida aquí es así. ¿Cómo es que te has despertado tan pronto?

—¡Para verte! Últimamente apenas coincidimos hasta bien entrada la noche.

Y eso que intento llegar tarde para que estés acostada, pero no hay forma.

—Es que tengo mucho trabajo, lo siento, ahora no te puedo dedicar atención. En breve, esta semana sin falta debo volver a casa, a Valdeganga. Lo de Albacete es imposible, tengo muchas obligaciones, quizás podrías adelantarte tú… y yo acudiré en cuanto pueda.

A ver si la indirecta, surte efecto.

—Pamplinas, si lo estamos pasando genial. ¿No te gusta mi compañía? ¿No estamos disfrutando de la vida cotidiana en un pequeñísimo y aburrido pueblo?

No. No lo estoy disfrutando. Y por más señas y guiños que te hago, no te enteras.

—Sí, pero tengo unas obligaciones.

—¡Por supuesto! ¡Yo estoy aquí para ayudar y hacerte compañía! ¡Esta noche cuando regreses, un buen vermut y unos huevos con patatas a lo pobre, con ajitos! He leído en el periódico cómo hacer un cóctel que tiene muy buena pinta: unos pedacitos de hielo, una cucharada de Grand Marnier que creo que tenemos una botella, media copita de güisqui y media copita de Napoleón, se agita y se sirve con una guinda.

Conoce mis puntos débiles, en eso es muy buena. Ha hecho un esfuerzo por memorizarlo.

—Te agradezco lo que te has implicado en hacerme la vida más fácil, pero soy un hombre… soltero.

¿Eso sí que lo pillará, no? Soy soltero. La palabra deriva justamente de solo. Uno, no dos.

Por un momento el rostro de Mercedes se turbó en un gesto de enfado, pero se recompuso con una inmensa sonrisa.

—¡No es ninguna molestia, encanto! ¡Puedo quedarme el tiempo que haga falta!

Desde luego, no era como esperaba que terminara la conversación, pensaba que al mencionarle que tenía que partir a Valdeganga, ella concluiría que debía volver a su casa.

Rómulo prefirió no seguir aquella conversación, sólo estaba perdiendo. Intentó leer la prensa, las aguas estaban muy revueltas, con una nueva República que parecía algo inestable. El triunfo en febrero del Frente Popular le había alegrado, pero cada día surgían problemas y polémicas en el país, como si tras las elecciones, la tierra no se hubiera aún asentado bien.

Manuel Azaña había comenzado bien, ganándose su admiración con acciones valientes, concediendo una amnistía general a los cerca de 30.000 presos políticos existentes en las cárceles. Estaban a finales de mayo y estaba segurísimo de que lo peor había pasado, el país despegaría como las naciones americanas. La economía y, por tanto, sus negocios, subirían como la espuma. Definitivamente, 1936 sería un buen año, un buen momento para invertir en negocios relacionados con el comercio exterior. Lo veía claro, se expandiría por otros países, era el momento de dar el salto, especialmente con su negocio de mantas, de calidad lujosa, que se venderían bien en Francia, Inglaterra y América. Era una oportunidad clara, justo antes del gran crecimiento económico que supondría la consolidación de la II República.

Comenzó a hacer planes en la cabeza. Era el año para ampliar la fábrica y doblar la producción. Los números salían, lo veía claro. Era un visionario, un emprendedor que iba por delante, 1936 sería un gran año. Y él, lo exprimiría para obtener la mayor rentabilidad.

Pasó las noticias generales del periódico por encima; sabía que debía estar al tanto de todo, pero su mente le traicionaba hacia lo que de verdad le apetecía leer: la victoria de España sobre Suiza en Berna. ¡Menudo partido de fútbol debió ser! Había un montón de fotos en las últimas páginas, ya estaba harto de los sucesos de África oriental y las elecciones francesas. ¿Bastante tenían con las

españolas que los periodistas cubrían las del país vecino? Se alegró al ver la cantidad de fotos que había del partido, era una información especial, recibida por avión del servicio Lufthansa, dinero bien invertido.

Inesperadamente, se oyó un gran estruendo en la puerta. Un coche de caballos. Se le erizó el pelo del miedo. Sólo podía ser una persona. Tembló y se puso blanco. Seguro que era su hermana, Felisa. Rómulo se levantó con brusquedad, y se sintió tentado de empujar a Mercedes para esconderla detrás del armario de los abrigos.

Su hermana entró al pequeño patio sin esperar a que la anunciaran. Aquella era su casa tanto como la de su hermano, y así mostraba su evidente escándalo, con el máximo dramatismo posible. La silla se le volcó al moverse y se agachó nervioso para arreglarlo. Estaba claro que esto, tarde o temprano, iba a suceder. Había dejado pasar casi medio año.

Por supuesto, Rómulo sabía que no tenía excusa alguna, ni mucho menos salida física al no haber puerta trasera. Lo lógico hubiera sido huir del problema, pero resultaba imposible. Para empeorar aún más si cabía la peliaguda situación, su acompañante, Mercedes, con poco acierto, se levantó perpleja.

—¿Pero, quién es usted? ¿Cómo entra así en nuestra casa?

Rómulo tosió, atragantado.

¿En serio? ¿Ha dicho "nuestra casa" a mi hermana? No hay camino de retorno, ahora Felisa desatará su furia, y lo más inteligente es refugiarse en las trincheras.

Felisa, en un alarde de superioridad sin límites se paró a mirarla con evidente desagrado.

—¿Disculpe? ¡Será quién es usted! Y ésta, que yo sepa, es mi casa, para eso soy la hermana de Rómulo. Y usted no es bien recibida en este lugar, no necesito ni saber su nombre. No es nadie.

—¿Su hermana? —La cara de Mercedes cambió en un intento de agradar a la visitante. —¡Qué alegría conocerla por fin, su hermano habla tan bien…!

—No me interesa en absoluto lo que tenga que decir. Coja sus cosas y váyase por donde haya venido.

Felisa le dio la espalda y se sentó en la silla, que hasta ahora ocupaba Mercedes.

—Pero, Rómulo, ¿vas a dejar que me hablen así? —Mercedes hizo unos pucheros que en el pasado habían sido muy efectivos, pero ahora a Rómulo le parecieron casi cómicos.

—Mercedes, es que es mi hermana, Felisa, y ésta es su casa, como bien dice, poco puedo decirle. La mujer viene cargada de razón, llevamos demasiado tiempo alargando una situación sin futuro.

Rómulo, sintiendo algo de pesar, porque no quería tampoco dejar en mal parada a Mercedes, interpeló a su hermana:

—No hace falta ser tan dura Felisa, las cosas se pueden hacer de distintas formas, sin ser desagradable.

Felisa ignoró a Mercedes y entabló conversación con su hermano como si Mercedes no se hubiera quedado de pie, plantada, mirándolos atónita. Hasta hacía un momento ocupaba aquella misma silla, junto a Rómulo. Era como si estuvieran jugando a un juego infantil y estuviera perdiendo.

Felisa suspiró mirando fijamente a su hermano:

—Rómulo, de verdad, no podía creerlo cuando me lo contaron, hace ya bastante tiempo, ¿pero es que quieres acabar en el infierno y ser el hazmerreír de todo el mundo? ¡Y usted! —dijo señalando a Mercedes —Desaparezca, que ya está tardando, que voy a desayunar con mi hermano. Divorciadita, allí tiene la puerta.

—No hace falta atacarme, señora. Sólo soy una buena amiga de la familia.

Mercedes empezaba a perder la compostura, parecía que iba a arrancar a llorar en cualquier momento.

—A ver, Felisa, esto último que le acabas de decir sobraba un poco. No hace falta ser maleducada, ni insultar. Es un ataque bajo.

Se hizo un tenso silencio en el que se observaron los tres. Estaba claro que para desatascar todo aquello, alguien debería eliminarse de la ecuación.

Rómulo, suspiró, no le gustaba tener que ser cruel, pero era cierto que aquella situación se le había ido de las manos y tenía que

acabar. Era un escándalo y hacía meses que tenía que haberle puesto fin, aun así se esforzó en sonar amable, no quería destrozar a Mercedes, bastante humillación estaba viviendo.

—Mercedes, mi hermana tiene razón, aunque no en las formas, sí en sus razones. Esto tiene que acabar aquí, tienes que marcharte. Lo siento, de verdad.

Mercedes lo miró con extrañeza, pero no se movió.

Felisa se quitó el sombrero y se acomodó en el respaldo de la silla. A partir de ahí, hizo como que no existía Mercedes, dejándola plantada de pie. Llevaba puesta una toca de terciopelo verde pálido, un conjunto de tarde muy elegante para un viaje de aquellas características. Estaba claro que no era un hecho al azar, había querido dejar huella e impresionar, con su entrada. Nada era premeditado, conociendo a su hermana llevaba ya meses planeando aquel momento hasta el más mínimo detalle. Tenía que reconocer que su hermana le había dado espacio.

—Rómulo, tenemos mucho que hacer. Vuelves hoy mismo a Valdeganga conmigo, tu pequeña aventura llega a su fin. Tus primas están preocupadas. Tenemos muchas novedades y creo que ya has tenido suficiente descanso. Nos has dejado demasiado tiempo a solas, creo que este destarifo tuyo tiene que acabar. No es propio de ti tanta despreocupación y dejadez. Es bastante injusto para con tu familia. Creía que al volver al menos a Fuentealbilla, recuperarías algo de sensatez, pero está claro que no ha sido así ni mucho menos.

—No era mi intención —Rómulo entendió la reprimenda, la caída de su propia vida se había alargado demasiado. Sólo había retomado su trabajo en la fábrica de harinas, dejando el resto apartado.

—Pues sí, hermano. Además, ya sabes que la semana que viene es mi cumpleaños, y el de Adelaida, y había pensado por una vez hacer algo diferente.

—¿Algo diferente?

—Sí, quiero hacer una fiesta en Valdeganga. Tenemos muchos compromisos adquiridos, de años de invitaciones, y nunca celebramos nada. Tu regreso es la ocasión perfecta.

Eso sí que no se lo esperaba. Su familia no era nada propensa a celebraciones, estaban lejos de las convenciones sociales, sin embargo, a Rómulo le encantaban las fiestas.

—Llevas años intentando convencernos para hacer una gran celebración. ¿Por qué precisamente ahora? —Así era. Recordaba haber sido especialmente pesado con ello.

Su hermana levantó las cejas.

—Es el momento idóneo.

Rómulo aplaudió, ilusionado:

—¡Claro! Lo necesitamos para volver a reactivar nuestros negocios. Tengo a muchas personas a las que invitar, amigos, socios y gente con la que me gustaría entablar un vínculo más fuerte.

—Sabía que te haría ilusión, y que te animaría a volver a casa, no sé porque nos has castigado como si fuéramos culpables de algo —Su hermana lo miró de soslayo— pero no hace falta que invites a cien personas, Adelaida se moriría de la vergüenza, y la excusa son nuestros cumpleaños. Es curioso que hayamos nacido el mismo día, el 21 de mayo.

Rómulo la miró. En cierto modo sí que las culpaba de alguna forma por la ruptura con Pilar. Había sentido que eran una carga irrenunciable, eso no podía evitarlo, por eso había puesto tanta tierra de por medio. Pero aquello era una noticia magnífica, llevaba años queriendo hacer una gran fiesta, así que se animó como no lo había hecho en meses.

—Lo siento, desde luego que no os castigo por nada. Simplemente necesitaba olvidar, pero ya está. ¡Me hace ilusión preparar la fiesta, habrá que empezar por la lista de invitados!

Felisa sonrió con suficiencia. Conocía bien a su hermano, le había dejado espacio para curarse las heridas, pero sabía bien cómo ilusionarlo.

—Sí, y muchas cosas más. Por eso necesitamos que vuelvas cuanto antes, has estado demasiado tiempo fuera. Además, hemos tenido serios problemas con un robo en la fábrica, ha sido uno de nuestros propios empleados. Tenemos que tomar acciones severas.

—¿Cómo no sabía nada? Por supuesto, vuelvo esta tarde mismo en mi coche, ¿en qué ha consistido el robo?

—Nada grave, puesto que el vigilante actuó correctamente. Fue anoche, lo malo han sido los destrozos en la fábrica, rompieron varias puertas y ventanas. El despacho lo destrozaron, no llegaron a abrir la caja fuerte. Pero lo severo ha sido que el culpable es un operario de los nuestros, Andrés Parra.

—¿Andrés Parra? Lo conozco, no me puedo creer que haya hecho algo así. Lleva años con nosotros, nunca ha dado ni un problema.

—Creo que ha sido algo premeditado. Mañana sabremos más porque tenemos una reunión con la policía y, por supuesto, tienes que estar. Te necesito, no sólo por este asunto, sino por todo, son muchas cosas las que nos traemos entre manos, y tu dejadez nos ha afectado. Las tres hemos trabajado para sacarlo todo adelante, Adelaida ha tenido que involucrarse en muchas tareas para las que no estaba preparada, y Bernarda ocuparse de la casa. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No ha sido nada fácil.

Rómulo sintió una nostalgia abrumadora de su casa y su familia, de alguna forma había sido injusto por lo sucedido con Pilar. Ellas no habían hecho el esfuerzo suficiente por integrarla, pero aun así eran su familia. Tenía que reconocer que echaba de menos su anterior vida.

—No puedes dejar las cosas durante meses, sólo por mal de amores. ¡Mira además lo bien que te has recuperado! ¡Y excedido también! ¡Casi te absorben por completo los sesos y eso te pasa porque eres un buenazo, muy educado, y hacen contigo lo que quieren! ¡Cualquiera! —Felisa y Rómulo miraron de reojo a Mercedes que no se movía. Estaba paralizada, sin saber cómo reaccionar, resultaba cómico—. Cambiando de tercio, había pensado que la fiesta fuera el 2 de julio, al anochecer, en el jardín. Lo iluminaremos y quedará precioso, será una fiesta exterior y así evitaremos que nadie entre en la casa. Habilitaremos los dos aseos del recibidor, únicamente. Son muchas cosas, eso sí, debemos ser conscientes de que no es una reunión de negocios, es también el cumpleaños de tu prima. Ya conoces a Adelaida, que es buenísima persona, pero no tiene ninguna amiga, no sé a quién invitar por su parte, no tiene vida social alguna, no digamos ya Bernarda, que le da miedo hasta

su propia sombra y nunca sale de casa. Al menos Adelaida sí que lo hace y colabora en todo lo que puede…

—Hola, sigo aquí —Mercedes interrumpió, al fin, furiosa, taconeando en el suelo. Llevaba unos zapatos de salón rosas algo gastados.

—¿Tú oyes algo, hermano? ¡Como un zumbido de mosconaaa! Le hemos invitado a irse, por favor, no haga más el ridículo. Coja sus cosas y salga de esta casa.

Rómulo levantó los hombros en señal de rendición a Mercedes. Y rio un poco la gracia de su hermana, aunque no le gustaba que fuera cruel. Acto seguido se levantó y la ayudó a entrar en la casa:

—Lo siento, Mercedes, no quiero ser maleducado, pero es el momento de irte. Te deseo lo mejor, una vida repleta de cosas buenas, porque te lo mereces. Eres una persona estupenda, pero hay relaciones que no pueden ser. La nuestra hace mucho que acabó.

Aquello fue suficiente para que Mercedes, abochornada, cogiera y saliera echa una furia, dando portazos en cada puerta hasta llegar a su habitación, en el piso superior.

Hizo las maletas, y en un mar de lágrimas, con el pañuelo anudado al pelo, salió del pueblo tal y como había llegado. Sola, conduciendo su propio coche. Ése era el estigma de las mujeres inteligentes y divorciadas, y más en un entorno tan pequeño y cerrado. Aquel no era su sitio, no valoraban su importancia y dedicación. Sintió desilusión por Rómulo, había pensado que quizás era diferente al resto de hombres, más alegre y parecía por encima de las convenciones sociales, pero se había equivocado, otra vez más. Era como todos.

Decidió salir directamente por el garaje, donde estaba su coche, sin despedirse siquiera, ya que la habían tratado con muy malas formas, no se merecían nada mejor. No tenía necesidad alguna de salir envuelta en lágrimas delante de aquellas personas, ni armando un escándalo, porque era una señora de ciudad educada, que estaba muy por encima de las convenciones sociales tan tradicionales. Y mejor no volver a ver a aquella horrible mujer, Felisa, menuda arpía. Además, estaba claro que ejercía un enorme control sobre su

hermano, era como si ella no existiera, con todo lo que habían vivido juntos. Una relación por lo visto no tan fuerte como ella había creído vivir. Felisa había abierto la boca y Rómulo había obedecido. Sentía mucha pena por el rechazo, pero no quería un entorno así, tan cruel y antiguo.

Arrancó su coche, se colocó las gafas de sol y continuó su camino en busca de la felicidad.

CAPÍTULO OCTAVO:

"¡No nos dejarán vivir tranquilos!"



Julio de 1936.

Rómulo sintió una inmensa tranquilidad al sentir la frescura interior de la casa. Olía a su hogar. Era una mezcla de aroma a rosas, lumbre y barro fresco. Aunque había vuelto como era natural en alguna ocasión en aquellos meses, siempre había sentido la necesidad arrolladora de fugarse, como si aquel lugar, y aquellas personas, fueran parte de su fracaso personal. Ahora todo era distinto. Sentía como si por fin, fuera capaz de pasar página.

Llevaba en Valdeganga solo unas semanas, y había sido una locura debido a los preparativos de la fiesta. Estaba muy contento por Adelaida y su hermana, parecían felices con los preparativos a pesar de estar viviendo en unas circunstancias políticas nefastas. En algún momento se le pasó por la cabeza la idea de que él había estado a punto de casarse, y que a lo mejor lo estaría ya, aquella podría ser su propia boda, si no hubiera salido de la casa de Pilar sin decir ni una palabra. Pero no podía torturarse con aquello, estaba viviendo un momento familiar único, y veía incluso a su prima ilusionada como no lo había hecho nunca. Eran una familia peculiar, lo sabía, y sus primas, extraordinariamente cerradas. Tampoco podía decir que Adelaida no fuera sociable, era muy amable y dulce con todo el mundo, pero siempre se apagaba durante días. El tema de su otra prima, Bernarda, era ya increíble, pues sólo parecía feliz en la soledad de sus labores. Siempre aguja en mano.

No escatimaron en detalles para la celebración. Habían decorado el jardín con flores y plantas. Pusieron mesas con manteles de flores coloridos y habían seleccionado las tres mejores vajillas de la casa. Entre todos elaboraron un menú con champán francés y pichón al foie. Decoraron las mesas con inmensos jarrones comprados expresamente para el día. En total, se servirían un total de siete platos y tres postres, querían deslumbrar a todos sus invitados. Vendrían desde Madrid y Barcelona, e incluso Rómulo había conseguido que aceptara la invitación un posible socio comercial francés, Martín Luchón, con quien llevaba tiempo queriendo entablar una sólida relación comercial.

Construyeron una pequeña carpa de lona, para evitar el relente de la noche y, como capricho, Felisa trajo a cuatro músicos de cuerda de Albacete, junto con una elegante solista que iba vestida con un deslumbrante traje de lentejuelas negro con un lazo a la espalda.

Adelaida y Felisa estaban espectaculares, con vestidos confeccionados expresamente para la ocasión. Felisa llamaba la atención por su elegancia, con un traje largo confeccionado en crêpe azul cielo y unos pendientes de brillantes con forma de cesta que habían costado una pequeña fortuna. Rómulo se vistió de esmoquin y se peinó el pelo con gomina con una raya al medio.

Recibieron a sus invitados desde la escalinata de la casa, conforme iban bajando de los coches. Todo rebosaba opulencia. Habían iluminado todas las habitaciones de la casa, en un derroche de electricidad absoluto. Rómulo vio la fascinación en los ojos de sus invitados, nadie había tenido acceso a aquella casa en años. Habían invitado también a terratenientes vecinos, entre ellos destacaban los Cuarteros, que acudieron con sus cinco bellas hijas. Felisa bajó de la escalinata a recibirlos, y supo al instante que pretendía hacer de celestina, su interés por hacer las presentaciones resultó incluso forzado. Rómulo fue encantador con cada una de ellas, sin dedicarles una especial atención.

Felisa miró las mesas vacías y destartaladas, la fiesta había sido un gran éxito. Habían hecho un gran esfuerzo para que todo fuera

perfecto aquel día. Por supuesto, habían invitado al tío Andrés, pero por motivos obvios, había declinado la invitación. Les había aconsejado posponer la fiesta, señalando que no era un momento propicio, y menos para la opulencia, aquel había sido un mal año para el país. No comulgaba con las ideas de su tío, aunque lo apreciaba, y aquella fiesta era necesaria para su hermano. Gracias a ella, había recuperado la senda de su camino, volvía a ser la persona alegre y trabajadora que siempre había sido. Hacía años que no lo había visto tan feliz, se había pasado la noche de un lado para otro, como si fuera el homenajeado de la fiesta. Había cerrado negocios y había entablado nuevas amistades. Felisa esperaba incluso que un buen noviazgo saliera de aquel día, con una joven que realmente estuviera a la altura de Rómulo. Alguien distinguido, de una familia acaudalada. Tenían que dejar los fantasmas atrás para impulsar un nuevo comienzo.

Rómulo se acostó el último, cuando no quedó rastro de la fiesta, no tenía sueño. Esperó a que los criados lo recogieran todo y paseó por el jardín. La noche era cálida. Pensó en una boda que podía haber sido la suya, y en una novia que habría sido sin duda el amor de su vida. La fiesta había sido exactamente como siempre había imaginado su boda. Eran un romántico, así que no pudo evitar pensar en ella: Pilar.

No era de los que se recreaban en las desgracias pasadas, más bien al imaginar su boda con Pilar, por primera vez en mucho tiempo, se sintió otra vez el hombre positivo y soñador de siempre. Volvía a ser el joven enamorado desde hace tantos años, aquél que tenía toda una vida por delante. Imaginarse esperando a Pilar en el altar le erizó el pelo de los brazos, de la emoción.

Sabía que tenía que cortar aquellos pensamientos, ahora tan bellos, espejismos de una realidad alternativa que no era la suya, tan bella que daba miedo. Aquel placer que estaba sintiendo, era una simple imaginación.

Pilar se encontraba perfectamente, pero el molesto Arturo seguía rondando por su casa, desatando, tras muchas semanas de santa paciencia, su incontenible ira. Si volvía aquella tarde de visita,

apenas podría contener ya su paciencia y educación. Pero si algo le exasperaba era la actitud de su propia madre, que parecía la novia.

—¿No es Arturo el hombre perfecto, hija?

—Simplemente, no. Preferiría no volver a verlo.

Su madre hizo un mohín de sorpresa.

Pilar ya no se cortaba, había pasado a la acción tras meses absurdos. Ahora iba a ser desagradable y maleducada, sin remordimiento alguno, ya que la estrategia de ser una joven educada no la había llevado a ninguna parte. Era la única forma de que aquellos dos pusieran fin a aquella inconmensurable tortura social.

—Pero no seas cabezota, si es un joven muy educado, atento y vive los vientos por ti. Estoy segura de que está a punto de declararse. ¡Además es un médico en ciernes!

Pilar quiso estrangular a su madre.

—Como vuelva esta tarde, ya le aviso, madre, pienso ser muy grosera y un gran incordio. Ya no tengo humor para este juego. Creo que ya he tenido suficiente, no es necesario prolongar mi agonía.

—Pero… ¡cómo me dices eso! ¡Desagradecida! ¡Si hasta te ha sanado por completo! Si apenas nos visita ya.

—¿Le parece poco venir todos los meses aunque no esté enferma? ¡Menuda tortura! Era una simple torcedura, que se cura en unas semanas, no en meses. Fue una simple caída por torpeza propia. Yo también sé diagnosticar reposo. ¡Tiene tanto de médico, como yo de alta! ¡Que ni se me acerque! No puedo soportar sus conversaciones insulsas sobre el clima, las frutas y las hortalizas. ¡Cada tarde que viene se me hace una tortura! ¡Menudo suplicio para el ánimo! ¡Con lo mal que lo he pasado con lo de Rómulo! ¿Cómo ha podido apañarse para venir tan asiduamente estos meses? ¿Que en la facultad no se estudia o qué?

Su madre calló al oír el nombre de Rómulo. Pilar nunca lo mencionaba, desde su ruptura. Qué raro. Pensó que era un evidente signo de recuperación, quizás su hija ya afrontaría por fin la situación.

Aún no se había atrevido a contarle a su hija las últimas noticias: que la hermana de Rómulo tiró literalmente a la novia de la casa, y

sin paños calientes. Dudó. ¿De qué serviría contárselo? ¿Acaso se ilusionaría otra vez con Rómulo al saber que estaba otra vez soltero? ¿Volvería a pensar en él? Al fin y al cabo, Pilar fue la causante de la ruptura, y estaba claro que se había arrepentido cada día desde entonces. Aquello le daba pánico, su hija lo había pasado muy mal, era como si nunca lo hubiera superado. Había tenido que tomar una decisión muy dura y madura y se había quedado a mitad, no superando la ruptura, porque en realidad aún era una niña.

En aquel momento irrumpió en el patio a zancadas Zacarías. Parecía haber llegado corriendo.

—¡Mujeres! ¡Ha sucedido algo grave, pero quiero que estéis tranquilas! ¡Hasta aquí esperemos que no llegue! Llevamos meses políticos muy duros, con acusaciones, detenciones y asesinatos, ya lo sabéis. Menos mal que Fuentealbilla es un sitio pequeño y seguro.

—¿Pero qué ha pasado, padre?

Pilar se levantó a saludar a su padre, le dio un beso en la mejilla. Manolito se levantó del suelo siguiendo a su dueña.

—Hace dos días hubo un alzamiento en Melilla.

—¿Qué es un alzamiento, Zacarías?

Luisa nunca había oído esa palabra. Parecía algo horrible.

—Es una sublevación militar contra el gobierno. Es un golpe militar fascista, ¡lo que nos faltaba! ¡No nos dejarán vivir tranquilos! ¡Hay gente que sólo quiere follón y armas!

Con la mención de las armas, Luisa se asustó:

—¡Jesús!

Pilar miró a su madre blasfemar, y luego santiguarse. Pensó rápido.

—Padre, pero Melilla está en África. ¿Verdad? No veo el peligro.

No era bueno alarmarse y tomar decisiones precipitadas.

—Otras zonas los siguen, no se sabe aún su alcance, hablan todavía de pucherazo en las elecciones, no aceptan el resultado de las urnas. Por lo visto algunas ciudades van a apoyarlos. España es diversa, hija. Y a todo hijo de vecino le gusta opinar, y más de política. Eso no es bueno, nos involucramos demasiado los españoles. Somos orgullosos, mirad qué meses llevamos. Espero que el Gobierno aguante, y la rebelión se sofoque, para que al fin

tengamos unos años de paz. Son necesarios, para la economía y el campo. Aun así, como somos precavidos, nosotros nos vamos a preparar. Luisa, hay que cocinar, hacer conservas y guardar productos no perecederos. También necesitaremos hacernos acopio de velas, tenéis que encargaros de todo lo de la casa vosotras, yo tengo que hacerlo para todo el pueblo, por si acaso.

Pilar se puso blanca.

Si su padre tomaba medidas, era que era una situación muy grave, aunque estuviera intentado burdamente atenuarlo para ellas. Y no puedo evitar sentir miedo, por la incertidumbre, al no poder controlar la situación. Sintió la necesidad imperiosa de correr y encender el transmisor. La radio los mantendría informados, día y noche.

Juana, la criada, irrumpió. Por un momento Pilar pensó que traía las mismas noticias que su padre, de la sublevación. Por ser alcalde, era de los primeros en ser informados en el pueblo.

—El señorito Don Arturo está aquí para visitar a la señorita.

Por favor, ahora no.

Pilar no pudo evitar poner los ojos en blanco, hastiada. Zacarías observó el semblante de su hija y no le hizo falta más. Era obvio que su hija estaba cansada de todo aquello, había dejado demasiado tiempo hacer a su esposa con aquel joven, pero estaba claro que aquella amistad no había mejorado en nada el ánimo de su hija, al contrario. Tenía que intervenir, ya no estaban para tonterías ni trivialidades:

—Dígale, educadamente, al señorito Arturo, que se vaya por donde ha venido. No aceptamos visitas, ni lo haremos en bastante tiempo.

Pilar soltó una risita traviesa. Menudo alivio. Menos mal que alguien la entendía en aquella casa.

—¡Pero Zacarías! —bramó indignada Luisa. —No son formas de tratar a las visitas.

—¡Pero si la niña lo odia! ¡Y tenemos mucho que hacer! ¿Has oído algo de lo que he dicho de la sublevación? ¡Más vale prevenir que llorar! ¡Que vuelva a la facultad a seguir con su carrera, o nunca

será médico! ¡Si lleva meses pasando por aquí! ¡No parece muy espabilado, la verdad!

Pilar miró con amor infinito a su padre, eran justo las palabras que necesitaba oír. Incluso, se le escapó una carcajada. En cambio, Luisa miró para otro lado. Tenía a los dos en contra, y con eso ella nunca jugaba, pues los quería demasiado.

—¡Está bien! ¡Juana!, diga al señorito Arturo, sencillamente, que la señorita está mejor y que no hace falta ya que venga tan asiduamente. Díselo con educación, por favor. Pillará la intención y no se sentirá tan ofendido. ¡Qué penita de joven! ¡Era un buen partido!

Juana la miró comprendiendo lo que se esperaba de ella. Le gustaban aquellas tareas relevantes. Y la verdad es que aquel joven había abusado mucho de ellos, no sabía ya cuántos chocolates y cafés con leche le había preparado y servido. El señor siempre tenía razón, menos mal que había intervenido, podrían haber estado así hasta Navidad.

—Por supuesto. ¡Yo me encargo, señora!

La actitud ilusionada de Juana ante semejante y rocambolesca tarea era más que evidente. Pilar, de nuevo, no pudo evitar reírse, pero esta vez a carcajada limpia y por primera vez en mucho tiempo. Y fue reconfortante para ella ver que sus padres la siguieron, cómplices. Pues, Zacarías, que había entrado con las peores noticias en el patio, no pudo evitar soltar una inmensa carcajada:

—Conociendo a Juana, se lo va a decir sin remilgos, a ese no lo volvemos a ver pisar el pueblo.

Adelaida lloraba de tristeza por su padre. Bernarda estaba sumida en un inmenso silencio. Los periódicos con sus tenebrosos titulares resultaban amenazadores, parecían tener el poder de explotar en cualquier momento: “Intento criminal contra la República.”

Desde que oyeron la noticia, los cuatro temían que algo malo pudiera pasarle debido al levantamiento. Su posición política le había convertido en diana como eminente republicano y, por todo ello, habían tenido que tomar muchas precauciones. Andrés Albors era muy previsor, y tenía muchos amigos; pero, aun así, el miedo estaba

ahí. Él quería luchar por lo que siempre había creído: un país democrático y libre. Ni Bernarda, ni Adelaida se habían criado con él. Siempre habían vivido con sus primos, sin embargo, su padre era una figura familiar fundamental para todos. Ellos sentían que Andrés siempre había estado ahí para los cuatro, cuando lo habían necesitado. Eran una familia desestructurada, pero se querían, y ahora, Rómulo temía que todo se fuera al traste por culpa de la política. Por eso en casa nunca se hablaba de política, pues le desagradaba por completo. En esas cuestiones, encima, Bernarda siempre se ponía del lado de Felisa, y jamás la contradecía, ni en temas políticos. No siempre había sido así, cuando eran jóvenes, habían llegado las tres primas incluso a luchar codo con codo por el derecho al sufragio universal, y juntas celebraron el éxito, hace no tanto tiempo, en 1931. Pero era como si su hermana, poco a poco, se hubiera ido moderando de forma intransigente en sus opiniones, y de su mano Bernarda, que idolatraba a su prima mayor. Bernarda era cinco años menor que Adelaida, y Felisa había ejercido como su figura materna desde que llegaron a aquella casa siendo dos niñas pequeñas.

La situación política había empeorado, no se mencionaba directamente la palabra guerra, pero estaba en la mente de todos. Era inevitable tratar el tema ya que la división en el seno familiar parecía estar a la vuelta de la esquina. Felisa no parecía tener ninguna duda al respecto y, para sorpresa de su hermano, no le molestaba el alzamiento, lo veía necesario para un país en decadencia. Aquello la exasperó. Ningún golpe de estado podía ser bueno. ¿Cómo podían no enfrentarse por aquel tema que estaba en cada esquina y periódico?

Ese domingo, como todos, fueron juntos a misa tras la pequeña discusión familiar. Habían optado por no volver a sacar el tema, ya que no se pondrían de acuerdo. Adelaida parecía dudar, pues sentía que debía apoyar a su padre, republicano, pero tampoco quería ofender a su prima. La ceremonia religiosa fue sombría, como si en aquella coyuntura nacional no se pudiera hacer más. Don Gil se mordió la lengua, a petición del propio Rómulo, para no entrar en temas controvertidos, puesto que solía utilizar el púlpito para

comentar los acontecimientos a nivel nacional y hasta ahora había sido para criticar a la República, así que su posición estaba cantada. Era bien sabido por todos que a Rómulo no le gustaba la política y ejerció su influencia en la parroquia. No había sido fácil y Felisa se había sentido incluso agraviada. Para Don Gil era importante informar, de esta forma, servía a toda la comunidad, manteniendo informados a sus vecinos. Rómulo no pudo evitar pensar que si ellos tenían discrepancias, en una familia tan pequeña, la iglesia no iba a ser menos. Sin ir más lejos, mantenía un fuerte enfrentamiento con el párroco de Fuentealbilla, Honorato, que era demasiado beligerante con el gobierno, y a él personalmente le gustaba mucho más, pero por supuesto no era algo que debía verbalizar en un momento de crispación. Felisa estaba exultante con el alzamiento, no lo decía claramente, pero Rómulo la conocía y veía su ilusión; como si fuera algo que necesitaba el país, en cambio, a él le horrorizaba todo lo que tuviera que ver con ello.

Felisa se puso su falda verde oliva a conjunto con la blusa. Remató el conjunto con un gran cinturón beige. Era alta, para mucha gente en exceso, especialmente para ser una mujer. Si hubiera sido un hombre, nadie le habría dicho nada, obviamente. Le sacaba medio palmo a su hermano Rómulo y más de una cabeza a sus primas.

Era muy pronto, no había amanecido, pero tenía mucho que hacer por delante, muchas responsabilidades. Ese día iría a la fábrica de mantas, situada cerca del río, pero por la tarde. La mañana entera se la dedicaría a los jornaleros del campo, con ellos siempre había que estar encima, no podía relajarse ni un minuto.

En realidad, no vivían de la agricultura, como la mayor parte de los terratenientes de tierras vecinas, ni por asomo. Pero había que mantener y cultivar las tierras, y más en ese momento pues, con todo lo que estaba sucediendo, debían prepararse para lo peor. Era precavida y debía adelantarse todo lo que pudiera. Seguramente en el futuro necesitarían cada fruta y verdura que creciera en ellas. Felisa no lo decía en voz alta, pero estaba contenta con el alzamiento, era de justicia, sobre todo después del asesinato de

Calvo Sotelo. Aquel conflicto iba para largo y necesitaban productos con los que autoabastecerse y hacer intercambios, si fuera necesario. No sabía si llegaría al trueque, pero debía tenerlo en mente.

Prácticamente eran la única familia de industriales de la zona y, por ello, tenían un deber; debían estar a la última en mecánica, procesos y producción. Pero gracias a dios, para eso estaba Rómulo. Ella prefería evitar la parte técnica e industrial de las fábricas, de la que poco sabía. A ella se le daba bien la organización de los trabajadores y los números. La mayor parte de sus esfuerzos diarios se iban con la organización de las casas, el campo y los jornaleros. Eran sobre sus hombros donde recaía todo lo relativo al personal, tanto del campo, como de las fábricas. Eso sin contar su responsabilidad como matriarca de la familia. Ése era su principal rol y lo aceptaba.

Lo de la mujerzuela de Rómulo era una anécdota más, para el repertorio. Siempre tenía que ejercer de hermana mayor y madre con él. Era tan bueno, que a veces era bobo. Siempre se había temido que alguna mujer interesada lo enganchara con eso. Lo de Pilar había sido otra cosa, pues por un momento, pareció un noviazgo de verdad, y eran de una buena familia, respetada en todo Albacete. Zacarías, como alcalde, tenía mucho respaldo e influencia, y sabía que había rechazado ser diputado en las últimas elecciones nacionales, sólo para estar en el pueblo. No quería vivir en Madrid. Fuentealbilla era muy importante para los Gabaldones. Y Valdeganga, para los Valentines. Ahí estaba la raíz de tanto conflicto entre Pilar y Rómulo.

Además, Pilar… tenía algo, que no acaba de convencerla. Habían sido amigas, pero tampoco íntimas y siempre le había parecido que tenía muy mal carácter, bueno, mejor dicho, que era algo huraña y contestaba bruscamente, como si le faltara clase y estilo. Su hermano necesitaba a alguien más dulce y distinguido, como Adelaida y Bernarda. Bueno, Bernarda era más bien tosca, pero eso sí, muy educada, tanto que casi nunca abría la boca. Dos soles de primas. Pero con Pilar no había podido ser, y le sabía mal por el mal de amores de su hermano, así que le aliviaba tenerla lejos de

Valdeganga. Pilar no era lo suficientemente buena para Rómulo. No tenían nada que ver y jamás habrían sido felices. Luego estaba aquella mujer, Mercedes. No pudo evitar reírse de ella, de su cara al quedarse sin su silla: un quiero y no puedo…

Salió de su inmenso cuarto y bajó a las cocinas. Allí ya estaba la diligente Rafaela cocinando y con un bizcocho recién horneado encima de la encimera. Trabajar con gente así, daba gusto, jamás tenía nada que reprochar a Rafaela, pues era trabajadora, limpia, educada y trabajadora. Le había preparado ya una bandeja con un café con leche y, nada más verla, le cortó un trozo mediano del bizcocho.

—Muchas gracias, Rafaela, hoy tengo un día duro. Volveré a la hora de comer, muerta de hambre, antes de ir esta tarde a hacer unas gestiones en la fábrica, me tengo que repartir. He pensado que podríamos cocinar hoy cordero, aprovechando que está el señorito en casa.

—Estupendo. Con unas patatas a la pobre con unos huevos y con sus ajitos, que le encantan al señor

—Perfecto.

No volvieron a cruzar una palabra, Felisa desayunó en silencio y llamó a Xusco, su cochero, para empezar aquel día de duro trabajo. Cogió la bolsa con las pesetas de los jornales, que había preparado la noche anterior con su hermano. Reposaban justas, para así no tener nunca que dar una de más. Pagaban bien, y punto. Y el día de paga, siempre había uno que intentaba sacarle un adelanto o un cuarto de más.

Sus primas se despertarían en una hora o quizás más. Hoy Felisa estaba de muy buen humor, le gustaba ponerlas en práctica tras despachar tareas y problemas con Rómulo. Una rutina entre hermanos que Felisa había echado en falta en su ausencia y especialmente los meses que había pasado distanciado de ellas. Tenían una complicidad que los unía por encima de todo. Nada los separaba, eran hermanos, y sentía que eran, incluso, una unidad.

Ellos dos solos podían con todo y, después de lo que había pasado con Mercedes, estaba claro que a Rómulo se le podía dejar campar a sus anchas. Su lugar estaba en Valdeganga, con su

familia. Estaban prosperando más que nunca, y para seguir la senda, todos debían arrimar el hombro, juntos. Así era como se construían las grandes fortunas. Pronto podrían hacer grandes cosas y su hermano tenía buen olfato para las inversiones, tenía que reconocerlo. La sublevación militar ganaría, eran mucho más fuertes y estaban organizados.

Apuró su café, llamó a Xusco y partió cargada con la bolsa para enfrentar confiada en sí misma, una larga jornada de trabajo. Como le gustaba madrugar, para aprovechar el día, se subió a su inmenso coche de caballos después de dar instrucciones a su cochero. Había una guerra y los Valentines estarían pertrechados. No dejaría nada al azar. No creía que el conflicto pudiera llegar hasta allí, no era una zona relevante ni estratégica, pero aun así, si la situación empeorara, como de hecho estaba sucediendo, los flujos comerciales cesarían y las fábricas estarían en peligro. No podía permitirlo, habían trabajado mucho para levantar todo aquel patrimonio. Se habían dedicado a ahorrar e invertir, sin gastos superfluos. Debía poner a salvo tanto como pudiera.

C A P Í T U L O N O V E N O :

"Juegos de tabas y canicas"



Noviembre de 1936

Rómulo sintió por primera vez en su vida una sensación amenazante, no era miedo, pero sí falta de seguridad e incomprensión ante una guerra que no quería, ni mucho menos, compartía. Lo que era inconcebible era que hubiera gente que la estuviera esperando con los brazos abiertos, todos a las armas. ¡Locos!

Cada noche rezaba para que el conflicto se sofocara rápido, y su vida, con sus negocios, siguiera como siempre. Cada vacilación era como un asomo de derrota para la República. Está y no está. Lucha y desaparece. Y él, antaño tan seguro, comenzaba a flaquear. Estaba completamente desubicado.

La guerra lo estaba destruyendo todo. Sus amigos habían quedado divididos en bandos, y su familia no había sido menos. Su querido tío Andrés, su padrino, se jugaba la vida por defender el estado de derecho votado en las urnas, la II República, y había quedado relegado en las discusiones familiares. Pero había otros tantos, incluida su querida hermana, que volaban alto con sus ataques al gobierno. No podía soportarlo.

Y de repente, él ya no era nadie, no tenía ideas, no estaba en un lado ni en otro, porque la verdad es que jamás pensó, ni en sus peores pesadillas, que todo aquello pudiera pasar. Su prima Adelaida, se había decantado, sin mucho entusiasmo, por el bando de su prima Felisa en lo que a Rómulo le pareció más un arrebato de

supervivencia familiar que de sociología ideológica. Estaba claro que no debía ser una decisión fácil, por su padre. Al final era una decisión inteligente, en cuanto no se mordía la mano que a uno le daba de comer. Bernarda siguió a su hermana, sin plantearse nada más, puesto que el párroco de Valdeganga hacía hincapié también en ese sentido. Don Gil sentaba cátedra en la iglesia. O eras de un bando, o del otro. ¿Es que nadie veía a dónde conducía todo aquello? ¿Lo lógico no era estar en contra de los conflictos armados? Nadie defendía la paz y el entendimiento entre partes. Tal era la crispación que, ni la radio, ni la prensa, ni ningún medio llamaba a la lógica. Sentía que todos se habían vuelto locos y él era el excluido, por no querer participar. Todos se precipitaron en sus exaltados discursos, sin pensar cuánto sufrirían las personas, las familias y la economía del país.

Rómulo pensaba cada día en Pilar. Por curioso que fuera, ahora lo hacía mucho más que tras la ruptura. Cerró los ojos y recordó su precioso pelo negro negro ondulado, y esa forma de andar tan peculiar, repleta de tranquilidad. Los Gabaldones estarían a salvo, mientras no llegaran los fascistas al pueblo. No había familia socialista más arraigada que ellos. Ojalá no tuviera que preocuparse por aquellas cosas, las ideologías eran malas para los negocios, y mucho más, las exaltadas. Las noticias decían que todo acabaría pronto y se sofocaría el golpe rápidamente, así él podría volver a ser la persona alegre y confiada que siempre había sido. Porque no podía vivir con aquella ansiedad constante.

Notó cómo había estado apretando en exceso con sus manos el volante hasta llegar a la explanada de la fábrica de mantas. Tenía las manos rojas por la tensión ejercida. La fábrica no necesitaba mucha inversión y era muy rentable, aunque le haría falta una buena mano de pintura al exterior. Las mantas eran esenciales para los hombres que dormían al raso.

Justo cuando salió del coche, vio que había un grupo de hombres, algunos con uniformes, delante de la fábrica. Unos lo saludaron con un gesto en el sombrero y otro, con la mano. Eran los jefes comarcales del Frente Popular de Valdeganga. Los conocía de vista, como todos en la zona. Uno era Miguel Rubio, y otro se llamaba

Arturo, tenía buen trato con ellos. Buena gente, le conocían desde pequeño. A los uniformados no los conocía de nada.

Le saludó afable:

—¡Buenos días! ¿Qué se les ofrece?

—Don Rómulo, buenos días, venimos a avisarle.

Habló un hombre uniformado, de contextura gruesa, que no conocía. Rómulo sintió un nudo en el estómago. El semblante serio de aquellos señores, le transmitió intranquilidad. ¿Estaba en problemas?

—¿Disculpen, vienen a avisar? ¿Ha sucedido algo? —Mantuvo su pausada y educada serenidad a pesar de la inquietud. Se oían muchas historias por ahí.

Fue Miguel Rubio, con quien mantenía una buena relación, quien dio las explicaciones:

—No le queremos alarmar, D. Rómulo. Pero intente usted no pisar más Fuentealbilla. ¿Entiende? Allí le han denunciado y están las aguas algo revueltas.

No daba crédito. El tono formal de Miguel, que solía tutearlo, le erizó el pelo.

—¿Denunciado? ¿Por qué motivo?

—Por ninguno que haya sido válido, usted es gente de bien, todos aquí lo sabemos. Es un hombre honesto y bien considerado, pero en Fuentealbilla unos hombres, cuyos nombres no puedo darle, le han denunciado por fascista, así se lo digo, así que tiene que protegerse. Han exigido su detención inmediata. Por nuestra amistad y porque sé que es un amigo del gobierno, y no un enemigo, he venido a prevenirlo.

Rómulo sintió miedo. ¿Acusado? ¿Enemigo?

—Eso no puede ser, no he hecho nada. Y desde luego, no soy fascista.

—Lo sabemos, el alcalde de Fuentealbilla, Don Zacarías, ha dado fe de todo ello. Se ha armado incluso un pequeño barullo en la puerta del ayuntamiento. Nombró a su tío Andrés, como prueba de cargo. Tiene suerte de tener tanta gente que lo quiere bien. Al final, para aplacar ánimos, se pactó una orden de detención, aquí la tiene, pero como puede ver, pone "no detener", en la parte inferior.

Arturo, al cual conocía incluso de jugar al dominó en verano, intervino para tranquilizarlo:

—Rómulo, tranquilo, pone "detener", al principio, y "no detener", al final. Detener y no detener. No te preocupes, es como si no dijera nada.

Rómulo cogió el papel escrito con una pulcra letra cursiva a estilográfica entre sus manos y leyó con el corazón desbocado:

Fuentealbilla, 9 de noviembre de 1936:

Estimado amigo Rómulo, en vista de las órdenes que tengo, mañana día 10, sin excusa ni protesto, necesito 3000 pesetas; de no hacerlo, me veo obligado a proceder a su detención inmediata por el Frente Popular.

El presidente, Miguel Rubio

Y abajo leyó: "*Le aconsejo no detenga.*"

—Pero entonces, ¿me detienen o no me detienen?

Aquella orden no tenía ni pies ni cabeza en su confusa redacción.

—Nada, se hizo el documento para aplacar a los del Frente popular de Fuentealbilla, que se han hecho muy fuertes en ese pueblo.

Rómulo intentó hacer memoria, a ver si había alguien en el pueblo que le deseara el mal. Rafael, sólo estaba Rafael. El eterno pretendiente de Pilar. ¿Sería él quien le habría denunciado? ¿Por motivos personales? No tenía mucho sentido.

—¿Pero conozco a quien me ha denunciado? Conozco a casi todo el mundo allí, guardo buenas relaciones. Salvo con uno, y es una cuestión personal, no tengo problema alguno.

—No, los intrigantes son gente que vino desde Madrid. Creo que no te han visto ni la cara nunca. Se han instalado en el pueblo de forma indefinida, son forasteros.

—Pues no entiendo nada. ¿Cómo puede denunciarme alguien que no me conoce?

Se le pasaron millones de cosas por la cabeza.

—Nada, usted pague las 3000 pesetas y se acabó.

—Es bastante dinero. No me están pidiendo cinco duros. Obviamente no dispongo de esa cantidad encima.

Odiaba soltar los cuartos, y más en una situación injusta.

—Eso dejará tranquilo a aquellos malos hombres, se lo daremos íntegramente. Con eso estarán callados un tiempo. Pero, por favor, no pise Fuentealbilla o le puede pasar cualquier cosa.

—Está bien, me hago cargo. Pasen a la fábrica y lo arreglamos todo. Les daré el dinero.

Sintió pena, más que por su vida, por una nimiedad; si no pisaba el pueblo de Fuenteabilla, no se cruzaría jamás con Pilar. Llevaba meses sin atreverse a verla, y ahora, cuando empezaba a armarse de valor de pasar, al menos, por delante de su casa… ¡Le prohibían poner un pie en el pueblo!

Pensar en Pilar, en la posibilidad de encontrarse con ella, imaginar lo que le diría, era algo que le animaba a diario y le ayudaba a vivir con esperanza aquellos convulsos momentos. Pero al parecer no hay lugar para el amor en tiempo de guerra. No había como que pasaran cosas graves, para que uno se diera cuenta de lo esencial. El alzamiento había sido un muelle en su cabeza, desde aquel día sólo podía pensar en volver a encontrarse con ella. Nunca había dejado de quererla, pero había escondido aquellos sentimientos para no verlos. Ahora que tenía el arrojo de pensar en ello, con Pilar era con la única persona que se había sentido completo. Como si formara parte de sí mismo, eso nunca le había pasado con nadie. Y mucho menos, con la pobre Mercedes. Se arrepentía de haber llevado aquella relación tantos meses, por egoísmo, pero tampoco pensaba flagelarse por ello.

Se despidió de los hombres después de haber pagado por su no detención. Se sintió aliviado. Eran gente de bien, amables y con las ideas claras, sabían que él no era un problema, pero le preocupaban aquellos desconocidos de Fuentealbilla. Le habían acusado, y no sabía quiénes eran; habían dicho que personas de Madrid, eran como unos delegados. Podrían hacerle cualquier cosa, tenía que intentar no ir solo por los caminos. Era duro de asumir. Podía morir. Por algún motivo aquel miedo lo paralizó, sólo el mero hecho de pensarlo. No pudo evitar sentir envidia de su hermana, que siempre

recalcaba que no tenía miedo a morir, que la muerte no era el final. Decía que detrás solo estaba el cielo, y que era un lugar evidentemente mejor que aquel planeta polvoriento y banal. A él, sin embargo, le encantaba vivir y no tenía prisa alguna por conocer el más allá. La muerte le daba pavor y pensaba evitarla a toda costa.

Rómulo no tenía las ideas tan claras a nivel religioso, pero por supuesto era algo que no podía compartir con nadie, se creerían que estaba loco o que era un ateo. No estaba tan seguro del concepto de cielo como le gustaría, la lógica le decía que el final era simplemente un fin. Sin más. Luchaba contra aquella idea a diario y, especialmente, cada domingo al escuchar la misa. Quería creer, y ponía todo su empeño. Pero allí estaba aquella vocecita, con aquel susurro incesante. "Rómulo, tú sabes que no hay nada, como para el resto de los animales del planeta. No somos mejores que las otras especies." Si lo verbalizara, le martirizarían de por vida, especialmente su hermana Felisa. Eran pensamientos totalmente prohibidos. Si alguien supiera de sus dudas, sería prácticamente apartado de la sociedad.

Respiró hondo y se sentó frente a la mesa de madera de su despacho en la fábrica de mantas. Debía continuar con su vida. Tenía todos los envíos paralizados, sólo podía vender en unas pocas zonas, era imposible mover mercancía de forma segura por el país. Además, todos sus planes se habían ido al traste, incluido ahora, el de volver a hablar con Pilar.

Cogió los libros de contabilidad y se enfrascó en ellos para buscar salida a todo aquel atolladero. Con aguantar un año más, sería suficiente. Tenía que economizar al máximo y, si era necesario, parar las producciones de alguna fábrica, aunque harina y mantas eran bienes de necesidad para todos los bandos. Igual podría venderlos, antes de que a alguien se le ocurriera la idea de requisarlo pues, por lo que acababa de vivir, ya todo era posible.

No se iba a rendir, lucharía por sus empresas. En un año como mucho toda aquella horrible pesadilla habría pasado y la gente se sentiría ridícula por haber apoyado semejante despropósito. Nadie podría estar orgulloso de algo así. Las cosas que se contaban…

Zacarías dio con el puño en la mesa, en un intento de exteriorizar su ansiedad. No era propenso a la rabia, pero últimamente aquellos milicianos madrileños que se habían instalado en el pueblo lo llevaban al límite. Eran incontrolables, ególatras y diría que, incluso, anárquicos.

Se pasaba el día mediando y tranquilizando las aguas, Fuentealbilla era un pueblo pacífico, a pesar de estar inmersos en una guerra, pero ellos sólo querían crear problemas. Sabía que la idea inicial de la detención de Rómulo había partido de uno de los suyos, de alguien del pueblo: Rafael. Un joven que desde pequeño andaba metiéndose en problemas. Era él quién había dado aviso sobre su existencia, y sus presuntas riquezas. Estaba claro que Rafael había exagerado la posición económica de Rómulo así como inventado sobre su ideología. No había querido contárselo a su hija para que no se angustiara. Pero luego el asunto se había desbaratado completamente, con la intervención de Jorge Aliaga, el jefe delegado de la milicia del Frente Popular. Las palabras de Rafael habían sido fuego para las ideas de Jorge Aliaga. Se habían instalado en el pueblo, sin dar credenciales, y con una actitud alarmista y recelosa que, a duras penas Zacarías podía controlar.

Ahora, ese hombre tan peligroso, Aliaga, se había obsesionado con Rómulo Valentín, sin conocerlo. En dos ocasiones había conseguido paralizar su detención, pero era cuestión de tiempo. No le agradaba el joven, era cierto, por todo lo que había sufrido su hija Pilar, pero de ahí a ser detenido injustamente, había un trecho. Se consideraba un hombre justo. Siempre lo había sido. Y sus valores: democracia, justicia e igualdad, estaban muy arraigados en su toma de decisiones, así que no había dudado en intervenir.

Miguel Rubio, el jefe comarcal, entró en el despacho y cerró la puerta. Estaba muy serio:

—Poco podemos hacer, Zacarías, no le demos más vueltas. Le hemos parado los pies varias veces. Tenemos tantos problemas, hay tanta inseguridad en los caminos… Que no podemos hacer nada esta vez.

El Alcalde asintió con mucho pesar:

—Lo sé, pero aun así me hierve todo el cuerpo. Siento que no estamos obrando bien.

Miguel se sentó en la silla que estaba enfrente de la mesa del alcalde.

—Aliaga se ha obsesionado con Rómulo y todas sus propiedades. Está claro que no va a parar a estas alturas. Hemos intentado disuadirlo, le hemos pagado incluso una fortuna… Pero eso sólo ha servido para levantar sus inquietudes de avaricia. Ha visto dinero y eso es lo que quiere.

Zacarías se levantó:

—Sí, pero porque ha tenido un informante que le ha calentado la oreja todos estos meses. Que si dinero, que si casas, que si propiedades… Es increíble que haya sido uno de los nuestros quien informara.

Miguel suspiró, no estaba al tanto de los pormenores de aquel asunto. Tenía tantos problemas últimamente que aquello resultaba una minucia:

—¿Quién ha sido?

—Uno del pueblo, Rafael. Su familia es la que vive en la caseta descuidada de la salida del norte. Siempre ha sido algo problemático y descuidado.

Miguel levantó los hombros, en señal de rendición:

—Pues ya está, no podemos hacer más, lo hemos evitado hasta el final. Lo único que podemos hacer ahora es dar nuestra recomendación sobre su persona para garantizar al máximo su seguridad.

—Me temo que hoy en día todos corremos peligro, las recomendaciones no son ya una garantía.

—Lo sé, pero quizás consigamos una detención de corta estancia. Hay que intentarlo, es todo lo que podemos hacer.

—Deberíamos avisar a su tío, Don Andrés Albors.

—Sí, yo me encargo. Me siento algo responsable de todo esto.

Miguel miró a su amigo:

—¿Porque Rómulo era novio de tu hija?

—Sí, y no. Es más que eso. El Rafael ese, no es trigo limpio, siempre ha andado rondando a Pilar y recibiendo calabazas. Rafael

envidiaba a Rómulo, así que la acusación no es por motivos políticos, ni siquiera por dinero, es solo por un asunto de chiquillería, de mal de amores. Y eso no es justo. Motivos personales para un asunto tan serio, como es poner la vida de un joven en peligro y dejar a su familia sin su patrimonio.

Ahora Miguel entendía mejor por qué el alcalde se había involucrado de forma tan personal.

—¡Menuda barbaridad!

—Pues sí, siento que no es algo serio. Pero estoy atado de pies y manos. He hecho todo lo que he podido.

—Pues ya está. No te tortures más, suficiente tenemos ya.

—Por favor, es un buen joven. Sin ideas políticas. De familia pudiente, es cierto, pero sin más. Yo diría que es incluso algo simple en sus planteamientos.

—Me hago cargo, alcalde, te recuerdo que yo también le tengo aprecio al joven, hace mucho que lo conozco. Como muchos en el pueblo. Además, correrá la voz, y la gente se sentirá insegura, justo lo que hemos estado evitando durante estos meses. Ya sabes cómo está el país, así que lo que estamos consiguiendo aquí es prácticamente un milagro.

—Esa es otra, sin ser de aquí del todo, la gente aprecia a Rómulo, sienten que es de los nuestros. Ha dado trabajo a medio pueblo, ha prestado dinero cuando hacía falta… Siempre ha sido un buen vecino, es inevitable que la gente tenga miedo y sienta que la guerra está a las puertas del pueblo. Ya hemos evitado tres peleas de las gordas… Estamos haciendo un gran esfuerzo.

—Tu labor como alcalde es intachable, tus vecinos lo saben. La paz que se respira aquí… ¡mira cómo está España! Muertes, asesinatos, bombas…

—No sé cuánto tiempo más vamos a lograr mantener la paz. Cuando oímos la radio, o leemos el periódico, todos sentimos miedo. ¿Cuándo llegará aquí?

—Eso no podemos saberlo amigo, hay que vivir el día a día. Evitar males mayores, como ahora. No debemos enfadar a los delegados milicianos, a saber de qué son capaces... Tenemos familias, amigos y vecinos que proteger.

—No me fío ni un pelo de ellos, pero tengo que bailarles el agua, si no todo empeoraría. ¡Estoy atado de pies y manos! No quiero que empiecen las acusaciones ni las hostilidades.

—No te preocupes. Yo mismo acompañaré a Rómulo en su detención, hazme un informe oficial firmado y sellado con tu recomendación. Eso le dará tiempo y le protegerá algo. En Albacete los ánimos están más caldeados.

—Ahora mismo pido que me lo redacten. En una hora puedes pasar a recogerlo.

—Perfecto, hasta luego.

Miguel Rubio salió del despacho y dejó a Zacarías pensativo. Tenía que hacer un buen informe, sería lo único que protegería a ese joven, hasta que su tío, el diputado republicano pudiera intervenir. Cogió papel y estilográfica, y escribió a Andrés Albors un aviso de su puño y letra, que mandaría por correo urgente certificado.

Poco podía hacer más y debía olvidar el asunto. Tenía demasiados problemas, literalmente amontonados sobre la mesa de su despacho. Era un equilibrista. Y mantener el equilibrio de todo el pueblo mermaba su salud y sus capacidades. No quería alarmar a su familia, pero últimamente, su inquietud era tal que nublaba su cabeza, ralentizando su razonamiento. Apenas podía pegar ojo, temiendo que cualquier noche ocurriera un suceso dramático. Podían atacarlos, o bombardearlos, a pesar de no estar en una zona de lucha. Nada era imposible en una guerra.

Aquella mañana cayeron ligeros copos de nieve, si bien no llegaron a formar un manto para cubrir la superficie, sí para helar toda planta viviente. Aquello no era bueno para el campo. Hacía un frío de novela rusa. Felisa llevaba con Rafaela, desde la madrugada, intentando caldear la casa sin suerte, avivando las chimeneas y la lumbre. El cielo estaba oscuro, no era de lluvia, sino como para ocultar el planeta entero al propio espacio exterior.

Rómulo estaba en su despacho, intentando organizar los papeles que necesitaba para aquel día. Los problemas se acumulaban, y prácticamente solo tenían ingresos de la venta de harinas. No sabía si cerrar la fábrica de mantas, hasta que el conflicto acabara. Los

caminos no eran seguros y no podía ir de un lado al otro. Además, no podía pisar Fuentealbilla, justo la única fábrica que aún funcionaba. Así que había tenido que volver a delegar en su encargado, Juanico, su hombre de confianza, quien había trabajado ya en su día codo a codo con su padre y en el que había confiado tras su marcha a Albacete. Pero Juanico tenía unas limitaciones, y debían despachar asiduamente, pues los números y las letras no eran lo suyo, sólo eran garabatos. Felisa se había prestado a trasladarse a Fuentealbilla, para encargarse de todo, temiendo que acabaran requisando su único sustento actual. Pero Rómulo no lo consideraba seguro, después de todo lo que había sucedido. Como su hermano, ella también sería el blanco de los milicianos. No podía dejarla sola allí, con aquella gente. Así que dependían del buen hacer de Juanico, esperando que nada malo le sucediera por ser su mano derecha.

Todo se había ido complicando desde la primera detención, y se sentía intranquilo. Tenían ahorros, los habían repartido y escondido bien en diversas ubicaciones. Su tío Andrés era uno de los depositarios. Así se aseguraban tener el dinero suficiente para poder sobrevivir, al menos con lo básico, durante varios años, si era necesario.

No se habían sentado a desayunar cuando llegó un carro. Salieron todos a la puerta, para ver qué sucedía a tan temprana hora. Adelaida y Bernarda bajaron las escaleras y acudieron a la entrada, siempre llegaban tarde al desayuno.

Varias personas bajaron del carro. Algunas armadas. Al verlas, se le hizo un nudo en la garganta y temió por toda la familia. Oyó a su hermana rezar un ave maría. Rómulo identificó a Miguel Rubio, el jefe comarcal que previamente lo había ayudado, lo que sosegó su miedo. A su lado, había un hombre desconocido, con cara de enfado perpetuo. Era muy moreno y delgado, y miraba todo con aire calculador. Junto a ellos, tres personas más, milicianos armados. Y sentado en la carreta, con las manos atadas con una cuerda, su amigo Fulgencio, el médico de Valdeganga.

Se le paró el corazón. Aquello no podía ser bueno.

—¡Miguel! ¿Qué es esto? ¿Queréis que vuelva a pagar? —Adelaida abrazó a su primo, temiendo que se lo llevaran, con aquella gente nunca se sabía.

Miguel se acercó con cara afectada, y el rostro serio, como si sintiera encontrarse en aquella tesitura:

—Don Rómulo, lo lamento mucho, no sé cómo decirle esto.

El hombre moreno desconocido miró al jefe comarcal con desdén e intervino, con un tono acusatorio:

—Don Rómulo, venimos a llevarlo preso, no hay redención que pueda pagar esta vez, no todo se puede comprar.

Rómulo se quedó sin habla. No esperaba algo así. No era culpable de nada, no era enemigo de la República. No entendía por qué insistían en acusarlo aquella gente como enemigo, una y otra vez.

Fue Felisa quien intervino rompiendo el áspero silencio:

—No serán capaces de cometer tal atropello. Mi hermano es un hombre decente.

Rómulo cogió a su hermana por la espalda para calmarla. Era mejor no empeorar la situación.

—No te metas, Felisa, sé defenderme solo. No quiero que os pase nada, ya sabes todo lo que hay que hacer. Llama al tío.

Volvió y se encaró con el grupo:

—¡Pero bueno! Eso no puede ser, Don Miguel. ¿Con qué cargos me detienen? ¿Y usted? ¿Se puede saber quién es? —le preguntó al hombre de pelo oscuro, el que parecía el jefe.

—Soy Aliaga, llevo la milicia del Frente Popular en toda la comarca. Nos hemos instalado en Fuentealbilla. Le comunico que hemos requisado sus fábricas allí y hemos ocupado su casa.

¿Qué habían hecho qué? ¿Su casa? ¿Requisado la fábrica de harinas? Toda aquella situación se tornaba irreal por momentos.

—¡Pero eso no puede ser, no tiene sentido! ¡La fábrica es nuestra, la necesitamos para vivir!¡Es lo poco que funciona aún!

—La necesita más el pueblo, el precio de la harina se ha disparado.

Miguel intervino en tono conciliador pues veía que, si seguían por ese camino, todo podía malograrse. Aún había esperanza, con suerte, Rómulo, no estaría más que unos días detenido y no pasaría

a la cárcel provincial. Tenían que pasar por aquel teatro para dar la razón a Aliaga y que se quedara contento, luego ya resolverían el problema.

—Rómulo, no te pongas nervioso, te detenemos, pero enseguida te pondrán en libertad. Son órdenes, necesitan tus propiedades. No ofrezcas oposición…

Miguel no pudo acabar, porque Aliaga, visiblemente más enfadado que al inicio continuó:

—Si ofreces oposición, al paredón. Que no tengo paciencia para estos teatritos de ricachones consentidos.

—¡Pero sí no te conozco de nada!

—Yo a ti sí, eres como todos, uno más de los que creen que el dinero lo compra todo. Que por ser rico se está por encima de los demás. De los que no saben compartir sus rentas. Todos sois iguales. A la carreta, si fuera por mí… Ni siquiera te habríamos puesto de compañía a tu amigo, irías solo todo el trayecto, muerto de miedo.

Aliaga miró de reojo al otro detenido.

—¿Compañía? No sabe lo que está diciendo. Don Fulgencio es un gran médico, y muy necesario. Lo necesitan aquí.

Felisa había desaparecido. Rómulo la buscó con la mirada, pero llevaba unos minutos ausente.

—No tienen derecho alguno a detenernos como si fuéramos delincuentes. Somos gente de bien. Sabemos compartir y cuidar de los demás. ¡Cuántas veces ha ayudado sin pedir nada a cambio Don Fulgencio!

—Pero bien que cobra luego a todos, sin importar su situación. No se preocupe, a su amigo no le pasará nada; como ha dicho, es necesario. Para nosotros también. Solo tiene que ser más colaborador con los milicianos, y estar disponible para todo día y noche. Se lo hemos explicado.

Felisa irrumpió por la puerta lateral escopeta en mano.

—¡Parad ya! ¡No os vais a llevar a mi hermano!

Los tres hombres armados, levantaron sus fusiles a modo de respuesta.

Miguel Rubio se adelantó entre ellos:

—Baja el arma, mujer, que esta gente no se anda hoy en día con tonterías, mira las cunetas de los caminos. Da una oportunidad a tu hermano de vivir. Al médico lo vamos a poner en libertad en pocos días, tiene que trabajar. Tu hermano seguirá el mismo camino, eso si no perdemos los nervios. No debemos enfurecer a esta gente. Sólo lo pondrás en peligro. No arriesgues su vida.

Felisa sintió odio por aquella gente. Así que no bajó el arma, apuntó a Aliaga, y quitó el seguro del gatillo. Aliaga no se inmutó y dio unos pasos hacia ella. Rómulo vio el rencor en la cara del hombre; también vio el miedo en la cara de Miguel. A pesar de ser ambos del Frente Popular, estaba claro que tenían creencias bien distintas. Observó a su hermana, sabía que era capaz de hacer cualquier locura y liarse a tiros con quien fuera. Haría cualquier cosa por él, incluso matar. Así que sopesó la situación. Era compleja, debía actuar correctamente, había una orden de detención contra él, del Frente Popular, y era inocente, así que debía creer en la justicia.

—Está bien. Iré con vosotros. Baja el arma Felisa.

Felisa tardó en hacerlo. Dudó hasta el último segundo, pero finalmente, puso el seguro del arma y la bajó.

Rómulo dejó que le ataran las manos y se subió a la carreta, junto a su amigo.

Adelaida se acercó con un abrigo en mano, los milicianos intentaron impedirle el paso:

—¡Dejadme darle el abrigo, está helando! ¡Sólo lleva una camisa!

Miguel Rubio asintió y los hombres la dejaron pasar. Rómulo lo abrazó y se lo puso. Se sintió algo reconfortado por su calor, y por saber que llevaba dinero y pañuelos en los bolsillos. También llevaba una estilográfica en el bolsillo interior.

—Tened cuidado. El resto me da igual, son sólo cosas. Encerraos, y no salgáis, pasad desapercibidas.

Dejaba a tres mujeres desprotegidas en una inmensa casa en mitad de la nada. Le dolió el pecho de la preocupación.

Aún no se había sentado cuando el médico Fulgencio lo agarró por la pierna:

—¡Rómulo! Menos mal, amigo, y se echó a llorar intentando abrazarlo.

Obviamente no podían, porque tenían las manos atadas a la espalda. Aun así, el médico pegaba su cuerpo al suyo. Hubiera sido cómico, en otro momento.

—Cálmate, Fulgencio, cálmate. Si han dicho que te van a soltar enseguida. Es de lo poco que me ha quedado claro en medio de todo este drama.

La carreta salió de la casa y giró hacia el camino. Rómulo no tuvo tiempo de mirar atrás. La conversación era crucial.

—Sí, eso me han dicho.

—¿Y de mí han dicho algo? —Rómulo quería tener toda la información posible sobre su detención. La verdad era confusa.

—Miguel, el jefe comarcal, ha dicho que irías a la cárcel, y que te soltarían en breve. El otro hombre le ha contestado, que ni hablar, que nunca saldrías, que estabas condenado a muerte.

—Madre mía, esperemos que tenga razón Miguel. Prefiero quedarme con lo suyo.

Rómulo se aferró a esa esperanza. Miguel tenía muchos contactos en toda la provincia, eso lo sabía bien.

Fulgencio comenzó a sollozar:

—No quiero estar detenido, ¿y si nos están mintiendo y vamos al cadalso?

—Tranquilo, enseguida todo pasará. Miguel es de fiar, si ha dicho que te van a soltar, es que lo van a hacer. Lo mío, parece que tiene peor solución, especialmente por lo de la condena a muerte. Pero tengo esperanzas en el jefe comarcal, tiene mucha influencia, más que ese desconocido, que viene de Madrid. Debes serenarte, tú lo tienes chupado.

Pero aquello no pasó, el médico estuvo llorando, chillando y dándose golpes en el pecho ante un confuso Rómulo, que intentó consolarlo por todos los medios.

Poco a poco Rómulo empezó a sentirse incómodo con aquellas muestras de desesperación que no cesaban. Juraría que su amigo le había pegado mocos en el abrigo y, como no tenían manos disponibles, ni el médico lograba limpiarse la cara, ni él apartarlo con los brazos. Todo el rato se le pegaba, con todo el espacio que tenían.

—Amigo, tranquilo, coge aliento. Al menos, disfrutemos del viaje y de las vistas de nuestro pueblo. Rómulo pensó, tras pasar el pueblo desde la carretera, que aquello no revestía tanta gravedad, había sido más el susto que otra cosa. Miguel lo protegía, era obvio, por eso estaba allí. Parecía todo como un teatrito entre distintas facciones de un mismo grupo. Sólo tenía que aguantar el tipo y ser fuerte. No había hecho nada malo, no era fascista, sino un empresario.

—¿Pero cómo vamos a disfrutar Rómulo? Si no veo, tengo ansiedad. Me duele la cabeza.

—Eres médico, cálmate.

—No voy a ser capaz de aguantar ningún interrogatorio, seguro que meto la pata.

—Ya has oído que necesitan médicos, no te van a hacer nada.

A Rómulo sí que podríano, pero era mejor no pensar en todo lo malo que podía pasarle. Todo podía ir a peor, pero también a mejor. La gente solía olvidarse de eso último, pero él, no. Y menos, ahora. Por su carácter, se volcó en su amigo. Ver a un hombre que era capaz de operar a alguien sin dudar, temblando y llorando con mocos en la cara, le impresionaba más que su propia detención. ¿Qué tenía en contra de su persona aquel hombre, Aliaga? No se habían visto en la vida. Aquel había sido su único encuentro. ¿Por qué tanto odio hacia él?

—No creo poder sobrevivir preso en una cárcel, Rómulo, soy un hombre de ciencia. Me gusta estar entre mis libros, o en el hospital.

—No creo que estés ni un día en la cárcel, por lo que han dicho. Te lo he repetido un montón de veces ya, tienes que calmarte, Fulgencio.

—No es justo, Rómulo, tienen que soltarme. No puedo estar detenido. Si soy buena persona, me dedico a sanar a la gente de todos los colores. Es verdad que soy muy religioso, pero como casi todo el mundo del pueblo. No es signo de nada. ¿Qué diablos querrán? Yo les voy a decir que sí a todo. No pierdo nada; luego si eso, ya me retracto. Tú deberías hacer lo mismo, siempre hay que estar en el lado correcto, como si hay que ir cambiando.

Aquella frase le hizo recapacitar, quizás en eso no le faltaba razón a Fulgencio. Igual no había condenado suficientemente el golpe de estado, ni se había enrolado a defender la república. Él también iba a misa y se confesaba. Quizás estaba a tiempo de pasarse más directamente al Frente Popular. ¿Y si se ofrecía como soldado? Así no podrían acusarlo de nada. A ver cómo saldría de aquella, algo se le ocurriría, seguro.

Llegaron a un camino donde los esperaba una camioneta pequeña. Miguel se adelantó cogiéndolo por el brazo.

—Rómulo, no te preocupes. Todavía tienes muchas oportunidades de salir ileso de todo esto. Te llevo a disposición directamente del Gobernador, a Albacete, para evitar que estés en manos de estos desalmados. Allí estarás en manos de alguien justo, que se ciñe a la ley. Y no con estos locos. Tienen Fuentealbilla patas arriba. Todos temen allí.

Esto último lo dijo en un susurro.

—Gracias, eres muy amable. No sé cómo agradecértelo.

—Ayer casi llegamos a las manos, los de Valdeganga con los de Fuentealbilla y esto es todo lo que he logrado conseguir.

—No sé qué manía me tiene este hombre, Aliaga, si no lo he visto en mi vida. Y no he estado últimamente en Fuentealbilla, como me aconsejaste.

Miguel dudó:

—No sé si contarte esto, pero, en fin, tienes derecho a obtener respuestas.

—Quién le ha hablado de ti a Aliaga es un tal Rafael, de Fuentealbilla. Un joven que iba detrás de Pilar…. Uno alto, larguirucho, con las orejas soplonas.

—¿En serio? ¿No me digas que me han detenido por alguien que me tenía celos? Increíble.

Ahora las piezas encajaban. Recordó aquel encuentro enfrente de la casa de Pilar. Increíble.

—¿Y mis 3.000 pesetas?

—Se las han bebido y fumado. Era de prever. No están acostumbrados a tener duros en el bolsillo.

Rómulo observó varias matas de romero y tomillo al borde del camino, ajenas al drama que estaba viviendo. Una situación que, de hecho, no conseguía procesar. No estaba enfadado, ni asustado, sólo… se dejaba llevar por el camino. Sentía que, por mucho que su situación fuera precaria, al final, todo saldría bien. Alguien se daría cuenta del error, o lo que fuera, pero nada malo le pasaría porque era inocente. Le pedirían perdón y le devolverían sus propiedades.

—Miguel, ¿dónde has dicho que vamos? —preguntó a la única persona en quien confiaba allí.

Miguel se había sentado en la parte trasera del camión con ellos, junto a dos milicianos armados. Aliaga, junto con el conductor, iban en la parte delantera.

—A Albacete, a la sede del Gobierno Civil.

Viajaron en un tenso silencio, roto a momentos por los sollozos del médico. Rómulo estuvo entretenido en su tarea de animar a su amigo, quitando hierro a la situación, de alguna forma también se estaba consolando a sí mismo. En pocos minutos su miedo desapareció y pudo volver a ser él mismo, gastando incluso varias chanzas irónicas sobre su situación. No podía perder su humor e ironía.

CAPÍTULO DÉCIMO:

"El patio de mi colegio es particular"



Albacete, noviembre de 1936.

Llegaron a Albacete. Rómulo no sintió que fuera una ciudad en guerra, seguía con su poso alegre y bullicioso, que tanto había valorado al lado de Mercedes. Habían llegado a mediodía y sus habitantes seguían haciendo sus rutinas, aparentemente ajenos al drama que ellos estaban viviendo. Rómulo pudo ver gente cargando cajas de fruta o paquetes, de un lado al otro de la calle. Hacía frío, y agradeció el abrigo que le había proporcionado Adelaida. Aun así, estaba destemplado y tenía las manos frías.

Miguel Rubio se dio cuenta y en un gesto que le emocionó le ofreció su bufanda.

—Cógela, yo tengo otra en casa. La necesitarás más que yo, pues hace mucho frío.

—Gracias. Por favor, al volver, visita a mi hermana. Dile que estoy estupendamente y dónde puede encontrarme. Estará sufriendo, así que minimiza el impacto, miente si hace falta.

Rómulo recuperó su buen humor, Albacete era una ciudad que conocía muy bien y se sentía seguro en ella.

—Por supuesto, eso está hecho.

La camioneta paró en un lado de un gran edificio, que le pareció familiar, pero se había desorientado al conversar con Miguel y no sabría decir dónde estaban.

Aliaga lo empujó por la espalda sin remilgos:

—Vamos, señorito, no tenemos todo el día. Nos esperan.

Rómulo levantó la mirada hacia el edificio. Se ubicó, ahora sí sabía perfectamente dónde estaba. Y no lo pudo evitar, una sonora carcajada salió de su interior.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es aquí? ¿Esto es el Gobierno Civil? —Rómulo giró su cabeza para observar los edificios colindantes, entre risas. Y así comenzó, un gran ataque de risa, se le caían las lágrimas por la cara y apenas podía respirar de las carcajadas. Tuvo que agacharse para poder descansar.

Aliaga, que estaba situado unos pasos por detrás, miró confuso al reo, mientras éste se retorcía de la risa sentado en el suelo. ¿Estaría acaso loco aquel hombre? ¡Si estaba condenado a muerte! Sin embargo, el médico lloraba y temblaba como un perrito recién nacido. Parecían dos locos a la entrada al manicomio. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Aliaga dio instrucciones:

—Levantarlo, vamos dentro.

Dos de los milicianos armados, de los que los habían acompañado desde Valdeganga, le auparon por ambos brazos. A Rómulo le pareció lo más gracioso del mundo, entrar volando precisamente en aquel edificio. No podía creer que aquello fuera casual, imposible.

Don Fulgencio, se santiguaba y rezaba, muerto de miedo. Temía por su vida. No entendía la actitud de su amigo, que debía haberse vuelto completamente majareta. Allí estaba, muerto de risa, cogido en volandas por dos milicianos, pasándolo a lo grande cuando estaba condenado a muerte. Sin duda había perdido la cabeza.

Los condujeron a los dos a un inmenso calabozo.

Al entrar en una gran sala, Rómulo corrió hacia la pared del final y con la mano buscó un surco en la pared.

—Mira, Fulgencio, aquí está. Mi nombre en la pared: Rómulo.

El médico se acercó extrañado por el giro en los acontecimientos y, efectivamente, vio las letras grabadas con caligrafía infantil.

—No entiendo… ¿Cómo puede ser?

Rómulo sonreía, entusiasmado.

—¡Qué sitio más maravilloso! ¡Qué bien me siento en este edificio! ¡Menuda casualidad que justo nos hayan encerrado aquí! ¡Tenía ganas de venir desde hace años!

Fulgencio, ante la locura de su compañero, se serenó:

—Rómulo, siéntate, te has vuelto loco de remate. Es normal con lo que estamos viviendo, pero ¿un ataque de risa? ¿en una detención? Deja que vea si te ha subido el pulso.

—No lo entiendes. Este edificio era el colegio de Escolapios, ¡donde estuve interno tantos años! Fue mi casa durante mucho tiempo; aquí viví miles de aventuras.

Fulgencio miró confuso la cárcel que los rodeaba.

—¿Un colegio?

—Sí. Aquí justo dábamos la clase de historia, con el padre Albañiz. ¡Menudo hombre! La de bromas que le gastábamos. Imagina los pupitres allí, y la pizarra en ese lado. Justo por esa ventana tapiada podría verse el patio del recreo.

—¿Y dormías aquí?

—¡Sí! ¡Bueno, no! ¡En esta sala no, hombre! ¡Pero sí en el edificio, tuve el honor de ser el primer pensionista! Luego, el segundo fue mi querido Agustín, éramos como hermanos. Era el hijo de un ayudante de obras públicas. ¡Qué bien lo pasamos! Los primeros meses teníamos este castillo para los dos solos, conozco cada rincón. Luego, poco a poco, llegaron más internos. Mis mejores amigos los hice en este colegio, son todos de Albacete. Aquí también conocí a Agustín Pardo, mi mejor amigo. Éramos muy pocos, aunque llegamos a ser 10 pensionistas el último año. Había uno que era muy gracioso, con el pelo rojo ¡Antonio Navarro Gualda! ¡Hoy es ingeniero! ¡Y muy bueno!

—¡Es increíble! ¡Qué rocambolesco! Estás detenido en tu propio colegio.

Así es, era una casualidad rocambolesca. Rómulo tocó la pared, feliz.

—Me encanta, claramente es señal de buena fortuna. Aquí nada malo puede pasarme. A mí no me van a liberar inmediatamente, pero a ti, mañana, a buen seguro que sí. Haré como que, en vez de preso, sigo siendo un interno del colegio. ¡Será divertido! ¡Y así no lo pasaré tan mal! ¿A que es buena idea?

El médico, menos afectado ya del impacto de la detención, volvió a su vocación natural, buscando causas médicas para aquella actitud

errática:

—Si tú lo dices… Yo lo veo raro. No sé si estás delirando un poco… Será fruto de la ansiedad y la presión.

—Pamplinas, estoy estupendamente. Aquí el único con ansiedad desde hace horas eres tú mismo. ¿No lo ves? ¡Tenemos en nuestra mano pasar este trance de la mejor forma posible!

—Pues ilústrame, porque no veo cómo.

—Muy sencillo, como cuando éramos felices escolares; jugando. Haremos un teatro. Los soldados serían los profesores de los escolapios y, los detenidos, mis compañeros. ¡Y así todo será más divertido! ¿No tiene todo mucho más sentido así?

—No creo, no le veo ni pies ni cabeza. Pero estoy dispuesto a cualquier cosa por no pensar y espantar el miedo. No sé yo… como médico creo que estás en una especie de fase de negación positivista algo impropia de la situación.

—Al menos he conseguido que dejes de llorar.

Los dos se miraron, sonrientes. Era cierto. Por un segundo, habían dejado de vivir la realidad y eran alumnos de Escolapios. Volvían a ser niños.

El médico se dejó llevar:

—¿Y dónde estaba tu cuarto?

—En el segundo piso, en el ala más al oeste, no es muy grande, pero era un espacio caldeado para lo que era el colegio. ¿Sabes lo que me encantaba hacer? Robar pan recién hecho de la cocina y esconderlo debajo de mi almohada.

—¿Se comía bien aquí? ¡No me lo creo!

—Superbién. El cocinero, el padre Carlos, fue el cocinero del obispo de Murcia, y no sabes…, ¡mano de santo! Engordamos todos cuatro o cinco kilos cada semestre. Nos hacía dulces, y mazapanes, y hasta buñuelos. ¿No los hueles?

A Rómulo le pareció oler el azúcar tostado del pasado, en vez de la pólvora del presente.

—Ya me gustaría, querido amigo, pero huele a sudor —Fulgencio se olfateó.

—¡Y qué traviesos éramos! Mira, haz de profesor, ponte al otro lado.

—¿De profesor? ¿Yo? ¿Ahora?

—¡Sí! Será divertido, habla de lo tuyo, de medicina. Haz como si hubiera una pizarra en aquella pared de la izquierda. ¿Acaso tenemos algo mejor que hacer? ¿Prefieres que nos sentemos tristes en el suelo contra la pared a compadecernos el uno del otro?

El médico se levantó, contagiado por los delirios de su amigo, no quería seguir sufriendo, prefería estar ocupado.

—¡Está bien, haré de profesor! ¿Y de qué hablo?

—Pues, me gustaría mucho aprender sobre el corazón. Si quieres puedes hacer como si dibujaras.

Ya estaba cayendo el sol de la tarde. Fulgencio imaginó que estaba frente a una gran pizarra negra y comenzó su discurso por lo más básico. Dio su clase magistral más vital, al alumno más entusiasta que había tenido jamás. Rómulo le preguntó por todo. Por los fallos del corazón, por su funcionamiento y por el bombeo sanguíneo. Las horas pasaron volando y la noche llegó en un suspiro. Cayeron muertos de sueño, ya de madrugada, acurrucados el uno sobre el otro en el suelo.

No había sido una mala noche, sino más bien interesante. Rómulo había aprendido muchísimo sobre bombeo, circulación sanguínea, ventrículos, atrios y arterias. Se había dormido reflexionando sobre todo aquello: la importancia del corazón en el cuerpo humano.

No soñaron, no tuvieron pesadillas, simplemente se despertaron con el sonido de las llaves de la puerta. Los encontraron tirados en el suelo, espalda contra espalda. Un militar, con un fusil colgado del hombro, entró en la amplia estancia:

—¿Rómulo Valentín Navarro?

Rómulo se levantó con el sueño aún en el cuerpo. No le dio ni tiempo a pensar dónde estaban. Siguiendo el juego del colegio, no pudo evitar una chanza para sí mismo:

—Presente —pronunció levantando la mano como un escolar.

El miliciano levantó las cejas, algo divertido por la actitud entusiasta del reo.

—Tú te vendrás conmigo, vas a ingresar como preso político en la cárcel provincial.

A Rómulo se le difuminó la sonrisa de su rostro. Como si le hubieran dado un pequeño golpe al ánimo con una vara firme. Pero se recuperó, obligándose a ser fuerte y positivo. Así que intervino, buscando una buena noticia a la que anclarse, no podía dejarse caer en lo fácil, en el desánimo:

—Señor, mi amigo el buen médico D. Fulgencio, nos dijeron que quedaría libre hoy mismo —Rómulo señaló con la mirada a Fulgencio.

El joven miliciano revisó una libreta que tenía en la mano.

—¿Fulgencio Adalid, verdad? —Fulgencio no contestó, se quedó paralizado— Usted será liberado tras el papeleo, no se preocupe. Hoy volverá a casa.

A Rómulo se le hinchó el pecho de alegría, una buenísima noticia.

Fulgencio emitió un pequeño sollozo de alivio y miró con esperanza a su compañero. Rómulo se acercó y lo abrazó. Sabían que nunca olvidarían, ninguno de los dos, aquella noche, cómo habían conseguido sortear el miedo, tenía algo de mágico.

Fulgencio quiso apoyarlo:

—Mantén tu ánimo. Sé tú mismo, que nadie te quite eso. Moral alta y espíritu positivo.

El miliciano los analizaba con precisión. Simpatizaba visiblemente con su actitud. Su semblante, si no amistoso, era cordial. Salió al pasillo y volvió a buscarlo junto con dos hombres uniformados.

Rómulo se despidió de su amigo con una sonrisa; al menos la mitad de ellos sobreviviría en libertad. Era bastante para que su situación no fuera tan dramática. Nunca había estado en una cárcel, ni siquiera de visita y no sabía bien a lo que atenerse.

La cárcel estaba situada en la parte baja de la ciudad, era un gran complejo de edificios con un aire campestre, con gruesos muros claros y algo destartalado. En el arco de la entrada estaba escrito en letras negras "prisión provincial", como si alguien pudiera dudar. Aquel lugar le era completamente ajeno, pues Rómulo nunca había estado en aquella zona de la ciudad. Sintió el pesar de perder un lugar familiar, como era el colegio de Escolapios, donde no había llegado en realidad a sentirse preso. En este lugar, a buen seguro,

las celdas serían de verdad, con sus barrotes y galerías, y el ambiente, más dramático.

No podía dejar que el miedo lo invadiera. No le habían esposado por buena conducta y colaboración, así que tenía que seguir en aquella línea, no debía enfrentarse a nadie y el hombre que lo llevaba preso era bastante correcto y amable; no tenía queja alguna del trato, nada ver con el que le había dado el maléfico Aliaga.

Martín Mínguez, el miliciano, sintió simpatía por el detenido. Aquel reo era inusual, pensó. Le había faltado solo ingresar a sí mismo con su conducta colaboradora. Había visto en los traslados muchas cosas, pero esto era completamente atípico. Este hombre no se tiraba de la carreta en marcha, era como si aceptara de buen grado su infortunio, lo que era difícil de entender, además, tenía un semblante alegre. La gente en aquellos momentos, por lo normal, lloraban, o con rabia o en silencio. Muchos, desesperados, se volvían violentos, lo que sólo empeoraba la situación, y alguno, incluso, había recibido un tiro por la espalda. Prefería evitar aquella situación, sin problemas, y sin tener que estar al acecho esperando lo peor. Su trabajo se tornaba más tranquilo, a pocos de sus compañeros les gustaba la violencia gratuita. Observaba que Rómulo no era un fascista común, a buen seguro, su actitud era demasiado humilde, se preocupaba por el prójimo y bien dormía en el suelo sin pestañear. Sabía, por su experiencia, que no siempre se encerraba únicamente al culpable, pero éstos solían salir en seguida de prisión, tras declarar sus familiares y dar fe de sus ideas políticas. Juraría que aquel hombre era un trébol de cuatro hojas, aquellos que no eran de izquierdas, ni de derechas, aquellos que acababan a buen seguro pisoteados por todos sin valorar su buen hacer, y más siendo tan colaborador, se veía a la legua que era un buen hombre y que provenía de una familia de dinero. Seguramente era una persona con un gran patrimonio, así que Martín sacó su libreta y anotó su nombre y apellidos, seguido de la localidad de origen, Fuentealbilla.

Rómulo entró en el inmenso edificio por la mismísima puerta principal, el recinto era frío, sin señas de identidad propias y con poco mobiliario. Sin embargo, tras una verja, a la derecha, pudo vislumbrar un pequeño jardín, a modo de oasis de esperanza. Había

alguien allí a quien le gustaban las flores, y cuidaba de ellas. No fue consciente de cómo cambiaba de manos, de milicianos a guardas, ni siquiera se fijó en las manos que le guiaban, perdió de vista al miliciano amable que le había conducido hasta allí. Cuando se dio cuenta, sintió no haberse despedido educadamente, pues su mente estaba centrada en la cárcel. Intentó memorizar cada recoveco del edificio, y contó al menos dos patios para los reos.

Lo introdujeron en una pequeña celda abarrotada de detenidos.

—Estas noches, hasta que esté clara tu situación, estarás con los presos comunes —no le dieron más explicaciones, ni le leyeron ningún papel.

Rómulo cerró los ojos e intentó analizar lo que significaba aquello. Presos comunes eran los que habían cometido delitos de todo tipo: peleas, robos, violaciones y a saber qué más cosas.

Se giró para analizar a sus compañeros, veinte hombres en una sala de cuarenta metros cuadrados como mucho. El olor era muy fuerte, pero aquello era lo de menos. Se fijó en que la celda no ventilaba y no había ninguna ventana, así que no era culpa de aquellos hombres, así era imposible mantener ninguna salubridad.

Los reos lo miraron inicialmente con suspicacia. Aquello le hizo sentirse inseguro, para lo que él era, un parlanchín empedernido. Decidió no ponerse a hablar como solía hacer, y optó por una discreción impropia de su carácter. Se sentó con la espalda en la propia puerta, ya que era el único hueco donde apoyar la espalda. Todos estaban sentados igual, lo cual resultaba bastante singular. Sólo había cuatro hombres tumbados en el centro, a lo largo. De todas formas, no podría haber ido a otro sitio, ni cambiarse de lugar, no había hueco alguno.

Poco a poco la tensión pasó, y aquellos hombres ignoraron su presencia, muchos se conocían y se pusieron a hablar de sus cosas. Las conversaciones eran de lo más variopintas, desde la cerveza de un local mugriento, pero con calidad excelente, hasta las indicaciones sobre cómo acuchillar al policía. Cada poco tiempo se llevaban a uno, o bien para liberarlo, o bien para encarcelarlo. Por ello, le pareció estar en una sala transitoria.

Rómulo sabía que poco tenía que ver con aquellos hombres, que parecían llevar allí semanas, hacinados. Por tanto, le costaría establecer vínculos, pero debía hacerlo, por su bien; para ello escucharía con atención lo que decían y seguro que encontraría puntos en común. Para empezar, acuchillar no, pero la cerveza buena, era lo que más le gustaba en el mundo, aquél podía ser un punto de entendimiento. Además, en aquella celda no se sentía el frío del exterior, gracias al hacinamiento; eso sí, en verano no se podría soportar aquella celda a buen seguro. Menos mal que le había tocado estar en ella en la mejor estación.

De repente sintió mucha sed, por lo visto, la misma que tenían sus compañeros.

Uno de los que estaba en el centro, se incorporó, suspirando.

—A ver si traen agua ya, aunque sea turbia. El picor y el olor son soportables, pero esta sed… Tengo la garganta seca.

Todos lo secundaron, y él también. Y desde aquel momento, gracias a dios, Rómulo consiguió entrar en la dinámica social de la celda. Para su sorpresa, aquellos criminales no lo trataron ni bien ni mal; tan sólo lo ignoraron contestando con monosílabos, lo que remontó el espíritu de Rómulo, francamente esperanzador y positivo. Suspiró, se sintió más tranquilo, sin tanto miedo, al verse integrado en aquel espacio, por muy absurdo que pudiera parecer querer integrarse en una celda de presos comunes.

Aquellas horas fueron las más lentas de su vida, el tiempo no pasaba y se dedicaban a mirarse las manos, o los pies, a tocarse las heridas y a rascarse cuerpo y pelo con saña. Sintió la silenciosa presencia de piojos, liendres y chinches, y esperaba no llegar a aquel punto de suciedad.

De repente, el hombre que parecía llevar la voz cantante del grupo se levantó. Era el más grande, con el pelo castaño y la camisa rota. Todos hicieron lo mismo, así que Rómulo se unió. "Allá donde fueres, haz lo que vieres", se repitió a sí mismo.

—Venga, tenemos que movernos o no podremos dormir esta noche, nos dolerá todo el cuerpo. Andemos.

¿Andemos? ¿Por dónde diablos iban a moverse?

Rómulo miró confuso el espacio a su alrededor.

De repente, en una especie de danza coreografiada, se giraron todos para ponerse en círculo. Su vecino, un hombre enorme que no había abierto la boca, ni sonreído ni una sola una vez en horas, hasta el punto de que, de hecho, Rómulo se había olvidado de él, le cogió por la espalda y lo giró, para que formaran todos una especie de noria y así poder andar en círculo, como los caballos en la feria.

Resultó una actividad muy interesante y vigorizante.

—Al paso, veinte vueltas.

Y todos decían:

—Al paso, veinte vueltas.

Y contaban en voz alta, cada uno a su estilo. Parecía la letanía de un rezo de misa.

—Al trote, treinta vueltas.

—Al trote, treinta vueltas —repitió más alegre Rómulo, ahora que comenzaba a entender la actividad.

Conforme subían en velocidad, más tropezaban los unos con los otros, pero se ayudaban a levantarse.

Y por fin llegó el esperado:

—Al galope, veinte vueltas.

Ahora el caos era máximo, resbalones, caídas y risas. Aquella actividad unía a cualquier corazón, por muy dispar que fuera. Estar todos condenados, desde luego unía, mucho más de lo que había pensado al inicio.

Cuando Rómulo, entre risas, creyó que habían llegado al final de la actividad y se dispuso a sentarse en su lado, desplomado pero contento, se oyó una voz del fondo:

—Y antes de que se vaya la luz, lo más importante…

¿Qué podía ser lo más importante en aquella cautividad? No tuvo tiempo de preguntar, pues un joven, situado delante de él, contestó:

—Quitar piojos.

Todos suspiraron alegres. Por lo visto era una actividad bastante popular así que, por mucho que aquello le repugnara, no podía dejar que le afectara.

—Premio al más gordo: doble de pan.

Tal cual estaban ubicados en el círculo, se sentaron todos con las piernas cruzadas, mirando la coronilla de la persona que tenían a la

derecha.

—El nuevo, como no tiene piojos, que sólo busque. Así que, Ramón, tú tienes la suerte de descansar hoy. Ramón, su vecino inmenso, sonrió. Y así pudo ver que no conservaba ni un solo diente y que tenía las encías de un vistoso color negruzco. Resultaba muy poco favorecedor. Agradeció que aquel hombre no hurgara en su pelo, no por clasista, sino porque a buen seguro le transmitiría más bichos de los que podría retirarle. Tenía suerte, el hombre no tenía una gran mata de pelo, además, con una calva pequeña en el centro. No sería tarea difícil.

Antes de empezar dudó, no sabía cómo proceder, ni qué forma tenía un piojo en realidad, nunca había visto ninguno, sólo sabía que era como un pequeño insecto y que, cuando era un niño, su madre había tenido que quitarlos, uno a uno, más de una vez. Pero todo fue sentido común. Únicamente tuvo que afinar la vista y no hubo duda alguna. Los que corrían y eran grandes, eran piojos. Sólo tenía que cogerlos y aplastarlos. Si veía uno grande debía cogerlo y decir:

—¡Uno grande!

Y todos se estiraban hacia el centro tumbados, con las caras en círculos, y ponían sus piojos más grandes, para compararlos. Además, para que no se perdieran, había que tener seleccionado siempre el de más tamaño y deshacerse en el suelo del resto. No parecía muy higiénico, pero poco se podía hacer de más en ese contexto, bastante era ya que se despiojaran, en un alarde impropio de acicalamiento grupal.

Resultó ser muy divertido, y las horas pasaban con una animosa charla sobre el calibre de cada bicho. Rómulo rio de la gracia, incluso, al pensar en la doble vertiente del juego: quién tenía el bicho más grande.

Durmieron en paz, después de una ligera cena, con agua y longanizas con pan. Por lo visto, por lo que pudo deducir, el agua era el bien más escaso, ya que todos bebieron con avidez y entre sonidos guturales.

La actividad era buena para el espíritu humano, Rómulo reflexionó sobre lo importante que era aquello. La animosidad era buena para el espíritu y el estar ocupado resultó fundamental para luego dormir

bien, sin pesadillas, dotando de sentido la pérdida de tiempo en la cárcel.

Tras varios días, en los que se repitieron exactamente las mismas rutinas en las mismas horas, para su sorpresa, con el desayuno, apareció por la puerta un rostro que le resultó conocido. No supo discernir por qué el rostro le resultaba familiar. El guarda se dirigió a él:

—¿Rómulo Valentín?

Le llamó la atención porque le miraba directamente, como si le conociera ya, y sólo preguntara por formalidad:

—Sí, soy yo.

—Nos vamos, vuelve de vuelta a gobernación. Ha tenido usted mucha suerte, ha sido una detención muy corta.

—¡No puede ser! ¿Me liberan?

—Eso parece.

El guarda sonrió, y Rómulo no tuvo duda, conocía a ese hombre de algo. Hizo memoria. ¿Había trabajado acaso para él? ¡Tenía buena memoria para los empleados de la fábrica, pero era su hermana quien controlaba a los jornaleros!

Salieron y le siguió a buen paso.

—Don Rómulo, ¿no se acuerda de mí?

—Sí, sí, me es familiar. ¿De mis años como pensionista en Albacete quizás? —seguía dándole vueltas en su cabeza.

—No, pero mi familia es de Fuentealbilla. Usted era el novio de la Pilar, la hija del alcalde.

La sola mención de su nombre le emocionó como a un infante y las lágrimas le subieron a los ojos.

—La mejor novia del mundo.

—¡Un bellezón de gran carácter, sin duda!

—¡Desde luego! —ambos rieron.

—¿Cómo te llamas?

—Alonso.

—Claro, Alonso, me acuerdo por supuesto de ti. Eres el sobrino del Matías, ¿verdad?

—Sí, el mismo. No se preocupe, Don Rómulo, que le llevamos directamente al despacho del gobernador, allí lo liberarán y harán el papeleo. Menuda injusticia que esté un hombre como usted detenido, todos saben lo que ayuda en el pueblo. No se preocupe, que hasta yo mismo he dado fe, sobre usted. Menos mal que sólo ha estado unos días…

Rómulo paró, agradecido. Era increíble que un desconocido hubiera dado la cara por él. Se sintió feliz y no supo incluso si abrazarlo.

—Muchas gracias, Alonso, en mi casa siempre serás bien recibido. Espero que vengas algún día de visita. Las puertas de mi casa están abiertas para ti.

Alonso se sintió halagado de que un hombre como aquél lo invitara a compartir mesa en su propia casa.

—Así lo haré. Muchas gracias.

C A P Í T U L O U N D É C I M O :

"Tengo buena fortuna"



Albacete, diciembre de 1936.

Llevaron a Rómulo ante el despacho del mismísimo gobernador, hecho que lo sorprendió.

Nada más abrirse la puerta, vio una cara que no esperaba ver: su tío Andrés. No pudo reprimir la emoción. No era seguro moverse por el país, y menos para un eminente político republicano. Aquello había sido irreflexivo y temerario. Había puesto su vida en peligro por él. Pero se sintió agradecido.

—¡Tío! ¿Ha venido hasta aquí?

Se abrazaron con fuerza. Sentir el pequeño cuerpo de su tío le dio una seguridad que creía haber perdido en la última semana y media.

—Por supuesto, hijo, sólo faltaba. No hay otra persona por la que recorrería un país en guerra, ni tan siquiera por mis hijas —Andrés rio de su propia chanza, sabiendo que era una exageración—. Vamos, tenemos que ver al juez. Todo ha acabado, enseguida podrás volver a casa.

Bajaron hasta la zona noble de la cárcel, Rómulo miraba de un lado al otro, curioso, se había librado de estar preso quién sabe durante cuánto tiempo. Lo llevaron a un pequeño despacho, en la parte inferior de la cárcel, nunca había pasado por allí, ni siquiera al llegar. Allí los estaban esperando en una sala muy austera. Entraron ambos. El juez era un hombre pequeño, de tez morena y con barba. A pesar de que su mirada era severa, a Rómulo le generó confianza

desde el primer segundo. También había un escribiente con máquina de escribir.

—He revisado su expediente, así como cartas de recomendación. Don Rómulo Valentín Gualda, pasamos a tomarle declaración.

El hombre tenía varios papeles delante. Rómulo se preguntó cómo diablos podía haber tantos papeles sobre él, si apenas habían pasado unos días. Aventuró que serían informes sobre su persona o cartas de recomendación.

—Don Andrés, siéntese ahí, por favor.

Así lo hizo su tío. Rómulo se dio cuenta del respeto que le tenían todos, incluso aquel hombre que era tan relevante en aquel lugar.

—Don Antonio Valentín, detenido en Valdeganga el día 25 de noviembre de 1936. He analizado detenidamente su expediente, pero me gustaría oír su relato, seguro que tiene la necesidad de exponer su situación.

Rómulo dudó, pensó que quizás lo mejor sería quedarse callado, pero algo en su interior le instaba a expresar su injusta detención. No solía indignarse con nada, salvo con las injusticias, que sacaban su lado más serio. Quería dejar constancia de lo que había vivido en primera persona, al menos para que aquel escribiente lo dejara por escrito, por si alguna vez fuera necesario en el futuro. El mundo se había vuelto loco y nunca se sabía lo que podía pasar.

Rómulo relató lo acontecido desde su primera detención. No fue un relato elaborado, ni detallado. De tres o cuatro minutos y fruto de la improvisación. Al acabar, se fijó en la sonrisa en la cara de su tío Andrés, su exposición debía de haber sido muy acertada. Vio orgullo en sus ojos.

El juez intervino para concluir:

—Tras su declaración, y tras haber analizado la información que obra en mi poder, declaro su inmediata libertad. Numerosos testigos han declarado e informado a su favor, no hay ninguna duda sobre su persona —Rómulo sintió un inmenso alivio al oír la pequeña sentencia.

Al acabar, el juez se dirigió a la persona que tomaba notas:

—Ya no hace falta tomar notas, muchas gracias. Ya puede salir.

El escribiente, secretario o lo que fuera, salió tranquilamente. Se quedaron a solas con el juez. Imponía respeto. Ni siquiera su tío se atrevió a iniciar ninguna conversación.

—Don Rómulo, D. Andrés, como excepción ante la gravedad de una acusación infundada, le voy a leer parte del informe de la propia milicia territorial: "Este chico es la mejor persona del pueblo, ha hecho el bien de todos, pero es rico, así que tenemos que detenerle para poder incautar sus bienes, son necesarios para la causa, es una cuestión de interés general."

No era un relato muy elaborado, pero de alguna forma era justo con él. Lo que entrañaban las palabras de aquel informe eran verdad, a pesar de todo lo sufrido, se sintió agradecido por aquella vaga acusación debida únicamente a su riqueza. No pudo evitar emocionarse. Las lágrimas pugnaban por escapar, de forma pueril. Tenía una gran facilidad para llorar, algo bastante bochornoso para un hombre. Se contuvo todo lo que pudo, para no avergonzarse. Aun así, como era habitual en él, cayeron, tenía una gran facilidad para llorar desde pequeño, lo que solía avergonzarle, especialmente en ocasiones como aquella. Menuda vergüenza, llorar como un niño delante de su tío, y un juez, ni más ni menos.

—Se le van a restituir una parte de sus bienes con su puesta en libertad. Aunque únicamente los que no se han confiscado o los que no se les ha dado un uso. Le recomiendo dos cosas, y esto de forma extraoficial: la primera, que los ponga a nombre de alguien de confianza que no sea usted; la segunda, que no vuelva a Fuentealbilla, los informes de la milicia de allí no son tan benévolos como los de la territorial.

Rómulo, emocionado, consiguió articular unas palabras:

—Así lo haré, señor, muchas gracias. Por todo.

Su tío Andrés se levantó y estrechó la mano del juez:

—Muchas gracias, señor. Le estamos muy agradecidos, si necesita algo, ya le he dejado a su secretaria mis señas.

—Muchas gracias.

—A usted, D. Rómulo, inmediatamente lo pondrán en libertad. —Le dio un apretón de manos.

Rómulo se sintió renacer, como si su vida volviera a ponerse en funcionamiento. No podía esperar a llegar a su casa, y poder tumbarse en su cama, menudo lujo, nueve días durmiendo en el suelo habían sido más que suficientes. Echaba de menos su hogar. También le entró un hambre voraz, desde que había estado encerrado, por algún motivo, apenas había tenido apetito. Sólo recordaba tener una sed constante que, si hubiera continuado, lo hubiera vuelto majareta. Estaba seguro de que la escasez de agua era algún tipo de tortura.

Aun sin haber salido de la cárcel, soñó con unas buenas chuletitas de cordero a la brasa de sarmiento acompañadas con patatas a lo pobre, su plato preferido. Le gustaban muy tostaditas, casi podía olerlas. Su estómago rugió, a las puertas de la libertad.

Lo separaron de su tío para recoger sus pocas pertenencias, el abrigo y lo que llevaba en los bolsillos a su ingreso, todo dentro de una inmensa bolsa de basura. Para su confusión, no volvió a la celda, y le apenó no despedirse de sus inesperados compañeros. Al final el hacinamiento había resultado ser tremendamente asociativo, había acabado por sentirse parte de una sociedad desafortunada. Se alegraba enormemente de su marcha y, en especial, de no haber llegado a pasar con los reos condenados a muerte, pero sintió una punzada de egoísmo por no poder hacer nada por aquellos desdichados hombres. Si estuviera en su mano, enviaría odres de agua y huevos duros. Con eso, serían todos felices.

Bajó las escaleras, siguiendo al guarda. Buscó con la mirada a Alonso, para despedirse al menos de él, pero no lo encontró, no debía ser su turno. Cuando por fin salió por la inmensa puerta de la cárcel provincial y sintió la frescura del aire libre en su rostro, pudo entender la suerte que había tenido. Allí estaba su querido tío, frente a él.

Ahora que todo había pasado y se fijaba bien él, lo notó cambiado y desmejorado. Se había vuelto mucho más menudo, como si hubiera encogido. Había envejecido notablemente. No recordaba tantas canas en su pelo, casi todo ya del color de la nieve. Sus ojeras marcaban su rostro. Sus arrugas cortaban la mirada. Pero había afecto en ella.

—¡Rómulo! ¡Por fin! ¡Qué mal lo hemos pasado todos, hijo!

Estaba claro que se había contenido delante del juez. Lo abrazó con fuerza. Le emocionó que lo llamará hijo. No lo hacía a menudo.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí, con todo lo que está sucediendo, de verdad. Hay un alzamiento, y yo te tengo aquí, en una cárcel en mitad de la nada, en vez de donde te necesitan, con el gobierno.

—Tonterías, Rómulo, temíamos todos por tu vida, Felisa ha movido cielo y tierra, ese juez tendría más de veinte cartas e informes a tu favor. En pocos días hemos hecho lo imposible y no tengo ni qué decirte lo importante que eres para mí. Lo más eficaz era que me personara aquí, con una orden del mismo gobierno, de liberación. Eso sí es infalible. Cuando vieron la orden, se quedaron asombrados, te han liberado de forma inmediata y urgente. Al juez le han hecho venir en el momento, lo han tenido que sacar de su casa, pero ya está. Eres libre.

Se volvieron a abrazar y salieron aliviados a pesar del frío que hacía aquella noche en Albacete. La libertad, tan necesaria, y tan infravalorada. Todo el mundo la da por hecho, hasta que se pierde.

—En el coche te espera una sorpresa, Rómulo.

Anduvieron unos doscientos metros, hasta una calle adyacente. Era ya tarde, y no había prácticamente nadie en la calzada. Tampoco circulaban muchos coches por aquellos caminos alejados de la ciudad. Apenas se oían ruidos, lo que era algo inquietante.

Rómulo vio el coche de su tío. Y no esperó, abrió la puerta. En su interior lo esperaba su querida hermana. Había luchado por él cada día desde su detención. La recordó fusil en mano intentando evitar su detención. Conociéndola llevaba allí los nueve días de la detención, dando vueltas e intentando liberarlo.

—¡Felisa!

Entró en la parte trasera del coche y la abrazó.

—¡Rómulo! Me vine a Albacete en cuanto pude, y aquí he esperado al tío. ¡Menuda agonía! He estado muy asustada, temía lo peor. Aquellos hombres que te detuvieron, qué miedo pasamos…

—Has sido muy valiente. Te agradezco el esfuerzo que has hecho.

El chófer del coche, del que no se había percatado con tanta emoción, lo saludó con voz familiar.

—Don Rómulo, menuda alegría. Estábamos todos con el corazón en vilo, se oían tantas cosas…

—¡Xusco! ¡Menuda alegría! —Era el chófer y hombre de confianza de su hermana. Llevaba más de diez años a su servicio y sentían un gran afecto por él. Le sorprendió su presencia, ya que desconocía que supiera conducir. Era un buen cochero de caballos y, por lo visto, estaba innovando. Su hermana, tan reacia a los motores, debía de estar viendo el lado bueno de la innovación.

El tío Andrés se sentó en la parte delantera y comenzó a ordenar papeles.

—Es por si nos paran. No te puedes imaginar la odisea para llegar aquí. No sé cómo voy a lograr volver, pero tengo que volver a Madrid, no podemos dejar que caiga. No sé si volveré a veros, ni tampoco qué va a suceder, todo se está complicando.

Sus parientes se miraron, preocupados.

—Tío, bastante ha hecho ya, sabemos lo que significa para usted la República, daría su vida.

Felisa cayó ante el comentario de su hermano. Su tío les acababa de ser muy útil, pero sus ideas políticas estaban en las antípodas de las suyas. Aun así, no podía ser desagradecida.

—Como tantos la están dando, hijos. No os podéis imaginar cuán dura está siendo la lucha —Felisa hizo una mueca desagradable, estaba claro que se mordía la lengua para no hablar.

—Tal vez, tío, debería claudicar y quedarse escondido en Valdeganga con nosotros. No vale la pena. La República no funcionaba, llevábamos años con problemas.

Su tío la miró como si hubiera dicho la cosa más absurda del planeta.

—Hoy es un día alegre, estoy fuera de la cárcel, ya hemos llorado y sufrido bastante. Dejemos la política de lado, dudo mucho que estéis en el mismo bando siquiera. —Rómulo fue lo más franco posible, tenían que salir de aquella espiral de enfrentamientos. Sólo quería salir de aquella ciudad, dejando todo atrás, incluso aquella maldita guerra, si es que era posible.

Rómulo suspiró. Una noche alegre. ¿Cómo lograr que así fuera realmente? Era una frase hecha, y había que darle contenido. Nadie le replicó. Cada uno se sumió en sus pensamientos, hasta Xusco centrado en la oscura carretera. Rómulo necesitaba algo bueno a lo que aferrarse. Y la verdad es que lo tenía, era un afortunado, habían intercedido por él y volvía a su casa. ¿Cuántas personas habría en aquella cárcel o en otras, con su misma situación, que no lo serían? ¡Era un venturoso! Tenía que volver a disfrutar de la vida, como siempre lo había hecho.

—Efectivamente, una noche alegre. ¿Os importa que paremos un momento luego, cuando nos hayamos alejado?

Felisa torció el ceño, confundida.

—Es peligroso, y más de noche, ya estamos corriendo muchos riesgos. ¿Para qué?

—Lo necesito.

Felisa pensó que su hermano simplemente necesitaba ir al baño. Algo natural.

A la media hora de camino hicieron la parada donde Rómulo indicó. Xusco aminoró poco a poco la marcha y dejó el coche tras un inmenso árbol, para que pasara desapercibido. Rómulo salió al aire libre y se estiró. Se tocó los dedos de los pies e hizo unos extraños movimientos.

Felisa lo miró atónita, desde el coche.

—¿Tío, se nos ha vuelto majareta mi hermano? —preguntó atónita Felisa— Esas cosas pasan, tras sucesos traumáticos, la gente se vuelve loca, igual deberíamos ir al médico.

—No creo, está perfectamente, se está recuperando. Es asombroso. Observa, simplemente está disfrutando de una noche al aire libre. Se está recuperando del susto.

Inconcebible, si no se veía apenas. Estaba todo oscuro y no se veía paisaje alguno.

Rómulo emprendió un pequeño paseo, hasta la mata de romero más cercana. Se agachó para aspirar su olor. Cogió unas hojas y las estrujó con las palmas de las manos.

—¡Qué bien huele el campo!

Cogió una piedra y la lanzó hacia la pequeña luna menguada. Era libre. Se animó. Saltó. Corrió. Chilló:

—¡Aquí estoy! ¡Libre!

—¿En serio? ¿Cómo se le ocurre? ¡Qué indiscretos somos! —Felisa miró a su alrededor y bajó del coche— ¡Por favor, hermano, baja la voz!

Pero Rómulo hizo lo contrario:

—Hermana, qué belleza de noche, tengo ganas de bailar a la luz de la luna.

—Rómulo, apenas hay luna, no se ve ni un pimiento. Vuelve al coche.

Intentó cogerla de la mano para darle unas piruetas, pero ella lo esquivó confusa. Aun así Felisa no se retiró, se quedó a su lado, absorta, mirándolo disfrutar de aquella noche.

—Felisa, la luna siempre está, en realidad nunca cambia. ¡Es maravilloso! Pues con la vida es igual, siempre es maravillosa, somos nosotros los que la enturbiamos. —Rómulo oyó la risa de su tío. Y las quejas de su hermana sobre su locura. Bendita familia. Bendita vida.

Lo primero que hizo Rómulo al llegar a casa fue darse un baño de agua caliente: el mayor lujo del mundo. Ni que llevara meses detenido, no había sido para tanto, pero no podía evitar sentirse sucio y hambriento. Las chicas de servicio le prepararon la bañera mientras comía unos bollos en la cocina y, cuando se sumergió entre suspiros de placer, se consideró el hombre más afortunado del planeta. Rafaela había preparado sus habitaciones a conciencia, incluso había encendido la chimenea del recibidor. El agua de la bañera se enturbió en menos de un minuto, fruto de compartir celda y dormir en el suelo. Con una esponja rascó y rascó, sin importarle el color verdoso del agua. Fue una experiencia liberadora, no importaba el cansancio, ni haber dormido, frotó con gusto para eliminar toda la inmundicia acumulada, y hacer desaparecer todo el rastro de la cárcel. Cuanta más suciedad sacaba, más lejos estaba de la cárcel provincial. Sintió un alivio embriagador, casi enfermizo, como si estuviera escapando de una habitación en llamas.

Y después, cayó rendido en una inmaculada y blanca cama. Olió sus sábanas, y sus ojos se cerraron, instintivamente. La limpieza, cómo le gustaba la higiene. Su casa, qué paz.

Su tío se quedó dos semanas en Valdeganga, ya no sólo por él, sino por sus desconsoladas hijas. Todos trataban de recomponer sus vidas, pero desgraciadamente, el país se había vuelto loco y la lucha se recrudecía por momentos. Las tropas nacionales avanzaban con fuerza y, para desgracia de su tío, que había conseguido salir a tiempo, las columnas del ejército nacional procedentes de África estaban en las puertas de Madrid. Sus planes se habían trastocado y estaba completamente bloqueado. A efectos prácticos era como si Andrés hubiera huido con el resto del Gobierno, Manuel Azaña a la cabeza, y ahora debía buscar la forma de unirse a ellos para seguir luchando.

Desde el primer día se hizo patente el distanciamiento entre su tío y su hermana Felisa. E incluso entre padre e hijas. La situación era insostenible. Rómulo sentía a su tío desubicado con aquellas mujeres, por mucho que fueran sus hijas y sobrina. A Rómulo directamente le importaba un bledo, y consideraba las opuestas ideologías fuente de todos los problemas.

Oían las noticias juntos cada noche, sin falta, lo que no llegaba a provocar discusiones, ya que Rómulo apoyaba incondicionalmente a su tío, pero sobre todo Felisa ofrecía una resistencia silenciosa con, incluso, suaves indirectas y miradas de reprobación, todo ello bastante incómodo para el grupo familiar.

Como cada tarde que habían pasado juntos, se sirvieron un coñac en los preciosos vasos de cristal cincelado.

—Rómulo, tengo que irme ya a Valencia. Aquí no puedo seguir. Y tú deberías venirte conmigo, esto sigue siendo zona roja, y estás en peligro. Te detuvieron y eso siempre va a pesar sobre ti, especialmente en una guerra. No puedo protegerte si estás lejos de mí y yo no puedo seguir aquí. Además, las ideas de tu hermana me sacan de quicio. No voy a misa porque no puedo escuchar al párroco ese fascista que tenéis, yo no sé cómo no está entre rejas. Acabaré siendo ateo.

—Tío, sabe que no puedo irme. No puedo dejar la casa, ni mis cosas. Además, mi hermana jamás accedería, ya la ha visto.

—Sí, no tendría sentido que viniera. Esta casa ya no es la que era. Mis propias hijas apoyan un golpe de estado. No sé dónde meterme en esta casa.

—No diga eso, que no es cierto. Le aprecio mucho, sin su ayuda, nada habría sido posible. Esta es su casa, como siempre lo ha sido. Mi hermana es muy vehemente, pero yo siempre he dejado claro que, en esta casa, la política no tiene lugar.

Su tío lo miró, con incredulidad.

—No seas cabezota, vente conmigo, que Juanico se encargue de todo, como siempre. Estuviste detenido. Esta guerra la ganaremos nosotros, porque de justicia que sea así. Y me preocupa en el lugar que quedes, a ellas no les harán nada, pero a ti… Te quedarás sin nada, en el mejor de los casos. Has sido detenido por motivos políticos y eso siempre te marcará a partir de ahora.

—He cedido todos mis bienes precisamente a Juanico, contar con él es una bendición. No hay más que quitarme, y estoy de tu lado en todo esto.

El primer movimiento de Rómulo, a la salida de la cárcel, había sido mover todo lo que le quedaba de su patrimonio, que no era mucho, a su hombre de mayor confianza. Ya lo había hecho en el pasado y Juanico había estado más que a la altura de sus expectativas. Tenía sólo cinco años más que él y, desde el principio, se había mostrado responsable y minucioso, características que apreciaba con sinceridad. No le había fallado en todos estos años, ni siquiera con tantas detenciones. Juanico había conseguido mantener en pie las fábricas y había cuidado de su hermana y primas, sin que nada les faltara.

Rómulo pensó. Con su tío podía confesarse, tenía mucha confianza en él. Era su figura paternal:

—Quiero que todo esto acabe ya, quiero ser libre y, sobre todo, me gustaría volver a pisar Fuentealbilla. Echo de menos mi casa. Por algún motivo, siento que aquél es mi hogar, incluso más que éste. Lo echo mucho de menos.

—Ni hablar, allí está tu casa ocupada por la milicia y ya sabes que el tal Aliaga te tiene enfilado, fue por él que te detuvieron. Como te vea por allí, no hay cárcel ni juicio que valga, y te han avisado en múltiples ocasiones. No seas un loco temerario y deja de tentar a la suerte.

—Pero tiene que haber alguna forma, es absurdo. No soy fascista, no soy siquiera de derechas. Podré cambiarme de bando, digo yo. No sé, había pensado que igual lo mejor era hacerme miliciano del ejército.

—¿Enrolarte en el frente rojo, en el frente popular?

Rómulo bebió un gran trago del líquido dorado. Apuró todo lo que quedaba antes de continuar:

—Pues sí, es la única salida a todo esto. Además, necesitan voluntarios, creo que es lo que quiero hacer. Bueno, es lo que necesito hacer.

Andrés no entendía bien lo que movía a su sobrino, estaba claro que no eran sus ideas políticas. Apoyaba la causa, pero sin implicarse. Y querer enrolarse parecía una decisión poco meditada. Por otro lado, él mismo estaba dispuesto a luchar. Las cosas se estaban complicando en el país, toda ayuda era poca.

—¿Pero luchar…? Estamos en una guerra, y no todas las zonas son tan tranquilas como ésta. ¿Estás dispuesto a morir?

Rómulo negó con la cabeza, vehemente:

—Hombre no estoy dispuesto a morir, pero sí a vivir. Soy adulto, tengo que tomar las mejores decisiones. Tengo que luchar por nuestro país, es justo. No me gustan esos militares que quieren tomar el poder por la fuerza. Si tengo que elegir bando, tengo muy claro cuál es el mío. Aunque alguna vez pueda haberle parecido que daba largas al tema. Mi bando es el mismo que el suyo, a pesar de lo que me han hecho pasar. No veo por qué no puedo ayudar y aportar mi grano de arena. El país está cayendo, el ejército popular está desorganizado. Al final, todos tenemos que mojarnos y yo quiero estar donde siento que debo estar. En la cárcel, no sentía que estuviera en el bando correcto, me sentía todo el rato culpable, era una sensación muy rara.

Andrés miró a su sobrino. Tenía razón, todos estaban arriesgando por la lucha. En su caso mismo, se estaba distanciando de su propia hija, Bernarda. Con su sobrina Felisa, el abismo era insalvable, por mucho que se estuviera manteniendo la compostura en aquellos días, y que hubiera mediado en la detención de Rómulo, no veía el momento de irse lejos de aquella casa. Además, tenía la impresión de que Felisa no acaba de exteriorizar sus pensamientos políticos, por si acaso acababa por imponerse el bando republicano. Lo hacía por prudencia, teniendo en cuenta la batalla que estaba librando por Madrid, sentía su opinión subyacente, discrepante, casi odiosa, de su desconfianza hacia la República. Al menos su sobrino estaba a su lado, en el bando correcto. Se sintió feliz por ello.

Lo abrazó con fuerza.

—No se diga más. Sea.

Andrés miró con preocupación a su sobrino. No era consciente quizás que la decisión que había tomado era peligrosa. No podía protegerlo en el frente. Rómulo tenía tendencia a meterse en un problema más grande, queriendo solucionar otro más pequeño. Pero la situación en el país era acuciante y se necesitaban soldados. Él mismo corría peligro y Rómulo ya había estado encerrado. También era una forma de demostrar que estaban todos unidos. Luchaban por la libertad. A su sobrina Felisa, le enfurecería aquella decisión.

—Yo me encargo, sobrino. Sólo tengo que hacer unas gestiones.

Rómulo sonrió, feliz. Si bien sería inusual y algo rocambolesco constar como participante en ambos bandos, ahora podía tener un papel decisivo, conseguiría recuperar su vida y luchar por su país y demostrar que lo habían encasillado sin motivo alguno. Era necesario limpiar su nombre. Así, algún día, quizás, tendría la oportunidad de volver a conquistar a Pilar. Su padre Zacarías vería con buenos ojos su lucha en el frente. Le preocupaba lo que habían podido pensar de él cuando lo detuvieron como simpatizante del alzamiento.

Sintió vergüenza al darse cuenta de que tenía motivos personales ocultos para actuar como lo estaba haciendo. Quería enrolarse para poder simpatizar con los Gabaldones, así de simple. No era lo más loable, pero era romántico. Pilar seguía en su cabeza y jamás se

había ido. Solo la había apartado a un ladito, para no pasarlo mal. Pero ahora, con todo lo que había vivido, se daba cuenta de que había sido infantil y un error. Tenía que haber luchado por ella. Y ahora podía haber estado casado y vivir ambos felices en Fuentealbilla. Si cerraba los ojos podía recordarla con nitidez. Había aprendido a hacerlo en la cárcel, cada noche. Recrearse en ello había alegrado cada una de aquellas sórdidas noches. Sentir que la cogía de la mano, que le daba un simple beso en la mejilla o que la hacía reír. Le encantaba sacarla de su seriedad y verla feliz. También le gustaba verla tocar el piano, era casi como si se transformara en otra persona. Todo ello lo sentía ahora, más de un año después. Eso era amor, como no existía ninguno igual en aquel planeta. Lo sabía y lo sentía, y si tenía que tomar un fusil, lo haría. No había luchado cuando tenía que haberlo hecho, no iba a volver a sucederle. Lucharía por su amor, renunciaría a Valdeganga con los ojos cerrados, con tal de pasar su primera noche de bodas con ella. Ése era su sueño, y no habría impedimento que valiera.

En realidad, no se estaba moviendo por ideales políticos, algo que obviamente no podía confesar a nadie, desgraciadamente. Pensó en escribir a Pilar, pero le daba vergüenza haber sido detenido como un fascista y no sabía bien cómo justificarlo en una cartilla. Había comenzado muchas cartas para ella, con su letra en cursiva, que iban todas directas a la basura. No conseguía ser lo suficientemente romántico o, si lo conseguía, parecía que había sido en exceso, y conociéndola, eso a Pilar le provocaría un gran rechazo, debía andar con pies de plomo si esperaba recuperarla.

Si le hubiera escrito por ejemplo un soneto, por muy bello que fuera, y de hecho, había escrito tres, habría salido espantada corriendo por su cursilería.

Rio solo, al imaginarla leyendo sus rimas de amor. La echaba de menos. Más que antes. ¿Cómo podía ser? ¿Qué embrujo era, para que fuera capaz de enrolarse en una guerra por ella?

Tenía que luchar para redimirse y enmendarse a sus ojos, y sería así, triunfante cuando se atreviera quizás a ponerse en contacto con ella. Le contaría que había luchado valientemente en el frente, por la

democracia, y que la quería. Era la única forma de que pudieran tener en el futuro una vida en común, sin diferencias, sin fisuras.

Por ella, lucharía y viviría aventuras épicas como un valiente soldado. Una gran aventura se abría ante él.

Hacía días que su tío Andrés había partido en una fría despedida. Aquello disgustó a Rómulo, pues su tío había puesto en peligro su vida por rescatarlo, recorriendo el país, cuando debía estar poniéndose a salvo en el Levante, y, aun así, Felisa insistía en mantener las distancias, lo que situaba a sus primas en una situación claramente incómoda.

El enfrentamiento entre los hermanos estaba a la vuelta de la esquina, y aquello se intuía en el ambiente.

Felisa sabía ya que su hermano se había enrolado como miliciano voluntario, pero aún no habían hecho frente a aquella decisión, por educación, ante la presencia de su tío.

Una vez el coche hubo partido, y entraron en la casa a almorzar, la tormenta se desató.

Adelaida y Bernarda, se miraban de reojo, mientras daban vueltas a sus cafés torrefactos con leche.

—No te vas a ir de voluntario al frente popular, es una locura, Rómulo. Ni hablar.

Por fin, su hermana llevaba días conteniéndose, había llegado el momento.

—Está decidido, Felisa, después de Navidad me esperan. En siete días. No puedes hacer nada.

Adelaida intervino, pero para su sorpresa a favor de Felisa, algo que no esperaba de su prima. Nunca le contradecía abiertamente, por mucho respeto que tuviera hacia su prima.

—Es una locura. Acabarás muerto por una causa que no es la tuya. No digo que no sea una causa justa, que por supuesto no me voy a meter, digo que no es la tuya. Nunca te ha gustado la política, siempre has sido muy raro con todo ello. Lo que te ha dado muchos problemas desde niño. ¿Por qué tomar ahora partido cuando jamás lo has hecho? ¿Qué sentido tiene? —ofreció su mejor sonrisa a Adelaida, por su intervención, y prosiguió:

—Aún puedes negarte, o simplemente no ir. ¿Qué más da? ¡No vas a poner tu vida en peligro, y menos por esos! ¿Es que no te acuerdas cómo te encerraron? ¿Cómo te han requisado tus propiedades en Fuentealbilla? ¡No te devolverán nunca la casa! Ni el dinero perdido.

Bernarda dejó caer su cuchara sobre la sopa. El líquido se salió, manchándole la blusa color melocotón.

Un sollozo salió de su garganta. Adelaida le pasó un brazo por el hombro a modo de sostén.

—Incomodamos a las primas con todo esto. Su padre es quien es.

A Felisa le daba igual la posición de su tío:

—¿Es que no te da pena? ¡Es que no ves cómo han arruinado este país!

Exactamente las mismas palabras que se repetían en los periódicos.

—Cálmate, hermana. La decisión está tomada, y tengo muy claro dónde quiero estar.

—¡Te matarán! Y más si se enteran de tus antecedentes, o simplemente si se dan cuenta de tu situación privilegiada, irán a por ti, solo por ser quien eres. Si vas a la defensa de Madrid, la están bombardeando, están a punto de entrar y la reducirán a sus cenizas, morirás, ¿Es lo que quieres?

—No voy a morir. No os lo he dicho, porque quería hacerlo con calma, esta noche. Me han destinado al norte, no voy a Madrid. Ya verás como no me va a pasar nada. Sé que me queréis, y que os preocupáis por mí. Pero tengo que hacer esto. Ya he pasado suficiente calvario y tengo buena fortuna. Ahora organicemos estas navidades juntos, que quiero disfrutarlas antes de partir. Dejemos los rencores al margen, sé que es difícil, pero debemos hacerlo. No necesitamos mucho, solo estar juntos.

Los cuatro se le quedaron observando en silencio. A todos se les había olvidado que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina, pero era propio de Rómulo recordar todo lo bueno que había a su alrededor. Nada podían hacer, sino sumarse a su buen humor.

Felisa sintió incredulidad ante el buen humor de su hermano. Parecía feliz con su partida, como si fuera invencible y ningún miedo

pudiera acecharlo. Algo totalmente irracional ya que venía de ser condenado a muerte. Pero allí estaba parloteando mientras todos le escuchaban sobre el menú que podrían tener para Nochebuena con la ayuda de Juanico.

Con el cambio de tema, había apaciguado los ánimos. Aunque Felisa lo miraba aún con enfado, la relación entre los hermanos cada vez tenía más fisuras, y Adelaida no sabía qué hacer para sofocar tanto drama familiar. Se debía a su prima, quien la había cuidado y alimentado desde niña, pero tenía un padre al que debía guardar respeto. Eso la entristecía. Y ahora, Rómulo se marchaba al frente, a luchar por la República, y ella no tenía salida, debía quedarse a cargo de todo. Tenía la sensación de que no podía tomar ninguna decisión, y eso que no paraba de darle vueltas a partir de aquella casa con Adelaida para hacer una vida juntos como recién casados. No se había atrevido ni a planteárselo. El vínculo entre aquellas tres mujeres era tan fuerte que era difícil de explicar. Como si juntas pudieran luchar contra el mundo. Pero era cuestión de tiempo que ellos dos pudieran tener su propia familia, a lo mejor, con suerte, cuando la guerra acabara.

CAPÍTULO DUODÉCIMO:

"La fuente brilla, ya sé lo que es el amor"



Fuentealbilla, diciembre de 1936.

Zacarías se sentó en la mesa dispuesto a cenar, necesitaba recuperar la cotidianeidad. Estaba muy nervioso, y debía calmarse. Ser alcalde de un pueblo en plena guerra era complicado. Por un lado, era consciente de que estaban teniendo mucha suerte, no había habido casi incidentes, y tan solo dos detenciones. Aun así, viendo la cara de su mujer e hija, visiblemente disgustadas, sabía que el equilibrio era precario. Cada vez que se ponía en marcha el transistor, era una locura, peor que los partes de guerra, y generaban mucha angustia a Luisa y a su hija.

Loles, la muchacha del servicio, le acercó la sopera con la sopa de fideos y se sirvió.

—¿Se puede saber qué sucede? Acabo de llegar, y lo que menos quiero son malas caras.

—Padre, no podemos seguir así, los milicianos hacen lo que quieren, se creen señores del pueblo.

Su mujer e hija lo miraban con seriedad. ¿Acaso no se daban cuenta de la tensión a la que ya estaba sometido que no era necesario sumar otra en su propia casa? Ya estábamos con lo mismo, todos se quejaban de ello: los milicianos del frente popular.

—Estoy atado de pies y manos. Los necesitamos, son seguridad para el pueblo. Ya os lo he explicado. Son una garantía, para que no nos suceda algo más grave. Si supierais…

Pilar con la cara enrojecida por la indignación, intervino:

—¿Pero, cómo van a ser seguridad? ¡Si han ocupado la casa de Rómulo! ¡Llevan su ropa a modo de trofeo!

A su hija aún seguía obsesionándola aquel chico.

—La casa ha sido confiscada y ocupada legalmente. Era necesario y, además, estaba vacía.

Pilar, enfadada, lanzó su cubierto encima de la mesa.

—¡Esa gente es un problema para todos!

A su hija no le faltaba razón, pero no podía decírselo, bajo ningún concepto podía hacer ninguna crítica sobre los milicianos, ni siquiera en confidencia a su mujer. No podía dejar que hubiera fisuras en el pueblo, ni miedos, ni redecillas, o acabarían todos mal. El cabecilla del grupo, Jorge Aliaga, era una persona inestable y caprichosa, pero no así, su segundo al mando, Alejandro, que era quien realmente conseguía que la sangre nunca llegara al río.

—¡Hija, por favor! ¡No te metas en eso! Por favor, no te preocupes por ellos. Da gracias por cómo estamos viviendo en el pueblo todo esto. ¿No oyes la radio? ¿Los muertos? ¡El hambre! ¿Has visto la situación en Madrid? ¡Somos unos afortunados! No sé cómo hacer para que os deis cuenta, cómo estamos viviendo en el pueblo, prácticamente ajenos a todo, es una suerte.

—Claro, por eso no me dejas que me acerque a ellos, tanta alerta es porque tú mismo sabes que no son trigo limpio. No estás siendo congruente.

—Lo hago porque no son buena compañía. Pero no son delincuentes, hacen su trabajo, les han enviado aquí, para defender nuestro territorio y nuestra integridad. Estamos en una guerra injusta, lo más importante que tenemos está en peligro.

—Lo más importante son las personas. Y mira a Rómulo, por culpa de esos hombres estuvo detenido y no sé dónde está. ¡Tú sabes que no es fascista!

Ya salió el tema, Rómulo. Una sombra que nunca les había dejado.

—No, Pilar. Hay algo más importante que las personas. Más que nuestras vidas y está en juego.

—¿Qué puede ser eso tan importante?

Pilar no podía entender últimamente a su padre. Habían estado siempre muy unidos, pero la guerra le estaba cambiando profundamente, y no estaban precisamente congeniando.

—La democracia, hija. Es lo más importante para todos, independientemente de nuestro origen o ideología. El derecho a poder decidir, y que se respete el voto de cada persona. Ahora, todo eso está en riesgo, porque unos pocos quieren imponer sus ideas sobre las de la mayoría. Ahora no te parece importante, porque tu amigo está encerrado, y solo ves esa pequeña injusticia. Pero no sabes lo grave que puede ser perder nuestra democracia, y vivir sin poder decidir o emprender algo. Nos pueden arrebatar nuestra libertad.

—Pero es que ahora no hay democracia alguna, ¿es que no te das cuenta? No somos libres, padre, estamos encerrados en el pueblo. No sabemos si va a estallar una bomba en cualquier momento, o peor, nos pueden bombardear…

—Nadie gastaría recursos en bombardear Fuentealbilla, hija, y que sigan sin acordarse de nosotros. Afortunadamente, no somos importantes, ni a nivel estratégico, ni económico. Y rezad por que siga así, es lo bueno de ser completamente irrelevantes.

Se hizo silencio. Luisa intervino, no le gustaban aquellos conflictos. Sabía bien que su marido llevaba un gran peso sobre su espalda, además, estaba en el punto de mira de muchas personas. Su vida corría peligro por el mero hecho de ser alcalde. ¿Qué pasaría si llegaban los nacionales? ¡No tendrían miramientos con su familia!

—Zacarías, perdona a la niña, por favor, está preocupada por Rómulo. Y hoy justo Aliaga llevaba puesto uno de sus jerséis, lo que la ha alterado visiblemente. Viven en su casa, y se pasean todos con su ropa. La niña no para de ver a Rómulo en cada esquina. Así no puede olvidarlo, ni obviar que no tiene noticias suyas más allá de la detención.

Zacarías miró a su hija apenado. No lo había pensado, ni siquiera se había dado cuenta, tenía tantos problemas…

A Pilar se le llenaron los ojos de lágrimas, con el discurso de su madre. Ni ella misma podría haber expresado tan bien su situación. Veía a Rómulo en cada esquina, aun sabiendo que seguramente

estaba detenido, o escondido. Ahora era imposible tener noticia alguna sobre él. Aquella situación la angustiaba. ¿Y si era condenado a muerte?

—Hija, lo siento, todos debemos hacer un esfuerzo. Intenta aguantar, Pilar, todo esto pasará. Tiempo al tiempo. Ignora a esos hombres. No hables con ellos. Rómulo va a ser liberado, si no es que lo está ya; no debes preocuparte por él.

Pilar bajó la cabeza, en un intento de calmarse. Su padre no era el culpable de todo aquello. Lo quería más que a nada.

—Lo siento, padre, yo también comparto tus ideales. Pero a veces, siento tanto… dolor.

Pilar empujó la silla hacía atrás para levantarse, haciéndola rechinar.

—¿Dónde vas, hija?

—Necesito salir, dar un paseo.

—Ni hablar, ha anochecido. Es peligroso. ¿Te has vuelto loca? ¡Si justamente acabas de quejarte de lo peligrosos que son los milicianos madrileños!

Pilar pensó en aquella contradicción. Aun así, no podía más. Le faltaba el aire, le dolía el pecho.

—Papá, estoy muy nerviosa, de verdad que necesito dar una vuelta y que me dé el aire.

Zacarías dudó al ver la cara de su hija, estaba visiblemente nerviosa. No era ya su pequeña, con tantas ojeras en los ojos, y echa un saquito de huesos, podría levantarla como si tuviera doce años.

Luisa cedió:

—Zacarías, déjala que salga a dar vueltas sin llegar a la fuente. La vemos desde aquí, por la ventana, no creo que sea para tanto, si lo hace desde que aprendió a andar.

La mesa del comedor estaba junto a un gran ventanal, desde el que podía verse la fuente blanca, pero solo en diagonal. Y más atrás, el ayuntamiento.

—Está bien. Pero ponte un chal, no quiero que te resfríes. Ni se te ocurra entrar en la plaza grande.

Pilar se levantó y buscó su chal de invierno. Se lo puso sobre los hombros y con paso rápido salió a la calle. No había ni un alma. Tan solo una inmensa luna llena entre dos chopos.

Anduvo la pequeña distancia que separaba su casa de la de Rómulo, era mucho arriesgar, así que se limitó a contemplarla desde la plaza de su casa.

Desde lejos, la fuente blanca, era preciosa. Hacía tiempo que no se paraba a contemplar algo bonito, brillaba en la oscuridad, como un símbolo mágico, al amparo de la luna. ¿Cómo podían competir en brillo algo tan mundanal hecho de barro, con algo tan único como un astro? Pero así era. Sintió que estaba recibiendo un mensaje de la vida. Allí estaba la fuente, pero no podía llegar hasta ella. Era consciente de que no estaba respetando el toque de queda, pero en el pueblo, pocos lo hacían.

Si Rómulo estuviera allí con ella… Todo sería diferente, él era capaz de hacer que el peor momento fuera el más bonito y especial. Y aquello que tanto la había molestado en su relación, aquel optimismo absurdo, ahora era lo que más echaba de menos. Pilar ya no estaba alegre nunca, le costaba emprender cualquier tarea y se sentía bloqueada, sabía que estaba ofreciendo al mundo la peor versión de sí misma, y no podía seguir así. ¿Qué tipo de vida le esperaba? Tenía que andar. Como no podía ir muy lejos, decidió dar cien vueltas a la pequeña plaza frente a su propia puerta.

Una, dos, tres, cuatro…

Ya se sentía mejor, su pecho se relajó con el ejercicio, y la presión disminuyó. No podía llorar, no le salían lágrimas de los ojos, pero sentía dolor en su corazón. No podía soportar no saber qué había sido con Rómulo tras su detención, era como si le estuvieran estrujando en su interior. ¿Estaba vivo? Cómo podía ser que hubiera pasado tanto tiempo desde su ruptura, sin verla, y ahora los sentimientos estuvieran más arraigados que nunca. ¿Cómo podía quererlo aún con más fuerza? ¿Qué lógica tenía todo aquello? No eran novios, no se habían vuelto a ver, al igual que no había sido capaz de tocar ni una tecla de su piano… Estaba bloqueada, no podía llorar, no podía tocar el piano y no podía dejar de pensar en Rómulo.

Veinte vueltas, veintiuna y veintidós.

Ojalá tuviera el arrojo suficiente para visitar a Rómulo allá donde estuviera y dejar de sentirse así, pero no habían hablado en meses. No habían acabado precisamente bien, y no sería lógico presentarse sin más ni en Valdeganga, ni en las fábricas para preguntar. No sabía siquiera si seguía encarcelado, o ya estaba en su casa.

Seguramente estaba haciendo el ridículo y Rómulo ya no se acordaba de ella. ¿Por qué debería hacerlo? Mucho había llovido, y estaba el asunto de aquella novia de ciudad que había tenido viviendo incluso en su casa durante medio año. Sintió celos. Habían estado bajo el mismo techo, sin estar casados durante meses. Ya era mucho más de lo que ella había podido vivir con él. Y la culpa sólo era de ella misma, por haberlo puesto todo difícil, y para empeorarlo aún más, había rechazado su proposición de matrimonio. Quizás habría podido ser más amable con su hermana y primas, haber intentado llegar hasta ellas de alguna forma, en vez de sentirse ofendida por cómo la trataban.

Daría lo que fuera por volver a aquel instante y decir sólo que sí a su proposición. ¿Cómo pudo ser tan orgullosa y soberbia? Ahora lo sabía, había intentado obligarlo a romper con su familia. ¿Cómo se hubiera sentido ella si hubiera sido a la inversa y que Rómulo la instara a separarse de sus padres? No había sido exactamente ésa su intención, pero seguramente era lo que Rómulo había percibido por su parte. Se arrepentía de su decisión y no podía cambiar su error. La sensación de culpabilidad era horrible. ¿Cómo podía mejorar y salir de todo aquello?

Con su negativa al matrimonio ella únicamente había tratado de hacerle ver que no quería vivir en Valdeganga, pensando que su amor tenía que estar por encima de todos. Pero en realidad no había pretendido que renunciara a su única familia por completo. ¿Debía haber sido más clara? ¿Menos arisca?

Lo lógico ahora, después de darle tantas vueltas en la coctelera de pensamientos, era haber sido menos drástica, por ejemplo, haber propuesto una solución intermedia, como vivir parte del año en un pueblo, y parte en otro. Pero eso no se le había ocurrido. En aquel momento, todo era negro, y debía hacerse como ella quería.

Además, para complicar más sus propios sentimientos, ella misma se había sentido rechazada por Rómulo, sólo por el hecho de que el joven no había luchado por su relación como a ella le hubiera gustado. Una locura todo, visto ahora desde la lejanía. Lo rechazó ella, pero a su vez, se sintió traicionada. Era ahora, tras meses, cuando comenzaba a entender que se había equivocado, pero poco podía hacer para enmendarlo. Le daba vueltas y vueltas en la cabeza, buscando la forma de acercarse a Rómulo o de obtener alguna noticia sobre él.

No podía ir a preguntar a Felisa, su relación era demasiado tensa, y no quería desvelar sus sentimientos, no quería que nadie la hiciera sentirse aún peor de lo que ya lo hacía. Por las palabras de su padre, sabía que Rómulo estaba a salvo, porque su padre había hecho esa gestión por ella, además de una recomendación por escrito. También había avisado al tío de Rómulo, para que pudiera interceder gracias a su posición en el gobierno. Pero las cosas podían cambiar de un momento a otro, y entonces estarían todos perdidos. La moneda estaba en el aire y aún no había caído al suelo. Ninguna cara de la moneda solucionaría su problema. Y era justamente ese tema, el político, el que ahora la obsesionaba, ya habían encasillado a Rómulo en un bando que no era suyo, siempre constaría así para todos. ¿Aquello cómo le afectaría en el futuro? La guerra acabaría pronto, ¿y qué futuro podría tener Rómulo, con una mancha así en la República? El bando republicano vencería, era justo, no podía ser de otra forma. Y Rómulo tendría que esforzarse por lavar su imagen, aquello no era justo. ¿Cómo podría lograrlo?

Sesenta, sesenta y uno…

Empezaba a cansarse, y eso era bueno, sentía por fin algo de paz. Su culebra interna de nervios se había apaciguado. Sus músculos consumían su fuerza, y no era su cabeza quien se llevaría toda su energía. No debía sentirse responsable por Rómulo, no eran novios, y ella lo había rechazado. ¡No podía pasarse el día preocupada por él! ¡No tenía ni pies ni cabeza! ¡Ni siquiera lo había vuelto a ver! ¡Tenía que dejar de pensar en él, no era sano!

Aquello le dolió. Sólo pensarlo. No pudo evitar seguir con el mismo tema, en bucle. Ella había roto con él. Y era evidente que se

había arrepentido cada día desde entonces. ¿Había sido cobardía? ¿Miedo? No lo sabía. Pero sentía que, con aquella guerra, su juventud y oportunidades se esfumaban. Le habían robado tiempo, para volver con Rómulo, para enmendar sus errores. Podía equivocarse, pero no arreglarlo. Era injusto. No era ella sola, eran todos los jóvenes de la comarca, los que habían enviado al frente y las jóvenes que estaban encerradas en sus casas. Una guerra era eso. Estaban todos condenados, era la única de su edad que quedaba en Fuentealbilla, todos habían salido de allí, hace meses. No tenía a nadie con quién hablar, o dar un paseo. Unívocamente contaba con la confianza de la muchacha del servicio, Loles, que era incluso un año menor que ella. Agradeció tenerla aún en casa, lo normal es que hubiera vuelto con su familia, dadas las circunstancias, pero era huérfana. Había crecido poco a poco una amistad entre ellas, de hecho, todos estos asuntos y preocupaciones, se los había confesado a Loles.

Miró a la fuente. Quiso acercarse, y tocar la casa de Rómulo. Pero no podía ser.

Cien vueltas.

Todo había cambiado pero la fuente seguía allí, regia. Era la misma a la que Rómulo daba vueltas con su coche para presumir delante de ella. Allí hablaron por primera vez.

Casi podía verlo allí, donde ella estaba ahora, tocando la bocina de su coche con ahínco.

—¡Pilar, baja o monto un escándalo!

Los vecinos curiosos, saliendo a sus puertas. ¡Menudo recuerdo! Aquello había sido una declaración de amor, en toda regla. Pero ella no había sabido valorarlo. Ahora sí.

Y supo en ese instante lo que era el amor. Seguramente era tarde, después de cometer tantos errores, pero podía sentirlo dentro de ella, y resultaba liberador. Se sintió algo mejor al sentir el amor. Concluyó que sólo había estado enamorada una vez, de Rómulo, y conociéndose bien, lo cabezota que era, no volvería a estarlo nunca de ninguna otra persona. Amores como ése, sólo había uno, y ella le había dado calabazas. ¿Cómo podía haber sido tan cabezota?

Su padre se asomó a la ventana.

—Hija, ya es tarde. Hace frío, entra. Tu madre te ha pedido una tisana para que duermas mejor. Loles te la ha dejado en tu cuarto.

—Ya voy, gracias.

Pilar entró en la casa, y buscó a su padre. Lo abrazó. Su seguridad seguía siendo reconfortante, como cuando era pequeña. Lo era para todo el pueblo, y más en aquellos momentos, repletos de angustia e incertidumbre, cuando Zacarías se mantenía firme y accesible para todos. Sentir su cariño la reconfortó.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO:

"Vive y vencerás"



Octubre de 1938. En el frente. Biescas.

La cadena montañosa de los Pirineos era inmensa, tan grande que pensó que jamás podría ubicarse en aquella cordillera. También era sin duda el lugar más bonito en el que jamás había estado. No tenía nada que ver con el campo al que estaba acostumbrado, allí todo era verde y húmedo, pero también difícil, especialmente los meses de frío. No estaba acostumbrado a la nieve, y siempre le sorprendía su aspecto, con su tacto helado pegajoso. La nieve se pegaba a cada resquicio de su ropa, y siempre encontraba la forma de abrirse paso, como un insecto, hasta su piel. Llevaba más de un año allí, compartiendo campamento con cincuenta hombres y defendiendo como batallón, una amplia zona de la comarca del Alto Gallego. Tras varias peripecias, Rómulo había acabado formando parte de la división 43 del ejército popular de la República, con los mejores hombres que había conocido nunca. Los admiraba, eran soldados profesionales altamente cualificados y, a pesar de que sentía que desentonaba por su falta de arrojo y valentía, había acabado encajando con ellos. Se encargaba de la intendencia, ése era su punto fuerte, con el que había logrado ser útil y ganarse el respeto de sus compañeros.

Sintió la mano de su tío en todo ello, como si le hubiera ayudado a estar en el lugar idóneo. La división 43 había luchado y ganado varias batallas muy decisivas en aquellos meses. Había almacenado muchos recuerdos formando parte de aquel pequeño grupo.

Recordaba especialmente el triunfo en Hostal de Ipiés donde el avance republicano fue casi milagroso, sólo con recordarlo, se emocionaba. Si tenía suerte, aquella historia se la contaría a sus nietos. No había sido fácil; frente a ellos, en el bando nacional, tenían ni más ni menos que a la temible I Brigada de la 50.ª División Nacional, al mando del coronel Alberto Caso y formada, en su mayoría, por reclutas del Regimiento de Infantería "Galicia" n.º 19, ayudadas por más tropas especializadas e incluso voluntarios como los temibles Panteras del Valle de Tena y la Compañía de Esquiadores, sumando un número cercano a los 4.700 hombres. Un enemigo temible, que los superaba con creces. Todo el enfrentamiento había sido tan complejo, que no fue hasta que todo había acabado que se dio cuenta del peligro real al que había estado sometido. Un enemigo temible, que podía haber acabado con ellos, sin esfuerzo, de un plumazo.

Por fortuna, no estaban solos en aquella lucha, tuvieron la ayuda de la increíble 27.ª División, que consiguió romper con una exhaustiva habilidad el frente en Lanave, cruzando el Gállego y obviando los focos de resistencia, apoderándose de numerosas localidades del extremo occidental de la Guarguera.

Sin embargo, tras ello, las Fuerzas sublevadas habían logrado detener su avance por completo, y se encontraban estancados en las montañas. Se puede decir que se encontraban en "tablas" en ese momento. Sin que ningún bando hubiera podido recuperar terreno de forma concluyente.

Así que, en aquel momento, Rómulo y su brigada se encontraban ocupando una amplia porción de terreno cerca de la localidad de Biescas, resistiendo, pero sin avanzar desde hace meses, lo que había hecho mella en la mayor parte de los soldados. Estaban todos cansados a la espera de que cayeran sobre ellos las temibles fuerzas nacionales en cualquier momento.

Su único momento de distensión consistía en jugar a los naipes y en escribir cartas a su familia, que milagrosamente por ahora aún llegaban a su destino, puesto que cada mes recibía respuesta. Sabía que en cualquier momento se cortarían las comunicaciones, así que aprovechó aquella tarde para escribir la que tal vez podría ser su

última carta en meses. Cogió su estilográfica y el papel que se había reservado. Era él quien lo conseguía, al igual que las mantas, y otros muchos utensilios, su buen olfato para gestionar mercancías, incluso en un país en guerra había resultado tremendamente útil hasta ese momento. Se había vuelto imprescindible y, él mismo, había conseguido repartir más de cuatro mil mantas en aquella zona. Pero ya nada era como al principio, el bloqueo al que estaban sometidos había conseguido deshacer prácticamente la división.

Afortunadamente, aún le quedaba suministro para otras dos o tres cartas. Su hermana Felisa seguía enfadada tras su reclutamiento, el tono distante estaba en cada carta, además se lo recordaba puntualmente por escrito; no compartía sus ideales, no entendía qué estaba haciendo allí, con el ejército rojo. A pesar de ello, le escribía puntualmente para preocuparse por su estado, entendía que su hermana debía estar muy preocupada por su precaria situación. Las noticias eran alarmantes. Miró el papel en blanco y, con su suave letra en cursiva, escribió el encabezamiento. Hace meses que escribía unas cartas globales, a toda la familia, donde aprovechaba al máximo el espacio en blanco del papel.

En Campaña, 21 de octubre de 1938.

Querida familia: Heme aquí sentado sin saber qué contaros después de coger el papel. Ahora mismo estoy lo que se diría solo, pues el Capitán se ha marchado por su lado, no sé a dónde, y mi compañero, un hombre de edad y sordo, ha ido al pueblo que tenemos más cerca. Alfredo es buen hombre, pero hace poca compañía. Tengo que cuidar constantemente de él, aunque tengo la ayuda de otros compañeros que están replegados. Estamos divididos en pequeños grupos, para mantener el territorio. Somos pocos para abarcar mucho terreno. Pero ya está, voy a dejar de hablar de cosas poco interesantes, como es la guerra. Estoy bastante cansado de ella, y prefiero no darle una importancia que no debería tener.

Vayamos a lo importante. Os contaré qué he cenado, ha sido maravilloso. Hemos cenado cocido frito y, de segundo plato, unas buenísimas patatas guisadas con bacalao. De postre, como excepción, un poco de queso que nos han enviado de Seo. Así que

somos unos afortunados para el contexto que vivimos. Alfredo no podrá luchar, pero es el mejor cocinero de todas las brigadas acampadas en los Pirineos.

Ya hay nieve en la montaña. Y crecen unos cebollones, justo delante de la casa donde estamos acampados, que son una delicia de aperitivo.

No se me ocurre nada más relevante que contaros. Llevo minutos en blanco frente al papel, y nada. La carta que realmente me gustaría escribir es bien diferente. No sé cuántas voy a poder enviar, sin que se pierdan en algún camino, o cuando van a interrumpirse las comunicaciones.

Creo que a partir de ahora lo haré así, escribiré lo que me gustaría estar viviendo, en vez de lo que estoy realmente haciendo. Espero que os parezca bien, me conocéis bien, estoy harto de tanta negatividad, aquí hay poco que contar.

Es mucho mejor imaginar…

En realidad, no estoy en los Pirineos, estoy aquí cerca, en Albacete, camino de los toros. Y no es invierno, estamos en feria y hace un calor veraniego. La alegría en las calles es contagiosa, ando con tranquilidad, camino solo y llevo mi sombrero de los toros.

¡Los toros!¡Menudo ambiente en la plaza!

Sonrío mientras llego hasta ella. La gente entra en masa por las puertas de los tendidos. Los palcos y barreras se van abriendo poco a poco con un alfombrado de mantones de manilas. ¡Qué colorido espectáculo! Está la plaza tan repleta, que no cabe ni un alfiler. Miro mi reloj; son las cinco menos cinco minutos. Se oyen alegres voces: compren, tenemos melocotones dulces y bocadillos de jamón y lomo. Los vendedores y vendedoras se desplazan rápido entre las filas. Todo el mundo compra algo.

El presidente se sienta, y la banda de música toca un pasodoble alegre torero. Mis manos se ponen a aplaudir, la gente me sigue. La alegría se contagia de unos a otros.

Termina la música, brilla un pañuelo.

La puerta del oriquero se abre y sale un toro berrendo, los cuernos bien puestos y de mirada desafiante. Nos mira a todos. Los toreros se apelotonan en los burladeros, el fiero animal recorre la

plaza. Por fin, uno tira el capote, el toro embiste entre polvo, el matador lo recoge con cinco centímetros y una media estupenda. En ese instante, la plaza enloquece entusiasmada y yo me levanto para salir y coger el camino que va a la feria para evitar la aglomeración de la salida.

Quiero ver los caballitos. Siempre me alegran la vista, con los infantes gritando de alegría. Algún día, si Dios quiere, seré padre. ¡Cuánto me gustaría!

Oigo una voz a mi derecha: ¡Pasen, señores, pasen y verán el fenómeno más grande de la humanidad! El Gran Circo Maravillas. Sigo mi camino, alegre y feliz. Oigo mi propia risa, es contagiosa. Noto el sol en mi cara cuando llego al redondel de la feria. Sólo me rodea felicidad y alegría. Me voy al quiosco y me pido una buena cerveza, fría y con espuma. Miro al frente, la noria se ha puesto en marcha, desde su cúspide se puede ver la ciudad en fiesta. Hay tanto color…

Van llegando multitud de personas al quiosco, saludo a amigos, allí llega Agustín, con Martín y Felipe. Brindamos. Somos centenares de personas, compartiendo una fiesta. La gente desfila, y me saluda con amabilidad, no quiero que nadie se vaya, no quiero quedarme solo.

Agustín me coge por el brazo. ¡Esto sólo acaba de empezar, amigo! ¡Tenemos que vivir la vida, y venceremos! ¿Qué planes tienes esta noche? ¿Quieres venir a la revista? Tenemos entrada para ti, hemos contado contigo, amigo, y después vendremos a la feria a dar una vuelta. Me abraza.

Soy feliz a través de esta carta. Escribiendo he tenido agradables pensamientos, y casi que puedo sentir el calor y el bullicio del calor de un día de fiestas sobre mi piel. En el futuro no pienso faltar a ninguna feria, hay tantas cosas que quiero volver a disfrutar… La felicidad es lo único que importa.

A partir de ahora sólo escribiré como si estuviera donde me gustaría estar, no donde estoy.

Vive y vencerás. Y yo elijo la vida que quiero vivir.

Felisa leyó en voz alta, sin fingir el estupor que le causaba la carta de su hermano en la que fingía, una vez más, por enésima vez, que estaba con sus amigos en la feria de Albacete en vez de en el frente.

Lo que faltaba, además de rojo, se había vuelto majareta. Estaba indignada. Ya llevaba tres cartas similares. La primera la leyó varias veces, para conseguir entender su trasfondo, apenada de que su hermano tuviera que fingir una felicidad para evadirse de su miserable realidad. Pero ahora, simplemente, le parecía tonto y pueril, como si ellas no estuvieran sufriendo. Ya no sabía dónde estaba Rómulo, ni con quién. ¡Ya no daba ni un dato real! Ni siquiera hablaba ya de la comida, el tema central de todas sus anteriores cartas. Ahora, desde el encabezado al final, todo eran disparates inventados.

Adelaida rompió a llorar, estaba muy sensible. Tanto conflicto estaba haciendo mella en todos. La dinámica familiar estaba cambiando. Siempre habían estado muy unidos, y Adelaida se temía que la posición de Felisa fuera un escollo insalvable para Rómulo y su propio padre.

—Increíble, cada carta de mi hermano es más fantasiosa que la anterior.

—Mi primo debe de estar sufriendo. ¡A saber qué penurias estará viviendo en el frente, que no quiere ni contárnoslo! Muerte, disparos… Además, está claramente en el bando que está perdiendo, si es que tiene mala suerte hasta para eso.

Felisa tiró la carta a disgusto encima de la mesa:

—Ese tema, mejor no sacarlo.

A Felisa le hervía la sangre.

Bernarda, que estaba cosiendo unos botones, se quitó las gafas, dejándolas colgar sobre su pecho, gracias a un collar de cuentas de cristal.

—Pues estamos bien en este país, no se sabe el número de muertos, pero me temo que estamos cayendo como moscas por todos los lados. Todos nos odiaremos. ¿Qué pasa si ahora los nacionales asesinan a Rómulo? Quien siembra odio, recoge venganza. Será el único detenido del país, por ambos bandos.

Adelaida giró la cabeza para buscar el consuelo en la mirada de Felisa. Desde que volvían a estar las tres solas en aquella inmensa casa, se habían unido como nunca. Cada día las mismas rutinas, cada noche apagaban cada luz, para evitar ser visibles.

Felisa se levantó, lanzando la carta a sus primas:

—Por si la queréis releer. Yo ya he tenido suficientes sandeces por hoy. Os dejo, antes de que anochezca, he quedado con Juanico, que nos dará las rentas de este mes. Son muy escasas, pero ya es más de lo que tiene la mayoría, con suerte nos dará algo de víveres. Ya hemos prescindido de todo el servicio, y casi todos los trabajadores. Vienen mañana a por Rafaela, así que guisaremos nosotras y continuaremos nosotras mismas al mantenimiento de la casa.

Adelaida frunció el ceño, y miró el reloj de cuco. No había cocinado en su vida, y no pensaba hacerlo. Pero Bernarda se animó.

—Yo me encargo, mañana haré un potaje que os vais a chupar los dedos.

Felisa se obligó a sonreír y a aparentar paz. Bernarda no había cocinado en la vida, y a saber qué comerían. No sabía ni donde estaban los cacharros. Ni mucho menos sabía cómo encender la lumbre. Pero tenía que animarla, y ella sola no podía con todo. La casa, la guerra, cultivar en el pequeño huerto y conseguir comida. No era poco. Se miró las manos, aturdida, llevaba tierra entre las uñas. Miró la carta, caída ahora desde el sofá, al suelo.

Felisa se notaba extraña, se le estaba agriando el carácter, y cada vez tenía menos paciencia. Tenía que morderse la lengua para no decir improperios cada dos por tres. Y la verdad, ya nadie le caía bien. Ni siquiera sus primas, que comenzaban a ser una gran carga para ella. Ni mucho menos, su hermano, que las había abandonado, por unos ideales dudosos. Sólo la tranquilizaba la presencia del diligente Juanico, que era quien le facilitaba la vida.

¿En qué o quién se estaba convirtiendo? Notaba un extraño amargor…

—Tengo que irme, en menos de dos horas estoy de vuelta y espero que con el dinero suficiente para comer durante un mes.

Sus dos primas no contestaron, cada una sumida en sus pensamientos.

C A P Í T U L O D E C I M O C U A R T O :

"Caudillo victorioso"



Fuentealbilla, abril de 1939.

La guerra parecía haber acabado y un tenso silencio se había instalado en el pueblo. El resultado no era el esperado por los vecinos y tenían miedo. Habían sido un pueblo unido todos aquellos difíciles años, que había remado al unísono con su alcalde.

El 1 de abril todos escucharon, y si no lo hicieron lo leyeron, el parte redactado por el Estado Mayor, firmado por el denominado, no se sabía si era incluso con ironía o sorna por sí mismo, "generalísimo".

Fueron tan sólo 24 palabras que dictaron sentencia definitiva a través de un comunicado oficial. Tenían una copia en el salón, Pilar no sabía cómo había llegado hasta allí, seguramente su padre había guardado el periódico por ser un momento histórico.

Lo volvió a leer:

"Franco, caudillo victorioso. Cuartel General del Generalísimo.

Parte oficial de guerra correspondiente al día 1º de abril de 1939. III año triunfal.

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares."

Luisa y Pilar estaban sentadas en el sofá, con sus largos camisones blancos hasta los pies y cubiertas por sendos inmensos chales echados por los hombros. El de Pilar era marrón, y el de su

madre, azul. No hacía especialmente frío en esa primavera, pero estaban ambas heladas.

Luisa llevaba el pelo suelto, algo completamente inusual. El pelo caía desparramado por debajo de sus hombros. Por el día lo llevaba recogido en un tirante moño, y quizás por eso su hija no se había fijado en sus canas. ¿Cuándo habían aparecido? ¿Ese mismo día, de golpe?

Por primera vez en la vida, su madre le pareció frágil, lo que la desorientó, como si aquello fuera inconcebible. Su madre estaba repleta de vida y era una mujer fuerte, pero esa misma mañana habían venido a detener a Zacarías. Y desde aquel momento, apenas habían logrado ni respirar, intranquilas por su vida. Ambas eran conscientes del papel de Zacarías no sólo en aquel pueblo, en prácticamente toda la provincia. Estaba desahuciado al ganar las tropas nacionales.

No habían logrado obtener más información, ni si estaba detenido, ni a dónde se lo habían llevado. Habían pasado muchas horas y el nerviosismo ya daba paso a la desesperanza. Las palabras "represión" y "venganza" se escuchaban en cada esquina. Su padre había hecho mucho en defensa del gobierno caído. El bando perdedor se ocultaba o esperaba con miedo, no en vano los ganadores eran militares, y el tono militar de cada comunicado era espeluznante. Un gobierno militar, liderado por alguien que se hacía llamar "generalísimo", como si fuera mucho más que el resto de los generales, militares, e incluso personas; por encima de todo. No era bueno.

Esa misma mañana vinieron a buscarlo unos soldados uniformados, con cara de pocos amigos, que tan sólo se habían limitado a señalar, con poca empatía, que si su padre, Zacarías, no volvía en el día, sería una mala señal, y que esperaran lo peor. Crueldad absoluta.

Por todo ello, se resistían a acostarse, alargando aquellas horas como podían, para que aquel día efectivamente no acabara. Estaban cogidas de la mano, pero ninguna podía articular palabra, después de tantas horas de suposiciones. Tenían miedo. Pánico de no volver a verle. Miedo de que le hubieran pegado un tiro, y dejado tirado en

una cuneta. De no poder recuperar nunca su cuerpo. Se oían tantas historias por menos, Zacarías había sido el alma de unos ideales muy progresistas.

Pilar estaba a punto de proponer que se acostaran juntas, en la misma cama, cuando oyó el motor de un vehículo en la pequeña plaza trasera.

El coche estacionó en la puerta. Corrieron ambas a los visillos, con el corazón en la garganta. Del vehículo, bajó su padre, acompañado por el padre Honorato.

Las lágrimas cayeron por la cara de Pilar, su madre salió en camisón, sin pudor a la calle.

—¡Zacarías!

Pilar vio a su madre abrazar incrédula a su marido. Parecía tan frágil, que se le partió el alma.

—¡Padre! ¡Menos mal, nos temíamos lo peor!

Los tres se abrazaron en plena plaza, llorando y temblorosos.

Zacarías, abatido, se recompuso.

—Ya pasó, entremos dentro, seamos discretos. Que uno ya no puede fiarse de los vecinos.

Aquella frase le extrañó a Pilar, en el pueblo existía una gran cordialidad entre vecinos. A pesar de lo que habían vivido en la guerra, la sangre nunca había llegado al río.

—Nada, ya está, tranquilidad. No corro peligro, me han destituido como alcalde. No podré ejercer nunca más, ni manifestar ninguna opinión política.

Pilar, con todos los sucesos acaecidos, no conseguía entender aún bien la situación. Sabía únicamente que nada iba bien.

—¿Padre y quién va a gobernar en los próximos años? ¿Habrá elecciones?

A Pilar le pareció una pregunta normal. Vivían en una democracia, las mujeres habían luchado mucho para tener voto, ahora aquello tan grande no podía esfumarse, como si sólo hubiera sido un espejismo.

—Niña, ¿en qué mundo vives? Hay un gobierno militar, nombrado por su jefe, el Generalísimo, el caudillo salvador. —Pilar sintió la amargura en el tono de su padre—. Ahora las cosas van a ser

diferentes y tenemos que hacernos a la situación, por muy dura que sea. No hablemos muy fuerte, que podía haber sido peor, menos mal que el padre Honorato ha mediado por mí. Muchas gracias, Padre. Estaremos eternamente agradecidos.

A Zacarías se le saltaron las lágrimas. Había agradecido tanto la intervención de Don Honorato, como su presencia liberadora.

—No hace falta que me des las gracias, hijo. Tú nos has ayudado a todos durante toda la guerra. Mira el pueblo, apenas lo han tocado. No hemos vivido grandes conflictos. Seremos casi el único pueblo de España en haberse mantenido al margen de una guerra. No hemos pasado hambre alguna, ni estrecheces, tampoco ha habido muertos. Imposible haberlo hecho mejor. Sabemos bien que en el resto del país no ha sido así. Ha sido un milagro cómo hemos vivido aquí, ajenos a la guerra casi por completo.

Era verdad, Fuentealbilla había vivido casi ajena al conflicto. No habían pasado hambre, no había habido enfrentamiento alguno, ni desaparecidos. Sus vecinos no habían tenido miedo. Era inaudito.

—No puedo evitarlo padre, me siento agradecido por su ayuda. ¿Me podéis traer un vasito de agua, por favor?

—A mí también —solicitó Don Honorato.

—Ahora mismo. —Luisa corrió a preparar una pequeña bandeja con dos vasos, y varias pastas, algo duras, pero aún comestibles.

No tenían nada mejor en la cocina. Cuando volvió, cargada, y con el chal medio arrastrado por el suelo, su marido hablaba:

—Tenemos que desaparecer, hacernos invisibles, más no podemos hacer.

Ahora fue Luisa quien intervino:

—¿Desaparecer? ¿Cómo vamos a hacer eso? ¡Todo el mundo te conoce y sabe quién eres!

No entendía bien que el país pudiera cambiar de una forma tan drástica.

El padre Honorato intervino:

—Sí puede ser. No faltéis a misa. Que no puedan echaros nada en cara. No digáis ni una palabra en contra del nuevo gobierno. Yo mismo he de moderarme al máximo.

—Así será. Luego veremos, pero creo que quizás lo mejor es irnos del pueblo.

Zacarías lo dijo vencido y con pesar. Ni rastro de fuerza en su mirada. Era un hombre hundido, que sólo quería huir.

Pilar quería entender mejor todo lo que estaba pensando, había estado tan centrada en sí misma, pensando en Rómulo, que ahora se sentía culpable.

—¿Cómo te han soltado? ¿Qué ha sucedido?

—Gracias al juramento del padre, y a la carta de mi gran amigo, el obispo de Cuenca.

Pilar asintió y con agradecimiento miró a Don Honorato:

—Muchas gracias, padre.

—No hay de qué. Pero pensar que siempre estarás marcado como alcalde socialista y eso es muy peligroso. Te vigilarán. Debes tener una actitud irreprochable y tranquila. Es increíble, que con el bien que has hecho en este pueblo… Eso lo sabemos todos. Y que haya gente…

—¿Qué gente? ¿Es que alguien le ha acusado? ¿Quién ha osado? —Pilar los miró incrédula.

—No hace falta removerlo más, padre, mi hija, además, la conoce.

Pilar ató cabos, una persona, mujer, había acusado a su padre. Y ella la conocía. Se puso roja de la indignación. ¿Quién sería tan vil?

—Exijo que me digáis quién ha sido, no soy una niña.

Los dos hombres se miraron.

—Está bien, hija. Te lo cuento, además, porque creo que sepas exactamente con qué tipo de gente te has mezclado. Ha sido Felisa, la de los Valentines, la hermana de Rómulo.

Pilar sintió cómo su estómago se retorcía, y sintió náuseas.

—No puede ser. ¿Por qué iba a hacer ella algo así? ¡Si sólo los hemos ayudado con lo de Rómulo! Si no fuera por ti… ¡Escribiste un informe! ¡Te interesaste por su estado! ¡Incluso avisaste a su tío!

—Yo tampoco entiendo tanto rencor. Hija, no sabemos la causa, deduzco que es algo personal, pero prefiero no pensarlo. Ahora sólo quiero dormir. Muchas gracias por todo, padre, de verdad, le agradezco todo lo que ha hecho hoy por mí.

El padre Honorato salió de la casa, y todos se fueron directos al lecho.

Pilar no pudo dormir. Se sentía culpable de todo aquello. Su corazón latía con rabia. Las cosas no podían quedar así. ¿Cómo se había atrevido Felisa? ¿Cómo podía haber sido tan malévola? Y lo que era peor: ¿era conocedor Rómulo de todo ello?

Felisa había acusado a su padre, sólo por el rencor que le tenía a ella, no había otra explicación. Eran tan mala persona, como para hacer algo así, después de tres años. La relación se había roto hace años, así que debía de acumular mucha rabia contra ella. ¿De verdad ella le había causado tanto daño como para aquello? ¡No! Rotundamente, no. Nada podía justificar un golpe tan bajo.

Rómulo, no sabía nada de él, sólo el rumor de que había luchado como miliciano en el Frente Popular, así que no entendía bien la acusación de Felisa. Estaba claro que no estaba en el mismo bando que su hermano, y que había buscado la ruina de la familia Gabaldón.

Eran tan increíble, que resultaba incluso inconcebible. De algún modo, a pesar de que no se llevaban bien, jamás pensó, que alguien que había sido su amiga, con la que casi había emparentado como familia, podía haber llegado a cometer un acto tan vil. Ellos se habían dedicado a proteger a todos los vecinos, incluido Rómulo, por muy difícil que hubiera sido la situación. No tenía sentido. La única explicación para un acto así sólo podía ser el odio emocional. Necesitaba una explicación, y la obtendría. Ajustaría cuentas.

Pilar se levantó y cogió a Manolito del suelo, se lo puso en la cama, entre sus piernas. Aquel calor, aunque no pudo tranquilizarla, porque la ira la estaba consumiendo, si logró atenuarla para que pudiera quedarse tumbada el resto de la noche.

Pilar vigilaba la casa de los Valentines a diario, de forma casi obsesiva. Quería tener noticias de Rómulo, del que no sabía absolutamente nada. Pero, sobre todo, lo que estaba deseando era enfrentarse con la miserable Felisa.

Pasaba por allí varias veces al día hasta que, un día, vio que estaban por fin arreglando la casa. La verdad es que, tras la

ocupación de los milicianos, se había quedado destrozada, literalmente. Vio que había albañiles y pintores.

Ni corta ni perezosa, entró por la puerta abierta. Sin llamar, ni avisar. Nada podría haberla parado.

Una criada que no conocía se pegó un susto al verla en la entrada, tras traspasar el patio interior. No era del pueblo, nunca la había visto.

—¡Disculpe! ¿Quién es usted?

—Busco a la señorita Felisa.

Felisa no solía ir al pueblo, pero las cosas podían haber cambiado en esos años, y parecía que era así.

La joven criada era una mujer muy joven, no tendría más de dieciséis años. Y pareció confundida ante su entereza.

—Bueno, espere fuera, y ahora la llamo. La casa está en obras, no está para visitas, como puede comprobar.

Pilar ató cabos, si aquella joven le había contestado que esperara, era porque Felisa estaba allí.

—No pienso moverme de aquí. ¡Felisa! ¡Felisa!

Pilar chilló mirando escaleras arriba.

La joven criada se llevó las manos a la boca, sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué es esa escandalera?

Felisa salió del interior de la casa, regia y altiva, como si ningún imprevisto pudiera perturbarla. ¿Acaso no tenía debilidades?

—Antonia, puedes retirarte.

Iba vestida de riguroso negro, lo que paralizó a Pilar. ¿Le había pasado algo a Rómulo? Estaba muy cambiada y delgada. Los huesos de su cara sobresalían por su mandíbula, dándole una forma más afilada al mentón.

Mírala, igual que María Sarmiento, sin tripa ni cuajá.

Pilar no pudo evitar tener esa malicia de juzgar su apariencia física.

Felisa levantó las cejas en señal de fastidio al ver a Pilar, como si fuera un imprevisto molesto.

—Buenos días, Pilar, ¿eres el comité de bienvenida del pueblo? Han destrozado mi casa, al menos merecemos una disculpa.

—¿Disculpas, será una broma? No, vengo aquí a pedirte explicaciones. El pueblo nada tiene que ver con el estado de tu casa, fueron los milicianos de fuera.

—Yo no tengo que darte explicaciones de nada, menuda vergüenza ¿Cómo te atreves? No sé por qué te crees en el derecho de exigir nada irrumpiendo en mi casa.

—¿Se puede saber qué te hemos hecho? ¡Siempre te he tratado bien! Incluso hubo un tiempo en que te consideraba mi amiga. Luego cuando fui novia de Rómulo, todo cambió. ¿Cómo puedes haber acusado a un buen hombre como mi padre?

Ambas se miraron con descara, evaluándose la una a la otra. El negro del vestido de una contrastaba, con el rosa del de Pilar.

—¿Crees que es por eso? ¿una especie de celos infantiles?

Por supuesto que era eso, pero ella nunca lo reconocería.

—¿Por qué si no? ¡Nunca te he hecho nada! ¡Y mi padre menos! ¡Qué bajeza acusar a un hombre noble!

—¡Cómo te atreves! ¡A decir eso! Mira a tu alrededor. Detuvieron a mi hermano. Y tú, que tanto lo querías, no hiciste nada.

—Eso no es cierto, nos preocupamos por él, mi padre hizo todo lo posible. ¡Escribió una recomendación!

—Mira, sígueme. Mira eso.

La furia latía en los ojos de Felisa.

Pilar no entendía al principio a dónde quería llegar. Hasta que vio los montones de escombros, las paredes con agujeros.

—Nosotros no hemos hecho esto, fueron los milicianos, y lo sabes.

—Tu padre era el alcalde. El responsable de todo esto, y el político responsable de la detención de Rómulo. ¿Pero sabes lo que más me molesta aún?

—No tengo ni idea, pero está claro que me lo vas a decir.

—Tu influencia socialista sobre Rómulo. Ahora está a saber dónde, perdido o detenido en los Pirineos, por luchar en un bando que no es el suyo. ¡Y es tu culpa! ¡Sólo tuya!

Pilar ató cabos. La locura de aquella mujer retorcía la realidad. La culpaba de todo. Así que por eso no sabía nada de Rómulo, al

menos el luto no iba por él. Por un momento había temido que algo le hubiera sucedido. Sintió alivio.

—Pero eso es absurdo, llevo años sin hablar con tu hermano. No hemos cruzado ni una sola carta. ¿Te das cuenta la falta de lógica en todo ello? ¡Llevamos años sin hablar!

Felisa se acercó tanto que pudo sentir su aliento en la cara, pero no se apartó ni un centímetro. No iba a dejar que la intimidara.

Por fin, Felisa se apartó y le señaló la puerta.

—Vete de mi casa. No quiero volver a verte nunca, eres la culpable de lo que le suceda a mi hermano. Y si por mí fuera, tu padre estaría encerrado en una cárcel a perpetuidad, por ser enemigo del país. Poco le ha pasado. Ya sabes dónde está la puerta.

Pilar en vez de retroceder, sacó fuerzas y dio un paso decidido al frente, quedando otra vez cara a cara con ella. Si salía tras aquellas palabras, sin decir nada, perdería su dignidad.

—Me voy, Felisa. Pero tanto odio no es bueno, has cambiado aún más, si eso era posible, y te estás haciendo daño a ti misma. Además, te puedo asegurar que te equivocas, yo siempre querré a tu hermano, su bienestar es importante para mí. Rezo cada día porque esté a salvo. Y por extensión, su familia, lo que te incluye. Nosotros jamás os haríamos eso, y mi padre intentó proteger a Rómulo desde el principio.

No quiso esperar ni a que le contestara. No quería ver su furia, ni su odio. Estaba claro que sólo quería ser su enemiga.

Aun así, mientras salía por el patio escuchó a su espalda:

—Y tened cuidado, tenéis los días contados en este país, ahora os toca pagar a vosotros. Espero que mi hermano aparezca, sano y salvo, si no no descansaré hasta arruinaros la vida.

Pilar no se giró, pero contestó con fuerza:

—Yo también espero que esté sano y salvo.

Pilar pensó con rapidez. ¿Dónde estaba Rómulo? La guerra había tocado a su fin. Si los rumores eran ciertos, tenía ahora la confirmación de que se había enrolado en el frente republicano, lo que lo complicaba todo aún más; su vida corría un peligro real. Y lo que era peor, Felisa no parecía tener noticias de él, su preocupación parecía sincera, como si no supiera dónde estaba.

¿Por qué habría tomado Rómulo una decisión tan drástica? Odiaba la política, y mucho más aún la violencia. No tenía ningún sentido. Había llegado con una preocupación a casa de los Valentines, y se iba con dos. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO:

"Esa novia ingrata…"



Pirineos, abril de 1939.

Rómulo miró el valle desde lo alto. Cada día paseaba con su fusil colgado y convenientemente pertrechado con todo el equipamiento, ésas eran las instrucciones y no había vuelto a recibir ninguna. Sabía que era absurdo. Llevaba allí tres meses solo, sin cruzarse ni con un alma, y sabía que su cordura comenzaba a flaquear. No había recibido ni una carta, ni mensaje o instrucción. Nada, tampoco la visita de ningún compañero como había sido habitual en los primeros días.

Él, que era de carácter afable y sociable, necesitaba la presencia constante de otros seres humanos, era la conclusión a la que había llegado tras horas de análisis profundo de su personalidad, tan sencillo como eso. Su trabajo ahora era vigilar la zona. Un área totalmente arisca y fría. Al menos estaban en primavera y las temperaturas habían subido notablemente, aunque aún no podía confiarse. El primer mes, cuando le dejaron solo refugiado en un destartalado orrio, casi muere por congelación. No sabía cómo había logrado siquiera sobrevivir. Mantenía el fuego todo el día, y apenas podía salir a dar unas pequeñas vueltas de supervisión unos metros más allá. Su trabajo era completamente absurdo a estas alturas. No tenía comunicación con nadie, no sabía lo que estaba sucediendo en el país. ¿Y si la guerra había acabado y él seguía allí años, sin enterarse de nada? Era francamente raro no haber recibido instrucciones, ni que le hubieran pedido informe de situación alguno.

Su misión consistía en vigilar aquella zona que se suponía era de paso, pero que ya sabía que no era así. De paso precisamente no era, no había visto ni un alma, literalmente.

Miró a su alrededor, empezaba a acostumbrase a la belleza que lo rodeaba. El bosque era precioso, frondoso y húmedo. Nada que ver con sus campos manchegos, lisos y de matas bajas. Parecían países distintos, era increíble. La humedad se le calaba en los huesos y traspasaba sus botas. No había llegado a pasar calor ningún día, ni aun poniéndose al sol como una lagartija. Los riachuelos se habían multiplicado en los últimos días, crecían como setas, sorprendiéndolo, porque cambiaba constantemente la orografía que creía conocer al dedillo.

La zona delimitada en la que lo habían apostado era inmensa, y se suponía que en el margen inferior estaba el soldado Manolo Albert, al que había conocido brevemente en el reparto de la zona. Sólo habían coincidido una vez, al principio, lo que comenzaba a inquietarlo. Más de una vez se había perdido y tardado más de un día en orientarse, así que había optado por ser práctico; tenía tres picos que le servían de referencia, de los que prefería no salir. Su misión carecía de lógica alguna, así que había optado por hacer su vida menos arriesgada, con las mismas pequeñas rutas diarias, sin pretensiones. Tener una rutina diaria era reconfortante, ya fuera en espacios pequeños, como una cárcel, o en valles extensos.

Aquel día, hizo la ruta norte. La más bonita. Por animarse un poco. ¡Cuánta soledad!

—Ecoooooo.

Y la montaña le devolvía:

—Ecoooo

—Guapo —y rio.

La montaña le devolvió un:

—apooooo

—Desde luego, novia ingrata, eres peor que Pilar. Y dura como una roca.

No sabía bien cómo había comenzado aquella relación incestuosa, pero llevaba más de un mes fingiendo que la montaña era su novia. En ese punto estaba consigo mismo, no era tan preocupante como

hablar solo, pero casi. Sabía exactamente dónde situarse, en una ladera pronunciada repleta de riscos, para que su voz se amplificara y retumbara por todo el valle de la ladera inferior. Era una zona arisca, sin apenas vegetación. Los árboles quedaban mucho más abajo, y para llegar tardaba en subir más de una hora en una pendiente pronunciada. Subir era complejo, y más con el peso del fusil. Tenía que tener cuidado con él, sobre todo porque la pendiente era tan pronunciada que era fácil resbalar con los cantos de las piedras y quién sabía qué podría llegar a ocurrirle. Nadie sabría nunca qué habría sido de él en caso de accidente. Allí no subía nadie.

—Bella montaña, luego bien que me buscas, y te gusta que esté aquí, soldado valiente, rifle pesado en mano, para defender tu honra.

Se hizo el silencio. Nadie le contestaba nunca.

Chilló:

—Te quiero montañaaaaa.

Y volvió a reír.

No se dio cuenta de que con su escandalera había llamado la atención de un pequeño pelotón nacional que se había internado para reconocer el terreno.

Cuando llegó tranquilo, con la chaqueta atada a la cintura, y arrastrando el rifle por obligación a su pequeño refugio montañés, se encontró a seis soldados limpios, uniformados y armados, apuntándole con sus escopetas. Habían encontrado su pequeño hogar, una construcción tosca de menos de tres metros que había sido su cobijo. Modesto, pero una buena guarida.

Dejó caer su arma al suelo, estupefacto por la sorpresa. A pesar de la tensión del momento, sintió una irrefrenable alegría, ese burbujeo de emoción ante un inminente cambio.

Uno de ellos, el que parecía tener más edad, intervino:

—¿Tú eras el tonto que chillaba desde la cumbre?

Rómulo se sonrojó. Le habían oído haciendo el tonto.

—Sí.

Al menos tenía alguien, por fin, con quien hablar. Se sintió positivo a pesar del peligro.

—Estás en zona nacional, así que te vienes detenido con nosotros.

—¿En zona nacional? ¿Desde cuándo? ¿Ha habido una batalla?

Los soldados se miraron los unos a otros:

—A éste lo han dejado solo aquí, y se le ha ido la chaveta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó otro de los soldados, uno que prácticamente parecía un niño.

Ahora habló un soldado de ojos azules y pelo claro, que estaba en la parte derecha del grupo.

—¡Qué más da! ¡Nos lo llevamos a Irún, a encerrarlo con los suyos! ¡Suerte que no le peguemos un tiro!

—Llevo tres o cuatro meses aquí. Realmente no estoy seguro.

Uno de los hombres se acercó y le quitó el arma.

—No vale la pena pegar un tiro a un infeliz que no sabe ni en qué día estamos. Es inofensivo. Vamos, no tenemos tiempo para tonterías. Volvemos. Ya nos hemos alejado demasiado.

El hombre de más edad, que parecía el oficial al mando, se apiadó de él:

—Vamos, ya no tienes nada que hacer aquí, la guerra ha acabado con la victoria del Generalísimo.

Rómulo se emocionó. No por perder, sino por el hecho de que había habido un final. Odiaba la guerra. Cada noche soñaba con su final.

Pero la paz duró poco. Los hombres lo rodearon. Estaba otra vez detenido, ya iban dos. Y esta vez, por el bando contrario. Iba a hacer pleno en aquella guerra. Pensó que seguramente no era un gran estratega. Por lo que había oído de aquellos hombres, iba directo a un campo de concentración y era un milagro que estuviera vivo. Les había dado pena con su desorientación y seguramente también por su atuendo de soldado indigente destartalado. Se tocó su barba y se preguntó qué aspecto tendría para causar tal estupor, debía de ser impactante; pero debía agradecerlo porque le había beneficiado.

Curiosamente no había sentido miedo al verse rodeado de aquellos hombres, y aquello sólo podía ser temeridad, porque cualquier cosa le podía haber pasado. ¿Y si hubieran disparado sin

preguntar? Estaba claro que le habían tomado por loco, al hablar con las montañas. Esa tontería le había salvado.

Rómulo soltó una carcajada mientras salían en fila por una estrecha senda rodeada de maleza. Sus enemigos lo miraron con estupefacción. El oficial al mandó lo observaba atentamente, normalmente aquellos encuentros en mitad de la nada, siempre acababan mal. Pero había sido una situación absurda y aquel hombre no estaba cuerdo. Era inofensivo, hasta parecía haberse alegrado por su presencia, cuando debería haber sentido miedo o como mínimo tensión.

Rómulo, reforzando aquella impresión, se paró y levantó los brazos, inquietando a los soldados, que levantaron sus fusiles de forma motora.

—Adiós, querida montaña, te amooo, preciosa. Algún día te echaré de menos. Pero me tenías algo agobiado con el compromiso. Tengo que dejarte.

Los hombres se miraron asustados, dos de ellos incluso lo encañonaron. No esperaban algo así.

—Bajad las armas, ¿no veis que está rematadamente loco?

El oficial al mando intervino, seguro ya de que no había errado con la evaluación del estado mental del hombre. Se fijó en que incluso llevaba los cordones de los zapatos deshilachados sin un nudo.

El detenido siguió su camino sin más, feliz, ignorando a sus captores. Había logrado apreciar la belleza de aquellas montañas, sentir su fuerza, siendo consciente por primera vez de la vida de las cosas que hasta ahora le habían parecido inanimadas. Era consciente de ello, y se sentía agradecido por su cambio interior, pero eso le había hecho hacerse más consciente de su situación, y vislumbrar claramente su futuro. Quería a Pilar y tener una familia. Y rogó porque ella no hubiera rehecho su vida sin él.

Aquellos hombres jamás lo comprenderían, tenía un propósito claro en su vida y ahora por fin tendría la oportunidad de ponerlo en marcha. No pensó en su detención, ni a dónde lo llevaban, no quería hacerlo. Sentir miedo no lo ayudaría de ninguna forma, y quería volver a tomar las riendas de su vida. Si dejaba que la negatividad

de aquel momento lo absorbiera, quién sabría qué podía pasar. ¿De qué le serviría pensar en una guerra perdida? ¿En el destino de sus compañeros de brigada? Si hacía falta, ya lo haría más adelante. Ahora sólo tenía una misión: salir adelante. Seguir andando hasta encontrarse con sus objetivos: recuperar su vida y, con ella, a Pilar. Nunca más huiría de los problemas, como había hecho en el pasado. Los afrontaría con valentía y sin rodeos, lo hacía con la serenidad de haber pasado por experiencias similares: la cárcel provincial de Albacete y la condena a muerte. Era todo un experto en situaciones peliagudas. Saldría de aquélla, como lo había hecho tantas veces, aun cuando todo estaba en su contra.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO:

"¿Le parece divertido?"



Campo de concentración de Irún, 1940.

Seguramente era la única persona de España que había sido detenida por pertenencia a ambos bandos. No paraba de darle vueltas al hecho en sí. Debería estar asustado y triste por su mala fortuna, pero de alguna forma, le hacía mucha gracia. Era divertido. Estaba contento, un curioso humor negro se había apoderado de él. Quizás era algún mecanismo de defensa, que, por lo visto, funcionaba, porque incomprensiblemente, no sólo no sentía miedo, sino que se sentía pletórico.

Rómulo acababa de llegar al centro de retención de Irún, en las inmediaciones del Stadium Gal, muy cerca del Puente Internacional. Lo habían conducido a una nave donde varios soldados nacionales lo habían registrado y requisado su documentación. Parecían ignorar su presencia, como si simplemente estuvieran acumulando animales en el centro de retención. Decidió intervenir mostrando su inquietud:

—Disculpen, señores, necesito mi identificación.

Un soldado, alto y bien uniformado, levantó las cejas, cogió sus documentos y leyó en voz alta:

—Oficial, este soldado republicano se llama Rómulo Valentín Navarro. Nacido el 13 de junio de 1915 en Albacete.

Rómulo no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. Toda aquella situación resultaba francamente graciosa, era superior a él.

El soldado levantó la mirada, indignado:

—¿Le parece divertido?

Otro de los hombres, el oficial al que se había dirigido el soldado, lo miró intensamente sin moverse de una esquina donde estaba apostado. No parecía contento.

Intentaban intimidarlo, sabía que no debía aparentar ser una persona peligrosa, no podía dejar que la risa se apoderara de él. Debía mostrarse respetuoso o su situación empeoraría. Hizo un esfuerzo por no reír.

—No, señor, por supuesto que no, lo siento… es sólo que…

El oficial se levantó del taburete, amenazante y se puso delante de él. El soldado, después de revisar su informe, intervino para informar a su superior:

—Señor, no se alarme, éste es el soldado que no está bien de la chaveta, el que encontraron cantando entre las montañas y vigilando los árboles. Nos lo ha contado esta mañana Juan Avilés, el de Sevilla. ¿Lo recuerda?

La mirada del oficial se tornó menos agresiva, ahora parecía cansada.

—Veamos… ¿Qué era tan gracioso, Rómulo? ¿Qué es lo que te ha hecho reír?

Rómulo pensó. ¿Qué es lo que le hacía en realidad tanta gracia? ¿Su mala suerte por ser detenido dos veces, en bandos contrarios? ¡Pero si había sobrevivido! Con todo lo que había sucedido en aquel país. No, era algo más profundo, que debía identificar… Lo pensó, no estaba loco, le había resultado curioso cuando le habían definido como "soldado republicano".

—Me hace gracia, lo tenue que puede ser la línea que separa ser fascista de ser republicano. Al menos, en mi caso, ya que he sido detenido por ambas cosas.

El oficial lo miró ahora con evidente interés y curiosidad. Su seguridad al hablar era inusual y aquellas palabras entrañaban una profundidad que pocos podrían entender, así que dio instrucciones:

—Este hombre está perfectamente cuerdo. Investiguen sus credenciales. Llévenlo mientras tanto al campo de Hilaturas Ferroviarias.

Rómulo tuvo que esperar a más detenidos para poder ser conducido a su destino. Uno por uno pasaron por una sala de identificación, para posteriormente, según su clasificación, juntarlos en otra.

No pudo evitar compararse con los pollitos de granja, al ser clasificados como macho o hembra.

Su humor cambió bruscamente, sorprendiéndole a él mismo, como si hubiera estado viviendo en un sueño surrealista y se estuviera despertando. Las ganas de reír, que habían resultado tan inoportunas, desaparecieron y sintió como si le estuvieran despojando de parte de su humanidad, por el hecho de haberle quitado sus documentos de identidad. ¿Y si dejaba de existir? Nadie lo conocía allí. ¿Cómo podría contactar con su familia? No sentía miedo, ni pena, sólo soledad.

Ya había estado detenido, en la cárcel de Albacete, pero unos días, sin mayores penurias, pues en ningún momento había llegado a perder la comunicación con su entorno. Ahora, era distinto, en cualquier momento podía desaparecer, sin dejar rastro. Nadie sabía que le habían detenido, ni dónde se encontraba.

Los condujeron a la antigua fábrica y los dejaron en una amplia zona, con otros detenidos, de forma improvisada. Desde luego no era una cárcel, sino un espacio delimitado donde acumular los detenidos.

Y de repente, lo imposible, vio una cara conocida entre los detenidos, y se le hinchó el corazón. Daba igual lo mal que le había hecho pasar. Hubiera reconocido el rostro de sus antiguas pesadillas entre cualquier multitud. Al fin y al cabo, era una cara conocida, odiada, cierto, pero uno no podía anclarse en el rencor y el odio.

—¡Jorge Aliaga!

Rómulo se acercó a grandes zancadas hacia él.

Jorge Aliaga, en un primer momento, no lo reconoció, sólo se habían visto una vez. Tardó bastante en identificar de qué lo conocía y, cuando lo hizo, se quedó estupefacto. Desde luego ninguno de los dos esperaba semejante reencuentro.

—¡Pero si es el señorito Rómulo de Fuentealbilla! ¡Menuda casualidad!

La tensión inicial dio paso a una cordial educación. Rómulo quiso tener noticias del pueblo y nunca había sido rencoroso. Su hermana apenas lo había mencionado en sus cartas y tenía ansia por saber cómo estaba todo en Fuentealbilla tras la guerra.

—¿Qué tal todo por Fuentealbilla? Llevo meses sin noticias, y menos de allí. ¿Sucedió algo grave?

Pero Jorge, seguía estupefacto con su presencia y no parecía escucharlo.

—¿Pero qué diablos haces aquí detenido? ¡No entiendo nada!

Rómulo sonrió.

—Soy soldado republicano, como tú. Somos compañeros, he luchado en el frente.

—La leche. Qué poco ojo tienes, hombre, no tenías ninguna necesidad —y le dio un golpe amistoso en el hombro.

Jorge no parecía ahora ni mucho menos aquel hombre duro y vengativo que le había acusado varias veces y conseguido su condena a muerte. O igual era él, que había cambiado, nunca lo sabría.

Rómulo se fijó en que le faltaba una mano.

—¡Tu mano! ¿Qué te ha pasado?

—Una bomba. Fue horroroso, pero estoy vivo.

—¿En Fuentealbilla?

Rómulo se asustó, se imaginó que podían haber llegado a bombardear la zona.

—No, en Madrid, me fui de Fuentealbilla al poco tiempo de tu detención, quise ayudar para que la capital no cayera, pero fue imposible. Aquello fue horroroso, nada que ver con la vida en el pueblo. Nunca esperé vivir algo así.

A Jorge se le nublaron los ojos de lágrimas. Se miró con pena el trapo harapiento que cubría el muñón, que aún no había cicatrizado completamente.

Luego lo miró.

—Toma, esto es tuyo, llevo uno de tus abrigos. Nos repartimos tu ropa…

Rómulo se fijó que, en efecto, llevaba puesto su antiguo abrigo marrón. Estaba roto, pero se veía calentito.

—Te queda mejor que a mí, que estás más gordito y yo me he quedado en los huesos de estar sobreviviendo en el refugio.

Por algún motivo su antiguo enemigo, Jorge Aliaga, le dio pena. Con sus heridas y con sus lágrimas. Con esa mirada de arrepentimiento.

—Rómulo, tu casa sigue en pie, no te preocupes, está bien construida. Fuentealbilla, que yo sepa, no ha sufrido daño alguno. Se mantuvo muy lejos de la guerra, fue uno de los motivos que me hizo salir de allí. Creía que necesitaba acción, luchar directamente, y eso hice. Pero ahora que lo viví, pienso que mi ambición era algo excesiva, lo que me hizo ser temerario. En Madrid hice cosas, que no puedes ni imaginarte.

—Cuánto lo siento. Pero debes pensar que luchaste por lo que creías, que la pérdida de tu mano no fue en vano. Y me alegra muchísimo saber que no sucedió nada grave en el pueblo, y que mi casa sigue en pie, son buenas noticias. Perdona, ¿puedo preguntarte algo más personal que quizás suene extraño?

Jorge asintió y se puso cómodo apoyándose en una pared de la fábrica:

—Por supuesto, ahora somos compañeros del mismo bando y que compartimos abrigo. Somos camaradas, lo que haga falta.

—Hay en el pueblo una joven, Pilar, no sé si la conoces. ¿Sabes si está bien?

Jorge sonrió, los asuntos del corazón alegraban a cualquiera en aquella situación:

—¿Pilar? ¿La hija del alcalde? Perfectamente. Menuda es, cada día me insultaba de una forma distinta.

—¿De verdad?

Rómulo se sintió esperanzado.

—Sí, me culpaba por haber ocupado tu casa. Yo sólo puedo informarte hasta que me fui del pueblo, posteriormente, no sé mucho. Pero te puedo asegurar de que estaba indignada con nosotros, y defendía tus enseres como una leona.

Eso sí que eran buenas noticias, no se esperaba algo así, era maravilloso. Pilar no se había olvidado de él, hasta el punto que había llegado a defenderlo cuando todo estaba perdido. Se sintió

tremendamente esperanzado, si salía de ese campo de concentración, quizás no todo estaba perdido.

—¿De verdad te insultaba? ¿Por mí?

—Sí, te defendía a capa y espada. Muy cabezota la mujer, tanto que la evitaba todo lo que podía.

Rómulo volvió a reír y, por un segundo, a Jorge le pareció que quería abrazarlo por la emoción:

—¡Se preocupa por mí! ¡Todavía me quiere! Es maravilloso, la mejor noticia del mundo. Hoy es el mejor día que he tenido en años. Tenía tanto miedo de que se hubiera olvidado de mí…

Rómulo quiso bailar, y correr. Dar brincos de alegría ante la atenta mirada del resto de detenidos. Dos o tres le aplaudieron incluso. Así ya seguro acaban de clasificarlo como loco. Clasificado como pollito macho, con diagnóstico de locura extrema.

Jorge Aliaga rio ante semejante y desproporcionada reacción.

—Sí, es bastante probable, que la mujer sienta algo por ti. ¿Estás enamorado, Rómulo?

Rómulo levantó la cabeza y le miró a los ojos. Aquella conversación era surrealista, pero también, de algún modo, conclusiva.

—Estoy completamente enamorado, Jorge. He tenido tanto tiempo para pensar y me han pasado tantas cosas, que sólo quería que la guerra acabara por el hecho de poder ir a buscarla, llegué a un punto en que el resto me daba igual. Temía que se hubiera olvidado de mí.

Jorge sintió remordimientos, por instigar a la detención de aquel hombre tan franco, pero ahora podía redimirse. Su orgullo se había quedado junto a su mano, entre los escombros de la capital. Ahora sería él quien le diera cobijo.

—Si quieres puedes dejar tus cosas en nuestra zona. Está situada en el otro lado de la nave, tenemos varios catres juntos. Cabes con nosotros, en breve se te clasificará y, dependiendo de ello, te llevarán a otro sitio.

—¿Clasificarán? Creo que ya lo han hecho, antes ya nos dividieron en grupos después de quitarnos nuestra documentación.

—Sí, ésa era inicial. Luego, nos dividen en grupos: A, B, C y D. De hecho, estamos en un centro de clasificación.

—¡Ah! ¿Y tú qué letra eres?

—Yo soy una C, es decir, de lo peor, por tanto, estoy condenado y poco se puede hacer por mí. Yo creo que tú puedes conseguir que te clasifiquen como B, o incluso, por tu pasado, no seas tonto en decirlo, en A. No dudes en intentar ser un A. Sentémonos, estaremos mejor.

Se sentaron ambos contra un muro de la fábrica.

—Explícame mejor que es lo de las letras, no lo entiendo muy bien.

—Lo mejor es ser A. Un A son personas no hostiles al movimiento nacional, que fueron forzados u obligados a luchar en el frente popular. Tienes que intentar estar en ese grupo. Pasan unos pocos días aquí, y se van a sus casas sin ninguna tacha. Luego están los B, ésos son enemigos de los nacionales, pero sin responsabilidad. Sería como mínimo tu caso. Estos dependen de los famosos avales.

—¿Avales?

—Sí, de familiares o conocidos del bando nacional.

Bueno, si era así, quizás la situación no era tan grave. Avales podría conseguir sin ningún problema.

—¿Y luego?

—Luego ya los grupos pintan de mal en peor. Mi grupo, el C, somos oficiales y jefes del ejército republicano. A mucha honra, claro está. Ya les he intentado explicar, que nunca he sido oficial, sino más bien un delegado de zona. Pero no ayuda nada que mi cuadrilla me llame jefe. Yo tengo mala solución.

—Cuánto lo siento.

Aliaga levantó las cejas, confuso. Había pesar en esas palabras. Todo lo que le habían dicho de aquel hombre en el pasado era obviamente cierto. No tenía maldad. Era una persona especial. Por eso le habían defendido tanta gente, ahora, lo entendía. Recordó haberlo denunciado vez tras vez, con odio y ahínco. Las vueltas que daba la vida.

—Con lo que te hice pasar, en fin, es de agradecer, gracias.

—¿Y entonces qué diablos son los de la letra D?

—Imagina…

Aquella noche Rómulo no consiguió pegar ojo. Por un momento pensó que era por la ilusión que sentía en el pecho de sentir que había recuperado de alguna forma a Pilar pero, claramente, era debido a los ruidos de tantos compañeros y al hedor insoportable que emanaban. En los Pirineos se había sentido abandonado, pero nada había perturbado su sueño. Ahora no podía dormir. Los ronquidos desconocidos se hacían ensordecedores y su situación se le antojaba, cuanto poco, algo absurda. No estaba acostumbrado a compartir espacio con tantas personas, y menos desconocidos, el contraste con la soledad en su pequeño orrio, era demasiado drástica. Curiosamente no tenía miedo, ni estaba asustado, sabía con certeza que saldría de aquella situación indemne. No cabía duda alguna. Solo tenía que arreglar lo de los grupos y las letras. Como mínimo él podría ser un B.

Pasaban las horas, pero su ansiedad no disminuía. Decidió rezar. Eso lo calmaba desde hacía meses. Cien aves marías era el mejor remedio para conciliar el sueño, mucho mejor que los tónicos para nervios que anunciaban en los periódicos. Llevaba casi tres años sin ver a su familia, una eternidad, y muchos meses sin tener noticia alguna. Además, echaba de menos a sus amigos, pero por encima de todo, la paz. Necesitaba la cotidianidad para vivir feliz. Despertarse en su cama. Tomarse una tostada con mantequilla. Ir a trabajar. No tener nunca más miedo. Quería vivir. Cuando saliera ileso de todo aquello, viviría con intensidad cada instante y ninguna tontería lo frenaría en sus objetivos. Comería cada vianda como si fuera el más delicioso manjar. Abrazaría a quien quisiera, aunque lo acabara de conocer. Cantaría las veces que hiciera falta. Se casaría y tendría un montón de hijos. En definitiva, sería feliz cada segundo. ¿Para qué estar triste pudiendo ser feliz?

Había llegado a un punto de no retorno, a la interiorización de un sentimiento personal de enraizamiento en el que sus creencias se habían desordenado para acomodarse como materia distinta. Había descubierto que la felicidad podía ser independiente de los hechos. Uno podía estar triste o feliz, sin que hubiera nexo causal con los

hechos presentes. Y aquel hecho, le fascinaba. ¿Por qué el resto de las personas no podían verlo? Todo sería distinto.

Estos años de guerra, había sido infeliz, era en ese preciso momento cuando se daba cuenta. No había siquiera querido escribir a su familia, para así aparcar los horrores del frente como si no existieran. Si no lo escribía o lo relataba, no había constancia alguna, y, por tanto, podía no haber pasado. Tan sencillo como eso. Había sentido pánico muchas veces, tantas que prefería que no constaran ni siquiera en su cabeza. Pero curiosamente, nada era comparable, por muy pueril que aquello fuera, con lo que sintió cuando Pilar le dejó. Nada. Aquellos meses de oscuridad interior, en los que no había sido él mismo eran mucho más espeluznantes que aquella noche en un campo de concentración.

Por otro lado, había miles de muertos y familias rotas para generaciones, no podía obviarlo. Aquellos hombres que los rodeaban parecían un vertedero de escombros. En un país que cultivaba el odio como setas, costaría mucho recuperarse. Y no es que le diera igual todo aquello que era tan relevante, de verdad que lo sentía por todos, pero él quería vivir. Quería salir de aquel hoyo, volver a casa y que todo acabara. Abrazar a su hermana Felisa, y a sus primas. Tomar un buen vino con Agustín. Dar las gracias a Juanico por encargarse de todo y ser mucho más que un empleado, un amigo. Decirles a todos cuánto los quería. Pasear por el campo sin rumbo definido. No sentir miedo.

Quería estar en su casa. Sentir su olor. Sus ideales eran vivir su propia vida con felicidad máxima. Quería comerse una tortilla de patata con cebolla, pero no de esas duras, sino de las que se deshacen, con pan recién sacado del horno, de ese pan blanco, y no del mohoso grisáceo que sólo sabía a fango del río que llevaba meses rumiando con pesar. Eso era lo que le importaba, y Pilar, por supuesto.

Antes de verla, tendría que recuperarse un poco. No estaba muy atractivo. Si lo viera ahora… No era sólo por la ropa raída, y el pelo sucio, era mucho más que la mugre. Tenía que ganar fuerzas y recuperar el tono de su piel o la muchacha saldría corriendo nada más verlo. Siempre había sido un hombre guapo. Con su piel

morena y su pelo negro como el betún. Delgado, pero fuerte. Con unos ojos negros enormes, y él nunca se dejaba barba. Antaño se afeitaba a diario. Se tocó su mostosa barba actual. Tenía tanto por hacer antes de verla...

Poco a poco, fue cayendo en un profundo sueño.

Al día siguiente, a media mañana, lo condujeron a la misma sala, con los mismos hombres que la víspera anterior.

El mismo soldado comenzó:

—Rómulo Valentín Navarro.

Rómulo rio.

El mismo oficial que el día anterior intervino:

—Pero… ¿Esta vez por qué ríe, hombre?

—Es que hemos empezado casi igual que ayer. Ha dicho su soldado exactamente lo mismo, en el mismo lugar y hasta estoy en la misma posición. No he podido evitarlo. Usted, sin embargo, estaba al otro lado, sentado ahí, en un taburete.

Rómulo señaló un extremo de la sala. Los hombres se miraron entre ellos, confusos.

—Claro, es que se llama usted así, ¿no?

—Sí, sí, perdone. No quería importunar. Prosigan.

El oficial continuó, mientras lo observaba fijamente. No sabía bien qué pensar de aquel hombre.

—Le vamos a clasificar… Como miliciano republicano. Le corresponde el grupo B. Supongo que ya le habrán puesto al día, de cómo va esto de las letras.

—En efecto, me han informado, pero se equivocan totalmente porque, claramente, soy un A.

—¿Un A? ¿Acaso usted no se alistó voluntariamente?

El oficial cogió los papeles de la mesa y los revisó con interés.

—Sí, se podría decir que voluntariamente, señor. Pero debo señalar que fue porque ya me habían encarcelado, los republicanos, en la cárcel de Albacete. Estuve en la provincial, nada más empezar la guerra, fui preso político.

Decidió omitir que sólo fueron unos días.

—¿Y me lo dice así, tan contento? ¿Le parece normal ir cambiando de bando, sin ton ni son? ¡Menuda ausencia de valores!

—Depende de cómo lo mire usted, sin ánimo de ofensa. Y por todo lo que he pasado, estoy seguro de que soy un A, y de que me voy a casa con mi familia. Mis valores tuve que aparcarlos, porque estaba enamorado, y eso es lo más importante para esta cuestión que nos atañe.

—Eres arrogante, soldado. Quizás hasta estés loco, como dicen —señaló el oficial. —¿Y qué tendrá que ver el amor en todo esto?

—Todo. Es la causa de todo.

El oficial se sentó en la mesa, cansado de no entender bien a aquel hombre tan peculiar.

—Explíquese. Lo está deseando.

—Estoy enamorado de la hija del que era alcalde socialista de mi pueblo…

—No diga ni una palabra, más que sólo va a empeorar su situación. ¿Pero cómo dice eso a un oficial del ejército vencedor, hombre?

Rómulo prefirió no responder, estaba claro que estaba enfadando a aquel hombre, y no se podía tentar al diablo.

Se hizo un silencio.

—Está bien. Le vamos a clasificar como A, pero dudoso, a la espera de documentación, testimonio o aval. Será mejor que escriba a su familia para conseguir avales.

—¡Gracias! ¡Ya verá como no hay problema alguno, soy un A, y no le miento!

Rómulo se levantó alegre.

¡Qué suerte! Saldría de allí en pocos días, si el correo postal lo permitía, por supuesto.

—Escribiré a mi familia. Me avalarán y les diré que manden copia de los papeles de mi detención en la provincial de Albacete.

El oficial se dirigió a un soldado que pasaba por delante:

—Martín, papel y estilográfica para este hombre. Que escriba a quien proceda.

Rómulo sintió que la buena fortuna volvía a su cuerpo, tan esquiva durante años que en algún momento tenía que volver.

A las dos semanas se presentó Felisa, mantilla en la cabeza y rosario en mano, acompañada por el cura del pueblo Valdeganga, Don Gil, y su amigo Agustín. Felisa entró en el campo de concentración con la cabeza bien alta, exigiendo la liberación de su hermano a voces, como si aquello no tuviera pies ni cabeza. Su indignación se escuchó por todas las oficinas. Pidió explicaciones por el trato que había recibido su hermano, un eminente empresario de derechas, debido a una gran injusticia.

Don Gil, sotana impecable para tan largo viaje, la seguía en su camino, corroborando sus palabras como podía.

Dos oficiales la recibieron en un pequeño despacho, donde allí lanzó todos los papeles, incluida la orden de liberación de la cárcel provincial.

—Como pueden ver, mi hermano ha pasado por un calvario. Libérenle ahora mismo. Es increíble que un hombre decente como él, esté en un sitio así.

Cuando Rómulo vio a su hermana vestida como un cuervo, supo que había cambiado, como si no fuera la misma persona. Estaba claro que había sufrido. Seguramente él le causó la misma impresión con su estado anímico lamentable.

Rómulo observó las arrugas en su rostro, severas y rectas con surcos de lado a lado de la frente, y en la comisura de la boca. Sus labios tampoco parecían los mismos, fruncidos y empequeñecidos. Se había convertido en una roca. Nada de melodramas al verlo. No fue como cuando fue a recogerlo a la cárcel provincial, con abrazos y lágrimas, nada de eso. Era como si simplemente estuviera cumpliendo con su deber. Aquella frialdad le impactó.

Aun así, se acercó a ella y la abrazó. Se había prometido abrazar a la gente a la quería. Fue un gesto natural, como tantas otras veces, en tantos otros momentos. Sin embargo, su hermana se quedó rígida, su incomodidad contrastaba con la felicidad de Rómulo por verse libre.

Felisa lo apartó:

—Rómulo, ya está, nos volvemos a casa. Hemos firmado los tres todos tus avales.

Salieron de la enorme nave y cuando llegaron hasta un automóvil, Agustín, que estaba esperando, corrió a darle un abrazo. Su amigo de la infancia no rechazó la muestra de cariño, al contrario, lo apretó con fuerza e ilusión.

—¡Qué alegría, amigo!, ¡qué mal lo hemos pasado hasta tener noticias tuyas!

—¡Cuánto te he echado de menos, amigo! ¡No sabes las aventuras que he vivido!

Los dos rieron, como si no hubieran pasado los años.

—Tenemos un largo viaje, quiero todos los detalles.

—Sólo te contaré lo bueno, que ya sabes que no me gusta recordar lo negativo.

Agustín cogió a Rómulo por el hombro:

—Sólo tú podrías tener anécdotas buenas de todo esto.

—Ni te imaginas, tuve un compañero de catre, que se tiraba unos pedos… Que me entraba la risa…

Felisa lo miró descontenta:

—Subamos, tenemos un largo viaje por delante.

No entendía bien aquella frialdad por su parte, ya tendría tiempo de ahondar en ello, seguro que era algo pasajero. Seguro que estaba enfadada con él, por tomar partido en la guerra, pero sería transitorio, unos pocos días, y derrumbaría todos aquellos muros que los separaban. Eran hermanos, y llevaban años cuidando uno del otro, lo que era indeleble.

—Vamos, subamos, yo conduzco.

Agustín se sentó al volante, y le hizo un gesto para que se sentara de copiloto, a su lado.

—Agustín, no hay mejor amigo. Gracias, por venir. Estaba preocupado, no tenía noticias vuestras.

—No te preocupes. Si hubiera sabido dónde estabas, ya habría venido yo mismo a por ti. Fue tu hermana la que me informó. Además, estaba deseando probar mi coche nuevo —su amigo le guiñó el ojo, confidente.

—¿Todo en Valdeganga bien? —Rómulo preguntó a su hermana, pero fue su amigo Agustín quien contestó.

—Tranquilo, estamos todos bien. ¡Por lo que has pasado amigo, una odisea de libro! ¡Quiero saberlo todo! ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¡Hemos estado medio año sin saber de ti! ¡De verdad temimos lo peor!

Felisa los miró de reojo, ya subidos en el coche. Ella también deseaba saber dónde había estado su hermano, y por qué les había hecho tanto daño con su ausencia.

—No os lo vais a creer, llevo meses solo en los Pirineos, incomunicado, ajeno a todo lo que sucedía en el país. No tenía ni idea de que la guerra había acabado. El invierno fue muy duro.

—¡Toda una aventura! ¿Pasaste mucho frío?

—No os podéis ni imaginar. Pasé frío, y mucha hambre… Me dejaron con varios sacos de legumbres y arroz, pero aun así, no os lo podéis imaginar. Por eso estoy tan delgado.

Su hermana hizo una mueca. Prefirió no preguntar.

—Vayamos a buscar algún lugar donde puedas ducharte, vestirte, comer y descansar. Estás en un estado deplorable, hermano.

—Yo también te quiero, hermanita.

Rómulo se volvió y la cogió por la mano. No le gustaban las distancias que estaba marcando con él, siempre habían tenido un trato cercano, y más en circunstancias difíciles. Como cuando salió de la cárcel provincial. Su hermana siempre había cuidado de él, noche y día, como cuando tuvo la varicela de niño. No podía permitir que se distanciara de él.

—Suéltame, no estoy para estas tonterías.

Pero lo dijo con una sonrisa. Era como si algo se hubiera roto dentro de ella con aquel gesto afectivo.

—¿Te ha sucedido algo, hermana? ¡No tengas miedo a contarme nada!

Felisa hizo oídos sordos. Claro que le habían pasado muchas cosas…

—Estás lleno de picadas de pulgas, piojos y mugre. Y tu ropa, por favor. ¡Es un olor horroroso!

—Ya me he acostumbrado, no huelo nada. Al final uno aprende a vivir simplemente sin lujos. A todo se hace uno.

—Bueno, ya tendrás tiempo de contarnos todos los detalles.

Rómulo pensó en ello.

—Ni hablar, hermana.

—¿Cómo que ni hablar?

—No pienso hacerlo. Nunca voy a hablar de nada, ni de la cárcel de Albacete, ni de la guerra. Eso se acabó para mí, desde hoy mismo.

Su hermana lo miró atónita.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente, ni lo nombréis, ni me preguntéis al respecto, hablaré de las cosas curiosos o positivas, únicamente. Por cierto, al respecto, estas semanas, me he hecho amigo de Jorge Aliaga. Ha perdido una mano el pobre en la lucha en Madrid.

Su hermana se inclinó, hecha una furia.

—¿Jorge Aliaga? ¡Ese judas! ¿Como que amigos? ¡Sólo espero que muera en el infierno por todo lo que nos ha hecho pasar! ¡Y lo de la mano, aún me parece poco!¡Cosas peores debían haberle pasado!

Rómulo se sorprendió ante aquel cambio brusco.

—Tú no, Felisa, no te dejes contagiar por el odio.

—Mírame, Rómulo, soy todo odio. Rencor acumulado. ¿Está aquí dices?

—Sí, pero…

A Rómulo no le dio tiempo a seguir. Su hermana bajó del coche, giró sobre sus pasos, y volvió a entrar en los despachos del campo de concentración. Estaba furiosa.

A Rómulo ni se le ocurrió seguirla para volver a entrar en el campo, no podía tentar a la suerte. Sólo quería irse lejos de allí. Sólo pensaba en ir en sentido contrario. No entendía la reacción de su hermana, ni a qué santo volvía a entrar en aquellos despachos.

Felisa irrumpió en el despacho del oficial que les había atendido antes, con el tema de los avales, nadie se atrevió a detenerla.

—Tenéis aquí a un hombre vil y traidor, su nombre es Jorge Aliaga. ¡Espero que no salga de aquí! ¡Es la causa de la ruina de toda una comarca, y de que mi hermano se viera obligado a alistarse donde no debía estar!¡Acusaba a gente honrada y trabajadora solo

por codicia! ¡Espero que tomen cartas en el asunto o tendré que hacerlo yo misma! ¡Tomen nota!

A ninguno de los hombres les dio tiempo a replicar.

Felisa volvió a salir del edificio, con pasos agigantados, para volver a subir al coche junto al párroco. ¿Cómo había podido su hermano hacer algo así? Estaba indignada, ni siquiera podía mirarle a la cara. ¡Hacerse amigo de su mayor enemigo! ¿Estaba loco? ¿Acaso no tenía orgullo?

Rómulo le preguntó sin rodeos:

—¿Qué has entrado a decir?

—He entrado a hacer justicia, ya que tú no tienes dignidad.

Rómulo ató cabos, Aliaga. No debía haberlo nombrado.

—¿No te habrás atrevido a condenar a un hombre, verdad? ¿No habrás caído tan bajo?

Felisa lo miró, desafiante. Sonrió.

—Justicia. Eso es todo lo que quiero y necesito.

Y Rómulo supo en aquel preciso instante con pesar, tras la mirada nublada por la ira de su hermana, que había perdido a su querida hermana. Nunca sería la misma persona que había conocido. Nunca más reirían en el despacho mientras revisaban la contabilidad. Había algo muy roto dentro de ella. Jamás volverían a llevarse bien. Siempre pesaría sobre él que tras mencionarlo, clasificarían a Aliaga con un "D", sin salvación alguna.

Un abismo se había abierto entre ellos. Él era vida y ella, rencor.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO:

"¿Una pluma o una piedra?"



Fuentealbilla, abril de 1941.

Pilar escuchó el bullicio desde el salón de su casa. Sonrió. Era algo increíble, la vida cotidiana se abría paso entre el dolor. Vive y vencerás. Se asomó a la ventana curvada, y vio el trasiego de vecinos hacia los puestos del pequeño mercado.

Por fin volvía a haber día de mercado, y no, no eran aquellas cuatro cajas de cebollas y patatas a las que se habían acostumbrado en los últimos años. Regresaban comerciantes de fuera, con ropa, telas y sus pequeñas tiendas itinerantes de utensilios. El bullicio alegre era contagioso.

No recordaba algo así, en años. Habían vivido en una época tan oscura que resultaba incluso difícil disfrutar del presente.

Era una pena que su padre Zacarías estuviera tan triste, le dolía verlo así, día tras día. Apenas salía ya del salón. No lo reconocía. Se había convertido en una sombra de sí mismo, el hombre fuerte que era prácticamente invencible, capaz de mantener a salvo a cientos de vecinos en medio del caos.

Pero había esperanza, la había visto en sus ojos el martes anterior, al abrir una carta que había llegado con el cartero. Un amigo le ofrecía un buen trabajo en una empresa textil y, con ello, una nueva vida en Valencia. Una ciudad que tenía un significado especial para él, la ciudad de sus antepasados y la oportunidad de empezar a vivir sin estar marcado.

Para Pilar, sin embargo, todo aquello le resultaba precipitado, le provocaba un gran bloqueo. ¿Qué iba a ser de ella si sus padres abandonaban el pueblo? ¿Qué futuro tenía, tras una guerra? Valencia era una ciudad grande, y no tenía amigos, ni tan siquiera conocidos. Su vida social de juventud se había marchitado con la guerra. Pero lo peor era que no tenía estudios. Se avergonzaba de ello. Sus opciones eran limitadas, era injusto que la guerra hubiera perjudicado su juventud. No había tenido la oportunidad ni de analizar qué quería hacer con su vida, pero, aunque lo hubiera hecho, no habría podido estudiar, ni trabajar por culpa de la guerra. Toda una generación perdida.

Su padre le había prometido que, si se mudaban los tres a Valencia, ella podría estudiar si lo deseaba un curso de mecanografía y secretariado, pero por algún motivo la idea no acababa de seducirla. Su pueblo era su vida. El piano, su pasión. Era una superviviente y se sentía atada a sus raíces. Le daba miedo irse.

Si hubiera tenido más opciones, su ilusión era estudiar solfeo y piano, pero eso era en otro mundo, sus padres estaban en una situación precaria, y por eso querían que estudiara algo que pudiera conducirla a un empleo decente. La víspera había llegado a rozar las teclas del piano con sus dedos, como si éstas la llamaran, como si por fin estuviera superando una etapa interna tenue, para llegar a un equilibrio. Su humor había mejorado, ya no estaba todo el día malhumorada y enfadada con la vida, tampoco es que realmente se hubiera olvidado de Rómulo, no era eso, simplemente habían sido demasiados días de sufrimiento inútil, y de cabezonería absurda. Tenía que avanzar, exactamente lo mismo que deseaba para su padre. Su situación le había servido de ejemplo para poder analizar lo que le había estado pasando a ella misma. Recordaba perfectamente el día que estalló, en mitad del pueblo, poniéndose en peligro, con los milicianos. El día en que había creído ver a Rómulo, pero no era finalmente él, sino su abrigo, en el cuerpo de Jorge Aliaga, de la misma complexión. Habían pasado muchos meses de eso, pero aún recordaba estallar, encararse al miliciano y chillar con todas sus fuerzas. De su boca habían salido barbaridades que en estado cuerdo jamás habrían visto la luz. Pero salieron a

bocajarro y con fuerza, como si no pudiera controlarlo. Se sonrojó al recordar el tono exaltado de su voz. Una señorita no hacía esas cosas, y menos con ese tipo de hombres. Si su padre no hubiera sido quien era, a saber, qué habría sucedido. ¿Cómo había podido llegar a un estado exaltado así? Era ahora, a toro pasado, cuando se daba cuenta de que algo le había sucedido, de que su estado anímico se había alterado cual enfermedad. Ahora por fin, volvía a ser ella misma. Sin altibajos. Pudiendo conciliar el sueño, por muy madrugadora que fuera. Pilar no necesitaba dormir muchas horas para estar bien, era muy madrugadora, pero las horas que dormía debían ser de calidad, sin desvelos.

Sonó de lejos la voz de Candela, la verdulera de Canalejas. Era inconfundible, bronca, pero aguda. Muy masculina.

—Tenemos de casi todo, hemos sobrevivido a la guerra. Col, zanahoria, judías y lechugas. Mirad qué hermosas están. Tan vivas y sanas como yo.

La mujer siempre había tenido un humor particular, se alegraba tanto de que nada le hubiera pasado...

Pilar salió feliz de la casa y levantó la cabeza. Por fin vida. Gente paseando y comprando. Charlas en las esquinas. Risas y chanzas. Anduvo alegre, entre los puestos. Saludó a Candela. Y ésta le dio un enorme abrazo mientras le llenaba la cesta con lo que le daba la gana.

Pilar sacó el monedero y le pagó.

—Os regalo los rábanos.

Estampa idílica, como si estuviera viviendo un sueño. Los colores y los olores de los dulces con miel. El lúcido verde de los chopos que los rodeaban. Cerró los ojos y sintió el viento sobre su cara, acompañado por el rugido de las hojas al bailar. Todo estaba vivo.

Giró sobre sí misma, cargada con la cesta y, entonces, todo se paró a su alrededor. Como si estuviera mareada. No podía respirar, ni pestañear. Se quedó paralizada, en mitad del bullicio. Fue como recibir un golpe inesperado en la cabeza. Allí estaba Rómulo, de pie, mirándola de frente. Con sus ojos oscuros fijos en ella. ¿Cómo había aparecido allí? Llevaba una camisa blanca y pantalones grises a medida con tirantes. Estaba muy delgado y cambiado, pero

guapísimo, como si hubiera envejecido aumentando su atractivo. Ni en sus mejores recuerdos, tenía aquella estampa. ¿Más aún? ¿Era eso posible? No supo cómo reaccionar, mirándole con fijeza, como si fuera a desaparecer.

Su corazón dejó de latir, y sus piernas ya no estaban en su sitio. Estaba inmovilizada en el sitio. Afortunadamente, Rómulo sí reaccionó, no era una imaginación suya, ni alguien que se le pareciera, dio una gran zancada en su dirección. Y ella lo vivió todo a cámara lenta, el tiempo se había detenido. Su mente volaba, inquieta, analizando ese instante que tanto había anhelado. Y tuvo miedo de estar efectivamente soñando, y que no fuera Rómulo. También temió, que si fuera él, que sólo la saludara y pasara de largo igual que ella había saludado hacía unos instantes a Doña Agustina. Habían pasado años, una guerra incluso, lo más seguro es que ella no fuera nadie relevante para él... Sólo una amistad casual del pasado. ¿Qué peso tenía ella en sus recuerdos? ¿Una pluma o una piedra?

Rómulo sonrió y, sin prisa, se dirigió hasta ella, sin romper en ningún momento el contacto visual.

Pilar simplemente lo contemplaba hipnotizada. Estaba tan guapo y esbelto que apenas conseguía concentrarse. Era perfecto. Había soñado cada noche con ese momento, con volver a encontrarse con él, y pedirle perdón por haberlo dejado, y poder explicarle que había sido orgullosa, quizás infantil, en sus planteamientos.

Rómulo se plantó por fin delante de ella y la miró intensamente. Sus palabras tan soñadas, volaron, con naturalidad:

—Tenía ganas de verte. Te he echado de menos.

Pilar sintió que sus ojos lloraban, por sí mismos, era asombroso, como si fueran un órgano independiente de su cuerpo. Sólo necesitaban un motivo de peso para activarse. Se tocó la cara, confundida, había lágrimas. No recordaba que le hubiera sucedido nunca. Tuvo que cerrarlos, ya que veía borroso.

¿Aque*llo realmente estaba sucediendo? ¿Había ido Rómulo hasta allí a buscarla? ¿No estaba paseando y se habían encontrado por casualidad? ¿Había dicho que la echaba de menos? ¿Podía repetirlo?*

Rómulo estiró una mano, y recogió una lágrima de su rostro. Luego aprovechó para acariciarle la mejilla y tocarle el pelo. Ella seguía sin poder hablar. Le había costado tanto superarlo, construir aquel pequeño caparazón que ya se resquebrajaba…

—Pilar, eres el amor de mi vida y siento mucho todo lo que pasó. Debí luchar por nosotros, es algo que he aprendido estos años.

Así, tan sencillo. Y entonces recordó que Rómulo era así. Fácil y franco. Cálido. Cuánto lo había echado de menos. Era directo, y no se complicaba. No era enrevesado como ella, que tenía en el pecho mil sentimientos y palabras contradictorias. Llevaba años con teorías, miedos, con reproches y anhelos.

No fue capaz de responder, así que, Pilar simplemente, lo abrazó con fuerza. Y rompió a llorar, ahora efusivamente. Se aferró a él, con fuerza, estrujando su camisa. Con miedo a que volviera a desaparecer.

Levantó la cabeza. Y consiguió hablar al ver su sonrisa:

—Temí tantas veces por tu vida, no sabía nada de ti Rómulo. Recé tanto... Tuve miedo.

—No llores, nunca te había visto llorar.

—Ni tú ni nadie. Creo que es la primera vez.

Pilar carcajeó con vergüenza.

—Estoy perfectamente, Pilar. Ya ha pasado todo y he tenido mucho tiempo para pensar en ti.

Pilar levantó la cabeza, era mucho más bajita que él, y tenía que estirar el cuello:

—¿Te has acordado de mí?

—Cada día. En cada instante. ¡Quería escribirte, pero sonaba tan frío! En las cartas no puedo tocarte, ni abrazarte. Ni decirte directamente que te quiero. ¿Cómo decir algo tan importante de una forma tan impersonal? Tenía tantas cosas importantes que explicarte, para que no volvieras a darme calabazas.

Los dos rieron ahora, cómplices.

—Nunca debí darte calabazas. Yo también he tenido tiempo de pensar.

Rómulo la abrazó con fuerza, con la cabeza sobre su pecho. ¡Qué bien encajaban sus cuerpos! Tenían memoria, a pesar del tiempo

transcurrido.

—¿Me quieres?

Era tan franco, que la desarmó por completo. Ahora debía serlo ella, no podía dejar pasar esa oportunidad. Había aprendido la lección y lucharía por él. Así que se armó de fuerzas, dejando soberbia y vergüenza aparcados:

—Te quiero. Nunca he dejado de hacerlo, ni cuando estabas con la chica esa de fuera que me sacaba de quicio. Quería arrancarle el pelo rubio cada vez que me la cruzaba.

Rómulo soltó una carcajada y se apartaron el uno del otro para verse mejor:

—¡Ah! Ya eres tú, por un momento pensé que la guerra se había comido tu temido carácter.

—Ni hablar, aunque hubiera tenido que luchar fusil en mano.

—No me hubiera extrañado. Eres fuerte. Mi roca en medio de la tormenta.

Rómulo la cogió por la mano. Pilar sintió su fuerza abrumadora, estaba muy cambiado. Rómulo le pegó un tirón hacia él. Y sin miramientos, ni preliminares absurdos, en mitad de la calle, rodeados de vecinos del pueblo, Rómulo la besó.

Pilar sintió pasión y energía, y constató el error tremendo de haber estado separados, porque eran perfectos. El momento se torció con una inmensa vergüenza al escuchar un inesperado: "Vivan los novios". Algún vecino espabilado con ganas de guasa. Se oyeron efusivos aplausos a su alrededor.

Rómulo levantó la mano a modo de saludo, para quienes observaban aquel momento de intimidad y volvió a cogerla de la mano.

—Tienes que contarme todo, sólo sé chismes de lo que has vivido, y desde el final de la guerra no sabía nada. —Pilar sentía mucha curiosidad por todo lo que había vivido Rómulo en los últimos años. Ella no se había movido de Fuentealbilla, y sentía que los problemas que había tenido eran absurdos comparados con los de él.

—Pues siento decepcionarte. No hablo de lo sucedido. No forma parte de mí. No soy la persona que fui esos años.

Pilar lo examinó, tras aquellas palabras lanzadas al aire despreocupadamente, había sentimientos ocultos, entre ellos, dolor.

Lo reconocía en aquellas palabras, queriendo evadir el sufrimiento, pero Pilar sintió que algo había cambiado y, era lógico, puesto que literalmente había luchado en batallas y viajado por toda España. Rómulo afrontaba de una forma particular la negatividad, si había algo malo, lo desechaba o lo apartaba sin miramientos.

—No pasa nada, te contaré yo mi vida. Sencilla y aburrida. No he salido de casa en años. Fin de la historia. Algunos días ni siquiera me dejaban pasear a dar unas vueltas a la fuente enfrente de tu casa, ni eso.

—Nuestra fuente blanca, con lo que significa para nosotros.

—Para mí era tranquilizador pasear dando vueltas a su alrededor, tenemos muchos recuerdos allí, casi podía oír el rugido del motor de tu coche.

Rómulo cogió la cesta cargada de verduras, era la único que había comprado.

—Yo te la llevo, te acompaño a casa.

Los dos rieron de vuelta a la casa de Pilar, de camino pasaron por delante de la del propio Rómulo, pero no se detuvo, era como si no quisiera despegarse de ella.

—¿Me acompañas a casa entonces? ¿Quieres saludar a mis padres?

Pilar lo dijo de forma natural, pero al recordar lo acontecido con Felisa se le puso un nudo en la garganta, no todo iba a ser tan fácil. Sus padres siempre habían apreciado a Rómulo, aunque sabía que su padre había tenido serias dudas sobre él, que a buen seguro las tiranteces ahora podían ser grandes entre ellos. La denuncia de Felisa planeaba sobre ellos, y era algo que no se podía obviar, un asunto demasiado trascendente. Pero no podía sacar ahora el tema, no, cuando acababan de reencontrarse. Se merecían aquel momento de felicidad absoluta.

Rómulo no se percató de aquel pequeño momento de inquietud en su compañera. Era ajeno a todo ello:

—Por supuesto, tengo ganas de saludarlos.

Pilar lo observó, estaba feliz y confiado, sin asomo de duda. La cogió con fuerza de la mano, como si nunca hubieran roto.

Pilar dudó. Resultaba incómodo. ¿Acaso no sabía nada de lo acontecido? ¿Podía ser que no supiera que Felisa había denunciado a su padre? Aquella situación la llevaba a pensar así, sino Rómulo ya habría sacado el tema, jamás se andaba por las ramas. Confirmó sus sospechas cuando Rómulo abrazó a sus padres nada más entrar al salón, con una sonrisa en la cara. Sólo ella notó la incomodidad en la actitud de sus padres, encorsetados, no se esperaban semejante invitado improvisado.

Estaba segura de que Rómulo no sabía nada de la acusación de Felisa, ni del fuerte enfrentamiento entre ambas. Los tres Gabaldones se percataron de ello, así que mantuvieron las formas con su visitante.

—¡Rómulo, qué alegría! Sé que lo has pasado mal.

Luisa miró a su hija, dudando, sus palabras querían ser cordiales, pero su mirada denotaba confusión por la visita. Rómulo se sentó tranquilo en el sofá, como si fuera una tarde de merienda cualquiera, y como si aquella fuera su casa. Zacarías también se sentó, taciturno. Hubiera preferido no tener aquella visita, no se sentía lo suficientemente fuerte para afrontarlo. Tener a un Valentín en el salón, era claramente desagradable.

—No me gusta hablar de ello. Además, vencido lo vivido, soy un afortunado. Muchas personas no han tenido mi suerte.

Luisa no se sentó, y continuó la charla, ante el silencio de su marido:

—Claro, todos lo somos. Voy a traer algo de merienda. Te voy a traer unos dulces de harina y miel que hemos aprendido a hacer que están de rechupete.

Luisa sonrió, distensionando el ambiente.

—Estupendo —contestó Zacarías, pausado—. Entiendo que no quieras hablar de ello, pero cuéntanos al menos dónde has estado.

—Pues sólo puedo deciros… que en el Pirineo. Es uno de los sitios más bonitos en los que he estado nunca, es todo tan verde y húmedo… Hay cascadas de gran caudal por doquier, os encantaría, espero poder volver algún día.

Luisa volvió enseguida con una bandeja repleta de dulces y una jarra de agua. Lo puso todo en la mesa redonda frente a la ventana, la más acogedora, gracias a la luminosidad. Últimamente apenas utilizaban el comedor, era un cuarto en el interior de la vivienda, sin ventanas, demasiado sombrío para la situación de su marido.

Se sentaron los cuatro frente a la mesa. Rómulo no hizo referencia a la falta de servicio, si se había percatado de ello, estaba siendo educado al no sacarlo a trasluz. Relucir un tema doméstico así, lo habría echado todo a perder.

—Siento mucho no poder ofrecerte nada mejor. Ni nada por el estilo, no sabíamos que íbamos a tener visita y esas cosas aún escasean. Pero ya verás qué buenos están los dulces, son parecidos a los mazapanes, pero mucho más ligeros.

Rómulo, por educación, probó uno.

—Buenísimos, magníficos.

Luisa se sintió complacida. Y se metió en la boca dos de golpe. Había engordado notablemente aquellos últimos meses en los que su marido lo había pasado mal. Mejor gorda que infeliz.

—¿Qué te trae por el pueblo? ¿Volvéis a abrir la casa? Me han dicho que habéis hecho muchas obras —preguntó Zacarías, que aún no entendía la razón de aquella visita.

—¿La casa? ¡No, claro que no! Vengo directo a pedirle matrimonio a Pilar.

Se hizo el silencio. Sus padres se sorprendieron.

Pilar sintió que se le paraba el corazón. Hacía un momento iba a pasear al mercado, pensando que se iba a ver obligada a irse a Valencia y dispuesta a vestir santos como solterona eterna, y ahora, el hombre más perfecto del mundo estaba en su salón pidiendo a sus padres su mano. Era un momento absolutamente mágico.

Pilar quería responder, pero no sabía qué le pasaba ese día, que nada funcionaba como era debido en su cabeza. Tanta felicidad ofuscaba su mente.

Quiso chillar: ¡Sí! ¡Sí, quiero! Pero solo pudo mirarlo, agradecida. Fue Luisa la que rompió el hielo, sabiendo de los sentimientos de su hija.

—¡Cuánto me alegro! ¡Si ella quiere, por nosotros no hay ningún problema! ¿Verdad, Zacarías?

Su padre no parecía muy entusiasmado. Levantó una ceja, incómodo. No le hacía especialmente ilusión aquella unión. A Rómulo le extrañó, siempre habían tenido un buen trato con él. No muy íntimo, siempre había un padre protector y reticente con su hija, pero siempre había sido cordial y educado con su persona. No podía enfocarse en ello, aquél era el momento más importante de su vida.

Zacarías, por fin habló, sabiendo que no tenía otra ya que los tres lo miraban impacientes:

—Por supuesto, me alegro mucho por los novios.

Pilar miró a su padre agradecida. Sabía por todo lo que había pasado y lo que sentía realmente, a pesar de todo ello, ponía el bienestar de su hija por encima de todo. Pocos padres se sacrificaban de esa forma. El amor de su padre por ella, era infinito.

Rompió a llorar. Segunda vez en el día y no se reconocía.

—¿Hija, estás llorando? —sus padres se asombraron.

—Sí, pero de alegría —respondió suspirando mientras cogía la mano de Rómulo.

—¡Luisa, nuestra hija está llorando!

Aquello impactó en él. Zacarías se levantó emocionado y abrazó a su hija. No pudo evitar contagiarse al ver las lágrimas en sus ojos. No lloraba nunca, ni cuando se caía de pequeña, ni cuando le quitaban algo, ni siquiera con la ruptura de Rómulo. Era un milagro.

Aun así, resultaba imposible para Zacarías alegrarse a pesar de la buena nueva. Su hija jamás había dejado de querer a aquel chico y, al fin y al cabo, sus sentimientos eran cruciales para él. La quería, y aquellos años habían sido un sufrimiento para ella. Nunca había dejado de interesarse por Rómulo, siempre esperando en aquel balcón un coche que nunca llegaba. Había visto a su hija sufriendo demasiado tiempo, pero era adulta y sabía que Rómulo era una buena persona. Era el momento.

—Sé que Pilar será muy feliz contigo, y que la cuidarás y protegerás.

Rómulo asintió, sin soltar la mano de Pilar. Era como si una vez se hubieran tocado, no pudieran separarse.

—No tenga duda alguna. Ella siempre será lo primero. Lo prometo.

Pilar había tenido tiempo para recomponerse. Estaba más calmada. Aun así tocó sus mejillas mojadas, maravillada por haber sido capaz de llorar.

—Ahora me toca hablar a mí, a la novia. ¡Si no he dicho que sí aún!

—¿Entonces dices otra vez que no?

Rómulo rio, sabiendo que estaba bromeando.

—No, quiero decir, sí. No sé, me refiero a que sí que quiero casarme, por supuesto.

Luisa se sentó en una silla interesada:

—¿Y cuándo será la boda?

Hace unos segundos estaba preocupada porque su marido aceptara el trabajo en Valencia, y ahora tenían por delante la planificación de una boda. La de vueltas que daba el mundo.

Rómulo pensó en voz alta:

—Bueno, pues aún no lo hemos hablado, supongo que habrá que organizarlo todo, la ceremonia y el banquete, invitar a la familia y amigos… Realmente no sé cuánto se tarda en hacer estas cosas, nunca se me había pasado por la cabeza. No me he casado nunca. Calculo que unos meses como mucho, quizás en otoño…

Pilar sintió un nudo en su interior, no pensaba esperar más tiempo para casarse, los años de relación interrumpida habían sido más que suficiente, una total agonía y tortura. No hacía falta ni familia, ni amigos. Ahora que lo tenía, literalmente cogido por la mano, no pensaba dejarlo escapar. Boda, pero ya. Si por ella fuera, sería al día siguiente, al alba. Sería muy su estilo, casarse con la primera misa del día.

—Prefiero algo rápido, Rómulo, sólo la familia más cercana, mis padres, tu hermana y primas. Acabamos de pasar por algo horrible, y yo también quiero dejarlo atrás.

Rómulo sonrió azorado:

—Pensé que querrías tiempo para organizarlo y disfrutar del momento, con los detalles del vestido y el ajuar… Pero entiendo que

estamos en una situación excepcional, a lo mejor podemos intentarlo rápido el mes que viene.

Pilar puso los ojos en blanco. No tenía ninguna intención de dejar pasar tampoco un mes, y las cosas superfluas organizativas le importaban un pimiento. No tenía la necesidad de lucirse ante nadie. ¡Con lo que había sufrido por Rómulo! Lágrimas, noches en velas, remordimientos, y, tanto dolor. Ni hablar, se casaba en cuanto pudiera.

—Rómulo, nos casaremos la semana que viene, no necesitamos más tiempo para hacer algo especial. Lo que tenemos ya lo es.

Rómulo se atragantó con la segunda pasta que se había llevado a la boca. Estaban buenas, algo densas, pero agradablemente dulces.

—¿La semana que viene? ¡No creo que nos dé tiempo a preparar nada! ¿Y el convite, quién podría hacernos algo así, ahora? ¡No podré traer a mi tío Andrés con tan poco tiempo!

—Tranquilo, para casarse se necesita poco, un cura y una iglesia. Mi padre se encarga de hablar con Don Honorato.

Su padre, asintió, pero no muy convencido, no entendía la urgencia.

Luisa se indignó:

—Hija, tantas prisas, no nos va a dar tiempo a buscar un vestido de novia decente…

—Algo encontraremos, madre. Cualquier cosa me sirve.

Rómulo intervino:

—A mí me gustaría hacer una gran boda, con tiempo, para lucirnos, con nuestros amigos y vecinos. Pero entiendo que no es el momento, así que lo haremos como Pilar quiere, no hay ningún problema, la semana que viene, no se hable más.

Ahora tocaba sacar el tema espinoso, aquél que ya había roto la relación una vez. Toda la familia Gabaldón lo tenía en mente, pero aún no le habían hecho frente. Así que fue Zacarías quien tuvo que sacarlo a relucir, alguien debía hacerlo antes de poner en marcha un enlace como ése:

—¿Y dónde viviréis por fin?

Pilar miró a Rómulo. Estaba dispuesta a claudicar, muy a su pesar, soportaría a su cuñada y vivir alejada de Fuentealbilla. Le dolía

hacerlo, pero le había dado mil vueltas hasta aceptarlo. En realidad, iba a abandonar el pueblo para irse a Valencia con sus padres, así que esta vez estaba concienciada. Había madurado sus opciones. A Pilar no le dio tiempo a hacerlo, su prometido se adelantó:

—Viviremos donde ella es más feliz, aquí en Fuentealbilla.

Pilar levantó la mirada, agradecida. Menudo peso se acababa de quitar de encima, todo era perfecto, era la mujer más feliz del planeta. Sintió un amor infinito por su futuro marido, estaba renunciando a todo por ella.

—Sí, además arreglaremos la casa a tu gusto. Bueno, en el poco tiempo que tenemos por delante, que no es mucho… Algo se podrá hacer, está prácticamente recién reformada, pero seguro que se nos ocurrirá algo.

—¡Qué alegría!

Pilar abrazó a Rómulo, sin importarle la presencia de sus padres. Los dos suspiraron relajados, todos los obstáculos superados. Se comieron entre todos los pocos dulces que quedaban en el plato.

A Luisa se le ocurrió una idea:

—Ahora que estoy pensando, aprovechad y coged todos los muebles que os gusten de la casa, son de muy buena calidad. Será nuestro regalo de boda.

—¿Los muebles? ¿Por qué habríamos de coger vuestros muebles?

Rómulo no entendía bien qué estaba sucediendo. Pilar miró de soslayo a sus padres y explicó:

—Muchas gracias, madre. Sí, es que aún no me ha dado tiempo a contarte que nos vamos, bueno, ahora yo no, obviamente, pero mis padres se van a mudar a Valencia. Le han ofrecido un trabajo nuevo a mi padre.

—¡Enhorabuena! Cuánto me alegro por vosotros.

Zacarías miró confundido a su futuro yerno, no era precisamente una situación alegre, se veía obligado a mudarse. ¿Acaso le estaba ofendiendo?

Luisa, viendo el peligro, continuó con los arreglos necesarios:

—Con que dejéis aquí las cosas de cocina, y las camas, es suficiente. Sólo vendremos en Navidad y verano, si no es que la vendemos, sigo pensado que sería lo mejor, sobre todo ahora que

Pilar se va a casar, y tendrá su propia casa en el pueblo. ¿No es buena idea, Zacarías? No tiene mucho sentido mantener esta casa, si no la vamos a necesitar. Podríamos comprar una en Valencia.

Zacarías asintió, desde luego, tras la noticia que acababan de decidir, la respuesta estaba clara:

—Sin duda, intentaremos vender la casa. Está muy bien situada, y sé de una persona que estaría bastante interesada.

—No se hable más, Zacarías —y al acabar siguió con su hija haciendo planes—. Pilar, con tus propios muebles te sentirás más a gusto en tu nueva casa. Son de calidad, es un buen ajuar.

Rómulo los escuchó atentamente, e intervino:

—Muchas gracias, os lo agradezco. Si queréis, podéis quedaros en nuestra casa cada vez que volváis al pueblo, así estaréis con vuestra hija. Sé lo unidos que estáis. Entiendo que no lo habíais contemplado, pero mi casa es grande y hay espacio suficiente para todos, vamos a ser familia.

Rómulo pensó en sus difuntos padres, en lo mucho que le gustaría tenerlos a su lado en aquel momento.

—Muchas gracias. Iremos viéndolo —Zacarías dio largas evitando ser ofensivo. No pensaba quedarse ni una noche en casa de su yerno, consentía aquella boda, pero no podía obviar la acusación de Felisa.

Luisa se levantó evitando así que todo se complicara.

—Hija, la cómoda del salón, os la tenéis que llevar, es muy buena, un carpintero de Teruel nos la hizo a medida. Acercaos a verla… No se puede quedar aquí cogiendo polvo, y los visillos que he cosido yo misma, por supuesto, son vuestros, no voy a llevarlos a Valencia. Podíamos hacer una lista de todo lo que os guste, Rómulo, si os parece bien.

Todos se levantaron.

—Claro que me parece bien. Pero antes tendréis que venir a casa, para ver los cuartos y los espacios. Me parece estupendo, los muebles míos que tengan que salir se irán al almacén de Valdeganga.

Su hermana había reconstruido la casa en su ausencia y la había decorado a su gusto, así que entendía que Pilar podría sentir que su

futura casa fuera su hogar con los muebles que le habían acompañado desde su niñez. No tenía ningún problema con ella.

Pilar se levantó alegre, y siguió a su madre por la casa. Le costó soltar la mano de Rómulo.

—Estupendo, porque pienso llevarme todo lo que pueda, ya puedes ir haciéndote a la idea. Tu casa va a cambiar por completo.

Rómulo asintió, complacido. Cualquier mueble le parecía bien si venía con Pilar. Pensar que iban a vivir bajo el mismo techo era tan abrumadoramente maravilloso que el resto quedaba en segundo plano. Además, nunca la había visto tan feliz. Sonreía y reía, mientras seguía a Luisa de lado a lado. Nunca la había visto tan dichosa.

Tras revisar la preciosa cómoda, y antes de salir del salón, Pilar miró a Rómulo. Éste la miraba con infinito amor. Serían felices para siempre, y comerían perdices. Sintió la irremediable necesidad de que sus padres no estuvieran delante, para poder sumergirse entre sus fuertes brazos y sentir sus besos, como aquél que había recibido esa misma tarde en la calle. Se estremecía sólo de recordarlo.

No necesitaba más que Rómulo, ni convite, ni vestidos.

El resto del mundo dejó de ser necesario para ella.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO:

"Os repito que me voy a casar…"



Valdeganga, abril de 1941.

Rómulo miró con suspicacia a su hermana y luego, con recelo, a sus dos primas. Disimulaban, pero allí sucedía algo, resultaba obvio por sus rostros. Adelaida parecía especialmente nerviosa, no dejaba de mirar al suelo, intentando evadirse de la conversación. Bernarda, como era habitual en ella, estaba en silencio, bordando lo que parecía un pequeño trozo de tela.

—Os repito que me voy a casar, con la mujer de mi vida, Pilar. Estoy feliz.

Felisa daba grandes zancadas por el pequeño salón de estar, cual leona acorralada. Aquello no tenía ningún sentido para ella.

—¿Cómo se te ha ocurrido pedirle la mano, así? ¡Tan precipitado y sin consultármelo! ¡Es algo desagradecido!

¿Se había vuelto loca? ¿Desde cuándo tenía que pedir permiso para casarse?

—Es precipitado —afirmó Bernarda apoyando a su prima.

Rómulo inspiró, no quería dejarse contagiar por aquel ambiente. Las pocas veces que intervenía Bernarda era para dar alas a Felisa, parecía que tuvieran un acuerdo sellado.

—Hermana, no tengo que pedir permiso a nadie para casarme. No entiendo tu actitud. ¿Acaso no os alegráis por mí? ¿No deseáis mi felicidad? Pilar es la mujer de mi vida, siempre lo ha sido. Llevo años queriéndola y lo sabéis de sobra.

Felisa se sosegó, tampoco quería resultar cruel, sus palabras querían ser conciliadoras, y no emitir así su tono de voz, que era bastante agresivo:

—Por supuesto. No estamos diciendo eso, Rómulo. Pero las cosas hay que hacerlas con tiempo y temple. No es necesaria tanta precipitación, apenas te has recuperado.

Su prima Adelaida habló:

—Está enamorado, prima. Déjalo, ya se lo ha pedido, y ella ha dicho que sí. Nada se puede hacer ya.

Bernarda, su otra prima, sin embargo, se quedó callada, siempre se ponía de parte de su hermana Felisa, nunca de su propia hermana. La única que a veces transigía era Adelaida. El equilibrio de poder en la casa se balanceaba desde la vuelta de Rómulo. Antes de la guerra, sus opiniones e ideas eran tratadas y aceptadas con gran ánimo por todas, pero ya no era así. Los roces con Felisa se estaban convirtiendo en algo habitual.

Rómulo continuó con indignación:

—No soy capaz de entender nada, es como si me hubiera perdido algo. Voy a casarme con Pilar. La persona a la que amo. La he llevado dentro de mí durante años, sin poder olvidarla. Aun sin verla, sin comunicación, durante todo este tiempo, jamás he dejado de pensar en ella. ¡Ni un solo día! No sé si entendéis la importancia de todo esto, la alegría que supone para mí que ella me corresponda, poco puedo deciros más, me decepcionáis. Es con lo que siempre he soñado. Todos estos años, incluso en mis peores momentos, muerto de frío tirado en el suelo de un refugio en mitad de la montaña, sólo podía pensar en ella.

Su hermana Felisa cruzó brazos en jarras.

—Te deseamos lo mejor, por supuesto, si es tu elección.

Adelaida hizo amago de intervenir, resultaba injusto que su prima no supiera nada de lo acontecido con los Gabaldones, pero no se decidía si confesar sobre el enfrentamiento entre la futura esposa y cuñada. No parecía el mejor momento para abordar el tema, quizás con más discreción. La situación se había complicado y ocultarle aquello, era una losa demasiado pesada.

—Explícamelo, hermana. Antes erais amigas, tuvisteis alguna pequeña desavenencia, hace mucho tiempo ya, pero nada insalvable. Tienes que hacerlo por mí. No es tanto esfuerzo.

Felisa no transigió:

—Nunca hemos sido amigas, eso es absurdo.

—No entiendo tu crueldad. Además, sé que hay algo que no me estáis contando. Lo noto. Os conozco bien.

Las tres mujeres se miraron nerviosas. Bernarda, que estaba junto a la ventana, parecía querer salir a través de ella, como si quisiera escapar.

Rómulo entendió por su actitud que había acertado. Le ocultaban algo importante.

—Hablad, por favor. No perjudiquéis mi boda con secretos.

Adelaida miró a su prima, como instando a hablar. No pudo seguir ocultándolo:

—Si no se lo contáis, lo hago yo. Es necesario.

Felisa puso cara de cansancio:

—Está bien. Tuve un pequeño… desencuentro con Pilar, eso es todo. No hay que darle demasiada importancia.

Rómulo se sentó en una de las sillas que había en el extremo de la sala, atónito. Era una silla tapizada con flores que sólo se utilizaba a nivel decorativo, pero por una vez sirvió de utilidad.

—¿Un desencuentro? ¿A propósito de qué? No veo un punto en que podáis discrepar, ni cómo podéis haber coincidido estos años, para que algo así suceda.

—La guerra ha sido dura. Tienes que entender lo doloroso que ha sido para nosotras. Lo mal que lo hemos pasado durante meses.

Rómulo cerró los ojos. No conseguía entender el hilo conductor de aquel razonamiento.

—¿Qué tiene que ver la guerra con Pilar?

Felisa se acercó a su hermano y lo miró cansada. Su hermano a veces era irasciblemente ingenuo. Notó crecer su ira.

—Pues todo. La guerra lo ha sido todo. Nos ha devorado a todos, incluso a ti, por eso no quieres hablar de ella. ¿O acaso me equivoco? ¿O por fin nos vas a dar detalles de tu paso por la contienda? ¡Claro que no, es mejor evitar a toda costa ese tema!

Rómulo no claudicó, no le interesaba ni seducía lo más mínimo nada que tuviera que ver con la guerra. Le daba hasta pereza. Le daba igual ir a contracorriente del resto del país. ¿Quién querría recrearse en una guerra civil?

—No cambies de tema. ¿Qué tiene que ver todo eso con vosotras? ¿En qué punto la guerra ha cruzado vuestros caminos? ¿Cuándo habéis coincidido?

Ahora Felisa se levantó para volver a andar por el comedor, cuando estaba nerviosa no conseguía quedarse sentada:

—Tú no has estado aquí. Defendiendo lo poco que teníamos, con miedo y atacados por todos, como si fuéramos el enemigo, los malos. No teníamos dinero, ni comida. No sabíamos dónde estabas. Muchas veces pensé, que habías muerto, incluso. Eso era mejor que pensar que estabas herido, o sufriendo.

—Sigo sin entenderlo. No sé a dónde quieres ir a parar, nada tiene que ver todo eso con mi amor. ¡Estás dando rodeos! ¿En qué consistió ese desencuentro?

Felisa cruzó los brazos y confesó:

—Pilar me buscó, estaba enfadada y tuvimos un enfrentamiento algo… —Felisa buscó las palabras, no quería enfurecer a su hermano. Podría malinterpretar todo. —Incómodo.

Adelaida volvió a intervenir:

—Felisa, cuenta la verdad. Es lo mejor.

—¿Por qué vino a buscarte Pilar enfadada? ¿Cuál es la razón? Dime, hermana.

Rómulo empezó a perder la paciencia, y su tono de voz, subió. Se estaba enfadando, su hermana se estaba pasando de lista con tanto rodeo.

Felisa lo miró, desafiante. Se hizo el silencio. Bernarda se aplastó contra las cortinas. Adelaida se llevó la mano al pecho.

—Porque di el nombre de su padre al tribunal militar cuando acabó la guerra.

Rómulo no se esperaba en absoluto aquella respuesta. Cualquier cosa, menos eso. Había muchas razones lógicas: que se hubieran peleado por el pasado, o por su relación, o por su antigua amistad… Pero aquello, no tenía ni pies ni cabeza.

—No sé si he oído bien. ¿Que hiciste qué? ¿Denunciaste a Zacarías? ¿Sabiendo cómo están siendo las represalias?

Rómulo se enfrentó a su hermana levantándose y situándose sin miedo frente a ella.

Pero Felisa no contestó en un primer momento.

—¿Por qué hiciste algo así, tan sucio?

—¡Ellos nos trataron mal! ¡No defendieron nuestra casa! Era el alcalde, y dejó que la destrozaran. ¡Nos quitaron nuestros bienes, y las fábricas! ¡Nos dejaron en la ruina! Si no fuera por Juanico…

—No me lo puedo creer. ¿Te estás oyendo?

—No teníamos nada que comer, y ellos vivían tan bien. Su casa está igual, tenían comida y estaban protegidos. ¡Nosotros sólo vivimos con miedo y miseria! ¡Pensamos que estabas muerto tantas veces! ¿Acaso sabes las veces que te hemos llorado?

—¿Y acaso es Zacarías culpable de una sola de esas cosas? ¡Condenas a un hombre por el pecado del resto!

—¡Zacarías es un alcalde socialista! Amigo de los milicianos. Tenía el poder y en su mano estaba.

—No tienes ni idea de lo que has hecho. Ya puedes pedir perdón a toda mi futura familia política, o te juro que no me vuelves a ver ni un pelo. No esperaba algo así de ti. Tan cruel e injusto. Zacarías fue quien impidió mi detención, ¿o ya no te acuerdas?

—Te alistaste para hacerte el héroe con Pilar y su familia. ¿Te crees que no lo sabía? Por su culpa podrías haber muerto.

Rómulo se quedó parado. Aquellas palabras le dolieron.

—Menuda vergüenza, hermana.

Rómulo salió enfadado de la casa sin esperar réplica alguna, tenía que arreglar lo que se había torcido. Cogió el coche y puso rumbo a Fuentealbilla. No podía creer lo que había sucedido. Debía hablar con Pilar y sus padres para disculparse. Ahora entendía aquellas miradas el día de la pedida, aquella duda en los ojos de su futuro suegro. La incomodidad en un momento de felicidad. Pero sobre todo recordó la voz truncada de Zacarías, al hablar de su nuevo trabajo. No era una oportunidad, si no un castigo. Sintió pena, si lo hubiera sabido, no habría abordado la pedida de mano de aquel día de la manera en la que lo hizo. Tenía que pedirle perdón, y contarle

a Pilar que él no había sabido nada de todo eso hasta aquel día. No podían dejar que su futuro comenzara con aquella losa entre los Gabaldones y los Valentines.

C A P Í T U L O D E C I M O N O V E N O :

"El azul más bonito"



Fuentealbilla, junio de 1941.

Tras la visita de Rómulo para pedir perdón a su familia, Felisa había acabado por disculparse, eso sí, nada compungida, al contrario, con aires de superioridad. A Pilar le quemaba la cara sólo de recordarlo. Felisa se había presentado en su casa el domingo anterior a la boda.

—Como me ha pedido mi querido hermano, al que estoy tremendamente unida, lazo que nadie podrá desunir, vengo a pedirte perdón por todo lo sucedido.

Pilar se había quedado embobada mirándola, sin comprender bien:

—Exactamente ¿sobre qué cuestión pides perdón? ¿Por denunciar a mi padre? ¿O por chillarme y echarme de la casa sin miramientos?

Pilar quería que Felisa sintiera al menos vergüenza, por cómo había obrado. Pero Felisa había levantado la cara, y la había mirado con aire de suficiencia, como diciendo: *mira, voy a mentir, ambas lo sabemos, y a mí me da igual.*

—Ambas cuestiones.

—Claro.

Duelo de miradas.

—Pues entonces, asunto resuelto. Al fin y al cabo, vamos a ser cuñadas.

Pilar flaqueó, inevitablemente, al escuchar el término "cuñadas". Serían familia. No quiso echar más leña al fuego. Tenía que

conformarse con aquellas excusas, es lo único que obtendría. Aquella mujer era tan fría que no cedería más.

Pilar recapacitó. Era la hermana de su futuro marido, tendrían que compartir una vida juntas, así que valía la pena hacer un último intento de hermandad aunque tuviera pocas esperanzas:

—Felisa, yo nunca voy a entrometerme en vuestra relación como hermanos. Yo no tengo la suerte de tener un hermano o una hermana, siempre he pensado que me hubiera gustado no ser hija única.

Quizás hacer alusión a que le hubiera gustado tener un hermano, serviría para hacerla recapacitar. Iban a ser familia. Debajo de todo ese orgullo, tenía que haber un ser humano.

Felisa se levantó. Se recolocó su sombrero, ya que no se lo había llegado a quitar y cogió por el asa su pequeño bolso negro de flamante charol.

—Si lo hicieras querida, si osaras entrometerte, tienes todas las de perder. No te preocupes por la organización de la boda, soy muy eficaz en estos menesteres, y conozco bien a mi hermano. No es necesario que hagas nada, ya me encargo yo.

Y dicho esto, sin una despedida, salió de la casa con suficiencia, sin esperar a que nadie la acompañara hasta la puerta.

Algo bastante inaudito, especialmente para su madre, que había ido a preparar un refrigerio, y se encontró el salón sin una infame invitada que recibir y con su hija mirando por la ventana. Mejor así, había sido desagradable tener que ser educada con aquella mujer, en su propia casa. Su marido era una sombra de sí mismo, si bien era cierto que no sólo por lo acontecido con Felisa, era más bien por la situación del país, pero toda gota hace charco.

Miró con tristeza a su hija. Había llegado a escuchar las últimas palabras, y se había quedado preocupada. Una disculpa y una amenaza, ésa había sido la bienvenida que había recibido su hija a su nueva familia.

Pilar eligió para el día más feliz de su vida, un sencillo pero elegante traje de chaqueta azul del cielo de Werner, con remates en terciopelo morado. Pero el toque más especial, lo que hacía destacar

la elegancia del conjunto, era un precioso tocado con cuentas verdes, comprado especialmente para la ocasión. Era lo mejor que habían encontrado en tan sólo unos días, debido a la premura del tiempo, pero aun así sentía que era la vestimenta perfecta. Era un azul especial, como si hubiera mezclado los distintos colores de la paleta con un pincel hasta lograr la tonalidad perfecta: el azul más bonito.

Claramente, arriesgaba mucho, alejándose de la imagen clásica de novia de iglesia, y aun así, sabía que estaba imponente. Dejó su pelo castaño, con sus preciosos bucles, caer sobre sus hombros, y, para no parecer despeinada, se recogió el pelo por delante, girándolo sobre sí mismo, y enganchándolo con dos preciosos ganchos de pequeños brillantes que sus padres le regalaron. Solo se quitaría el tocado al atardecer, cuando se cambiaría el traje por un precioso vestido largo escotado, esta vez de color crema, casi rosado, que le había comprado su padre para la ocasión, en un viaje relámpago a Valencia. Habían ido a señalizar la casa en la que vivirían, y de paso, a hacer las oportunas compras para un día tan señalado.

La organización de la boda había sido compleja, tanto que aún se sentía bloqueada. Mentía cuando decía que había sido todo fácil. Pilar había aguantado el chaparrón, tras el aguacero, sólo por su amor a Rómulo, porque si fuera por ella, habrían oído sus gritos desde la China. Se había tenido que morder la lengua, con su familia política tantas veces que juraría que tenía un surco nuevo.

Tras tantas peripecias, por fin, era el día de la boda. Pilar lo había acelerado todo lo que había podido, recortando tiempos y evitando entrometerse en la organización de su propia boda. Dejó a su cuñada campar a sus anchas por el bien de todos. Reconocía aun así que no estaba del todo contenta consigo misma, ya que había claudicado mucho, por el bienestar de Rómulo. Hasta el sacerdote que les iba a dar el sacramento era el de Valdeganga, no sería Don Honorato, sino Don Gil, aunque había logrado mantener su iglesia. Con el tema del párroco, Felisa había sido completamente hermética. Otra batalla en la que había evitado entrar.

Prácticamente, Felisa había acabado encargándose de todo. No sabía si había obrado bien, dejándola campar a sus anchas, igual tenía que haberse mostrado tal como era desde el principio, pero tras hablarlo con Rómulo, habían decidido priorizar la paz familiar.

Al final, ella lo que deseaba era casarse con Rómulo, y empezar una vida juntos, lo que había soñado tantas veces que parecía imposible. Hasta el último minuto Pilar temió que algo pasara y diera al traste con el enlace.

—Pilar, no vale la pena llevarle la contraria, ella ya siente que ha perdido la guerra por decidir vivir en Fuentealbilla, créeme. Para Felisa, estar separada de mí, es el peor de los castigos. Las discusiones entre nosotros han sido terribles, y no he cedido con ello, que al fin y al cabo es lo principal. Vamos a darle la organización de la boda, como premio de consuelo, aunque se alargue unos días. No es tan importante.

Y así lo habían pactado amparándose en su futuro juntos, vivir bajo el mismo techo en Fuentealbilla. Ambos remaban en aquel sentido, y el resto, no importaba. Aun así, en su interior, tenía una desagradable sensación que le impedía disfrutar plenamente del momento. Era como si hubiera perdido el control de su propia boda. Al final no habían podido casarse en una semana, si no en dos meses. Felisa siempre encontraba un pretexto, que si necesitaba tiempo, que si había que esperar para tener las flores adecuadas… Era como si pensara que cada día de retraso fuera una forma de aplazamiento del enlace, o como si pretendiera fomentar discusiones para conseguir que rompieran.

Pero aquello era imposible, jamás lo lograría. Estaban locamente enamorados, tanto como lo hubiera estado ningún ser humano en el planeta. Sentía que no había un amor igual, tan puro y profundo. No era posible querer más. No habían discutido ni una sola vez, y habían optado por reír saltando cogidos de la mano por encima de cualquier obstáculo, como si no estuviera en el camino.

Juntos, eran invencibles, y eso era suficiente para ella.

Cuando pasara la boda, tomaría otra actitud, más decidida, y hasta que eso sucediera había aguantado con un estoicismo poco propio de su personalidad, excesivos desplantes, sorprendiéndose a

sí misma por su control. Le costaba no responder en caso de ofensa, y cada día que pasaba se le hacía más difícil.

Así que ahora, mirándose en el gran espejo con hojas doradas que estaba inclinado en el salón, flaqueaba, notaba su orgullo, tantas semanas contenido, rozar la superficie de su mente. La soberbia rozaba la superficie. Dudaba de sí podría controlar su carácter en el caso de que Felisa decidiera hacerle algún comentario malintencionado en el día más importante de su vida. Y conociéndola, no dejaría pasar esa oportunidad. Lo que más le molestaba era que sus padres tuvieran que compartir aquel día con la persona que había provocado su ruina.

Era la primera vez que se verían todos, en la iglesia, y con lo mal que lo estaban pasando, quería que también fueran partícipes de aquel precioso día.

—Vamos, hija, la novia no puede llegar más de cuarenta minutos tarde a la boda. No es de buena educación.

Su padre llevaba su mejor traje, gris oscuro, con una camisa hecha a medida para la ocasión. Su corbata era color burdeos, era un regalo que su propia hija le había hecho, con la ayuda de Rómulo, para animarlo. Zacarías miraba su reloj de bolsillo cada pocos segundos, y sudaba la gota gorda con el traje de invierno cuando estaba prácticamente en verano.

Zacarías sonreía a su hija, pero había un poso de tristeza que Pilar no lograba disipar, ni con su mejor sonrisa.

Su padre había hecho traer un carruaje antiguo de Casas-Ibáñez, que habían adornado con arreglos florales blancos, ese había sido su regalo especial. Era de lo poco que habían podido costear; el vestido y el transporte hasta la iglesia. Necesitaban ahorrar para su nueva vida en Valencia, aunque estaba a punto de vender la casa de Fuentealbilla a un pintor afamado que quería alejarse del ajetreo de la capital. Con ese dinero, comprarían una vivienda nueva, en Valencia y dejarían la que habían alquilado de forma transitoria.

A pesar de las circunstancias estaba relativamente contento, había negociado una buena venta, teniendo en cuenta que, hasta final de mes, no tenían que entregar la casa a su nuevo dueño. Ver

salir a su hija, vestida de novia, por la puerta del que había sido siempre su hogar, no tenía precio.

Su padre estaba visiblemente emocionado. Le temblaban las manos cuando le cogió la mano para ayudarla a subir los escalones. El carruaje era antiguo, y destartalado, pero lo habían suplido con unas preciosas flores blancas, y una alfombra azul en el suelo. Luisa agradeció el detalle a su marido, conociéndolo, había sido él quien colocara cada flor para ella. Sabía que no lo estaban pasando bien, y el día de la boda era un momento agridulce, que jamás disfrutarían como a ella le hubiera gustado. Por extensión, desgraciadamente, a ella le pasaría lo mismo. La separación entre ellos era inmediata. Cuando era joven y soñaba con casarse, siempre pensó que vivirían en el mismo pueblo, y que nada podría separarlos. Pero no era así. Sus padres habían retrasado el traslado a Valencia hasta después de la boda, y casi todas las gestiones se habían hecho a través de sus amigos e intermediarios.

—Estás preciosa, hija mía, Rómulo es el hombre más afortunado del planeta. Eres una buena hija.

—Yo también soy afortunada, padre. Mucho. Por Rómulo, pero también por teneros a vosotros.

Pilar dio un suave beso en la mejilla de su padre, que agradeció apretándole la mano.

—Claro, pero obviamente yo te quiero más a ti que a Rómulo. ¡Soy el padre de la novia!

Los dos rieron y subieron al asiento trasero, dejando la parte delantera libre. Su madre esperaba ya en la iglesia, acomodando a los invitados. Esperaba que no hubiera tenido tensiones con su familia política. No quería pensar en cómo había sido el encuentro, y esperaba que Rómulo hubiera estado pendiente de Luisa, para evitarle cualquier momento incómodo.

—No me hagas llorar, padre, que me he maquillado para la ocasión.

Al descender del coche se sorprendieron al ver a casi todo el pueblo a la puerta de la iglesia, esperando a la novia. Se sintió abrumada por el interés suscitado, y dudó por si no entendían su posición de no llevar el típico vestido blanco de novia, y la criticaran

por su modernidad. Efectivamente, la gente parecía sorprendida por su poco tradicional traje de chaqueta azul, pero varias mujeres halagaron el contraste elegante de colores.

Los saludaban con respeto al pasar entre ellos, Zacarías era una persona muy querida y todos valoraban su esfuerzo, especialmente en tiempos de guerra, sabiendo que después de tantos años dedicado a ser alcalde del pueblo, partiría en una especie de exilio tras la boda. La mayoría estaban allí por respeto hacia su persona. Era un bonito homenaje antes de su partida.

Pilar vio el agradecimiento en el rostro de su padre, por un momento volvía a ser el hombre fuerte y respetable que siempre había sido, lo que la alegró, quizás aún había esperanza.

Su madre esperaba, pañuelo en mano, a los pies de la escalinata, con ojos lagrimosos. Llevaba un precioso vestido de encaje con escote cuadrado de color verde claro. Se había hecho un elegante recogido, con un moño alto. A ambas las había peinado Arancha, la peluquera del pueblo, desplazándose aquella mañana a la propia casa como favor personal. También se habían acercado las dos mujeres de la centralita telefónica. No faltaba nadie.

Pilar enrojeció con los aplausos y se cogió fuerte al brazo de su padre. Lo quería con locura, desde pequeña. Era inevitable pensar en lo buen padre que había sido, y en cómo se había volcado en ella, tras su ruptura con Rómulo. En las locuras que había hecho por ella, desde niña. No recordaba ni una sola reprimenda importante, ni un castigo. Siempre había estado de su lado, al igual que en aquel momento.

Se acercaron a los pies de la escalinata.

—Disfruta, hija, es tu día —le recordó su padre.

Tenía que disfrutar cada momento de ese día, de cada paso que diera.

Pero no fue fácil. Antes de subir los escalones para unirse a Rómulo, observó la mirada reprobatoria de Felisa a una vecina, Auxiliadora. Las dos rieron con el ceño fruncido, como si su apariencia no fuera la correcta. Felisa la miró desafiante, afirmándose en su superioridad. Sabía que un simple traje de chaqueta no podía ser de su gusto. Felisa hubiera elegido un traje

de novia clásico, pomposo y a capas de tela de un blanco reluciente. Pero miró al frente, le daba igual, aquel traje la definía. Era bonito, pragmático y con clase. Serviría en otras muchas ocasiones, si Dios quería, como en bautizos y comuniones. Era una mujer práctica, y no le importaba lo que otros pensaran sobre ello.

Pasó por su lado, cogida del brazo de su padre, sin dedicarle un segundo, para dejar claro lo poco relevante que era en su vida.

Anduvieron con calma el inmenso pasillo de la iglesia. Como tantos padres e hijas habían hecho en ese mismo lugar. Era un momento único que recordarían siempre. Su padre saludaba con la mirada a los invitados improvisados aquel día. Al final no iba a ser una boda tan modesta como ella había soñado, porque Felisa había tenido tiempo para invitar a sus socios y compromisos al convite. No había querido entrar tampoco en esa batalla.

Por fin lo vio, al final del pasillo. Era él quien importaba. De pie, con las manos cogidas por delante. Estaba nervioso, lo notó por cómo se movía.

Lo miró a los ojos y, por primera vez aquel día, se emocionó, sorprendiéndose por lo inesperado de la carga emocional. No pudo evitar llevarse la mano a la boca, para evitar un sollozo. Se limpió una lágrima rebelde. Sin llorar toda la vida, y con todo el tema de la boda, lo hacía cada dos por tres, lo que resultaba tremendamente inoportuno.

Llegaron hasta el final y su padre saludó al novio con una inclinación de la cabeza. Rómulo la cogió con fortaleza por las manos, y sonrió, igual de emocionado que ella. Sus ojos también lloraban de emoción. La guerra, la separación, tantos momentos que los distanciaron y allí estaban, para prometerse amor eterno, pero también para iniciar un proyecto de vida familiar, donde cabían todos sus sueños.

Pilar no logró seguir la ceremonia litúrgica, su corazón latía desbocado y no podía centrarse. Era como si estuviera en un sueño y las palabras volaban sin sentido, hasta que por fin escuchó lo que tanto anhelaba:

—Yo, Rómulo, te quiero a ti, Pilar, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud

y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Llegó su turno, pero no le salían las palabras y se hizo un silencio inesperado en la iglesia. Sintió vergüenza por no poder pronunciar sus votos con la soltura y decisión que tanto había ensayado.

Tras una larga pausa, animada por la mirada de Rómulo, lo intentó:

—Yo, Pilar —su voz, siempre tan fuerte, se quebró en un filo fino. ¿Por qué ahora delante de tanta gente, vecinos, amigos y enemigos? Pilar se armó de fuerzas. Sonrió a los asistentes para coger impulso y prosiguió— Yo, Pilar, te quiero a ti Rómulo, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Rómulo rio alegre, la abrazó y la elevó por los aires, dándole dos vueltas sobre sí mismo. Por fin, después de tantas peripecias, eran marido y mujer. Para siempre.

Rómulo se acercó a su oído, justo antes de la firma de los dos testigos:

—Y comeremos perdices felices para siempre, en Fuentealbilla, donde siempre has querido vivir. Y nada nos podrá separar, ni siquiera una maldita guerra. Somos infinitos.

Rómulo nunca hacía alusión a la guerra. Era un tema tabú. Así que reconoció la premeditación de aquella promesa, Rómulo quería envejecer a su lado. Pilar lo abrazó, en un alarde de excesiva efusividad, tenía que reconocer que era poco cariñosa, y menos en público:

—Soy tan feliz. ¡Nos hemos casado! ¡Por fin!

Rómulo la cogió en brazos y la besó con amor infinito.

El convite lo había organizado íntegramente su cuñada, en la casa de Rómulo en Fuentealbilla. Había almidonado servilletas y manteles, sacado las mejores cristalerías, bruñido los candelabros de plata y en lo que a Pilar le pareció un exceso derrochador, inundado el patio y mesas con inmensos ramos de flores. La mayoría de las cosas las había hecho traer desde la casa grande, como ella llamaba

a Valdeganga. Por lo visto aquella era la casa pequeña. Siempre tenía que marcar la superioridad de su territorio.

Miró la "pequeña" casa, más del doble de grande que la suya, y eso que la de sus padres era una de las mejores casas de todo el pueblo, por eso se había vendido tan rápido.

En realidad, apenas conocía su nuevo hogar, había estado en ella un puñado de veces, casi siempre en la puerta, puesto que la suya estaba en la manzana siguiente, y siempre quedaban por educación en ella, y, como era lógico, en presencia de sus padres.

Al fin y al cabo, hasta ahora Rómulo había vivido en aquella casa como "soltero", sin otros familiares, así que sólo había estado en su interior, de visita, junto a su madre, para ver el tema de los muebles. Y la verdad, ahora que lo pensaba apenas había prestado atención, y no la recordaba bien por dentro. Sintió una punzada de pena y nostalgia, por tener que dejar la que había sido siempre su casa.

¿Se acostumbraría pronto a vivir allí? Ahora que lo pensaba no estaba muy segura; desde luego, para que eso sucediera, necesitaba que Felisa le dejara espacio. Y hasta ahora se había dedicado a lo contrario, a asfixiarla apretando poco a poco su cuello.

La observó. Estaba claro que no iba a darle fácilmente su hueco en aquella casa, como su señora. Aquel día se estaba esforzando por dejar su huella por encima de la novia.

Allí estaba de pie, en la puerta, recibiendo a los invitados con su impecable vestido malva, hecho a medida, la parte de arriba confeccionada en un suave y apretado tul. Era un atuendo clásico muy favorecedor, tenía que reconocerlo.

De vez en cuando, lanzaba instrucciones al servicio, que por lo que veía, no eran del pueblo. No le sonaba ni una cara. Se arrepintió de no haber estado encima de esos detalles, ya que su servicio y personal de Fuentealbilla no habían tenido opción a acceder a un día tan significativo de jornal, pero hasta ese momento no había caído en ello. No pudo evitar pensar en Juana y Loles, que habían acudido aquella misma mañana a ayudar a la casa, como si nada hubiera cambiado. Había sido un detalle por su parte, sentían un gran respeto por la familia Gabaldón a la que habían servido.

Ya había hablado con Rómulo para contratar a Loles. La necesitaba en su nueva vida, y así iba a ser. Aquello la consoló. Sus padres se irían, y al menos tendría el apoyo de una cara conocida. Sentía afecto por ella y tendría una aliada para lograr aclimatarse a aquella casa que ahora era suya. Aunque no lo sintiera.

Era una situación evidentemente incómoda, pero era la novia, y debía mantener su educación y dignidad. Ya se había enfrentado en el pasado a Felisa con su soberbia, no era necesario hacerlo el día de la boda, por mucho que estuviera deseándolo. Demasiadas afrentas acumuladas en un solo día. Sólo debía tener paciencia. Al fin y al cabo, Felisa partiría esa misma noche y sería ella quien viviría allí. Sintió alivio sin remordimientos al pensar que la perdería de vista por un tiempo. Y agradeció, en silencio, que no tuvieran que vivir todos juntos en Valdeganga. Aunque había estado inicialmente dispuesta a claudicar por Rómulo, sabía que no tenía tanto control sobre su propio carácter y no habría salido bien.

Debía contenerse. Felisa era la hermana de su marido y, por tanto, debía hacer un esfuerzo por mantener la cordialidad, pero tampoco estaba dispuesta a aguantar desplantes gratuitos. Lo que tenía claro es que no podía seguir perdiendo aquel maravilloso día pensando en ella, resultaba absurdo, de alguna forma se estaba arruinando el día a sí misma. Debía focalizarse en disfrutar aquel momento anhelado y dichoso; así que, resolutiva, simplemente se dedicó a alejarse de ella todo lo que pudo entre los invitados. Poner distancia soliviantaba su ánimo.

Tenía que disfrutar, pero no podía evitar culparla de la ausencia de sus padres en el convite. Desde el primer minuto habían dejado claro que no asistirían por la incomodidad que supondría sentarse todos en la misma mesa. Era lógico, y los novios lo habían comprendido. Quería estar feliz, pero le costaba.

Ahora, mientras hablaba con Don Gil, que encima no era su párroco, en presencia de familiares de Rómulo a los que acababa de conocer, flaqueaba su fortaleza. ¿No estaba sola sin sus padres y amigos? ¿Era una novia solitaria? ¿Debía haber prestado más atención al convite y haber intervenido? Don Gil era el consejero de Felisa desde hace años. Prácticamente vivía en la casa de

Valdeganga. No tenía a nadie allí que le resultara familiar. Bueno, no era así, estaba allí la persona que más quería del mundo. Rómulo se acercó a ella y la cogió por la cintura:

—Ya no pienso soltarte en toda la noche.

No me sueltes, por favor, tengo miedo.

Felisa, como ama del castillo y sus habitantes, se acercó a los novios al verlos juntos:

—He preparado con detalle vuestra habitación. La he decorado personalmente para el día de hoy, como mi regalo personal para la pareja.

Pilar la miró. Felisa buscaba redimirse con Rómulo. Saber que la mujer que la odiaba, y deseaba el mal de su familia había decorado su habitación, la inquietó. A buen seguro la alcoba tendría trampas, como alfileres por el suelo. Tenía que cambiarlo todo. Tenía tiempo.

—Muy amable, hermana, ha quedado precioso. He sido testigo de tu esfuerzo estas semanas. Ya verás, ha puesto la cómoda de tus padres, te va a gustar mucho.

A pesar de la amabilidad de aquellas palabras de su marido, sonaban forzadas. Su relación estaba completamente trastocada.

—Muchas gracias, cuñada. Seré muy feliz en esta casa.

Quería dejar claro que ahora eran familia, y que, por ello, se merecía un respeto mínimo. Dudó en si verbalizar aquella manifestación, pero sabía que por educación no podía. Quería decir mucho más de lo que podía. La educación primaba sobre todo.

Miró a Rómulo, que estaba pendiente de ambas. Sabía que aquella situación le incomodaba. Afortunadamente su amigo Agustín los interrumpió:

—¡Queridos novios! ¡Pilar es la novia más guapa que he conocido nunca, después de mi mujer, por supuesto!

Pilar rio avergonzada por tanto cumplido:

—Gracias, Agustín.

Buscó con la mirada a las primas. Sólo las había visto de refilón, y aún no se habían acercado a hablar con ella.

—Me alegra tanto que entres a formar parte de la familia Valentín, desde que mi amigo Rómulo volvió del norte, sólo hablaba de ti. Es como si te conociera desde hace años.

Adelaida se acercó al grupo. Llevaba un vestido rosa, con un chal bordado en los mismos tonos. Se notaba que había hecho un esfuerzo por estar bella. Y lo había logrado.

—Felicidades a los novios, nos alegramos mucho por vosotros.

Parecía sincera. Nunca sabía qué pensar con Adelaida, era la que más dudas le generaba. La nefasta primera vez que fue a Valdeganga, cuando aún era soltera, fue la única que estuvo pendiente de ella. Y si bien no fue excesivamente cálida, tampoco tuvo la actitud agria de Felisa y Bernarda.

Bernarda ni siquiera se había acercado.

Rómulo río.

Se hizo un pequeño silencio. Pilar quiso animar la conversación y preguntó a Agustín, el mejor amigo de su marido, al que apenas conocía:

—¿Te hablaba de mí Rómulo? ¡Si hacía años que no nos veíamos, rompimos mucho antes de la guerra! ¡A mí no me envió ni una carta!

—Hasta ser pesado. Lo sé todo sobre vosotros, desde vuestra primera cita. Las excursiones en coche…

Pilar enrojeció con tantos detalles y miró a su esposo.

—Ya ha quedado claro, amigo. No sigas —Rómulo estaba emocionado, estaba claro cuánto apreciaba a su amigo.

Se dieron un inmenso abrazo. Eran mucho más que amigos, pensó Pilar, era como un hermano, y de hecho era el único amigo de la infancia de Rómulo que había acudido a la boda, aunque en realidad desconocía si había invitado a más. Recordó que Agustín había acudido incluso al campo de concentración para rescatarlo.

Pilar sintió curiosidad por todo lo que había vivido Rómulo durante la guerra, jamás lo mencionaba, ni siquiera los buenos momentos. No quería hablarlo con nadie, ni tampoco con ella. Quizás algún día, lo haría, cuando estuviera preparado. No le extrañaba, era propio de él, evitar todo lo malo. Ya tendrían tiempo para confidencias. A partir de aquel día, estarían siempre juntos, y pasarían muchos días solos, de viaje de novios. Lo estaba deseando.

Le supo mal querer esfumarse de aquel convite. Sin las personas a las que más quería del mundo, sus padres, sólo deseaba que

acabara ya. Estaba sintiendo una lenta agonía en su propia celebración. Solo rezaba para que su cuñada, y primas políticas, recogieran maletas y volvieran a Valdeganga. Era todo lo que quería de regalo de boda. Pero le esperaba una sorpresa.

Rómulo subió a las escaleras con una inmensa sonrisa en los labios y se dirigió feliz a sus invitados. Estaba muy atractivo y seguro de sí mismo:

—Muchas gracias a todos por acompañarnos en un momento tan especial y único. Llevo años soñando con este día, y aún me falta una sorpresa más. Pilar sube aquí conmigo, seguidnos.

Pilar, confusa, subió los escalones, con su precioso vestido color crema, le entallaba la figura y realzaba su belleza. No tenía ni idea de qué tramaba su marido.

—En el salón principal, está esperando mi regalo.

Cogidos de la mano entraron, seguidos de numerosos invitados. Nada más entrar lo vio. En el mismo centro, un precioso piano. Era nuevo. No esperaba un regalo de semejante valor. Se acercó y lo acarició. No había tenido tiempo de volver a tocar.

—¿Te gusta?

Pilar no contestó. Era ahora, o nunca.

Se sentó en el pequeño taburete, levantó la tapa y, sin miedo al tiempo que llevaba sin tocar, sólo por el hecho de romper con aquel miedo, comenzó a mover sus manos. Era una melodía más bien simple, que había aprendido de niña, pero no importaba, mucho mejor no tener que hacer ningún esfuerzo con la lectura de una partitura. Fue una melodía natural, que todos escucharon en silencio. Pilar sintió como si todos los invitados desaparecieran. Sólo estaban ellos dos y el piano.

Rómulo se había quedado de pie, junto a ella, embelesado. Pilar estaba guapísima, se había cambiado el traje de día por uno de noche largo, de color melocotón, y ahora llevaba su larga melena negra suelta sobre los hombros. Le fascinaban aquellos inmensos bucles negros.

Cuando acabó sonrió. Lo había logrado. Había aprendido a llorar y había vuelto a tocar. Se estaba superando a sí misma.

Cenaron sentados en largas mesas corridas. La cena fue larga y notó cansancio, pero era la novia, no podía desaparecer en una casa que no conocía por mucho que lo deseara. Tenía que haberse traído ya a Loles a la casa pero, tras consultarlo con Rómulo, habían optado por esperar a la vuelta del viaje de novios, para que tuviera vacaciones.

—Pilar, pareces muy cansada —Rómulo interrumpió sus pensamientos.

—Sí, es cierto. Me sabe mal. Ha sido un día con muchas emociones, y la ausencia de mis padres me pesa —Rómulo le apretó la mano, transmitiéndole su cariño.

—Por supuesto. Yo me encargo de todo, vete tranquila a descansar.

—¿Cómo voy a irme? ¡Tenemos muchos invitados!

—¡Apenas de tu parte!

Su marido al menos no era ajeno a su inquietud, también se había dado cuenta que la fiesta no había sido organizada precisamente teniendo en cuenta sus sentimientos.

—Aun así, sería de mala educación retirarme.

—Hacemos una cosa, nos esperamos a la tarta. Brindamos, y luego te acompaño a nuestra habitación. Yo mismo he dejado allí tus maletas, las habrán deshecho.

Menuda vergüenza que desconocidos curiosearan entre sus cosas. Tenía un camisón nuevo muy atrevido, y ropa interior que preferiría que nadie viera. Debía haber ido ella misma a deshacerlas, pero había sido un día muy intenso, y ni siquiera se le había pasado por la cabeza. O debía haber insistido en que Loles se incorporara aquel día. Se le cerraban los ojos, no era buena señal, aquella era su noche de bodas. Tenía el camisón satinado esperándola, deseoso de lucirse. No podía esperar más para estar con Rómulo. Cada músculo de él, la atraía. Una simple caricia suya, le erizaba el vello del cuello. Casi podía sentir el deseo y el placer absoluto que supondría tenerlo para ella. Sentirlo dentro.

—Me parece buena idea.

—Yo atenderé y despediré a los invitados, más tarde iré contigo.

Así podría descansar un rato hasta que él volviera.

—Si me duermo, por favor, despiértame. Quiero estar contigo cuando vuelvas.

Pilar quiso dejar claras sus intenciones.

—Me sabe mal si estás tan cansada, tenemos muchos días por delante solos.

—Más te vale que me despiertes.

Rómulo rio, azorado.

—¡Tus deseos son órdenes! ¡Marchando una noche apasionada de bodas!

Pilar rio divertida y lo besó. No con un beso ligero, sino con uno largo y profundo. Se hizo el silencio en la mesa, y pudo ver a Felisa con una mirada de indignación, le dio igual.

Rómulo aprovechó el silencio, para levantarse, copa en mano para brindar:

—Por el amor de mi vida. Porque lo bueno de verdad, se hace de rogar. Te quiero y estoy deseando formar una familia contigo.

Los invitados aplaudieron y brindaron contentos.

CAPÍTULO VIGÉSIMO:

"En la guerra no había chocolate"



Andalucía, julio de 1941.

Y allí estaba ella, de viaje de novios por Andalucía. Si le hubieran dicho que estaba en otro país, lo hubiera creído. Todo a su alrededor era diferente: la luz, el acento de las personas y los colores. Sentía un aire de exotismo que la embriagaba.

—¿No es todo muy pintoresco? ¡La gente incluso habla muy raro, a veces no los entiendo!

Rómulo se llevó una mano a la cabeza:

—Si crees que esto es diferente, y estamos solo en el sur, madre mía, Pilar, cuando visitemos Francia, o África. ¡Si estamos en el mismo país!

Pilar se paró a pensar. Estaban en un pequeño parque, rodeado de pequeños naranjos y se oía una fuente cerca. Hacía tanto calor que le preocupaba estar sudando el vestido nuevo, no sería apropiado y se moriría de la vergüenza. Y desde que se había casado, prestaba mucha atención a esos pequeños detalles. Se sentía más sofisticada y madura. Llevaba una preciosa falda plisada azul marino, con una blusa blanca a juego, con grandes botones de la misma tela de la falda. Lo había comprado en un almacén de confecciones en Sevilla.

Había descubierto un gran placer en ir de compras, se había dado cuenta de que jamás había elegido nada sola, siempre estaba su madre con ella. Era algo que no se esperaba, siempre le había

parecido frívolo gastar mucho dinero en ropa. Pero ahora estaba allí, empeñada en comprarse una cesta que le sirviera de bolso en verano.

Había visto a muchas mujeres de la zona con ese tipo de bolso, y se estaba volviendo loca para encontrarlo.

—¿Tú crees que viajaremos a esos sitios tan lejanos algún día? Lo veo imposible…

Rómulo pegó un ágil salto sobre un adoquín, y giraron una esquina.

—¡Por fin, una terraza! ¡Necesito una bebida bien fría!

—Aún no hemos encontrado el bolso que quiero.

—Hay que ver, al principio tenía que obligarte a comprar y ahora no hay quien te pare.

Pilar hizo un mohín, no tenía muy claro si era un reproche.

Se sentaron en una pequeña mesa a la sombra de un toldo amarillo.

—Pues sí, estoy segurísimo de que viajaremos juntos a sitios inimaginables. Tenemos toda la vida para conocer el mundo entero. Podríamos empezar marcándonos unos objetivos. ¿Qué te parece visitar un país de cada continente en los próximos…? No sé, diez años.

Pilar dejó su bolso en una silla desocupada. Era horrible, pero era de un color neutro que funcionaba con cada prenda.

—¿Visitar cada continente? ¿América también? —Pilar no lo dijo muy convencida. Nunca sabía cuándo su marido bromeaba. A lo mejor estaba hablando en serio.

—Por supuesto, especialmente América. ¡Si nos gusta incluso podríamos llegar a vivir allí! ¡Podríamos vivir en Estados Unidos! —Pilar soltó una risita nerviosa, con lo que le había costado salir del pueblo.

Un camarero acudió a tomarles nota.

—Yo nunca he subido en avión y, la verdad, no creo que sea capaz. No sé, me da mucho miedo. Hay tantas cosas que ver en España y que no conozco, que no entiendo por qué irnos tan lejos —Rómulo sonrió. A Pilar los cambios, en un principio, la asustaban, pero sólo era una reacción inicial.

—Tranquila, iremos juntos. Da más miedo la idea de volar, que el hecho de volar. Una vez subes, dentro del avión, nada se mueve. No es como ir en barco.

Pilar apuró su chocolate. Había decidido, que, ya que estaba de viaje de novios, disfrutaría. Comería todo el chocolate que quisiera sin remordimiento alguno. Quitó unas miguitas del bizcocho de naranja.

—¿Cómo puedes haber pedido un chocolate, con cuarenta grados de temperatura? Lo lógico sería pedir algo frío.

Con la mano señaló su cerveza helada.

—En la guerra no había chocolate. Lo eché mucho de menos. Me gusta que hagamos planes juntos, hasta lo de viajar, suena emocionante. Tengo la sensación de que todo es posible a tu lado.

Rómulo pasaba de la guerra. Ni detenerse un segundo.

—¡Cariño, esto no ha hecho más que empezar!

Pilar se alegró, y no pudo evitar preguntar algo que llevaba días dando vueltas por su cabeza:

—¿Rómulo? ¿Te gustaría tener hijos pronto?

Su marido sonrió, alegre, por la pregunta.

—¡Cuando tú quieras! ¡Yo ya estoy preparado!

Rómulo le cogió la mano por encima de la mesa. Y acercó su silla. Le dio un apasionado beso en la boca. Pilar se lo devolvió.

—Esta noche, aprovechando que volvemos a Sevilla, vamos a ir a una cena espectáculo con flamenco. Vamos a pasarlo genial.

—Es una pena que el viaje esté acabando. Lo hemos pasado tan bien. De un lado al otro, mapa en mano. No sé si quiero volver.

—Serás igual de feliz en casa. Además, prometo que viajaremos juntos cada año, por lo menos dos veces.

Pilar se alegró, sus prioridades habían cambiado:

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Tengo tantos sitios que enseñarte… ¿Y sabes cuál va a ser nuestro próximo viaje?

—¡No! ¡Sorpréndeme!

—Las playas de Portugal.

—¿Portugal? —Pilar intentó recordar información sobre Portugal— Prácticamente no sé nada del país vecino. Me da un poco de

vergüenza confesarlo. Tenía que haber estudiado más de pequeña.

—¡Te encantará! ¿Y sabes lo mejor?

—¿El qué? —Rómulo le dio un suave beso en la boca.

—Que podemos ir en coche, no hace falta avión.

Pilar rio, aliviada:

—Mucho mejor, no pensaba subirme en uno.

—Hombre, algún día tendrás que hacerlo. ¿Cómo vamos a llegar hasta América si no?

Pilar pensó.

—Pues en barco, antiguamente se hacía así, no hace falta ser tan modernos. Aún habrá barcos que hagan el trayecto.

—Alguno habrá, pero creo que eres la única que quiere hacer un viaje de horas, en doce días náuticos, inclemencias incluidas. Son muchos días, mareados en un camarote. No te lo recomiendo.

Pilar pensó en que lo mucho que se mareaba, sobre todo los trayectos largos en coche y claudicó:

—Está bien, algún día iré en avión, pero más adelante. Si es contigo, me atrevo, iría hasta el fin del mundo.

Sevilla era una ciudad preciosa, con el río Guadalquivir atravesando su corazón, sus iglesias y jardines. Sin atisbo de dudas, era su ciudad preferida en el mundo, a falta de conocer otras muchas otras, Pilar jamás olvidaría aquel viaje.

En algunos puntos, le recordaba curiosamente a Valencia, pero Pilar tampoco conocía muchas ciudades más, como para poder comparar. El río, los cítricos, los jardines, y algunas construcciones, le recordaban a la ciudad que ahora era el hogar de sus padres. Los echaba de menos. Era el único punto negativo de estar casada, pero Rómulo estaba siempre pendiente de ella, haciendo que se sintiera el centro de aquella pequeña familia en construcción, por eso estaba deseando ampliarla. Desde que sacó a relucir el tema de los niños, Rómulo lo comentaba constantemente, sin control alguno. Le había quedado muy claro las ganas que tenía de ser padre.

No pudo evitar preguntarse qué tal estarían sus padres en su nueva vida. Esa tarde les escribiría desde el hotel y les enviaría una

de las postales de la Giralda que habían comprado, como buenos turistas, aquella misma mañana.

Sus padres habían vivido toda la vida en el pueblo, y cambiar a una gran ciudad, debía de haber supuesto para ellos un gran cambio. Eso, sin contar que su padre debía acostumbrarse a un trabajo de fábrica, tras pasarse años como alcalde, preocupándose exclusivamente por sus vecinos. Si lo estaban pasando mal, ella no lo sabría hasta que los visitaran o vinieran al pueblo, sus padres jamás le trasladarían una situación negativa, por muy relevante que fuera, si podían evitarlo.

Decidió que a la vuelta del viaje les haría una visita, esa era la única forma de asegurarse de su situación. En sus cartas, parecían incluso optimistas, tenían muchos amigos en Valencia. Pilar no sabía bien qué pensar. La vida en una ciudad era muy distinta a la del pueblo. Con el viaje de novios se estaba dando cuenta de que, muchos de sus miedos y prejuicios, eran algo exagerados. Pilar siempre había tenido miedo a vivir fuera de Fuentealbilla. La mera idea le había producido un completo rechazo hasta ahora, cuando se estaba dando cuenta de que sus ideas eran algo absurdas y anticuadas.

Observó a la gente a su alrededor, parecían felices, con sus charlas animosas, y sus paseos por el borde del río. En las ciudades había una vida social y cultural más amplia, con sus tiendas, almacenes, cines, teatros y exposiciones. Por primera vez, entendió a sus amigos del pueblo, porque prácticamente todos habían apostado por una vida urbanita, donde tenían muchas más oportunidades.

Al final todo se reducía a algo simple, el miedo a lo desconocido. El miedo le había creado muchos prejuicios internos, pero se sentía feliz de poder afrontarlos. Hasta ahora para ella el mundo se reducía a una pequeña nuez, y lo correcto y confortable estaba en su interior. Pero no era así, había cientos de millones de nueces, y descubrir aquello había supuesto una inflexión para ella. No todo el mundo era capaz de entenderlo, ni aunque lo vieran como ella con sus propios ojos.

Pero es que todo resultaba más sencillo con Rómulo a su lado.

Nunca en su vida se había sentido así, ni siquiera de novios, su sola presencia allí, a su lado, le producía una sensación muy extraña, difícil de definir, se sentía entre confusa y constantemente alterada. Confusión, porque su mente saltaba, inquieta, de un lado a otro, como cuando era pequeña y no lograba centrarse en algo mucho tiempo.

Sólo deseaba volver al hotel para sumergirse entre sus abrazos. Esa alteración y nerviosismo constantes, que creía que pasarían tras la noche de la boda, sólo se incrementaban con cada mirada y abrazo, como si tuviera ascuas en su interior y sólo hiciera falta una leve e inocente brisa para incendiarla por completo, excitación constante.

La presencia de su marido a su lado, incluso ahora, charlando sobre nimiedades mientras paseaban sin rumbo, la aturdía. Lo quería tanto, que sentía que aquel momento, tan feliz, la abrumaba. ¿Se acostumbraría algún día a su presencia o siempre estaría nerviosa cuando lo tuviera cerca?

Le encantaba verlo dormir. De hecho, no lograba conciliar el sueño hasta que se aseguraba que estaba profundamente dormido. Se sentía guardiana de sus sueños. Le llamaba especialmente la atención cuando tenía pesadillas. Eran muy fuertes, chillaba y se tambaleaba, asustándola. Una vez intentó despertarlo, pero recibió un manotazo, así que no lo volvió a intentar. ¿Cómo un hombre que era siempre feliz podía albergar semejantes sueños violentos?

Su amor mutuo era tan grande, que Pilar ya no temía a su cuñada, ni sus celos. Desde el principio Rómulo le había dejado claro que eran mucho más que un matrimonio al uso, eran un frente unido entre el que nada podría entrometerse. Habían luchado mucho por estar juntos, y era justamente por eso, porque no había sido fácil, por lo que valoraban cada segundo que pasaban el uno al lado del otro.

Besos en cada esquina. Caricias por debajo de la mesa. Miradas profundas.

Aquel maravilloso viaje tocaba a su fin, aunque aún les quedaba una semana de viaje, en la que irían un poco más al sur, a la costa.

Se moría de ganas por estar al sol, y bañar sus pies en la mar cogida de su mano. No necesitaban más; sólo el uno al otro.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO:

"Un suspiro de felicidad"



Andalucía, agosto de 1941.

Los pocos días que quedaban pasaron en un suspiro de felicidad. Pilar por fin sintió que Rómulo ya no la aturdía tanto, aunque el fuego estaba siempre presente. Menos mal, porque no podía vivir en constante alteración. Al fin y al cabo, nadie jamás le había hablado del contraste que suponía compartir intimidad con una persona. Pasar de vivir con sus padres, a compartir el cuarto de baño de un hotel con Rómulo había sido una experiencia curiosa. Ella siempre cerraba la puerta, para mantener la distancia y la magia, intentaba asearse y vestirse rápido por las mañanas, antes de que él se levantara, pero Rómulo siempre se reía de ella, porque decía que todo aquello era absurdo. Le decía constantemente lo guapa que estaba, daba igual lo que llevara puesto, sentía su admiración y su amor. Pero, algo estaba cambiando, se miró en el espejo poniéndose de puntillas, su cintura se había hinchado, y bastante. Era cierto que había comido de más en la luna de miel. Sin duda, el pescadito rebozado con harina de garbanzo había sido un gran descubrimiento. A ella nunca le había gustado mucho el pescado, y en su casa rara vez se comía. Un mundo enorme se abría ante ella, y no era tan feroz, ni tan atroz. Seguramente eran secuelas de la guerra, al final, a todos les había afectado, por mucho que lo ocultaran. Se sentía una persona nueva, con gustos nuevos, ropa nueva, y familia nueva… Aun así, notaba algo raro que estaba cambiando en su interior. Una sospecha anidó en su mente, pero la

rechazó, inmediatamente. Era demasiado pronto para estar embarazada, sólo llevaban unas semanas casados, y aún no habían regresado a su futuro hogar. Pero estaban a punto de hacerlo. Pilar empezó a doblar ropa y vestidos, para meterlos en su maleta. Y pronto se dio cuenta de que era imposible, habían comprado en exceso aquellos últimos días.

—¡Rómulo! ¿Podrías ir a intentar comprar alguna bolsa de viaje o algo similar? ¡No nos cabe todo lo que hemos comprado!

—Pero si empezamos el viaje con tres maletas. Dos tuyas, y una mía. ¡Y ya tenemos cinco!

Rómulo miraba, atónito, toda la ropa esparcida por los muebles.

—¡Pero si ese vestido rosa, ése, ni siquiera te lo has puesto!

Pilar miró donde señalaba Rómulo:

—Lo eligió mi madre, no me gusta nada. ¡Es feísimo!

—Pues deshazte de él. Di que lo hemos perdido, pero no es necesario cargarlo por todo el país.

—¡Hombre! ¡Ni hablar! Nunca se sabe, la ropa no se tira.

Rómulo se rascó la cabeza:

—Está bien, voy a buscar una maleta o bolsa, a ver qué encuentro. Y de paso dejo la habitación pagada.

Pilar pensó que justamente ese vestido rosa, que su madre había elegido, era de cintura amplia, por eso no le gustaba, ya que no le favorecía, ni resaltaba su cuerpo. Pero quizás en breve le sería útil. Sintió un temblor de euforia, sólo por pensar en la idea de estar embarazada y llevar un ser vivo dentro de ella. ¿Podría ser? La idea era tan precipitada, que se sintió abrumada. Sabía que Rómulo se pondría como loco de alegría al saberlo, así que esperaría a que un médico confirmara oficialmente sus sospechas para no darle esperanzas infundadas.

Por otro lado, no era aún un momento propicio, si el bebé se adelantaba, correrían las habladurías. El cotilleo más suculento y qué más daño podía hacer a una pareja recién casada. Volver encinta del viaje de novios era un riesgo para cualquier pareja recién casada, y lo sabía por experiencia. Siempre se oían comentarios malintencionados al respecto cuando esto sucedía, y el futuro bebé quedaba marcado de por vida con la sospecha. Ahora que lo

pensaba, era muy injusto hacer pasar por eso a una pareja que se acababa de formar. Así que lo mejor era esperar, al menos, dos meses, para confirmarlo y comunicarlo a las familias. Y más tiempo aún, para el conocimiento del resto de conocidos y vecinos.

Quizás estaba haciendo castillos en el aire y, simplemente, había engordado de felicidad. Se tocó la barriga, quizás sólo estaba levemente hinchada; Rómulo, de hecho, no había notado nada. Era plausible.

Volvieron del viaje en el coche de Rómulo, prácticamente habían recorrido la parte inferior de la península de forma errática. El viaje de vuelta se estaba eternizando. A la ida, como hicieron distintas paradas y rutas, pasando una noche aquí, dos por allá, se le había pasado volando con la emoción de una aventura sin rumbo definido. Pero en ese momento, con tantas horas metidos en el coche de golpe, a Pilar se le estaba haciendo muy pesado y sentía ansias por llegar hasta Fuentealbilla, para poder vivir por fin en su nuevo hogar. En realidad, sólo había pasado unas pocas noches tras la boda, no lo suficiente como para haber sentido ninguna afinidad con la nueva casa.

Rómulo había sido muy considerado con ella, y en todo momento había intentado ayudar a sus padres, tanto con la venta de la casa, como ofreciéndoles su casa, demostrando que no estaba de acuerdo con lo que había hecho su hermana. La forma natural con la que trataba a sus suegros había aumentado su admiración por su nuevo marido. Había sido muy considerado, tras la boda, al entender el cambio de vida que suponía para ella, la venta de su hogar familiar, la partida de sus padres y su nueva situación como mujer casada.

Era el momento de volver a su querido pueblo, pero a un nuevo comienzo, y se le habían ocurrido un montón de ideas para su nuevo hogar. Aún tenía almacenados los muebles de casa de sus padres, y sabía exactamente dónde iba a poner cada uno de ellos, ya que hasta la fecha sólo había logrado colocar dos. Y uno de ellos, la cómoda del cuarto, lo había hecho Felisa. No era una labor fácil, porque ambas casas tenían muchos muebles, así que lo mejor sería comenzar por deshacerse de todos los muebles que no eran de su

agrado, para hacer hueco a los que había seleccionado que yacían amontonados en el almacén trasero de la casa.

Tantos proyectos le entusiasmaban, con el viaje se había dado cuenta de que los cambios, producían una gran liberación interna cuando se aceptaban con ilusión. No tenía que ser tan tozuda al respecto. Aquellos meses juntos, viajando sin rumbo, habían supuesto un cambio para su carácter. Era obvio, ahora era más abierta y cariñosa, y lo que en otro momento se le hubiera hecho una montaña, ahora le insuflaba el ánimo.

Miró a su amado conduciendo, tan relajado, disfrutando del camino, tarareando una canción mientras le iba señalando distintos puntos del camino:

—Mira, querida, por allí se va a Baeza, tiene un castillo. Algún día debemos parar a visitarlo. Yo tampoco lo conozco. Si quisiéramos hacerlo, habría que desviarse un trecho largo…

—No podemos para cada hora en un sitio, Rómulo, llegaríamos el año que viene… —Pilar rio.

—¡Te recuerdo que no querías que acabara el viaje! ¿Acaso sería tan malo prolongar este viaje? —Rómulo se giró a mirarla, insinuante. Y ella, sonrió.

Rómulo tuvo una idea. Miró por el retrovisor, y como no había nadie en la carretera, paró en seco. Pilar miró a su alrededor.

—¿Pero por qué paras? ¿Le sucede algo al coche?

—Por esto.

Rómulo se inclinó hacia ella y la besó. No era un beso de pasión, ávido, de esos que se daban cada noche, sino un beso más amplio, de amor incondicional y pausado. Un beso de seguridad que la hizo sentir como si fuera la persona más afortunada del mundo.

El amor lo abarca todo, como una inmensa y cálida manta. Pilar era más feliz de lo que hubiera imaginado en sus mejores sueños. Pensar que podía haberle sucedido cualquier cosa en la guerra, y que no hubieran podido tener aquel desenlace feliz, la aturdía. ¿Acaso vivía un sueño?

Sintió que allí parados, en mitad de los campos de trigo, era un momento propicio para confidencias. Se arriesgaba, era consciente,

ya que le faltaba confirmación médica, pero era tal su alegría que no pudo evitarlo:

—Rómulo, quiero decirte algo, son sólo sospechas, no quiero que te emociones, que te conozco. Y que luego nos llevemos un disgusto. Somos ahora tan felices, que no quiero estropearlo.

Rómulo la cogió de la mano, por encima del cambio de marchas.

—Cuéntame. No pasa nada. No hay nada que pueda estropearlo.

Estaban parados en mitad de una larga carretera.

—Creo, creo… Creo que estoy embarazada.

A Rómulo casi se le salen las cuencas de los ojos.

—¿Un bebé? ¡Tan rápido! ¡Qué alegría! ¡Es que nuestro amor es tan fuerte!

Y Rómulo empezó a reír. La abrazó y luego, riendo, salió del coche. Pasó por la parte delantera del vehículo y se puso a bailar por en medio de la calzada.

Pilar lo observó atónita. No esperaba tal euforia.

—Pero ¿qué haces?

Pilar sacó la cabeza por la ventana.

—Vuelve a entrar, por favor, es peligroso. ¿Y si viene un coche por detrás a gran velocidad? ¡Se van a creer que estamos locos!

—Estamos locos, pero de felicidad.

Rómulo se dirigió a su puerta y la abrió:

—Madame, ¿me concede este baile?

Pilar rio nerviosa.

—Venga, si por esta carretera no pasa nadie. No tengas miedo. Tenemos que celebrarlo. Es increíble.

Pilar salió arrastrada por la mano de Rómulo.

Y bailaron. Bailaron pegados y abrazados, mientras Rómulo tarareaba un vals. Pilar abrazó con fuerza a su marido, como si pudiera desaparecer en cualquier momento. Dieron varias vueltas hacia un lado, llegando hasta el campo. Y emocionados, se besaron, entre amapolas y matas secas de arbustos.

—¡Vamos a ser padres! ¡Lo que voy a mimar a este bebé! ¡Todo lo que voy a consentir!

Rómulo acarició su barriga.

—¡Ya estamos Rómulo! Eso no puede ser, habrá que educar digo yo, para que no salga remilgado.

—Que salga como quiera salir, que su padre va a estar siempre para mimarlo y protegerlo.

—Y su madre, para reñirlo, ya me lo estoy viendo. Somos el blanco y el negro.

Los dos rieron apoyados y se apoyaron en el capó del coche. Ojalá aquel momento pudiera embotellarse para guardarlo a buen recaudo. La cara de Rómulo era pura emoción, sus ojos brillaban, e incluso notaba un suave temblor, por la emoción, en su mano.

—Continuemos, tenemos mucho que hacer en Fuentealbilla. Se nos junta la faena. ¡Habrá que preparar el cuarto del niño! ¡Y llamar al médico!

—Pero por ese orden no, primero hay que llamar al médico, Rómulo, no vaya a ser que me haya equivocado y todo salga mal…

—Tú siempre tan positiva, amor. ¡Pues claro que todo va a ir bien! ¡Nos lo merecemos!

—¡Qué pena que Don Isabelino ya no esté en el pueblo! ¡Era un buen médico!

—No como su hijo… ¿Cómo se llamaba tu novio médico?

Pilar levantó las cejas, incómoda:

—Arturo, y no era mi novio. ¿Acaso estás celoso?

—No. Eres mía.

A lo lejos apareció un tractor verde.

—Subamos, tenemos mucho que planificar.

Volvieron a subir con presteza al coche, cada uno con sus anhelos. Rómulo arrancó el coche, deseoso de llegar a casa para confirmar la buena nueva. Ahora sí era el momento de poner punto final a aquel maravilloso viaje, y volver a poner la cabeza en sus negocios. Tenía sentido.

Había dejado como siempre sus asuntos a buen recaudo, en manos de Juanico, dándole indicaciones de que molestara lo mínimo a su hermana. Su trato con ella no pasaba por un buen momento. Aun así, temía lo que hubiera pasado con los pedidos de la fábrica de mantas, seguramente su hermana se había involucrado, para evitar que vendiera a crédito, ni siquiera a los grandes proveedores

de la ciudad. Pero no era su plan, pensaba dejar más mano ancha a sus clientes, ahora que la situación económica había mejorado.

Había cerrado un gran acuerdo antes del viaje, en el que, en diez almacenes de España, les pagarían por las ventas efectivas a los cuatro meses, o en su caso, devolverían el stock si no se habían vendido las piezas. Esperaba que Juanico hubiera podido hacer los envíos, siguiendo sus instrucciones sin intromisiones de Elisa. No quería un disgusto a la vuelta, con lo feliz que era...

Su hermana, tras la guerra, se había vuelto muy conservadora, apenas la reconocía, pero lo más llamativo era que antes era más osada con los negocios, solía animarlo siempre, por muy descabellado que fuera el plan. Ahora, todo lo contrario. Incluso quería invertir más en terrenos de cultivo, y ganado; justo lo contrario que él, que quería centrarse únicamente en el ámbito industrial. Sabía que era cuestión de tiempo que chocaran, cual trenes en sentido contrario, pero creía firmemente que había margen para que su hermana cambiara. Felisa había sufrido mucho los años de la guerra, podía no sólo sentirlo, sino verlo, porque su físico también había cambiado. Su hermana había sido siempre una mujer bella y elegante, pero ahora su rostro se había afilado, y su delgadez era preocupante. Apenas sonreía. Y desde luego aún no la había perdonado por lo de su suegro. Se hablaban, pero había entre ellos mucha frialdad. Era algo que también quería arreglar, a su vuelta. Felisa tenía que aceptar que se había casado con Pilar, y que debía respetarlo, seguro que conseguiría llegar a un punto de entendimiento con ella.

No había hablado sobre ello con su mujer. No quería convertir aquella preocupación en un gran problema, y sabía cuánto le afectaba aquel tema a Pilar. Pero era lo único que ensombrecía un poco la vuelta a casa. Y no podía dejar que aquello sucediera, y menos con un hijo o hija en camino. Sonrió sólo por poder pensar en el sexo del bebé, ambas opciones lo emocionaban.

—Rómulo, hasta que no lo confirme el médico, y pasen unos meses, por favor, no digamos nada a nadie, seamos discretos.

Rómulo la miró como si fuera un elefante.

—Bueno, pero a la familia al menos, sí. ¿No? ¡Estoy deseando contárselo!

—No, ni se te ocurra. La familia serán los primeros, pero aún no.

—Lo intentaré… —Su marido no lo dijo muy convencido. Le costaba mantener en secreto las buenas nuevas, era muy efusivo.

—¡No tenía que habértelo dicho! ¡Nos sabes guardar un secreto!

—Vale, vale. No te enfades, no lo contaré… aún.

Pilar refunfuñó. Pero se le pasó enseguida, con el parloteo de su marido, tenían mucho de qué hablar en las horas que les quedaban de viaje, ya nada sería igual.

La buena nueva se confirmó, Pilar estaba embarazada. Había ido el médico de Casas Ibañez, D. Avelino Pardo, al que no conocían, pero había resultado ser, a pesar de su juventud, profesional y atento. En Fuentealbilla, desde la jubilación de D. Isabelino, no había ninguno.

Se sintió tremendamente aliviada con la confirmación de la noticia, porque lo contrario, era haber engordado demasiado en el viaje. Su ropa era tan entallada, que había tenido que encargar otra. Como sabía que iba a engordar mucho más, pidió en previsión que le hicieran varias batas amplias para estar por casa, pero que no parecieran pijamas. Buscó preciosas telas de flores, y de estampados alegres. Nunca había llevado algo así, pero le pareció que sería práctico y cómodo, a la par que favorecedor. Luego, aparte, había encargado dos vestidos de diario, y uno de domingo, que tuvieran una cintura amplia que pudieran ir sacando conforme fueran pasando los meses.

Una de sus vecinas de la plaza, Doña Adelina, que la conocía desde pequeña, le regaló dos preciosos jerséis de recién nacido que ella misma había tejido, y Pilar le pidió que le enseñara a confeccionarlos ella misma.

Le encantó tejer, descubrió un mundo nuevo entre las inmensas agujas, y según su improvisada profesora, Doña Adelina, no se le daba nada mal. Y pasaron así rápidamente los meses, entretenida con sus nuevos quehaceres. Estaba muy satisfecha con su hogar, aunque debía reconocer que le había costado hacerlo suyo. No sólo

se deshizo de la mayor parte de los muebles anteriores, sino que además de los de sus padres, había encargado a medida alguno más. Había hecho cortinas nuevas, y tapizado sofás y sillones. Le había dado su toque personal a cada cuarto a pesar del cansancio que sentía por el embarazo.

Su vida era tranquila, y su entorno, reducido. Doña Adelina se estaba convirtiendo en un referente de confianza para ella. De alguna forma había pasado a ocupar la ausencia de su madre, a la que echaba tanto de menos. Afortunadamente, con la ayuda de Loles, había podido hacerse con la casa sin mayor problema.

Felisa apenas los visitaba y eso que se había alegrado con la buena nueva del embarazo. Iba cada dos semanas, con las primas, de visita. Y algunas veces, no pocas, mandaba nota para excusar su ausencia, motivada por la gran carga de trabajo que asumía en Valdeganga.

La relación entre todos había mejorado, sin llegar a normalizarse. A lo mejor nunca podía llegar a ser la que su marido soñaba que tuvieran, pero era bastante más llevadera de lo que pensaba al inicio de su matrimonio. Sabía que tenía que dar un paso adelante en su tolerancia hacia su familia política, y se podía decir que estaba en ello.

Rómulo estaba muy contento con los progresos que habían hecho entre todos para llegar a aquella cordialidad, y había podido volver a volcarse en sus empresas como al principio. Viajaba bastante, pero a Pilar no le importaba. Aunque le echaba siempre de menos, sabía lo importante que era para él su trabajo. Y más ahora que iban a tener un hijo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO:

"Haz un doble nudo"



Fuentealbilla, marzo de 1942.

Su barriga había crecido tanto que apenas se veía la punta de los pies. Le dolía muchísimo la espalda, llevaba varias semanas con contracciones y no debía quedar mucho para dar a luz. No sabía bien si se había quedado embarazada en el viaje de novios, o en la misma noche de bodas, pero por las contracciones que ya tenía diría que lo segundo. O quizás era que el bebé quería adelantarse. Más o menos estaba ya de ocho meses. El embarazo no había sido el paseo en barca que siempre había imaginado. Especialmente ese último tramo, se estaba haciendo insoportable.

Doña Adelina pasaba cada tarde a la casa a supervisar a su alumna, que era ya una gran tejedora, y de paso, merendar con ella. Pilar agradeció su presencia aquella tarde en que se encontraba especialmente mal, echaba mucho de menos a su madre, y más con el terror que se sentía por el parto y dar a luz. Tenía pesadillas cada noche y le costaba mucho dormirse. Las noches se hacían eternas, y no encontraba nunca la postura adecuada.

Doña Adelina sabía mucho al respecto de partos, tras once hijos, y veintidós nietos. La pobre se pasaba el día tejiendo y confeccionando ropa para todos, eran tantos nietos que ni siquiera recordaba todos los nombres. Como costurera y tejedora había conseguido ser útil para los suyos, así cuando la visitaban, lo tenía todo organizado para regalar por tamaños. La mujer vivía sola, pues llevaba viuda desde los cincuenta años. En su juventud, había sido la

partera más reconocida de toda la zona. Se notaba que era una mujer vigorosa, a pesar de su edad, acostumbrada a tirar del carro y a trabajar. Su compañía era tan tranquilizadora que resultaba una bendición para ella, eran mucho más que vecinas.

—Haz un doble nudo ahí, Pilar.

La mujer le señaló un punto con el dedo.

—¿Así?

Pilar, con gran habilidad, remató la línea.

—Perfecto.

Pilar pegó un pequeño salto mientras se quejaba.

—¡Ais! —Y se levantó de la butaca.

—¿Tienes mucha presión en la parte inferior de la barriga?

—Mucha, es un dolor muy intenso, hay posiciones que no puedo. Y me despierto cada noche.

—Ya falta poco. Es normal. Sé mucho, no sé los años que fui partera en toda la comarca, cuando no había médicos por aquí. ¡Ellos qué sabrán de mujeres y partos!

Adelina era muy suspicaz hacia los médicos, sentía que se habían entrometido en su profesión sin valorar sus conocimientos.

—Sí, unas pocas semanas y habrá nacido, ha dicho el médico Don Avelino. Doy gracias, cada día, por tener a mi lado alguien que sepa tanto como tú, tengo que confesarte que estoy aterrada. Pueden pasar tantas cosas malas, y el dolor ese día… ¿Es insoportable verdad?

No pretendía ser agorera pero no lo podía evitar.

—Duele, sí. Pero no te acordarás apenas luego, cuando tengas a tu hijo o hija, en brazos. La naturaleza es sabia.

—Pero las mujeres mueren en los partos, es algo que sucede.

Adelina la observó, tenía tantas historias a su alcance con un aciago final, pero no era lo que debía contestar, ahora Pilar sólo necesitaba seguridad.

—Todo irá bien. Intenta estar tranquila, ya sólo eso, por todo lo que sé, influye en el momento. Serenidad y tranquilidad.

Las dos estaban sentadas en una preciosa salita que daba a un pequeño jardín trasero. Era la estancia preferida de Pilar. La había decorado con los sofás del antiguo salón de sus padres, así que era

como estar en la casa en la que se había criado. De un color azul adamascado, le daban un toque muy elegante, situados frente a la gran ventana. Desde allí podían verse todas las plantas que tanto mimaba Pilar.

Lo cierto era que su nueva casa era preciosa, grande y moderna. Rómulo había tenido muy buen gusto, en su día, al construirla y lo agradecía. Al contrario que la casa de sus padres, ésta tenía mucha luz y amplias alcobas, con varios pequeños salones. Había incluso un ala entera para el servicio, con tres cuartos, e incluso una elegante y amplia sala de estar, para cuando se ampliara la familia. Tenía una salita destinada exclusivamente a su piano, donde pasaba varias horas al día. Había mejorado mucho desde su boda, había comprado partituras nuevas, y recibido incluso clases de un profesor, pianista profesional al que Rómulo había contratado por medio de un socio comercial en Madrid. Había venido ya en tres ocasiones al pueblo, y se había hospedado con ellos. Había sido un detalle precioso por parte de su marido. Ahora sentía que sus manos eran más libres, como si hasta ese momento hubieran estado retenidas con pegamento. Su técnica había mejorado tanto que había llegado a sorprender a su profesor, Ricardo Sanz, tanto como para invitarla en un futuro a un recital en la capital. Nunca había estado en Madrid, y la idea había aumentado su orgullo en sí misma, a veces sentía el fracaso por no tener estudios superiores. Pero no era el momento. Sabía que ser madre iba a cambiar sus prioridades, tenía el ejemplo de una buena madre, y sólo deseaba poder estar a su altura.

Sus padres, si todo iba bien, vendrían para el nacimiento. Tenían un cuarto con un baño asignado, sólo para ellos, donde podían dejar incluso sus cosas, durante todo el año. Rómulo les había hecho sentir como en su propia casa y ya habían ido de visita en varias ocasiones. Estaba deseando que llegaran.

—¿Y tu marido, no viene hoy a comer?

—No, últimamente está teniendo mucho trabajo. Tengo que ser agradecida, porque, aunque lo echo de menos, es bueno para nosotros. Además, está adelantando faena para cuando nazca le bebe.

—Sí, claro que lo es. Es un buen hombre, has tenido mucha suerte, te puedo asegurar que la mayoría no se preocupan tanto por estas cosas, y mucho menos por reservarse tiempo para estar con un bebé recién nacido. Bueno, voy a dejarte ya, se está haciendo muy tarde.

—¿Vendrás mañana?

Se tuteaban desde el principio, ya que Adelina conocía a Pilar desde que nació, aunque nunca habían tenido una relación tan cercana hasta que se mudó a casa de Rómulo.

Loles entró en la habitación para cerciorarse de que no necesitaban nada, siempre estaba pendiente de sus necesidades y estaba deseando que naciera el bebé para cuidarlo.

Adelina miró a la joven embarazada. Estaba claro que la necesitaba, y aquello la enterneció.

—Claro, Pilar. Y te traeré mañana mi famoso bizcocho.

—¿Algún día me darás la receta?

—¡Nunca! Me llevaré el secreto a la tumba.

Pilar hizo un mohín de fingido disgusto, el bizcocho de limón de su vecina era el mejor de todo el pueblo. Y tenía un sabor y una textura, tan distintos del resto, que lo hacía único. Además, se mantenía durante varios días casi como recién hecho. La receta era tan secreta, que no la sabían ni las hijas de Doña Adelina.

De camino a su casa Adelina pensó en Pilar. Sentía ternura por ella, conocía bien a sus padres, y su historia. También, como el resto del pueblo, había estado al tanto en su día de las idas y venidas de la pareja de novios. Era de las que había acudido a la iglesia, el día de la boda, pero no había sido hasta que volvieran del viaje cuando realmente había empezado a conocer y admirar a aquella joven pareja.

Ambos se abrían paso de forma independiente en la vida y Pilar se estaba convirtiendo en una joven decidida y fuerte. Había tomado las riendas de aquella inmensa casa, con cinco personas de servicio, pero también había comenzado a ayudar a su marido en cuanto a las gestiones de algunas de sus empresas. Cosas poco importantes, de papeleo sencillo, pero podía ver cómo estaba madurando a pasos agigantados. Porque, aunque fuera a ser madre, aún era una niña.

¡Era tan joven! Pero claro, ella no lo sabía, los jóvenes siempre tenían aquella mala costumbre de sentirse más mayores de lo que realmente eran. Pero a sus setenta años ya bien cumplidos, ¡qué cuentos le iban a contar! ¡Eran tan sólo unos polluelos!

Había tenido suerte de que Pilar se mudara a la casa de Rómulo, hasta el momento apenas había tenido trato con sus vecinos. Su inmensa casa, que ocupaba toda la cuadra, le dejaba a la suya un pequeño espacio, que parecía a punto de desaparecer. Ahora que lo pensaba bien, cuando construyeron la casa, Rómulo y su hermana, le había parecido pretenciosos y arrogantes. Recordó lo mal que lo había pasado cuando construían, parecía que su pequeño hogar fuera a desquebrajarse. Pero ahora había cambiado su opinión sobre él. No tanto sobre ella, Felisa era harina de otro costal.

La cuñada apenas había visitado aquella casa un puñado de veces. Se podían contar sus visitas con los dedos de la mano. Siempre que lo hacía, llegaba con gran boato, rodeada de sus primas, y con su propio cochero, que se quedaba siempre montando guardia en la puerta e impidiendo a Adelina entrar libremente por la puerta de su casa. Resultaba intimidatorio, no le agradaba aquel chófer, ni aquella actitud. Recordó la vez que Pilar la presentó, apenas le habían dedicado una mirada de disgusto, como si su compañía no fuera lo suficientemente distinguida. Era muy estirada, poco podía decir más ya que Pilar era muy discreta en sus comentarios sobre su familia política. Era demasiado educada como para entrar en esas cosas. Aun así, por como se estiraba en presencia de aquellas mujeres, sabía que algo no funcionaba bien.

Adelina vivía sola y apenas tenía visitas, tenía que reconocerlo, sus nietos habían crecido y hacían su vida repartidos por el país y sus hijos siempre habían sido muy independientes, era como los había educado y apenas iban ya al pueblo más que en verano u ocasionalmente, así que agradecía la compañía de Pilar.

Un mozo que venía corriendo desde la casa, en Valdeganga, avisó a Rómulo.

—Señor Rómulo, me envían un recado, su mujer está de parto.

—No puede ser, si faltan aún unas semanas.

El joven se tocó la cabeza, nervioso. Era uno de los empleados de Felisa, que trabajaba ayudando en la casa, y apenas lo conocía.

—No sé más, don Rómulo.

Rómulo miró el campo, estaba a más de dieciocho kilómetros de Fuentealbilla y el coche no volvería a buscarle hasta dentro de unas horas. Todo lo que podía hacer era llegar en pocos minutos a la casa de Valdeganga y pedir a Felisa un carro o el coche si estaba allí. Corrió hacia la dirección de la casa, y buscó a su hermana. Llamó a su hermana. Sus primas salieron ante sus chillidos.

Aunque Rómulo iba mucho a la finca, las relaciones con su familia no acababan de volver a estar en su sitio. Era cierto que habían mejorado esos meses, pero su hermana seguía siendo algo brusca con Pilar. Y eso no le gustaba. Delante de él, lo hacía veladamente, pero la conocía, y sabía que detrás había mucho más, intuía que no había cambiado su opinión sobre su mujer.

—¡Rómulo! ¿Qué sucede?

Adelaida salió al oír las voces de su primo. Algo le pasaba.

—Mi mujer está de parto. Necesito un carro para ir a Fuentealbilla.

Felisa salía ya con el abrigo puesto. Estaba claro que ella había sido la primera en oír la noticia, y posteriormente había enviado al mozo a avisarle.

—Yo te llevo en el mío, vamos, ya he avisado a Xusco.

Rómulo miró a su hermana y pensó:

—Mejor, que me acerqué Xusco a casa. Os avisaremos cuando haya nacido para que vengáis.

—Ni hablar, quiero estar presente en el parto. Es mi sobrino.

Rómulo la miró confuso. Su mujer había sido muy tajante con eso. El día del parto era sagrado.

—Felisa, lo siento, no puedes estar presente en el parto, es algo muy íntimo. Entiéndelo, mujer. —Rómulo pensó cómo ceder sin abrir un cisma—. Si quieres puedes venir, pero tendrás que quedarte fuera como es normal. Entiende que el parto se puede alargar horas, o es una falsa alarma, esas cosas suceden, por eso es mejor que vaya solo.

Rómulo sabía bien que su mujer no quería a nadie en la casa en el parto. Varias veces se lo había dejado claro, no quería a su cuñada allí.

Felisa lo miró desafiante:

—Por eso mismo, si sucede algo estaré delante.

¿Es que quería sacarle de quicio? ¡Justo ese día! ¡Con lo nervioso que se estaba poniendo!

—No va a suceder nada malo. Si no quieres que me acerque Xusco, déjame una carreta e iré solo. Ya os mandaré recado en cuanto haya nacido.

—No, si no me llevas contigo no hay carreta. Ni coche.

¿En serio, un órdago en aquel preciso momento? ¿Podía ser tan cruel?

Rómulo se puso nervioso, sintió la ira invadirle. No estaba para juegos de ese tipo. No era el momento y la actitud de su hermana le sacó de quicio.

—¿Te has vuelto loca? ¡Si llevas meses sin prácticamente hablar con mi mujer! ¡Y ahora quieres ver cómo sale un bebé de su interior! Es el cuerpo de Pilar, estará pasando miedo, y yo aquí perdiendo el tiempo. ¡Me voy! ¡Aunque sea a pie!

La furia lo invadió y se dio la vuelta.

—¡No seas cabezota, Rómulo!

Rómulo volvió sobre sus pasos y habló a su hermana en un tono que nunca había utilizado:

—No te necesito.

Rómulo se giró nervioso y emprendió el camino a buen paso. En menos de dos horas estaría en casa, y rezaría durante todo el trayecto para llegar a tiempo. No dejaría que su hermana se saliera con la suya. Justo en aquel momento tan delicado. Con lo unidos que habían estado siempre desde pequeños, ¿cómo podía ser tan poco comprensiva? Desde que tenía uso de razón su hermana siempre había estado ahí, para él, protegiéndolo. Animándolo. En cambio, últimamente sólo le ponía piedrecitas. O como mucho, le daba una de cal y una de arena.

Durante gran parte del camino, corrió, quería avanzar el máximo de kilómetros y estaba en buena forma física. Sabía que incluso

podría correr durante todo el trayecto, si se lo proponía, porque era una costumbre que había adquirido en la guerra, para mantenerse en forma. Además, corriendo, se obligaba a prestar atención a su respiración, alejando miedos de su cabeza.

Debía llegar a su lado. Pilar lo necesitaba y, si tardaba mucho, se asustaría y con el parto ya eran suficientes preocupaciones. Si le habían llamado era porque tendría grandes dolores. Esperaba que hubieran avisado al médico para que pudiera llegar pronto; pero le tranquilizaba saber que la vecina, Doña Adelina, estuviera ya a su lado. La mujer vivía en la misma plaza y a buen seguro sería así. Le estaba cogiendo afecto a aquella mujer mayor, que cuidaba tanto de Pilar. Había atendido más partos que el médico de Casas Ibáñez, Don Avelino Pardo, al que apenas conocían. No debía alarmarse, aún era pronto, y lo más seguro era que fuera una falsa alarma. Así que rebajó el ritmo desenfrenado, que no lograría mantener tantos kilómetros por terreno irregular, y se tranquilizó. Había cogido uno de los caminos traseros que luego desembocaban en la carretera, con suerte se encontraría con algún vecino que pudiera prestarle ayuda.

Llegó cansado al pueblo, no había tenido la fortuna de cruzarse con nadie, pero saber que estaba cerca le insufló tantas fuerzas, que no pidió a Pepe, que estaba sentado en su tractor a la salida del pueblo, que lo acercara. Tenía muchas ganas de conocer a su hijo, o quizás, hija. Un embarazo tenía excesivamente meses de espera. Demasiado largo. Se le antojaba una vida desde que habían vuelto del viaje de novios.

Entró en su casa, esperando encontrar a Pilar en el lecho, así que se sorprendió cuando ella misma salió a recibirlo.

—Falsa alarma. Me dolía muchísimo pero ya ha pasado. Adelina dice que son contracciones de parto, pero parece que aún no es el momento.

Rómulo le sonrió, cansado.

—Menudo susto. ¿Estás bien?

Rómulo inspeccionó a Pilar y tocó su barriga, más baja de lo habitual. Pero fue Pilar quien se alarmó:

—¿Qué te ha sucedido? ¡Si estás sudando, Rómulo y lleno de polvo! ¡Pero si estamos en invierno!

—¿Qué me ha pasado? —¿Cuánto debía decirle?

—Llamaré a Loles, para que te preparen un baño y ropa limpia. Tienes una cara horrible.

—Gracias. No ha sido nada, me dijeron que estabas de parto, y decidí venir a pie, corriendo.

—¿Has venido desde Valdeganga, corriendo? ¿Por qué?

Se sintió algo ridículo.

—Creía que venía el bebé.

Y también desilusionado, quería conocer a su hijo.

—Lo entiendo, y desde luego, te lo agradezco, pero ¿no nadie podía acercarte hasta aquí? ¿De qué te sirve tener tantos empleados?

¿Cómo lo suavizaba?

—No, no había forma, todo se torció. No quedaba ningún coche, ni carro. No quería esperar a que vinieran por la tarde a recogerme.

Pilar lo miró pensativa. Esa historia no acaba de cuadrar, en absoluto. En Valdeganga había coches, carretas y caballos, si hacía falta…

—¡Loles!

La diligente criada uniformada apareció.

—¿Se encuentra bien, señora?

Aún estaba la pobre preocupada por la falsa alarma.

—Preparad al señor un baño y ropa nueva, por favor.

—Por supuesto. Ahora mismo.

Loles desapareció hacia el ala de servicio, donde estaban todos esperando preparados por si la señora se ponía definitivamente de parto.

Súbitamente, Pilar sintió un inmenso dolor, que la partía en su interior. Era desgarrador. No pudo evitar chillar.

Rómulo salió disparado en su ayuda.

—No era una falsa alarma, Pilar, estás de parto.

Pilar se tocó el costado, dolorida. La contracción estaba pasando. No se veía capaz de soportar muchas más.

—Duele, Rómulo.

—Vamos al cuarto. ¡Loles! Ayuda. La señora está de parto.

Loles apareció ofuscada en la puerta. Aquel día estaba siendo muy duro.

—El cuarto está preparado.

—Yo la llevo, por favor, manda a alguien a por el médico D. Avelino, con la carreta. Y avisa tú misma a Adelina. Que vuelva corriendo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO:

"Entre algodones"



Fuentealbilla, marzo de 1942.

Una preciosa niña de cabellos oscuros llegó al mundo el 31 de marzo de 1942. La llamaron María Dolores pero, desde el primer día, todos la llamaron Lolita. Tenía unos inmensos ojos negros, propios de una persona adulta, que contrastaban con su pequeño cuerpo, debido a la prematuridad. El parto había sido complicado y menos mal que su vecina Adelina estuvo presente tantas horas, hasta que por fin llegó el médico de Casas Ibáñez, Don Avelino Pardo, al que apenas conocían.

Pilar sintió un escalofrío sólo de recordar el día del parto. Le dolió a morir, y sintió, por primera vez en su vida, miedo a la muerte. En su mente, el parto era inicialmente un día perfecto, donde recibiría a un rollizo y sonrosado bebé. ¡Nada más lejos de la realidad! ¿Por qué no se preparaba realmente a las mujeres para un momento así? Aún recordaba el miedo que la atenazó en su cama a pesar de que Adelina sujetaba con suavidad su mano. Hasta que su marido llegó, no sintió ni un ápice de tranquilidad, ni de felicidad.

Cuando por fin nació la pequeña, estaba amaneciendo y Don Avelino Pardo había pasado a formar parte de la familia después de tantas horas en la casa. Menos mal que ya no estaba en activo Don Isabelino, Pilar no lo habría podido soportar. De su hijo no tenía, afortunadamente, noticia alguna. D. Avelino Pardo era un hombre joven, que llevaba relativamente poco tiempo ejerciendo la medicina, aun así se mostró resuelto y capaz desde que entró en la

alcoba de la parturienta. Había trabajado en Madrid, en el Hospital Infantil Niño Jesús. Poco a poco, gracias a su tranquilidad y buen hacer, consiguió tranquilizarla:

—Hay tantos partos rápidos, como largos, así que no te preocupes. Sigue haciendo caso a Adelina.

Adelina se sintió agradecida por el reconocimiento del nuevo médico y tomó las riendas de la situación. Había temido que pudieran tener algún tipo de conflicto entre ambos, los médicos no aceptaban bien consejos externos.

Pilar yacía en la cama, las sábanas revueltas, y con lágrimas en los ojos.

El médico tocó su hinchada barriga mientras daba instrucciones:

—Ahora, inspira, expira y cuando yo te diga, empuja con todas tus fuerzas, sin parar.

Pilar asintió, lo haría. Sólo quería que todo acabará ya, y poder ver a su hijo o hija, se le estaba haciendo un suplicio eterno.

—Venga. ¡¡¡Ahoraaaaa!!! ¡Empuja!

Rómulo, que hasta el momento observaba angustiado, se acercó a la cama.

Adelina miró al doctor:

—Ya está aquí el bebé. ¡¡¡Pilar, sigue empujando!!

Adelina metió la mano.

—¡Lo tengo!

Adelina estiró con precisión, fruto de decenas de experiencias iguales, y pasó el fardo ensangrentado al médico, sin ni siquiera pararse a observarlo. Eso se lo dejaba a él.

Rómulo intentó acercarse para ver al bebé. Se hizo el silencio y la inquietud se apoderó de todos ellos. Hasta que se oyó un lloro, tras el silencio, seguido de un quejido.

Pilar y Rómulo sintieron alivio a la vez, y sus miradas se cruzaron. Estaba vivo, daba igual el sexo.

El médico habló, mientras supervisaba al bebé:

—Es una niña preciosa. Está bien, pero es muy pequeña. Necesitará mucho calor.

Adelina, y las dos chicas del servicio se apresuraron a envolver a la niña, antes de pasársela a su padre y a su madre.

Desde ese instante, Pilar vivía pegada a su hija, temiendo por su salud. Debido a su bajo peso, el médico acudió con frecuencia a visitarlos, lo que agradecieron todos. Adelina, se había convertido más en un miembro de la familia, que la vecina de al lado.

Don Avelino les aconsejó meterla en una caja de zapatos repleta de algodones, para que no perdiera calor.

—Remedio de pueblo, pero muy efectivo para estos casos —aseguró.

Pilar la cogió de la cajita y le dio un pequeño beso en la frente. Aún no se había recuperado del parto. Había sido un evento traumático para ella, que no se esperaba en absoluto tan doloroso. Había oído mil historias, por supuesto, pero a la hora de la verdad, había sentido miedo, principalmente al ver que nada salía como habían planeado. Por motivos que nadie sabía explicar, la niña se había adelantado y aquello la había desorientado profundamente. Para añadir un problema más, apenas le salía leche, debido a su estado anímico. El médico le había recomendado reposo, y más filetes de ternera en su menú. Pero la realidad era que Lolita, como llamaban a María Dolores, se estaba criando con leche de fórmula.

Le encantaba bañarla, peinarla y vestirla con faldones repletos de lazos. Habían heredado dos, y habían hecho a medida otros dos, tras el nacimiento. Parecía un pequeño ratoncito disfrazado de rosa, y Rómulo moría de amor cada vez que la veía.

—Mira, Pilar, qué bonita es nuestra niña. Y tan buena, que no dice ni mu. Ni siquiera llora. Lo de llorar claramente ha salido a ti.

¿Eso se podía heredar?, pensó Pilar.

—Es que es raro, no tiene hambre y es muy pequeñita. Tiene que comer. ¿No es raro que no llore? Yo, de pequeña, sí que lo hacía.

Justo en ese momento, la niña sollozó como si la hubiera oído, y Pilar se abalanzó a cogerla para consolarla.

—¡Rómulo! ¡La niña ha llorado!

—Ves, todo va bien, Pilar. Comerá y crecerá, nuestra Lola se comerá el mundo, por muy pequeña que haya nacido. También llorará miles de veces.

Rómulo se acercó, y las abrazó por detrás. Tener una familia era algo increíble, que le rompía a uno por dentro, para hacerlo nuevo.

Más sensible, pero mucho más resistente. Sentía una conexión muy fuerte con ellas.

Todo era perfecto, si no hubiera sido por Felisa. No quería enfadarse en serio con ella, pero después de la historia de la carreta y del nacimiento, aún no habían venido a presentar respetos a la pequeña y estaba indignado por el trato recibido. ¡Si algo le hubiera pasado a su mujer o a su hija y él no hubiera llegado a tiempo…! La niña se había adelantado casi un mes, podía haber pasado cualquier cosa… Era tan pequeña y frágil, que vivían con miedo constante. Rómulo estaba tan enfadado que se había negado desde entonces a entrar en la casa familiar de Valdeganga, ni siquiera cuando había tenido que ir a supervisar asuntos de la finca. Se había transformado en un lugar hostil para él y su familia. Adelaida había intentado mediar en el conflicto, sin éxito, tenía que reconocer que la posición de su prima le había sorprendido, raras veces se enfrentaba a Felisa y Bernarda, pero el nacimiento de la niña había logrado fortalecerla.

Rómulo sabía que esta vez su hermana no cedería. Empezaba a creer que el amor fraternal jamás se iba a extender a su mujer, y por ahora tampoco parecía que lo hiciera con su hija. No podía ser. Y justo por eso, no podía claudicar. Tenía que ser su hermana quien acudiera a él. Felisa no era sombra para su felicidad, eran tan sólo una pequeña nube en su cielo azul.

Sus campos prosperaban. Sus fábricas crecían con el impulso de la posguerra, como nunca lo habían hecho. Y con los beneficios, había comprado más terrenos en Fuentealbilla. Cada vez sentía más apego por aquel pequeño enclave e incluso, por sus vecinos.

Su hermana Felisa seguía manejando con mano férrea la parte agrícola de los bienes familiares, así como la mayor parte de la contratación de jornaleros, que era estacional. Y él llevaba la supervisión global de todo, y en particular, la gestión de todas las fábricas. Trabajaba de sol a sol, pero a medio día, si podía, volvía siempre puntualmente a casa, para comer con su familia, y mimar a su pequeña. Le gustaba que Lola se quedara dormida en la siesta, tumbada encima de su pecho. La ponía sobre él envuelta en su mantita blanca, y la oía respirar dormida.

Afortunadamente la veía fortalecerse con el paso de los días, y rezaba para que cogiera el suficiente peso y robustez. Temían que, con su fragilidad, enfermara. Especialmente preocupada estaba su mujer. Pilar se desvivía por la pequeña, y Rómulo hacía todo lo posible por tranquilizarla.

Pasaron más de seis meses, y por fin, un domingo, Felisa y sus primas se dignaron a hacer la primera visita de rigor. Había sido un tira y afloja entre hermanos, que parecía haber ganado Rómulo. Adelaida había organizado la visita con su primo.

Fue ella la primera en bajar del flamante coche. Adelaida era la única que conocía ya a la pequeña. El fiel Xusco estaba al volante. Felisa se acababa de comprar el automóvil. Su prima lo miró, nerviosa, parecía avergonzada por el momento, y tras ella bajaron Bernarda y Felisa, por ese orden. Rómulo prefería no pensar en la tensión que se habría respirado en el trayecto.

Felisa tardó unos instantes en salir, Rómulo no supo discernir si porque aún dudaba de la visita, o si era por ser el centro de atención y dar mayor dramatismo al momento. Lo hizo finalmente en silencio, en una paz tensa visiblemente forzada.

Pilar sintió un escalofrío nada más verla bajar. Aquello no iba a ser fácil. Nunca lo era con su cuñada, era como si no aceptara a otra mujer cerca de su hermano. Eran unos celos primitivos, casi irracionales.

Aun así, por el bien familiar, se forzó por atenuar el momento:

—Muchas gracias por venir, cuñada. La pequeña Lola estaba deseando conocer a su familia.

—No creo que Lola pueda desear nada. Es un bebé.

Pilar enarcó las cejas. Seguía queriendo dejarla en mal lugar a la menor ocasión; nada nuevo bajo el sol.

Rómulo intervino:

—Es un decir, hermana.

Los cinco se miraron.

Felisa cedió:

—Por supuesto. Le hemos traído un regalo muy especial.

El chófer acercó un bulto envuelto en una sábana blanca que sacó del asiento del copiloto.

—Es la cuna familiar, donde nos criamos los dos.

—¿Es la cuna dorada? ¿Dónde estaba? ¡Ya verás, Pilar, es una preciosidad!

Rómulo se emocionó por el detalle de su hermana, después de todo lo sucedido, no esperaba un regalo con carga sentimental, lo que alegró a Felisa.

Los muros entre hermanos cayeron, cuando se acercaron a desembalar.

—¡Caramba! ¡Si está preciosa, parece nueva! ¿Cómo puede ser?

Felisa sonrió.

—La he llevado a pintar y arreglar, las vestiduras son nuevas, confeccionadas a medida. Ha sido una labor de meses. Me daba miedo que la niña creciera demasiado y no pudiera utilizarla, pero es muy amplia.

—Lola es muy pequeñita, yo creo que, hasta los dos años, podrá caber.

A Pilar le sentó mal aquel triunfo de Felisa, por absurdo que fuera. Era como si estuvieran viviendo una partida de ajedrez, en la que ella sólo jugaba con movimientos defensivos.

Se preguntó a sí misma si no estaba siendo excesivamente suspicaz, tenía que aprender a vivir con la presencia de su cuñada, no había otra. Su marido lo había pasado mal, ella había sido testigo de todo ello, necesitaba a su hermana. El colmo había sido hacerle venir a pie y corriendo, desde Valdeganga, en un momento tan delicado el día de su nacimiento. ¿Cómo olvidarlo?

—¡Es preciosa la cuna! ¿Verdad, Pilar?

Pilar sintió la mirada de su cuñada. Ella había comprado una preciosa cuna blanca para su hija, moderna, y muy cómoda. No era tan elegante como aquella.

—Me encanta. Podemos ponerla en el salón.

Rómulo asintió:

—Sí, quedará preciosa. Entremos todos ya, a conocer a la pequeña Lola.

Entraron y Pilar fue a por su hija. Estaba dormida, así que la cogió con cuidado.

Lola abrió un ojo, y volvió a dormirse. Parecía feliz, con sus brazos retorcidos sobre sí misma.

Felisa y las primas la rodearon.

—Es preciosa, ¿verdad? —observó Adelaida.

Felisa intervino:

—Es muy pequeñita, cuando pueda comer, debéis darle jugo de caballo, eso le dará fuerzas.

Pilar replicó incómoda, como si sintiera que la estaban acusando de no darle la alimentación adecuada:

—Nació antes de tiempo y a eso se suma que no es buena comedora.

—Razón de más para que prestes atención a todo lo que come. Los niños a esta edad, cuando son tan frágiles, pues ya se sabe. Pueden pasarles muchos infortunios.

A Pilar se le pusieron los ojos acuosos, ¿insinuaba que no estaba pendiente de su hija? Estaba muy sensible desde el parto, y todo lo referente a la salud de su hija hacía mella en ella. ¿Acaso su cuñada estaba insinuando que la niña estaba débil y podía morirse? ¿Podía ser tan indirectamente cruel? Le tembló el mentón, así que hizo un esfuerzo por contenerse. No podía sentirse insegura cada vez que su cuñada hablara. No podía ser. Siempre había sido una mujer decidida, con carácter. Si bien ser madre primeriza había mermado sus fuerzas. Le minaba especialmente la moral pensar en la fragilidad de la niña debido a su bajo peso. Había oído tantas historias…

Pilar no contestó, cogió una toquilla rosa y envolvió con suavidad a su pequeña.

Qué bien olía. Cerró los ojos para centrarse en su hija, y aislarse un poco de aquel momento. No quería quedar mal con su familia política. Ni que pensaran que era débil.

Aprovechando el momento, con la niña en brazos, salió en dirección a la cocina.

—Voy a asegurarme de que nos preparen un chocolate para merendar.

—Déjame a la niña si quieres —le indicó Felisa.

Pilar dudó. Dejarla en sus brazos, era lo último que le apetecía. Pero si alguien podía ablandar a Felisa, sería aquel bebé, tan valioso. Que no tuviera afinidad con ella, era secundario, pero con su propia sangre, tenía que ser diferente. Quizás Lolita era la cura para los males familiares.

Pilar se acercó y dejó con cuidado a la pequeña entre sus brazos, antes de desaparecer. No sin antes sentir una especie de desazón interior al verla en brazos de Felisa. Debía recordarse que aquellas mujeres eran importantes para su marido. Tenía que superarlo y hacer el esfuerzo por su bienestar. Olvidar los desplantes del pasado, porque ese bebé, lo cambiaría todo. Serían una gran familia. El lazo de la sangre era fuerte. Y ninguna de aquellas tres mujeres había tenido hijos. Observó cómo las tres estaban embelesadas con la niña, y se sintió más tranquila.

Siguieron unos meses de paz familiar. Felisa y las primas estaban encantadas con Lola, y eso que aún no sabían que venía otro bebé en camino. Había sido tan rápido e inesperado que aún no habían logrado verbalizarlo con sus seres queridos; ni siquiera con sus padres. Sentían que así daban más tiempo y espacio a la pequeña Lola, ya que se llevarían menos de un año.

Pilar seguía abrumada con la llegada de la niña. Jamás había pensado que su vida pudiera trastocarse aún más que tras la boda. Casarse y dejar su casa, había causado un gran impacto en su carácter, por más que siempre hubiera sido una persona autosuficiente. Lo había vivido todo con ilusión y fuerza, volcándose en la nueva identidad de "señora de la casa" y "esposa de Rómulo", a pesar de haberse quedado encinta en el viaje de novios. Sentía que había vivido muchos cambios en muy poco tiempo, así que se tomaría todo el tiempo que pudiera para otro cambio más.

En alguna ocasión había sentido pesar, y era en esos momentos en los que paseaba hasta su antigua casa, a pocos metros de la suya. No podía entrar, pero la reconfortaba, así se sentía más cerca de sus queridos padres. Les escribía casi a diario, los echaba de menos, y una vez a la semana, habían planificado una llamada

desde la centralita. Era entonces cuando se daba cuenta de lo fuerte que era su unión familiar, y sentía que era el mejor modelo para su recién creada familia. Había tenido un buen ejemplo.

Desgraciadamente, con el embarazo de Lola, el parto y su estado actual, no había podido ir a Valencia. Y su padre, aún no había podido cogerse vacaciones. Pero todo aquello había quedado en un segundo plano, casi pueril, con la confirmación de su segundo embarazo. ¿Cómo podría cuidar de dos bebés si Lola ya requería toda su atención? Lo veía imposible. Le dedicaba día y noche, a pesar de contar con dos personas de servicio en la casa. Su vínculo con la niña era muy intenso y, a pesar de que había ganado peso de forma gradual, se mantenía en alerta constante. La más mínima tos, estornudo o mocos de la niña, la asustaban, por su salud delicada. Los niños tan pequeños no siempre salían adelante.

Así que, con tanta responsabilidad, tenía algunas dudas con su nuevo embarazo, pero no pensaba preocupar a su marido con sus inseguridades. Rómulo estaba feliz por ampliar tan rápido la familia, era lo mejor. Una crianza rápida, todo de golpe. La mejor noticia del mundo.

No entendía esa reticencia de Pilar a mantenerlo en secreto:

—Rómulo, es aún muy pronto. Podría pasar cualquier cosa, ya sabes que el embarazo anterior es demasiado reciente. Dijo el doctor que debemos ser precavidos y Adelina está de acuerdo.

—Lo entiendo, pero no va a pasar nada malo. Enseguida se te notará. Tenemos que decírselo a tus padres y a mi familia.

—Esperemos aún tres semanas, solo te pido eso. Un poco de paz.

Rómulo la miró. Estaba claro que detrás de aquella solidez de su mujer, subyacía algo más profundo, y le apenaba que no lo compartiera con él. Su mujer era fuerte, muy decidida, de coger los toros por los cuernos y, en muchas ocasiones, era obstinadamente cabezota. Sin embargo, ahora, en su mirada, veía un atisbo de delicadeza. Le dedicaba toda su atención a la niña, a veces se desvelaba en exceso, y él intentaba animarla, porque estaba seguro de que Lola crecería sana y feliz. Era cuestión de que pasara el tiempo y la niña se fuera fortaleciendo.

Así que se acercó a ella. Y le acarició la mejilla con suavidad. Luego la abrazó con fuerza, envolviéndola, hasta que su pequeño cuerpo se relajó, contagiado de su seguridad. Y luego besó a su mujer. Fue un beso lento y profundo. Uno de esos que conducían directamente a procrear más niños. Porque la quería con todas sus fuerzas. Era el hombre más afortunado del mundo, con la esposa más maravillosa, bella y con una personalidad fuerte.

—Te quiero, Pilar.

Pilar lo miró con sus ojos negros. Aquellos momentos, en los que su marido la desarmaba completamente, eran mágicos. Era como si supiera justo lo que ella pensaba y necesitaba. Más allá de leerle la mente, como si supiera cosas de ella, que ni ella misma veía.

—Y yo a ti también.

Querer sonaba tan ridículo. Lo que sentía Pilar era mucho más profundo, tan difícil de explicar. Se había escrito tanto sobre el amor y, aun así, ninguna novela definiría jamás sus sensaciones. Eran algo tan vasto, capaz de arrasar todo con su inmensidad, sin posible definición.

CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO:

"Había logrado todo lo que quería en la vida"



Fuentealbilla, mayo de 1944.

Rómulo se despertaba al alba, y aún le faltaban horas al día para todo lo que tenía que hacer. Hacía dos meses que su hija Lola había cumplido dos años y, aun siendo de estatura pequeña todavía, crecía fuerte y feliz. Seguía siendo la debilidad de su mujer, a pesar de que tenían otro bebé en casa. Toni aún no había empezado a andar, era un bebote sano y grande, aunque estaba a punto de cumplir un año. Era rollizo y le costaba un poco moverse, pero siempre estaba sonriendo y de buen humor. Adoraba a su inquieta hermana mayor.

Rómulo agradecía tener coche propio otra vez, y lo cuidaba con esmero. Aún recordaba con cariño su vehículo requisado en la guerra. Los negocios iban bien, y volvía a ir de un lado para el otro, ahora que las relaciones con su familia estaban mejorando.

Tener dos hijos, cuatro fábricas y una extensa superficie agrícola sacaba lo mejor de él. Sin duda, había logrado todo lo que quería en la vida. Se acostaba agotado, pero extrañamente pleno y feliz. Sentía alegría sólo por abrazar a su hija, o a su pequeño Antonio, que ya correteaba a cuatro patas como una lagartija o, simplemente, cuando veía crecer el maíz en su campo. El atardecer era su momento preferido del día, pistoletazo de vuelta a casa, desde donde estuviera. El problema radicaba en que su patrimonio no estaba en una sola ubicación, o al menos en la misma dirección. Además, sus tierras de cultivo estaban completamente atomizadas,

lo que le hacía perder recursos y dinero. Todo estaba desperdigado, y no sabía cómo solucionar aquel quebradero de cabeza: si vendiendo, para luego comprar, o al revés. Tras la guerra y la posterior crisis global, volvía a disponer, por fin, de una gran liquidez. Los negocios prosperaban como nunca lo habían hecho. Había vivido momentos buenos, pero nada comparable.

No tenía ni un momento libre al día. Solía comer de almuerzo, un bocadillo preparado en casa, donde fuera, ya no le daba tiempo a volver a casa, como cuando su hija era pequeña. Muchas veces comía sentado en la silla plegable que llevaba siempre en el maletero del coche. Ya no tenía edad para sentarse en las piedras, en el suelo, o a la sombra de un árbol. Reconocía que, cada vez más, prefería quedarse en la comodidad de sus fábricas, donde hacía un horario de oficina.

Despachaba con Felisa, rigurosamente, una vez a la semana, los viernes, en Valdeganga. Ese día sí que comía en plato, con su hermana y primas, que se afanaban por cocinarle sus viandas preferidas. Siempre se llevaba las sobras de comida para Fuentealbilla. Era curioso ir a Valdeganga solo, como si nada hubiera pasado y siguieran viviendo solo los cuatro juntos. Le molestaba las pocas veces que le preguntaban por su mujer, casi como si ignoraran su existencia. Al menos, tenían la deferencia de interesarse por los niños. Sin embargo, era obvio que algo seguía roto entre ambos mundos, teniendo en cuenta las escasas visitas que su familia recibía. Pilar ni siquiera hacía amago de acompañarle en aquellos encuentros, siempre excusada por el cuidado de los pequeños.

Para él, su mujer era lo primero. Aquellas mujeres no entendían lo que abarcaba Pilar dentro de su vida. Pilar era todo: su mujer, su amiga, su amante y la madre de sus hijos. Así que aquellos desplantes indiferentes, sólo provocaban resquemor en él. Únicamente Adelaida preguntaba por ella, y cuando las otras dos no estaban delante.

Cualquier viernes se cansaría y se levantaría de aquella mesa. Pero era reticente aún, ya que las consecuencias para ambas familias serían devastadoras. Tenía que reconocer que había cometido un grave error, al dejar su patrimonio y negocios en una

madeja familiar que se había ido construyendo sin planificación. Su hermana tenía los mismos derechos que él sobre todo, salvo sobre la fábrica de mantas, y aún este punto no constaba por escrito en ningún documento. Lo que inicialmente había sido una forma de gestión familiar, ahora mostraba sus nefastas implicaciones.

Se devanaba cada día los sesos en cómo comenzar a dividir su patrimonio, de forma justa, sin provocar un cisma aún más grande. Se lo debía a sus hijos. Para ello sabía que tendría que ceder mucho, Felisa jamás se lo pondría fácil, y exigiría siempre mucho más de lo que se merecía. No en vano la mayor parte de los beneficios venían de los negocios que llevaba Rómulo en solitario, como la fábrica de mantas. Además, había comprado y gestionado con muchísimo éxito, una fábrica de distribución de bronces, cobres, latones y hierros, que estaba creciendo de forma exponencial. Su hermana no había tenido nada que ver con todo ello.

Conocía a Felisa. Lucharía con todas sus fuerzas contra él en cuanto hiciera cualquier movimiento que mermara su poder. Desgraciadamente, su hermana, igual que podía ser su mejor amiga, podía ser su peor enemiga. Sabía que sólo estaba postergando algo necesario por miedo a una guerra familiar que podía arrasar lo poco que quedaba de concordia. Llevaban varios años con un equilibrio muy precario. Sabía que en algún momento tendría que poner orden en todos sus asuntos, por el bien de sus hijos, era inevitable, pero ahora mismo, después de tantas desavenencias, no se veía capaz. La libraría cuando sus hijos fueran mayores.

Analizando el problema en profundidad, sentía que el momento adecuado fue hacía muchos años, cuando decidieron no dividir la herencia de sus padres. Pero claro, para eso habría sido necesario ser adivino. Entonces poco podía hacer; servirse lentejas con arroz, y hablar de la siembra y del clima con su hermana y primas. Era una pena para Adelaida, su prima no se merecía aquello, y se la veía triste. Estaba claro que entre las tres también había desavenencias, aunque fueran demasiado ocupadas para que pudieran vislumbrarse. Pero la brecha existía.

—Rómulo, ¿quieres más flan? —Bernarda sonreía, mientras veía que su primo había acabado con todo su postre.

—Estupendo.

—Sírvanle más al señor.

Rómulo observó a la criada, una de tantas. Su hermana había doblado el personal de servicio, tanto de la casa, como del campo. Tenía quince personas a su servicio, algo completamente desmesurado. A Felisa le gustaba el lujo, se notaba en la rigidez del servicio, impoluto con su uniforme almidonado y cofias. Se mantenían rectos en el comedor, como si estuvieran en el mismísimo castillo de un conde inglés. El chófer de Felisa, Xusco, se había mudado hace unos pocos meses a la casa, con su mujer, Matilda, que hacía las veces de ama de llaves, por encima de la propia Rafaela. Felisa había tenido que reformar la casa incluso, con un pequeño bloque de dos plantas con varios pequeños apartamentos.

Felisa interrumpió la conversación de Bernarda sobre un posible viaje a Madrid.

—Estás cansado, podrías quedarte a pasar la noche aquí, los viernes, ya sabes que tu cuarto siempre está preparado.

Buen intento, hermana.

—No es necesario, gracias.

Era una dicotomía. Dos vidas en una. Su vida en Fuentealbilla, y aquella en la que se veía obligado allí vivir un día a la semana, por el bien de toda su familia. No pensaba alargarlo, con la comida de los viernes, ya era suficiente agonía.

No sabía si estarían en esa tesitura años, o meses. Dependía de su paciencia y de los desplantes que recibieran. Había lanzado la moneda al aire, y optado por ser positivo con todo ello, como siempre lo había sido. Si lograba mantener ese equilibrio, la situación al menos se mantendría estática, o incluso podría mejorar con los años. Era una política poco intervencionista, de carácter conservadora, pero no veía cómo obrar de otra forma. No podía darle tantas vueltas, y mermando su felicidad. No tenía sentido sufrir cuando tenía tantas cosas por las que ser feliz. Debía hacer una compuerta para todo lo relativo a Valdeganga.

Pilar se había ganado el respeto de todo el mundo, cuantos la conocían, la admiraban y también lo lograría con aquellas solteronas. No era la persona más jovial, ni la más cariñosa en un primer

momento. Pero cuando la conocías, ya no podías separarte de ella. Su faceta como madre, le había hecho incluso amarla más. Cómo se desvivía por los niños, cuando no había necesidad. Tenían ayuda en casa, pero a ella se le iluminaban los ojos con sólo levantar en brazos al pequeño Toni. Cada noche lo abrazaba, y lo mecía hasta que caía rendido, con un simple "duérmete niño, duérmete ya".

Y Lola se pasaba el día pegada a su falda, era una niña movida y curiosa, con un precioso pelo repleto de rizos negros. Ejercía ya de hermana mayor, a pesar de su corta edad, le gustaba ayudar cuidando a su hermano.

Su familia le hacía tan feliz, que parecía un sueño. ¿Para qué diablos iba a enturbiar todo ello? Si dejaba pasar todo, las cosas volverían por su propio pie al sitio.

CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO:

"Dejar de latir"



Fuentealbilla, junio de 1945.

Pilar se secó la cara con una toalla blanca que llevaba sus iniciales bordadas en azul, cuando oyó el chillido desgarrador de su hija. Pensó que se habría caído otra vez saltando la barandilla de la escalera, así que, dobló con cuidado la toalla, sin alarmarse pero, sin querer tiró su precioso peine de plata al suelo. Le encantaba aquella pieza de plata, era una verdadera joya, regalo de su madre, tras la boda. Habían pasado ya 4 años desde aquel día. Lo recogió y se aseguró de que no tenía ningún desperfecto, soltó un bufido de disgusto: con un pequeño golpe absurdo se había formado una pequeña muesca en la parte inferior. No pudo evitar recordar el cariño con el que su madre se lo había regalado, era uno de los bienes más valiosos y preciados de Luisa.

Estaba ensimismada en sus recuerdos, cuando oyó gritos y voces en el piso inferior. Le extrañó. A los de su hija, se sumaron los del servicio, acompañados del llanto de su pequeño Toni.

Levantó la cabeza, alarmada. ¿Qué habría pasado? ¿Su hijo se había dado un golpe fuerte? ¿O quizás había sido Lola? Ahora sí, se apresuró a salir del cuarto.

—¡Señora! ¡Señora!

La voz de Loles era angustiosa y se le paró el corazón, tenía que haber salido antes, con el primer chillido.

Salió y corrió todo el pasillo hacia la escalera.

Loles subía los escalones precipitadamente, la estaba buscando.

—Señora, es su marido.

—¿Mi marido?

No tenía sentido. Su marido estaba en casa, acababa de desayunar con él y como cada domingo se iba a quedar en casa leyendo la prensa. Nada podía pasarle. No había cogido el coche, ni había salido, ni tampoco había mal tiempo. Confusa, la siguió.

Cuando llegó a la salita inferior, la que daba al patio delantero, se paró en seco. Ni siquiera oyó los sollozos desconsolados de su hijo. Sólo vio a su marido en el suelo, desplomado con el periódico entre sus piernas.

—Avisad al médico. ¡Corred!

Loles dio orden, y una de las criadas salió disparada a dar la alarma y, con suerte, esperar que Don Avelino estuviera por la zona.

Pilar se acercó a Rómulo, sentándose en el suelo junto a él. Lo zarandeó, pero no se movía.

—¡Rómulo! ¡Despierta! ¡Despierta!

Era raro, todo era incoherente.

¿Se había desmayado?

—Señora, yo creo que está muerto.

¿Muerto? ¿Cómo iba a estar muerto? ¿Qué tonterías decían?

Se enfureció con la joven criada que había hablado de más, por decir semejante barbaridad.

Puso la cabeza de su marido sobre sus piernas.

—¡Rómulo! ¡Rómulo! Venga, cariño, despierta.

Sin embargo, su marido no se movía… y pesaba muchísimo. Sintió todo su peso sobre ella, y tuvo que recolocar su posición en el suelo. Buscó a su hija con la mirada, lloraba en brazos de Loles. No tenía sentido. Era absurdo.

—¿Qué ha sucedido exactamente? ¿Alguien lo ha visto? ¿Se ha caído? ¿Se ha atragantado?

Loles contestó:

—El señor estaba tranquilamente leyendo el periódico, los niños estaban con él, jugando con la locomotora. No estábamos delante cuando sucedió. Lola chilló, y nos avisó. La pobre intentaba levantar a su padre por el brazo.

La joven criada, Anabel, que no llevaba más que un mes en la casa intervino:

—Yo oí al señor. Desde el recibidor. Dijo: Lola, llama a tu madre. Y luego, algo que me cuesta mencionar…

—¿Qué fue Anabel? ¿Qué dijo?

Anabel levantó la mirada del suelo:

—Dijo: ¡Dios, qué borde eres!

¿En serio? ¿Rómulo había insultado a Dios?

—No entiendo… —Pilar la miraba estupefacta.

—Luego oí un ruido sordo, el de su peso al caer. Y a Lola chillando. Vine corriendo.

Sus hijos. ¿Dónde estaba Toni? Lo buscó con la mirada, estaba en brazos de la cocinera, Eleuteria, aterrorizado.

—Eleuteria, llévate a los niños a la cocina, por favor. No quiero que vean a su padre así.

Lola no estaba conforme:

—¡Mamá, mamá! —La niña la llamó, con ansiedad y miedo. Toni, como iba en brazos, se había calmado. Con tan sólo dos años, Toni no entendía lo que estaba sucediendo, por eso había perdido el interés.

Sin embargo, Lola, su hija, lloró y pataleó, intentando zafarse de Loles, mientras Eleuteria, con el pequeño en brazos, intentaba ayudar. Su hija la necesitaba, sus chillidos eran escalofriantes, nunca la había visto así. Sintió su corazón partirse, pero era incapaz de levantarse del suelo. No podía dejar a Rómulo allí tirado.

—Cariño, me aseguro de que papá se ponga bien, y voy contigo a abrazarte. —La niña la miró con lágrimas en los ojos, pero pareció conformarse pues dejó de estirar y pegar patadas.

Pilar abrazó a su marido con fuerza y se hizo un silencio inmenso, bloque de contención de un drama difícil de asumir.

—Por favor, despierta. Querido, despierta. Tienes que levantarte.

Pero los segundos pasaban, y su marido no se movía.

Loles volvió e intentó ayudarla. No consiguieron que se moviera.

—Salgo a la plaza a buscar ayuda. No sé por qué está tardando tanto Anabel.

—Sí, por supuesto. Corre. Necesitamos ayuda urgente.

Pilar se fijó en las mejillas de su esposo, y en sus ojos, cerrados. Parecía que no respiraba. Contuvo la intención de levantarle un párpado, si lo hacía, quizás no pudiera asumir lo que viera.

De repente sintió un zumbido en los oídos, y un terrible dolor en el pecho. La vista se le nubló y las lágrimas cayeron. Aquel silencio era espeluznante. Estaban los dos solos y Pilar no sabía qué hacer para parar todo aquello. El tiempo pasaba, y nada sucedía. No lograba pensar, estaba bloqueada allí sentada, cogida con fuerza a su marido. No podía estar muerto, lo abrazó con fuerza para sentirle con ella.

Loles entró corriendo en la estancia.

—Señora, ya viene el médico, nos ha costado encontrarlo, pero hemos tenido suerte porque estaba aquí al lado, a tres calles.

¿Suerte? Desde luego no estaban teniendo suerte. El peso entre sus brazos, así lo indicaba. Era una sensación rara. Como si su razón se separara no de su corazón, sino de sus propios pensamientos. Rómulo era su vida. Sin él, por muy dramático que fuera, nada tenía sentido para ella, ni siquiera sus hijos. No podría continuar sin él. Sus hijos necesitaban a su padre. Así que su corazón luchó, y rogó para que todo quedara en un susto cuando llegara Don Avelino.

Don Avelino entró en la casa, se sacó un pañuelo blanco doblado del bolsillo delantero de la chaqueta y se limpió el sudor de la cara.

Tras una evaluación rápida de la trágica estampa, se apresuró a atender a Rómulo. Lo primero que hizo fue tomarle el pulso. Primero en las muñecas; no se lo encontró. Cambió de postura alarmado. Lo intentó con la vena del cuello. Nada. Palideció. Levantó la cabeza y miró a Pilar.

—No tiene pulso.

Tiró del cuerpo para acomodarlo completamente en el suelo, y le abrió la camisa.

Pilar no lo soltó, lo agarró por la mano.

—¿Cómo que no tiene pulso? ¡Algo se podrá hacer!

La joven mujer no parecía entender la situación. Aquellos eran los peores momentos de su profesión. Y en aquella ocasión, se sintió plenamente afectado, desde el parto de la pequeña Lola había

pasado a ser casi un miembro de aquella casa e incluso, había llegado a celebrar allí el año nuevo. No se merecían aquello. Pilar era aún tan joven, y los dos niños eran muy pequeños.

Aun así, no podía evitarle la verdad, tenía que prepararla para aquel trance:

—Parece que ha tenido un infarto, o quizás puede que sea algo cerebral. Ahora es difícil saberlo, pero me decanto por lo primero.

—No puede ser, algo se podrá hacer. Si estaba perfectamente, hemos desayunado juntos. No tenía ningún dolor.

El médico se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo e inició una maniobra de reanimación con golpes en el pecho, sabiendo que había pasado demasiado tiempo para que tuviera algún efecto, pero había leído tantas historias médicas… No perdía nada.

Pilar se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Tras más de diez minutos angustiosos, intentando una reanimación, el médico se apartó. Era una tragedia devastadora, miró el cuerpo tendido, Rómulo era joven, y muy querido en el pueblo. Su muerte era una desgracia y, poco podía hacer más que certificar su muerte y ayudar a la familia con todos los trámites.

Se levantó.

—Voy a por mi coche, ayudadme entre todos a subirlo. Lo llevaremos al hospital. Pero hay poco que hacer. Lo siento mucho, Pilar.

Y de verdad que lo sentía. Como médico de un pueblo pequeño, solía curar resfriados, heridas, caídas y enfermedades comunes. Pero rara vez, ocurría una tragedia de semejante magnitud y menos, en alguien que tenía toda la vida por delante.

Por estadística habían sido unos años de ejercicio muy tranquilos, así que ya tocaba, tras un ciclo de cuatro o cinco años, siempre había algún imprevisto de esa magnitud. Cruel e imprevisible. Como un mal parto. Era algo que había comentado con sus colegas de profesión, pero para lo que uno nunca estaba preparado.

Su ahora viuda seguía llorando, desconsolada, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Algo impropio de su compostura y elegancia. Sus hijos, tan pequeños, acusarían el golpe de por vida.

Debía ayudarlos, no podía dejar que se arrastraran por la tristeza, debían ser fuertes, era algo fundamental para sobrevivir.

Cogió a Pilar por el brazo y la ayudó a levantarse. Todo su cuerpo temblaba y lloraba. Parecía bloqueada, como si no supiera ni dónde estaba. Debía calmarla. Pidió que le acercaran el botiquín y prepararan una tisana.

La tumbó en el sofá del salón, lejos del incidente. Sabía por experiencia que era importante que no cayera en un estado de trance, tenía que recuperarse y asumir el golpe. Tenía dos hijos que ahora mismo la necesitaban. Sólo a ella. Ni al servicio, ni a vecinos, ni a familiares.

—Pilar, tu marido ha fallecido. Es muy duro, pero tienes dos hijos asustados. Te necesitan.

Fue suficiente. Pilar abrió los ojos y entendió perfectamente la situación. Se sentó y secó las lágrimas.

—No quiero que me vean así.

Loles apareció con la tisana. El médico preparó una inyección.

Tras ambos remedios, Pilar sintió menos pesar. Se levantó y con calma, para no causar alarma, acudió con sus hijos. Su hija Lola había estado con su padre en el peor momento, siempre la marcaría, así que debía ser franca con ella. Debían asumir la muerte, aunque tardaran semanas, meses o años.

Rómulo, el amor de su vida, el padre de Lola y Toni, se había ido. Y no volvería nunca. El hueco era inmenso; se llevaba su alegría y su risa. Sus ganas de vivir y emprender. Y Pilar no podía dejar que sus hijos se criaran sin todas aquellas cosas. Así que debía ser un poco como Rómulo. Y en aquel instante fue como si hubiera absorbido un poco de la vida y humor de él, como si permaneciera una parte de él en su interior, podía incluso oírlo. Ya no podía ser sólo ella misma.

El día del funeral hacía un calor infernal. Pilar sentía aún tanto dolor que aquello resultaba trivial. No había conseguido mantenerse fuerte como el primer día, lo intentaba, pero era muy duro, nada había sido sencillo desde el día de la muerte. Lograba encontrar

ánimo para luchar, pero al mínimo escollo, caía. Desde que llegó su madre, llevaba dos días sin poder levantarse de la cama, y sabía que aquello estaba muy mal y era injusto para sus hijos. La necesitaban, ahora ella era todo lo que tenían en la vida. Sin embargo, le dolía todo. El corazón le pesaba como un mueble viejo. La cabeza no procesaba ningún pensamiento de forma coherente, sólo pugnaba por desconectar y dormir. En el sueño no había dolor, y aún podía sentir el aliento de Rómulo por la mañana.

Escuchó la voz de su madre.

—Hija, tienes que levantarte. Todo el pueblo está esperando.

—¿Y la familia de Rómulo?

Era inevitable preocuparse.

—Felisa está organizando todo con el párroco. Sus primas la acompañan. Agustín está esperándote fuera.

Entre brumas recordó una discusión con su cuñada, en el hospital de Albacete. Muy desagradable e innecesario. El motivo fue el velatorio, al final había logrado imponerse y había podido llevarse a Rómulo con ella, de vuelta a su casa, a Fuentealbilla. Era increíble que Felisa hubiera querido quitarle un momento así, tan importante, como era velarlo con sus vecinos y amigos en su propia casa. Adelina había dirigido los rezos, y, a pesar de su edad, se había mantenido despierta en su silla todo el velatorio.

Sabía que aquella discusión con Felisa era sólo el principio e iba a causarle factura, pero aún no a qué precio. Y era mejor así, puesto que, si hubiera sabido la guerra que tendría que librar, no hubiera encontrado las fuerzas aquel día para levantarse y vestirse de negro. Un luto que jamás abandonaría, para poder recordar a su difunto marido el resto de sus días. Cada día que se vistiera, pensaría en él, y así de alguna forma, nunca lo perdería del todo. Aquello era un consuelo. Hasta ese momento jamás había pensado que el luto tuviera utilidad alguna. Pero ahora lo entendía. Vestirse de negro, sentir el luto, la reconfortaba, como si así Rómulo nunca fuera a marcharse del todo.

Del brazo de su madre, y con su hijo pequeño de la mano, Pilar salió por la puerta grande de la plaza. Lola iba detrás pegando

pequeños saltos, sin ser consciente realmente de la situación. Sólo decía que su padre estaba en el cielo, como si estuviera en la fábrica o de viaje, ni siquiera lo decía con tristeza. Ambos eran muy pequeños. Aquello lo desorientaba como madre. ¿Estaba haciendo algo mal?

De repente, se hizo el silencio. Todos sus vecinos estaban allí, y mucha más gente que no conocía. Se sintió conmovida, su madre le apretó el brazo.

Su hija, al ver tanta gente, corrió hacia ella y la abrazó. Así que, sin pensarlo, dejó al pequeño Toni a cargo de Loles y cogió la mano de su valiente hija. El pequeño no era consciente de lo acontecido, no recordaría en el futuro a su padre, seguramente su hija tampoco. Sólo se llevaban un año entre los hermanos, y tenían tendencia a tratar a Lola como si fuera más mayor de lo que era. Por un lado, evitaban todo aquel sufrimiento, pero desgraciadamente le entristecía que no tuvieran recuerdos de su padre. ¿Cómo podía hacer para que los niños recordaran y comprendieran la figura inmensa de Rómulo?

Fue la pequeña Lola, quien, con una solemnidad impropia de su edad, la condujo de la mano entre la gente. Habría allí más de doscientas personas, no cabrían en la iglesia, acertó a pensar confusa. Había mucha gente de fuera, y había muchos rostros desconocidos. Le daban el pésame, pero no conocía a la mayor parte.

Su madre habló y se giró para entender sus palabras.

—Tu marido era un hombre muy querido, toda esta gente ha venido a presentarte sus respetos y a acompañarte, hija.

Con cada paso, un rostro se acercaba a darle la mano, o incluso un abrazo, con sentidas palabras. Apenas podía entenderlas. Eran de gran magnitud. Tenían un significado demasiado aterrador.

—Descanse en paz.

—Rómulo era un gran hombre.

—Me dio mi primer trabajo.

—Fuimos juntos al colegio. Estábamos muy unidos.

—Estuve con Rómulo en el Frente.

Los rostros serios se sucedían uno tras otro en una singular cola, la gente iba impecablemente vestida de riguroso luto. Pilar se dejaba llevar por su hija. El camino se despejaba a su paso hacia la iglesia, y en una procesión ordenada, tras presentar sus respetos, la seguían en una inmensa fila.

Finalmente llegaron a la iglesia.

Felisa esperaba en la puerta, con sus primas. Iban vestidas con unos vestidos negros que parecían confeccionados a propósito para la ocasión, con sus sombreros de luto a juego. Las primas lloraban compungidas con sus pañuelos en las manos. Le impresionó la estampa, tenía algo de irreal. Felisa permanecía impasible. Sabía que sufría tanto como ella. Le pesara lo que pesara. Su cuñada quería a su hermano más que a nada en la vida. Al acercarse la miró. No había lágrimas en sus ojos, sino una mezcla de ira y fuego.

¿Acaso se atrevía a estar enfadada con ella? ¿Viuda y con dos pequeños? No podía ser tan malvada. No podía ahora cargar también con su familia política, ya tenía suficiente drama con lo suyo.

Tras unos segundos tensos, Felisa bajó a saludarla y abrazarla delante del pueblo.

—Lo siento mucho, Pilar. Mi más sentido pésame.

—Yo también lo siento mucho. Tu hermano te quería mucho.

Quizás aquello las uniera, tras años de desavenencias, firmando la paz. Al fin y al cabo, sus hijos eran sus sobrinos. Los únicos niños de la familia, y ella sólo necesitaba paz y tranquilidad, para que sus hijos crecieran felices. No quería que aquello fuera una muesca desgarradora en sus caracteres. No sabía cómo lograría semejante hazaña, cuando estaba ella misma, totalmente devastada, pero eso no importaba, debía hacerlo. Miró a su pequeña Lola. Su mirada infinita de amor. La niña intentaba cuidarla, no le gustaba verla triste.

Así que se obligó a sonreírle y la cogió en brazos, sin importarle nada más. Hizo un gesto a Loles para que le acercara al pequeño Toni. Bajó a la pequeña y cogió al niño. Su madre se acercó a ellos, y los condujo, con la ayuda de Agustín, al primer banco. Se sentaron todos juntos, dejando a Pilar y a los niños en medio, protegidos. Y

así, aferrada a sus hijos, Pilar aguantó el funeral sin prestar atención a ninguna de las palabras que salía por la boca de Don Honorato. Sabía que cada palabra era importante. Que estarían hablando de la maravillosa figura de Rómulo, pero no quería alterarse. Le costaba demasiado levantarse, cada vez que caía en la tristeza.

Le dio un beso a Toni en la mejilla, y éste la abrazó con fuerza. Se prometió a sí misma, que una vez pasado el funeral, se esforzaría para volver a hacerlos reír, aunque se tuviera que convertir en un payaso profesional.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO:

"Cien pájaros volando"



Fuentealbilla, agosto de 1945.

—Hija, tienes que recuperarte. Yo tengo que volverme ya a Valencia, tu padre no puede estar solo. Su salud ha empeorado, tu padre está muy desmejorado.

Luisa miró a su hija con preocupación. Pilar se había difuminado por completo, sus vaivenes emocionales eran constantes. Pasaba de la euforia y alegría, a la depresión más absoluta. La situación no era fácil y la dejaba en un mal momento con dos niños pequeños a cargo, pero sabía que su hija iba a poder con todo aquello, la conocía bien y era fuerte, tenía que hacerlo...

Adelaida era la única que había venido en varias ocasiones a interesarse por ellos, e incluso había traído dulces y regalos para los pequeños, todo un detalle. Sin embargo, nunca quería entrar en conflicto abierto con su hermana y prima. Agustín también había ayudado, había pasado unas semanas con ellas en la casa, pero también debía partir. No podían esperar nada de ayuda por parte de la familia política de Pilar. Su comportamiento, incluso en aquel trágico trance, era altamente sospechoso y dejaba mucho que desear. Sólo buenas palabras en público. Luisa no se fiaba de ellas.

Era cuestión de tiempo que todo estallara, y odiaba tener razón. Hubiera preferido que la familia política de su hija se volcara en ayudarla en aquellos momentos, lo que hubiera sido lo normal. Pero desgraciadamente, poco a poco, sus peores augurios respecto a aquellas mujeres, se iban materializando. Eran egoístas, y peseteras,

venderían por un duro a cualquiera de ellos. Siempre había sido así, lo único que había contenido a los Valentines era el más íntegro de sus miembros, Rómulo, su yerno, que en paz descanse. Se daba cuenta de cuánto había llegado a quererlo y apreciarlo, tras todos aquellos años, les había demostrado cariño y lealtad. Siempre los hospedaba en casa, por Navidad y Semana Santa, y ahora se daba cuenta de cuán importante era en sus vidas, y del hueco que dejaría en aquella casa. Los niños eran muy pequeños, y lo superarían, no tenía duda alguna. Su hija le preocupaba más, Rómulo había sido una figura complementaria de la suya, a pesar de ser tan distintos, agua y aceite.

Ahora, la temible Felisa campaba a sus anchas y poco podían hacer. Había cogido todo el negocio de su hermano, amparándose en no molestar a la pobre viuda. Y tras ello, había roto toda comunicación con su hija.

—Pilar, tienes que recuperar lo que es tuyo y de tus hijos. Necesitas dinero. ¿Cómo mantendrás esta casa? ¿Y el servicio?

Pilar levantó la cabeza, sabía que su madre tenía toda la razón del mundo. Se sentía bastante insegura al respecto, había pasado de depender de sus padres, a hacerlo de su marido.

Miró con tristeza las maletas de su madre, y el coche preparado para llevarla a coger el autobús.

—Lo haré, madre. Lo prometo.

No tenía ni idea de cómo lograrlo, todo se había torcido.

—Por tus hijos. Se merecen un buen futuro y un hogar cálido. ¿Y si quieres que vayan a un buen colegio? ¿O a la universidad? En Valencia, los jóvenes se matriculan en la universidad, hay más oportunidades para ellos. Pero cuesta dinero.

Pilar asintió. Lo sabía.

—Por Lola y Toni.

Su madre se acercó y la abrazó.

—Es un año de mala fortuna, la muerte nos acompaña. El siguiente será tu padre, pero te ruego que no vengas con los niños cuando esto suceda. Ya han pasado suficiente, y tu lucha está aquí. No vengas, por duro que sea. Por favor. Te lo ruego, no quiero que esos niños vivan más muertes, y tampoco que estén sin su madre.

—No puedo hacer eso. Me alarmas. Me necesitarás a tu lado.

—Claro que sí. Eres fuerte, hija, como yo. Lo he asumido ya, es triste, pero nada comparado con lo de Rómulo. Tu padre ha tenido una gran vida, en la que ha hecho todo lo que ha querido, ha visto nacer a sus nietos…

—Está bien. ¿Por qué no os mudáis los dos aquí? Con nosotros. Sería lo mejor, os necesito, y podría ayudarte a cuidarlo.

—Tu padre tiene el hospital allí, y no está para viajar. Sólo somos una carga. Además, ha hecho amigos allí, aquí hay demasiados recuerdos, no sería feliz. Sabes perfectamente que no le gusta estar en Fuentealbilla.

—No digas eso, no sois ni mucho menos una carga. Os necesito —Repitió su necesidad. Se sentía sola ahora que todos partían. Nada había cambiado, Rómulo seguía muerto, pero ahora debía luchar sola.

—Tranquila, tenemos tiempo. Además, piensa que, a malas, si no puedes más, te vienes una temporada larga con los niños a Valencia a casa, allí hay buenos colegios. Siempre tendrás un techo sobre ti. Pero, aun así, creo que debes luchar por lo que tienes aquí, si abandonas, se harán con todo. Y no es lo que Rómulo habría querido. Erais su vida, trabajó incansablemente por el futuro de sus hijos. No puedes rendirte, sin haber empezado a luchar.

Su madre tenía razón. Rómulo sabía que su mujer era fuerte. Si la viera cómo había reaccionado aquellos meses… era como si hubiera estado enferma. Debía despertar. Su cerebro tenía que reconectarse con la vida. Tenía que intentar tomar las riendas de su situación, en vez de quedarse bajo la colcha de su cama, abrazando a sus hijos y haciéndoles cosquillas. La risa de sus hijos era la mejor medicina.

El silencio de Felisa comenzaba a ser aterrador. No había ningún testamento de Rómulo, ni siquiera últimas voluntades. ¿Cómo no habían tomado precauciones?

Lo había hablado muchas veces con su marido, pero él también temía de alguna forma a su hermana y no había querido librar una batalla por separar sus bienes legalmente. No habían hecho partición alguna. Así que ahora, oficialmente, todas las fábricas y propiedades

de sus suegros habían pasado a ser de su cuñada. El peor de los escenarios.

Entró en la casa y fue hasta el escritorio para sacar una nota que había recibido esa misma mañana. Estaba escrita en nombre de Felisa, porque aquello no era ni siquiera una carta, era más bien era una nota redactada por abogados. Se sintió torpe, su cuñada iba muy por delante. Ella no había buscado siquiera asesoramiento legal, no conocía a ningún abogado.

Su madre ya se disponía a partir. Se estaba despidiendo de los niños. Pilar cogió un gran carpesano negro del primer cajón del escritorio y salió en su busca.

—Madre, te pido un favor, es muy importante. Le he estado dando varias vueltas y necesito tu ayuda.

Luisa la miró, esperanzada.

—Claro, hija. Lo que necesites.

—Al llegar a Valencia, búscame al mejor abogado especializado en herencias y pensiones de viudedad. Y en particiones. Lo contratas y le das toda esta documentación. Necesito un abogado que no sea de esta zona, donde Felisa tiene una gran influencia y poder. No puedo arriesgarme.

—Por supuesto, no temas, hija, preguntaré y me aseguraré de contactar con el mejor.

—Cuando lo tengas, lo contratas directamente. Si quieres te doy dinero de adelanto. —Le dio el carpesano. —Toma, guárdalo bien, sólo tengo dos copias localizadas. Es el testamento de mi suegro, el que no se llegó a materializar. Pero estoy segura de que será de gran ayuda. Lo he leído varias veces, es muy complejo. Sólo alguien que sepa mucho de herencias, podrá ayudarnos.

—Jesús, hija mía, no hace falta que me des dinero. Tenemos algo ahorrado para hospitales y emergencias. No somos ricos, y la enfermedad de tu padre, es una sangría. Pero descuida. Lo haré bien. Te encontraré al mejor, yo me encargo.

Pilar sintió un latigazo de fortaleza vital al llegar hasta ella. Había logrado tomar una decisión. Era el principio de su recuperación. Y si Felisa era de armas tomar, ella no se quedaría a la zaga y contaba

con grandes herramientas: su paciencia y su testarudez. Virtudes ajenas a su cuñada.

No lo postergaría más, el domingo haría una visita a Valdeganga. Sin los niños. Para ello, debía cobrar fuerzas, había perdido mucho peso y estaba muy desmejorada. Si Rómulo hubiera estado vivo, la habría atiborrado a dulces y chocolate.

Era tan galante con ella. Sintió un pequeño y doloroso puñal clavándose en su corazón, su anhelo la dejaba sin respiración. Pero debía acostumbrarse. Tenía que vivir con él en su interior. Ahora Rómulo estaba en su cabeza, formaba parte de ella. Podía oír su voz.

Aquel domingo amenazaba tormenta, pero aquello no amilanó a la joven viuda, que llevaba días preparándose para el momento. Se puso su mejor vestido negro, el del funeral, pero esta vez sí se acordó de ponerse el precioso sombrero con tul y terciopelo. Estaba rematado con unas cuentas de azabache. Era de los objetos más bonitos de su guardarropa. Era curioso que se hubiera olvidado de él para el funeral, pero apenas recordaba nada de aquel triste día.

Ella misma conduciría hasta Valdeganga. Conocía bien el camino y si bien, tenía que reconocer que llevaba más de dos años sin conducir, debía coger el toro por los cuernos. A partir de ese momento, ella era la cabeza de familia. Era importante que condujera, que tuvieran movilidad y libertad de movimientos, no podía andar dependiendo de los favores ajenos, y no se podía permitir contratar a un chófer. De hecho, ya había despedido a más de cinco personas, y en la casa, sólo se había quedado Loles, y la nueva criada, Anabel, cuyo salario era más reducido. Con todo ello, ni siquiera tenía dinero para eso, la salida de Loles era inminente si no conseguía ayuda. Era algo en lo que ni siquiera podía pensar, Loles era prácticamente de su familia, y sus hijos la querían con locura. No podía dejar que eso pasara. Sería otra pérdida para ellos.

Recorrió despacio las carreteras y caminos que separaban ambas casas. Sin prisa, pero tampoco con miedo. No iba a temer a Felisa. Si lo hacía, todo estaba perdido. No podía ceder, ni, aunque fuera

sólo bajando la cabeza, para que la guerra no acabara sin empezar. La actitud hacía mucho.

La realidad, cruel y superficial, era que necesitaba dinero. La casa era grande. Los niños tendrían que ir a buen colegio. No podía vivir siempre con inseguridad o de la caridad de sus vecinos. Si fuera hombre, todo sería distinto. Si hubiera sido ella la que hubiera fallecido, nada habría cambiado para nadie. Sin embargo, la muerte de su marido había hecho temblar los cimientos económicos de todo el pueblo. Rómulo había desplazado parte del impulso comercial de Valdeganga a Fuentealbilla. Sus jornaleros, provenían de ambos mundos. Sus transacciones se hacían desde el pueblo y la gran fábrica de harinas era el gran foco dinámico de la comarca.

Felisa sólo había tardado unos meses en desmantelarlo todo. Cerrar la fábrica. Despedir a los jornaleros que no eran de su confianza. Su cruzada no se limitaba a Pilar, sino a todo su mundo. Siempre había detestado Fuentealbilla. Recordó conversaciones, y discusiones pasadas. Como el día en que le anunciaron que no vivirían en Valdeganga. Echando la vista atrás quizás fue un error decirlo de aquella forma. ¿Le culpaba acaso Felisa desde hace años? ¿Creía que Pilar era la causante de todos sus males? ¿Su enemigo?

Ahora lo comprobaría. Ella no había sido amable tampoco precisamente con Felisa, aun así, no tenía ni un solo recuerdo en que sintiera odio por ella, era más bien como una ansiedad negativa. No le había dado tampoco un peso preponderante en su vida. Desde que nacieron sus hijos, simplemente, había vivido feliz, borrándola de su vida. Había sido como cortar una mala hierba del jardín delantero, para posteriormente sorprenderse que hubiera invadido todo su jardín trasero.

Sin embargo, allí estaba ella, esperando con el motor apagado, a las puertas de la gran finca. Aquella casa monstruosa y ostentosa en la linde trasera del pueblo. Nunca se había detenido a observar así la propiedad, desde fuera. Concluyó que nunca le había gustado, ni siquiera tras la primera visita, cuando eran novios y no sabían cuántos problemas debían sortear para estar juntos. Sus familias, la guerra… Habían luchado por su relación, y había valido la pena, aunque apenas hubieran logrado estar casados unos años.

El edificio era un cascarón oscuro, con sus habitaciones tristes y vacías. Con sus goteras y sus muebles viejos de castillo. Con sus tapices de la Granja de San Ildefonso. Suntuoso, pero a la vez decadente. Con poderío, pero sin calidez.

Bajó del coche y abrió ella misma la gran verja para pasar a través de ella con el coche. No se molestó en cerrar. Allí todo el mundo temía a Felisa, así que pocos entraban voluntariamente y nadie se atrevía a colarse en sus dominios. Cruzó los dedos para que no saliera a recibirla con una escopeta cargada. Así solía reaccionar aquella mujer al recibir visitas inesperadas.

Al llegar, la recibió la guardesa, no recordaba ni su nombre. Si le sorprendió la visita, no lo materializó en su rostro. Estaba bien entrenada, si no, no estaría en esa posición. Sabía de la lealtad que exigía Felisa para los suyos, familiares y trabajadores.

—Señora. Siento mucho su pérdida. Aviso a la señora de su visita. Pase conmigo.

La mujer la condujo hasta el despacho de Felisa. El antiguo despacho de su suegro que en nada había cambiado.

Esperó nada más y nada menos que media hora. Pilar consultaba su reloj, cada vez más nerviosa por la espera. Sabía que aquello seguramente era una estrategia de desgaste, pero no pudo evitar sentirse agraviada. Felisa marcaba distancias, así que lo que venía estaba claro que iba a perjudicarle de alguna forma. Era una estrategia de intimidación, y no podía dejar que hiciera mella en ella. Tenía que ser fuerte.

Soy un roble. Soy fuerte. Soy importante.

Con lo fácil que hubiera sido una bienvenida cordial, un tradicional "somos familia", seguido de unos abrazos de los niños. Pero no, tenía que ponerse en lo peor, para acertar.

Por fin Felisa irrumpió en la estancia. De riguroso luto. La miró solemne.

¿Por qué sentía que estaban compitiendo a ver quién llevaba más rigurosamente el negro?

Era como si buscara una señal de fallo en su ropa.

Pilar se estiró y le devolvió la mirada. Su luto era impoluto.

—No te esperaba, Pilar. Perdona el retraso, pero la muerte de mi hermano me ha obligado a trabajar sin descanso.

"Mi hermano" había sonado como un dardo. No había dicho "nuestro Rómulo", "Rómulo" o "tu marido".

—Agradezco tu dedicación y tu ayuda con todos los negocios y asuntos. El golpe del fallecimiento de Rómulo ha sido duro para todos, especialmente para los pequeños.

—Bueno, también para ti, como es natural. Has estado encerrada en tu casa, varios meses, enclaustrada.

¿Era aquello una crítica? ¿Debía ofenderse y contraatacar o seguir el juego?

—Así ha sido. Rómulo es el amor de mi vida y debo centrarme en mis hijos.

Recalcó el "es", en presente. Para ella Rómulo seguía siendo su marido, y el padre de sus hijos.

Felisa levantó las cejas.

Pilar cayó en la cuenta de que había vuelto a hablar de Rómulo en presente, le pasaba demasiado a menudo. Se negaba a aceptar su ausencia.

—He venido porque tenemos asuntos que resolver. Mi marido era joven, y como sabes, no dejó últimas voluntades.

—No las dejó, porque seguramente no vio ninguna necesidad de ello.

Pilar la observó y prosiguió. Era mejor que no se parara con cada afrenta velada.

—Como entenderás, dejó dos hijos y una viuda, con intereses legítimos.

—Bueno, tanto como intereses legítimos… Sabes de sobra que no se llegó a hacer la partición de la herencia de mis padres. Mi hermano y yo estábamos tan unidos, que jamás vimos esa necesidad. Siempre nuestros negocios fueron conjuntos.

—Lo entiendo y, por tanto, la parte de esos negocios de mi marido, debe correspondernos. Es lo justo.

Felisa soltó una carcajada que le heló la sangre.

—¿Así que para eso has venido hasta aquí? ¿Para pedirme dinero? Así muestras tu verdadera cara. Nunca has trabajado, vives a la sopa

boba desde que te conozco.

Pilar se levantó, ofendida.

—Felisa, no pagues tus rencores conmigo con tus propios sobrinos. Son tu descendencia.

—No puedes hacer nada. No tienes nada.

Menuda humillación. Pilar enrojeció.

—Tengo mi casa.

—No tienes ni eso.

Pilar sintió por primera vez miedo.

—¿Qué dices? Fuentealbilla es el hogar familiar. Es mi casa, mis hijos han nacido allí.

Felisa sonrió con suficiencia:

—Tranquila, no voy a dejar a mis sobrinos en la calle, no soy una desalmada. ¿Qué dirían de mí?

¿Debía sentir alivio? ¿Por qué Pilar tenía la sensación de que aquella mujer aún no había dado su estocada final? Esa sonrisa felina, le pareció que estaba… ¿disfrutando? ¿Acaso no era humana?

Pilar estaba confusa, no entendía bien a dónde quería llegar Felisa, pero sabía que no sería a buen puerto para ella.

—¿Entonces?

Felisa sonrió.

—Entonces, dividiré la casa en dos partes. Es lo justo. Tu parte, y mi parte.

Aquella mujer estaba loca. ¿Dividir la casa? Pero si Valdeganga tenía más de diez habitaciones y, odiaba Fuentealbilla. No tenía ninguna necesidad de ello.

—¿Cómo que vas a dividir la casa?

—Sí, he decidido ser generosa. Os dejaré una parte de la casa. No, no te preocupes, tendrás espacio suficiente para vivir siempre, sólo sois tres personas.

—¿Tres personas? ¿Y el servicio?

—Querida, en tu situación no puedes permitirte mantener ese servicio… Con que vaya una mujer del pueblo a limpiar unas horas será suficiente.

Jodía. ¿Pero qué sandeces decía su cuñada?

—Además la parte de la casa que os dejo será fácil de mantener, no te preocupes. No quiero que tengas que preocuparte por ello.

Felisa estaba disfrutando. Podía ver su media sonrisa de suficiencia. Como si estuviera por encima de ella.

Pilar se levantó furiosa.

—No voy a permitir que me humilles. Estás completamente loca.

—Cuidado con tus palabras.

—Eres una solterona amargada.

Las palabras brotaron solas. Y se arrepintió al instante. ¿Cómo pudo haber perdido la compostura?

—Te enviaré una nota para comunicarte cuando vaya con la cuadrilla a dividir la casa. Ya lo tengo todo planeado, no tardaré más de un día. Ya puedes ir despidiendo al servicio.

—Seguro que lo tenías todo pensado y, desde antes de que muriera tu hermano. Nunca te he gustado. Llevas años planeando cómo hacerme daño. Estás amargada.

Las verdades que nunca había dicho por educación, ahora flotaban a bocajarro desde su boca.

Felisa también se levantó furiosa.

—Piensa en tus hijos y ríndete. Más vale pájaro en mano que cien volando. Tendréis un hogar, y pagaré los internados en Albacete de ambos.

—¿Internados? Toni es casi un bebé. Y Lola es muy pequeña.

Ni se te ocurra hacer daño a mis hijos. O lo que te acabo de decir, será poco.

—Lola tiene la edad suficiente, no puede estar siempre pegada a tus faldas, no es sano. En el colegio estarán bien atendidos. Agradece que les dé una educación decente. Más de lo que tienes tú.

Pilar se levantó ofendida. Dudó si estampar su pesado bolso contra su satisfecha cara, pero se contuvo. Salió a pasos agigantados de aquella casa, que le recordó, al mismísimo infierno.

No sabía cómo lo haría, pero no pensaba rendirse. Aquello no se quedaría así, aunque fuera lo último que hiciera. Era tan injusto. No le dejaría ganar, aunque tardara toda la vida en vencer. Dividir la casa en dos, sabiendo que jamás pondría un pie en aquella casa que

no necesitaba, y menos teniéndola a ella de vecina. Sólo lo hacía por fastidiar y humillar, para demostrar su superioridad. Lucharía por sus derechos.

¡Qué se había creído!

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO:

"Esta cenicienta ya no tiene príncipe"



Valencia / Fuentealbilla, octubre de 1945.

Luisa llevaba horas esperando en aquel despacho, hasta se le habían pasado los nervios del tiempo que llevaba sentada en aquella austera silla tapizada con telas de damasco. De vez en cuando se levantaba a estirar las piernas, ya no tenía edad para estas cosas. Pero sí tenía algo importante; paciencia. Mucho mejor arma que una escopeta.

El mismo hombre, que amablemente le había atendido otros días con excusas, se acercó con una sonrisa. Le caía bien, a pesar de haberle dado largas varias ocasiones, siempre lo había hecho con educación, e incluso, con incomodidad.

—Señora de Gabaldón, el señor Cervera le atenderá finalmente hoy, puede pasar a su despacho.

Sonrió visiblemente emocionada. Había creído que aquel día iba a ser también en balde, como los anteriores y casi se había hecho a la idea de no tener aún éxito en su empeño. Cogió el abultado sobre que había dejado en la silla al levantarse y siguió al hombre de pelo blanco.

Quizás había esperanza entre tanta tragedia. Su marido, Zacarías, apenas podía levantarse de la cama y había estado ingresado en numerosas ocasiones las últimas semanas, sin un diagnóstico claro. Creían que era una enfermedad neurológica, que no sólo afectaba a la cabeza, sino también al cuerpo. Era evidente que además de ir dejando poco a poco de razonar, su cuerpo había ido deteriorándose,

de forma muy rápida. Lo curioso era que Luisa no sentía que su marido no la reconociera, nunca había dejado de hacerlo. Sólo era como si su envoltorio fuera averiándose a gran velocidad. A pesar de la situación sabía que habían tenido suerte, habían contado con la ayuda de la empresa de su marido y la solidaridad de compañeros y amigos. Luisa rara vez salía de casa, siempre estaba cuidando de Zacarías, sabía que era cuestión de meses, o quizás semanas como mucho. Tenía demasiados dolores y así no se podía vivir, en una extrema y constante agonía. Tanto sufrimiento en un ser amado era cruel, e innecesario, pero eso era algo que no podía verbalizar, por convicciones sociales y religiosas. Ni siquiera con su hija, quería evitarle más disgustos. Deseaba que el final llegara pronto para su marido. Aquello no era vida, y rezaba en silencio para que dios se lo llevara.

Por todo ello le venía bien salir y tener algo en lo que pensar que no fuera su marido; y qué mejor que enfocarse en poder ayudar a su hija, aunque fuera en la distancia.

Lo bueno era que había podido organizarse para ayudar a Pilar. La última llamada de su hija había sido dramática y muy preocupante. Les tiraban inminentemente de su propio hogar, sólo les habían dado dos meses para hacerse a la idea. ¿Quién se había creído Felisa que era? No, no. No lo permitiría.

Ella no se iba a mover del despacho del prestigioso abogado, hasta obtener su ayuda. Le había costado semanas encontrar a la persona adecuada, había tenido que pedir referencias, investigar los despachos, e incluso las calles de la ciudad para no perderse. Al final le había dado la recomendación y las señas, el abogado de la fábrica donde había trabajado su marido.

—Pase por aquí, señora.

Luisa entró en un gran despacho, decorado de forma clásica, pero austera, con un enorme escritorio de la época de Napoleón. En la habitación no había nada superfluo, estanterías repletas de libros de leyes y poco más. Sentado al otro lado del escritorio estaba un hombre sorprendentemente joven.

—¿Es usted el señor abogado Cervera?

El joven sonrió amablemente, debía estar acostumbrado a esa reacción.

—El mismo.

—¿Su padre era también abogado?

—No, mi padre era ingeniero.

El abogado levantó las cejas, en un gesto que no supo identificar.

—¡Ah! No pretendía ser maleducada, es usted tan joven, me dijeron que es el mejor abogado de toda Valencia.

—Vaya, gracias. Dos cumplidos, juventud y carrera.

Luisa se sintió aliviada, temía haber empezado con mal pie sorprendida por su edad. El abogado tenía buenas maneras, eso era importante. Y era de buen ver, ahora que lo podía ver de cerca, se fijó en que era muy apuesto. Tenía un pelo rubio oscuro brillante, con unos inmensos ojos azules.

—Cuénteme su caso. Ha sido usted muy persuasiva viniendo casi a diario. Es persistente y asumo que debe tener motivos para ello.

—Los tengo, vaya si los tengo. —Y puso el gran sobre sobre su mesa.

Pilar se hizo un café. Aún no había salido el sol. El día que tanto había temido asomaba tras la ventana. Tenía que ser fuerte, por sus hijos. Llevaba días preparándose para estar a la altura. Todo el mundo sabía estarlo en lo bueno, pero en lo malo, era harina de otro costal.

Soy una roca, soy una roca. Llevaba repitiéndoselo a sí misma desde la víspera.

La escueta nota había llegado hacía días. En ella, Felisa anunciaba que el 15 de octubre, lunes, es decir ese día, vendría con su cuadrilla de hombres a dividir la casa. La había leído un millón de veces, como si no fuera capaz de asimilarlo aún. Al abrirla por primera vez, se le había helado la sangre, quedando por completo bloqueada. No supo ni cómo reaccionar. Verse en la calle, con dos niños pequeños, era un escenario demasiado duro, por mucho que supiera ya qué iba a pasar.

Dividir. Como si Felisa en algún momento fuera a ocupar su parte… Era una burla más, una infamia. La conocía, no pernoctaría allí ni una noche. No necesitaba aquella casa, aquel ataque era su

estocada definitiva para hundirla. Y ella tenía que recibir aquel golpe, vivirlo y no dejar que su miedo se contagiara a sus hijos pequeños.

Aquel lunes 15 de octubre, viviría una batalla perdida, y, aun así, no podía salir huyendo. Siempre recordaría aquel día. Tenía dignidad, y su objetivo era simplemente mantenerla a lo largo del día, por muy difícil que le resultara. Había que perder unas batallas, para poder luego ganar otras. Tenía demasiadas incertidumbres acerca del reparto, su cuñada lo había querido así, para hacer sangre del árbol caído.

Las instrucciones eran claras, debía hacer sus maletas y sacar todo a la calle. Para que todo el mundo pudiera ver su humillación y su derrota. Felisa quería que sacara todos sus enseres a la calle, para que el desamparo fuera máximo.

Felisa le recomendaba en la nota que se fuera a pasar el día fuera, con los niños, para que no vivieran aquel momento. Un detalle para con sus sobrinos, lo que le hizo pensar que su cuñada era consciente de la crueldad de sus acciones.

Sus hijos llevaban días a buen recaudo, en casa de su prima segunda, Isabelita. Y eso, de alguna forma, le daba valor… saber que pasarían aquellos días felices, sin verla triste o enfadada. No sabía bien cómo iba a reaccionar. Ojalá pudiera simplemente mantenerse seria.

Pilar no pensaba moverse de esa, su casa. Ni un segundo. La había decorado, cuidado, y vivido, junto a su marido. Cada esquina guardaba más de un recuerdo de una vida familiar perfecta. No era suficiente con haber perdido a Rómulo, también perdería su hogar.

—¿Ya está despierta, señora? Si me hubiera avisado, le hubiera preparado yo misma el desayuno. Los hombres no llegarán aún.

—No pasa nada, Loles. Siento que hoy sea tu último día, pero no tendremos espacio, ni tampoco tenemos dinero suficiente. Tengo que mantener además a dos hombres para el campo y el huerto de arriba. Necesitamos los víveres. Subsistimos gracias a ellos.

Loles se sentó, confidente, enfrente de ella. Normalmente mantenía las distancias con su señora, pero aquel día era especial. Nunca la dejaría del todo, si la necesitaba, volvería. Sentía un gran

cariño por ella, pero sabía que en esta nueva etapa ella no estaría a su lado. Sentía un gran cariño por los niños, a los que había visto crecer.

—No se preocupe, señora, bastante está viviendo usted. ¿Saben cómo la llaman?

Pilar no se había callado ante la injusticia que estaban viviendo. Sabía que la única forma que tenía de luchar, aunque fuera superficialmente, era de forma soterrada, y para ello, había contado a todo el mundo su infortunio. A amigos, vecinos y conocidos. Toda Fuentealbilla, Valdeganga y pueblos cercanos, se habían hecho eco de la tremenda historia. Rómulo había sido un hombre tremendamente popular, y la historia con Pilar había corrido como el fuego en una mecha.

—¿Cómo me llaman?

—Sí, señora, tiene un mote: "La cenicienta manchega".

Casi se le salió el café por la boca de la risa.

—¿La cenicienta manchega? —le dio un ataque de risa. Más bien esperaba algo así, como "la triste viuda" …

Hacía una eternidad que no tenía ganas de reír, su risa era alegre y fluida. Tenía que reír más para los niños.

—Pos claro, señora, el cuento es igual, su cuñada y primas, son las malvadas madrastra y hermanastras.

Pilar rio con más fuerza. No lo pudo evitar.

—¿Madrastra y hermanastras? —Pilar soltó dos inmensas carcajadas— Y me obligarán a limpiar mi propia casa, utilizarán mis vestidos y me llenaré de ceniza…

—No, señora. No está sola, ya lo verá. Yo vendré una vez a la semana a ayudarla, ya me pagará lo que pueda o cuando pueda. No se preocupe.

—Gracias, Loles, por estar siempre a nuestro lado, desde el principio. Eres parte de nuestra familia.

Al principio había pensado en conservar sólo a Anabel, y sólo algunos días de la semana, ya que era lo único que podía costear a corto plazo, y haciendo un gran esfuerzo. Pero Loles se había negado, vendría un día a la semana y decía que con eso era bastante y no gastarían tanto. Todo ello con la promesa de que en

un futuro, cuando pudiera permitírselo, volvería a contar con ella al menos tres días a la semana. Adelina se había volcado desinteresadamente en el cuidado de los niños, y cada día, desde la muerte de Rómulo, su vecina había traído comida preparada en su casa. Así que lo primero que había hecho en su día era prescindir de la cocinera. A pesar de la presencia de Loles, y de Adelina, Pilar se sentía sola, pero por educación no podía verbalizarlo. Loles sólo intentaba reconfortar su ánimo aquel día. Pero Pilar, sin Rómulo, se sentía como una luna sin su luz. Ahora era la responsable de todo, y debía luchar por los tres. Recordó cómo había luchado su marido, en la guerra, sólo por ganarse su respeto. Era un ejemplo para ella. Hoy aprovecharía todo lo que había aprendido de él.

Aun así, dudó por un pequeño segundo si flaquear, y coger el coche, recoger a los niños y de ahí derechita huyendo a Valencia, a casa de su madre, y olvidarse de todo. Allí, en una ciudad, serían anónimos, y tendrían muchas oportunidades por delante. No era una mala opción, pero sabía que si la escogía se sentiría como una cobarde, como si no hubiera escogido el camino correcto. Su marido jamás habría querido eso. Sentía como si fuera él, desde el cielo, quien la estuviera empujando a mantenerse sólida en sus principios.

Pero no podía ser, ella no pensaba rendirse y abandonar. No se lo perdonaría nunca, lucharía todo lo que le dejaran, hasta el mismísimo final y, si lo perdía todo, comenzarían una vida lejos de allí. Esa opción siempre estaba allí, y eso la reconfortaba. Pensó en su marido, en todo lo que habían luchado por construir su hogar, allí, en Fuentealbilla, el lugar que ella había escogido. Esa había sido la causa de su primera ruptura y, por tanto, debía ser consecuente con el legado que habían construido. Pilar había insistido en vivir en el pueblo ¿Cómo dejar derrumbarse todo lo que habían construido con tanto trabajo?

—Pues esta cenicienta, Loles, ya no tiene príncipe. Nadie va a venir a salvarme, como en los cuentos. Pero a mí, el día de hoy, nadie me mueve de mi casa, ni pienso llorar para dar el gusto a nadie.

Loles la miró con admiración. Su señora volvía a ser la que era. Ya no tenía ojeras, ni miraba confusa. Era fuerte. Le había costado un

tiempo, ella había sido testigo, pero ahora incluso, en el peor momento, reía y hacía chanzas. Tomaba buenas decisiones, y ella estaría a su lado. La señora era una mujer fuerte, bien lo sabía ella, pues habían pasado muchos días juntas. Se levantaba al alba para ayudar en la casa, y le daba igual trabajar en el campo, que acompañar al señor en sus viajes de negocios; ella misma cuidaba de sus hijos, y no era nada remilgada, ni estirada. Todo eso no estaba reñido con que tuviera clase, y fuerza.

Felisa llegó a las ocho de la mañana, con dos camionetas y nada más que quince hombres cubiertos por el polvo del camino. Al no ver ningún rostro conocido entre ellos, Pilar se sintió intimidada. Quince hombres iban a entrar en su casa para arrebatársela.

Pilar no sabía bien cómo iban a proceder, ni cómo dividirían la casa, en la nota de Felisa no había explicación alguna, pero se temía lo peor. Piensa mal, y acertarás. Por un segundo los hombres les recordaron a los milicianos de la guerra. Era inevitable. Pero no podía flaquear. Aquello iba a suceder y ella tenía que estar a la altura.

Sus enseres personales y juguetes de los niños estaban fuera, a buen recaudo, pero sus muebles seguían cada uno en su sitio. Muchos de ellos tenían un gran valor sentimental, especialmente los que eran de sus padres.

Había estado los diez días devanándose los sesos, de si mover sus muebles más valiosos a algún sitio, pero pensó que, si lo hacía, seguro que Felisa se encaprichaba de ellos y los reclamaba. Era mejor no decir nada, aunque fuera a salir perdiendo.

—Pilar, puedes quedarte si quieres en el fuego del hogar. Allí no te molestaremos.

Pilar la miró y sin amedrentarse se acercó.

—Felisa, me gustaría que me dijeras qué parte de la casa exactamente va a ser la mía. Para organizarme, no estás obrando correctamente, las cosas no se hacen así.

—En pocas horas, lo verás. Tu parte será la más cómoda para una joven viuda con sus hijos, por supuesto, necesitarás la cocina ya que

vas a vivir aquí. Así que la división es simplemente la más práctica y racional.

—¿La cocina?

El corazón de Pilar latió con fuerza. Supo en seguida cómo obraría su cuñada. ¡Qué tonta había vuelto a ser! Ahora sí que iba a convertirse en la cenicienta manchega, despojada de la zona noble para acurrucarse en la cocina.

—Sí, puedes esperar allí. Esa parte no la van a tocar.

Pilar apenas pasaba tiempo en la cocina. Era una zona amplia, con dos cuartos para el servicio, y un pequeño salón donde ardía la lumbre del hogar.

—Esperaré mejor fuera, en la calle.

Pilar se quedó estupefacta al salir a la plaza del pueblo. Estaba repleta de vecinos. Su antiguo servicio también seguía allí, vestidos con ropa de calle, con sus hatillos y maletas preparados. Loles estaba al frente de todos ellos.

Pilar se acercó a saludar uno a uno. Sintió una emoción intensa desbordar unas lágrimas incontrolables en sus ojos. Lloraba últimamente con tanta facilidad, que echaba de menos los años de sequía lagrimal. Pagaría ahora mismo por volver a tener aquel don. Sentir el apoyo de sus vecinos en un momento así, la ablandó tanto que temió derrumbarse. Así que hizo todo lo que pudo para recuperarse. No era el momento de dejarse llevar con sensibilidad alguna. No podía mostrar ningún atisbo de flaqueza.

—No estás sola , Pilar, estamos todos contigo.

—Gracias, Don Honorato. Es un detalle que haya venido —le contestó al párroco.

—De nada, hija, ha venido todo el pueblo. Rómulo estaría orgulloso de tu fortaleza. Si tu marido levantara cabeza, jamás habría permitido algo así.

El párroco miró con disgusto hacia la casa.

Adelina se acercó con su bastón y la abrazó sin miramientos. Poca gente tenía tanta confianza con ella.

—Estás viviendo una injusticia. Has pasado por mucho. Todos te respetamos, te ayudaremos en lo que haga falta. Seguiremos siendo vecinas y pasando muchas tardes juntas. Seguiré haciéndote los

guisos que tanto os gustan, nunca os va a faltar un buen plato de lentejas.

—Gracias, Adelina.

Unas lágrimas de agradecimiento en rebeldía cayeron, inevitables. Y eso que estaba conteniéndose. No podía llorar, para no dar el gusto a Felisa. No podía ser débil.

—¿Cómo van a dividir la casa? —Esta vez habló D. Arturo, el nuevo alcalde, y uno de los mejores amigos de Rómulo.

—Me temo que me dejan la parte del servicio. No me han querido dar ningún detalle, pero es lo que he podido intuir.

Le dolía aquello. Quería seguir durmiendo en su habitación, y vivir en su casa. Allí había pasado los mejores años junto a su marido. Le quitaban todo.

—¡No será verdad! ¡Menuda desfachatez!

Loles, se adelantó.

—Señora, no se preocupe, es una buena zona, amplia y muy cálida, se puede adecentar y será un buen hogar. Fácil de limpiar y cuidar.

Pilar sabía que era cierto, Rómulo se había asegurado de que la zona del servicio fuera confortable y práctica. Aun así, no consideraba esa parte de la casa precisamente su hogar. Las habitaciones de sus hijos estaban en el otro extremo, para ellos sería un cambio sin sentido. No sabía aún cómo iba a explicarles todo aquello, eran tan pequeños…

—Claro que sí, Loles, muchas gracias por tu apoyo, y el de todos. Pero no es necesario que estéis hoy aquí, no sé cuánto tardarán, pueden ser horas.

Loles intervino:

—No vienen a recogernos hasta la tarde, señora. No se preocupe.

Pilar no entró en las siguientes horas en la casa. Prefería esperar y que Felisa se viera obligada a acudir a ella, entre el bullicio de sus amigos y vecinos, para que todos fueran testigos de sus banales explicaciones. Sabía que aquello la obligaba a exponerse, y de alguna forma a retratarse como persona. Era un mero consuelo, en medio de todo aquel drama.

Los minutos se le hicieron eternos. Dio varias vueltas por el pueblo, para distanciarse un poco, pero siempre volviendo cada poco a la puerta.

Pasado medio día, Felisa salió por fin, rodeada de sus hombres y, para su asombro, cambió la cerradura de la puerta principal. No sería verdad. ¿No podría entrar siquiera por su propia puerta? ¿Hasta ese punto quería humillarla, haciéndole entrar por la puerta trasera del servicio?

La gente murmuraba, indignada, pero aquello sólo parecía envalentonar a Felisa que iba con la cabeza bien alta y dando órdenes a diestro y siniestro. Llevaba puesta una gran cadena de oro con una cruz de Caravaca. Era capitán de ejército, con sus galones y ropa ostentosa. Todo en ella rezumaba prosperidad y dinero, se había puesto unos pendientes de esmeralda y brillantes. Llevaba un imponente traje de chaqueta de terciopelo granate a medida. Y unos zapatos de tacón relucientes.

—¿Habéis asegurado los ladrillos con cemento?

—Sí, señora —le contestó un hombre moreno de corta estatura.

—¿Habéis tapiado la sala del fondo, la de detrás del despacho?

—También. Todo como ha ordenado usted.

—Que no se pueda subir a ninguna habitación.

Realmente quería verla hundida y, para todo ello, aquel gran espectáculo. Grandioso y denigrante.

Pero Pilar se enderezó, cobró fuerzas con la humillación. Si en verdad era la cenicienta, sus vecinos eran su zapato de cristal. Se acercó a Felisa y la miró descaradamente, sin decir ni una palabra. Sin miedo, sin ira.

Si claudicaba, le daría el poder a la madrastra del cuento. A Felisa no le servía quitarle todo, quería verla llorar, humillada, y que suplicara ayuda. No le daría ese gusto, tenía orgullo.

—Desde ahora no puedes entrar por la puerta principal, ésa es la entrada de mi parte de la casa. Los muebles y enseres de los salones, así como de los cuartos nobles, se quedan donde están, son míos, no puedes tocarlos.

—¿Y para qué los quieres? Si ambas sabemos que no vas a pisar esta casa, nunca te gustó.

—Puede ser, pero eso es irrelevante. Toda esa parte es mía. Y jamás, entres en ella. Bastante he hecho con dejarte un techo, he sido benévola. —Levantó la voz para que todos en la pequeña plaza pudieran oírla. Absurdo papel de villana.

Pilar pensó en obligarla a devolverle los muebles de sus padres, pero la miró a los ojos y vio que justamente estaba esperando aquello. Que se quejara, al menos con algo. Ni hablar.

La indignación se manifestó entre sus vecinos, que comenzaron a opinar a la vez, molestos. Pilar se sintió reconfortada.

—Las quejas son infundadas. He sido benévola, a esta mujer no le corresponde nada. Le he dado un techo en el que vivir, pagaré el colegio de sus hijos. Le hago un favor. Algún día me dará las gracias.

Visto lo visto, sí que era la cenicienta manchega.

Sin mediar más palabras, junto a sus hombres, subieron a las camionetas y desaparecieron del pueblo, para jamás volver.

Aquel instante era un punto de inflexión. Pilar lo sintió así, como una gran derrota, pero aún le quedaba mucha vida y no había mejor venganza, que la que se servía a fuego lento. Se prometió a sí misma que las cosas no se quedarían así. Un revés, era sólo eso, debía mantener la calma y no rendirse. Las grandes batallas eran las que se ganaban a largo plazo, y poca gente sabía jugar con esos tiempos. Ella, sí.

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO:

"No blasfemes"



Fuentealbilla, octubre de 1945.

Entró en la casa con paso decidido, acompañada por su extinto servicio, el alcalde y el párroco. Estaba todo sucio y lleno de polvo. Le recordó a cómo habían dejado la casa los milicianos tras la guerra.

Loles se llevó las manos a la cabeza:

—Jesús y María, cómo lo han dejado todo, con lo limpio que estaba.

Don Honorato puso los ojos en blanco:

—Por favor, Loles, no blasfemes o tendrás que confesarte otra vez conmigo antes de irte del pueblo.

—Ni hablar, y pienso volver al pueblo todas las semanas, no pienso dejar a la señora sola —contestó roja al párroco.

Pilar evaluó los daños; amplios e inimaginables. Tardarían días en dejarlo habitable, quizás más si no tenía ayuda. ¿Cómo iba a pagarlo?

Su corazón latía con fuerza. Hizo una rápida revisión de la vivienda, para entender bien la situación. Ni en su peor escenario había imaginado algo así. Ver su casa destruida, y dividida le causó un gran impacto.

Habían tapiado el setenta por ciento de la casa, incluida toda la parte noble; recibidor, salones y cuartos principales. Las estancias donde vivían habían sido tapiadas.

—Ni siquiera me han dejado los cuartos de los niños. Menuda serpiente.

Pilar fue directamente al patio interior, desde sus ventanas se podía ver bien la parte noble de la casa. Todas sus cosas de valor estaban allí, si lo hubiera sabido...

—Es una tontería, lo que voy a decir, pero allí está mi costurero de flores… me encantaba.

Adelina se asomó a mirar. Tantas tardes habían pasado juntas, cosiendo.

—Tenemos el mío. Lo compartiremos, hasta que tengas uno nuevo.

Justiniano, al que solía emplear como jornalero, intervino solícito:

—Señora Pilar, si quiere, rompo la ventana, paso y le cojo lo que quiera. Si está ahí mismo todo. No creo que se den cuenta.

Ya iba dispuesto a saltar cuando Pilar lo paró.

—No, Justiniano, no pienso entrar a coger nada que sea suyo. Pero, muchas gracias. No voy a darle esa satisfacción. Es lo piensa ella que vamos a hacer, y seguro que para contraatacar tiene algo peor preparado. Es mejor así, que se olvide de nosotros y piense que me ha vencido y humillado. No sé aún de qué más es capaz esa mujer, así que la quiero lejos de mi familia. Espero no volver a verla nunca, ya he tenido suficiente.

Era lo mejor. Volverse invisibles e insignificantes.

—No se preocupe, señora, ya verá, esta mañana hemos tenido varias ideas, mientras veíamos todo lo que hacían en la casa. La ayudaremos. Saldrá de ésta.

—Gracias, Alfredo, pero lo tengo difícil, así no puedo traer a los niños esta noche a dormir. Y los necesito a mi lado. Llevo demasiadas noches sin ellos, esperando que todo esto pasara, y pudiéramos continuar nuestra vida juntos, pasado este trance. Pensé que todo acabaría hoy. Pasaría el mal trago de golpe y podría volver a mi vida.

—Pues claro que sí, señora, hoy mismo podrán volver sus hijos. Está todo pensado, no la vamos a dejar sola en un momento así. Con todo lo que han hecho siempre por nosotros. Aún recuerdo

cuando su marido nos dejó el dinero para comprar el tractor. Esas cosas no se olvidan nunca.

Habló Alberta, la mujer de Alfonsino, primo del Paqui:

—Yo voy a cocinar y dejarle la cena preparada. Y cuando esté todo limpio, le dejaremos las camas hechas.

—Nosotros limpiaremos los escombros, lo sacaremos todo de aquí.

Varios hombres se pusieron a la obra.

—Yo voy a buscar unos muebles que tenemos de la parroquia almacenados. Necesitaré ayuda.

—Nosotros.

Varios hombres siguieron a Don Honorato camino de la parroquia.

Y así se hizo el milagro, entre todos. Pilar se pasó la tarde dando las gracias. Sus vecinos le trajeron mantas, velas y viandas. Adelina incluso, una alfombra que ya no utilizaba de su salón.

—No es lujosa, como las que tenías, pero los niños lo agradecerán cuando bajen de la cama.

—Yo traigo platos y vasos. No están emparejados, pero servirán. Me han dicho que su vajilla se ha quedado en la vitrina del salón.

María, la amable mujer del alcalde, entraba con una inmensa caja con vajilla y cristalería. Pilar ni siquiera se había dado cuenta de que también se había quedado sin su preciosa vajilla.

Humildes pero valiosos regalos. Todos colaboraron, y Pilar se sintió feliz, a pesar de la situación, y de las funestas circunstancias. A pesar de que la ira, por la injusticia, pugnaba por abrirse paso, en su corazón. Sintió esperanza, como si Rómulo estuviera a su lado. Era como si fuera su mano la que hubiera guiado a sus vecinos para ayudarla en aquel momento tan delicado.

Viendo a todos ayudar, sintió su voz en su cabeza:

—Pilar, eres afortunada, somos una familia muy querida. Algo habremos hecho bien.

Sonrió. Era como si estuviese allí mismo.

Se puso manos a la obra, aquello debía ser un gran hogar, unas horas más tarde, a la hora de la cena. Un sitio seguro y feliz para los tres. Si su madre pudiera ver aquel milagro… Pensaba escribirle aquella misma noche.

Entró por su nueva puerta, la antigua puerta del servicio. Felisa le había querido mostrar su sitio, ninguneándola, desahuciándola a la parte menos noble de la casa. La que, además, daba a un sucio pajar con gallinas. Los muebles allí eran escasos y viejos, y como no había sido reformada, como el resto de la casa, parecía tener cien años y ninguna comodidad, pero sólo en la parte exterior. La parte interior era pequeña, y sólo había un único baño, no muy lujoso, cuando ahorrara sería lo primero que reformaría. Pero por ahora era suficiente para los tres. No le había dejado espacio para recuperar el servicio, y eso que ella tenía la esperanza de recuperar a Loles en el futuro.

Se arrepintió de no haberla reformado en su día con las comodidades más modernas. Sólo había dos puntos de luz, pero eso tenía fácil arreglo.

Le costó días adaptarse a la situación. Cada vez que pasaba por el patio, sus ojos iban hacia su antiguo hogar. Seguía allí, lo podía tocar. Estaba congelado en el tiempo.

Su hija Lola se había subido a las ventanas.

—Madre, está todo lleno de polvo, seguro que mi cama también.

—Hija, baja de allí que te vas a caer, tu cama ahora está al otro lado.

—Pero no entiendo por qué no puedo pasar. No lo entiendo. ¿Por qué la tía no nos deja pasar?

—Pues no tengo ni idea, Lola. Si algún día la ves, pues se lo preguntas. Estamos bien en casa. ¿No te gusta tener en el cuarto todos tus juguetes?

Antes los niños tenían un cuarto de juegos.

—Me encanta.

—Pues ya está, vamos.

Pilar cogió a su hija desde atrás y la hizo bajar. No pudo evitar mirar de reojo, el polvo sobre el mueble del recibidor.

Ya no es mi casa, no son mis cosas.

No había sido fácil explicárselo a los niños, cuando a ella misma le costaba aceptarlo. Tampoco su nueva situación. Tenía un aspecto horrible. Se pasaba el día cuidando y jugando con los pequeños, y

agradecía la ayuda que le proporcionaba Adelina, que era cuando aprovechaba para bañarse. Cogió a Toni del suelo y lo abrazó con fuerza.

—Lola, ¿jugamos al parchís?

—¡Sí!

La niña pegó unos saltos por la puerta trasera y entró en la cocina.

Acababan de perder a un maravilloso padre y marido. Así que perder una casa era una absoluta trivialidad, no entendía cómo Felisa no había sabido verlo. A ellos ya les habían arrebatado lo más importante. Si habían podido reponerse de la muerte de Rómulo, aquello estaba chupado. Nadie podía quitarles eso.

Nada era tan devastador como su ausencia. Estaban preparados para todo.

—¡Me pido las rojas! —Lola estaba feliz, le encantaba jugar con su madre al parchís.

—¡Pues yo, las verdes!

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO:

"Macetas de colores"



Fuentealbilla, septiembre de 1947.

Agustín Cervera aparcó el automóvil en la misma plaza del pueblo. Bajó y echó un rápido vistazo a su alrededor. El lugar era tal y como lo había imaginado. Era una persona de ciudad, y le costaba hacerse a los ambientes pequeños de los pueblos. Todos tenían una apariencia similar y no le causaban buena impresión. Cogió su sombrero de la parte trasera de su coche y buscó con la mirada la casa que debía encontrar.

Estaba justo enfrente, era fácil reconocerla, tal y como le había explicado por teléfono su propia clienta, la viuda de Valentín. Pilar, sí, así se llamaba. O eso creía, no era bueno con los nombres y menos si no les ponía cara. Tenía tantos casos, que aún no entendía que hacía allí.

Bueno, sí lo sabía. Aquella mujer, su madre, se había sentado durante días, en su despacho, sin desfallecer y sin enfadarse, ganándose su respeto. Durante más de dos años le ha visitado en su despacho, para interesarse por las mediaciones en el caso de su hija. Le recordaba a su querida madre, que en paz descanse. Había hecho lo que no se debía hacer; creado un vínculo emocional con el caso. Y sin quererlo, ni beberlo, ahora estaba en un pequeño pueblo de Albacete cuyo nombre jamás había oído. Dobló el mapa que yacía en el asiento del acompañante. Se reprendió a sí mismo por haber tenido un momento de flaqueza caritativa y perder todo un día en aquel pequeño caso.

El portón de madera de la puerta principal estaba sucio y cerrado. Una viga, cuyo papel principal era más disuasorio que otra cosa, la cubría en horizontal. Así que la historia era totalmente cierta, hasta el último detalle, pobre mujer. Viuda tan joven, con dos pequeños, viviendo de la caridad de sus parientes y vecinos. Verlo en persona le hizo alegrarse de haber ido hasta allí. De un fogonazo, sus reticencias desaparecieron.

La otra puerta de la casa estaba apartada, así que se dirigió a ella, con creciente curiosidad.

Estaba abierta de par en par, y le dio apuro entrar en una casa desconocida. Llamó golpeándola, pero no obtuvo respuesta, así que, tras unos minutos de duda, entró en un pequeño patio recibidor trasero.

—¡Hola! —saludó vociferando. —¡Buenos días! Vengo a visitar a la viuda de Valentín, soy su abogado.

Nada, silencio.

Le supo mal entrar sin invitación en el patio, pero oía unas voces de lejos, y la puerta estaba abierta. Así que se internó en aquella casa de distribución desigual. Recordó las historias que le había contado Luisa, sentada en su despacho. La casa era un puzle, con escalones de subida, trozos tapiados y rampas de bajada, pero tenía que reconocer que había un toque alegre en la decoración que resultaba sorprendente.

Llegó a un segundo patio. El espacio era pequeño, tendría menos de cuatro pasos grandes de anchura, y desde él se podían ver los ventanales que daban a la parte noble de la casa.

No lo pudo evitar, se asomó. Vio preciosos muebles cubiertos de polvo blanco y lámparas suntuosas de cristal, lo que le cuadraba con toda la información. Una familia adinerada, y rota.

Sin embargo, al girarse, sintió claramente que aquella parte suntuosa de la casa, abandonada, palidecía al lado de la calidez de la mitad que estaba abierta. Las plantas y los colores le daban un toque bohemio y moderno. Como si fuera un lugar especial. Los cactus estaban cuidadosamente plantados en macetas de colores: verde, amarillo, azul y rojo.

Siguió las risas. Provenían de un lugar al interior.

—¡Hola!

Las risas cesaron.

—¡Estamos dentro!

Las risas siguieron.

Agustín entró directamente a una amplia cocina. Sobre la mesa había libros de caligrafía y galletas sin hornear. Una joven de su edad lo miró con sorpresa.

—¿Disculpe, usted es…? —preguntó con interés mientras él la observaba detenidamente. No se había inmutado ante la irrupción de un desconocido, como si estuviera acostumbrada a las visitas imprevistas.

—Agustín Cervera, su abogado. Mucho gusto.

Se fijó en el atuendo de luto. Aquella preciosa mujer, de cabellos negros rizados, era su clienta. No la esperaba así, y eso que había hablado varias veces con ella por teléfono. Cintura de avispa, pero de complexión amplia, con curvas. Ojos verdes. Una belleza de las que quitaban el hipo. Si se la hubiera encontrado en cualquier parte del mundo, le hubiera producido la misma honda impresión.

Lo pilló desprevenido, y no pudo disimular su sorpresa. Por un momento no supo qué decir, sólo pudo mirarla.

—¡Por supuesto, Don Agustín! Perdóneme, pero no lo esperaba así, tan joven, de ahí la confusión. Siempre imaginé que sería un señor de mucha más edad. ¡Lo esperábamos!

Agustín pensó que tenía que hablar o menuda imagen daría, poco profesional.

—Podemos tutearnos, por favor. Y, no soy tan joven.

—Por supuesto, yo tampoco, a veces se me olvida que el tiempo pasa, y de qué envejecemos.

—Mami, ¿quién es?

Una niña de unos cinco o seis años se levantó de una silla.

—Un señor muy amable que nos está ayudando con cosas de mayores. Llévate a tu hermano a jugar al cuarto, cariño. Esto es aburrido.

—Vale.

Lola agarró a su hermano por el brazo y tiró de él con poca delicadeza.

El pequeño rio a pesar de ello, como si su hermana le hiciera mucha gracia, hiciera lo que hiciera.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

—Un café estará bien, gracias. Y un vaso de agua.

—Vamos al salón. Bueno, más bien salita. Deme un segundo.

—¡Loles! Tenemos invitados.

—¡Ya voy, señora! Estaba con las gallinas. ¡Han puesto ocho huevos!

—¡Qué bien! ¿Nos puedes traer, por favor, dos cafés y un agua?

—Ahora mismo. Y ya tengo lista toda la comida.

Pilar lo miró con sus enormes ojos. Impresionaba su belleza, así como su aspecto juvenil, que contrastaba con su luto absoluto.

—En previsión a su visita, hemos preparado una comida especial.

—Muy amable, no hacía falta, con cualquier cosa me apaño. No soy muy comedor.

—Nada. Nos está ayudando mucho y apenas nos ha cobrado nada. Sólo gestiones puntuales.

—No se preocupe. Ya habrá tiempo para eso.

Ahora que la conocía en persona, y había estado en aquella casa, no pensaba cobrarle nada.

Entraron en una pequeña estancia. Antiguamente debía de ser un pequeño recibidor con pasillo, pero estaba bien aprovechado como sala de estar. En medio, comiéndose un poco el espacio, una tradicional mesa redonda, con brasero. Se sentaron y Agustín comenzó a sacar papeles de su maletín.

Uno a uno fue explicándole, como pudo, propiedad tras propiedad. También sacó los informes del registro de la propiedad a los que había accedido.

—Lo bueno es que todo sigue a nombre de su marido o su suegro.

—Mi cuñada, con la que no hablo desde el desahucio, dejó claro que todo es suyo. Pensé que todo estaría a su nombre.

—Bueno, no es del todo cierto lo que le dijo. Pero tampoco es incierto. Entiendo que se aprovecha de una situación particular, y de una ausencia de testamento.

—Juega al desgaste conmigo, me cree hundida.

—Han pasado ya dos años. Eso le da mucho poder, nunca más se han visto.

—Esa mujer nunca me dejará en paz. Mi madre insiste en que abandone esta casa y me vaya con ella.

—Es lo último que debe hacer. Abandonar la casa. No se lo aconsejo. Usted es la legítima mujer de Rómulo Valentín, y sus hijos, sus herederos. Es sólo cuestión de tiempo. Aunque tardemos, pero no debe renunciar a nada. Y, sobre todo, no firme nunca nada que esa mujer le diga, aunque le dé dinero a cambio.

Pilar puso los ojos en blanco.

—Lo entiendo.

—Además, fue Felisa quien públicamente, y notoriamente les dejó esta parte de la casa. Sin embargo, tuvo mala fe en todos sus actos, incluso en el reparto, privándolos incluso de sus bienes y muebles. Podrían incluso volver ocupar toda la casa, y nadie podría hacerles nada.

—Ella vendría y me echaría.

Había vivido todos esos años con aquella espada de Damocles sobre ella. Le dolía ser tan vulnerable. No quería perder su casa, otra vez.

—Ella no es ninguna autoridad, ni policial ni judicial.

—Lo es, de alguna forma. Con sus tierras, dinero y poder. Prefiero no ofenderla. Es mejor así. Que se olvide de nosotros. Al fin y al cabo, los niños son felices.

Agustín Cervera miró a su alrededor. Habían construido un pequeño hogar, pero era demasiado humilde. Era una injusticia, aquella familia tenía mucho patrimonio y dinero. Tenían grandes fábricas. Había investigado cada detalle y, a pesar de la alegría que se respiraba entre aquellas paredes, no era suficiente.

—Cierto. Pero querrá para ellos un futuro, es suyo por derecho. Lola ya es mayor. Querrá que tus hijos tengan los mejores estudios.

—Tengo que reconocer que he descubierto estos años que soy una mujer orgullosa. Por un lado, me siento agradecida, pero me duele, cuando mis vecinos y familiares me ofrecen su caridad. O cuando mi madre me envía dinero de su pensión, sabiendo lo mucho que lo necesita. Sobre todo, porque sé cuánto trabajó mi marido en

vida. Felisa no tendría ahora nada sin él. Las ideas que han sido más prósperas eran sus ideas descabelladas, aquellas que indignaron a su propia hermana y que ahora cosecha. Injusto. Cruel.

—No se preocupe, por eso estoy aquí. Eso va a acabar. Hoy mismo es el principio de todo ello.

Pilar lo miró, confundida. ¿Iba a darle una buena noticia? No contaba con ello.

Justo entró Loles, con una bandeja con cafés. Los sirvió delante de ellos. Había ido ese día a propósito a ayudar, sabiendo de la importancia de la visita del abogado. Todo podía cambiar y ella rezaba cada noche por su señora. Por todas las injusticias que había vivido y sentía como suyas. Por esos niños, a los que quería como a los que nunca tuvo.

—¿A qué se refiere?

Pilar le miraba ahora con evidente interés, como si hasta ahora hubiera sido sólo una visita cortés, de esas que son un poco molestas.

—Ya sabe que presenté en su día al juez su caso. Que lo cambió de jurisdicción.

—Sí, me dijo, que eso tardaría años. —Pilar buscó sus recuerdos. —Eso fue en Navidad.

—Exacto, tras presentar su caso, se me instó a una especie de mediación preliminar. Me puse en contacto con su cuñada.

Ahora Pilar se sintió conmocionada.

—¿Por qué no sabía nada de esto?

—Tranquila. Fue hace sólo dos meses. No conseguía hacerme con ella. De verdad que fue algo incómodo. Hasta que contestaron con una carta, para que me pusiera en contacto con los abogados de la familia, me dieron las señas. Se ve que han cambiado de abogados, y eso ha retrasado todo.

—¿No habló con Felisa?

—En ningún momento.

—¿Vio a los abogados?

—Son de Albacete. Dos hermanos muy reputados. Tuvieron la amabilidad de venir a Valencia y nos ofrecieron algo.

Algo era más que nada. Pilar hacía mucho que no soñaba con obtener nada.

—¿Ofrecieron algo? ¿A cambio de retirar la demanda?

—No, ya les dejé claro que habíamos luchado años, y que no íbamos a abandonar ese empeño.

Pilar se sintió más tranquila, por un momento temió que aquel hombre de leyes la hubiera traicionado. Le había dado unas instrucciones muy claras y, entre ellas, no rendirse.

—¿Y qué ofrecieron?

—Una renta para usted.

—¿Dinero? ¿Ahora? ¡Con todo lo que he sufrido! ¿Por qué ahora?

—A ver, es una cantidad irrisoria. Lo correspondiente a una pequeña pensión de viudedad. No da para grandes lujos, pero sí para vivir con tranquilidad y tener pequeños ahorros.

—No entiendo nada, de verdad. ¿Y dice que no ha hablado con Felisa?

—No, y las señas de los abogados me las ha proporcionado una tal Adelaida Albors.

Pilar intentó pensar. Aquello no tenía pies ni cabeza.

—La prima. ¿Habrá mediado Adelaida por fin? Ella nunca nos llegó a mirar con malos ojos, siempre fue correcta, pero le daba demasiado miedo su propia prima. Es como si no pudiera morder la mano que le daba de comer.

—A partir de la semana que viene, recibirá el dinero cada mes, el día 2.

Sintió un alivio inmenso, por poco dinero que fuera, era necesario.

—¿A cambio de qué?

Pilar temió la respuesta. Si le daban algo, sería porque a cambio, le quitarían algo valioso. Siempre había sido así.

—De nada. No han pedido nada a cambio.

Pilar no supo qué decir. Un sollozo de alivio le vino a la garganta y no pudo evitar reír. No conseguía comprender qué había pasado, ni cómo. Pero le daba igual. Hacía mucho tiempo que no le pasaba nada bueno.

—¡Menuda alegría! ¡Tengo tantos planes! Quiero que los niños estudien en Valencia.

—Su madre está allí, y yo puedo recomendarles en dos colegios muy buenos.

—¡Se lo agradezco de verdad! Bueno, vayamos a dar un paseo, le enseño nuestro pequeño pueblo y luego comeremos. Si lo llego a saber hubiera preparado un plato más elaborado para la celebración, pero no se lo va a creer.

La mujer rio ahora a carcajadas.

—¿Qué sucede?

—Pues de comer, hay un simple arroz con alubias tintas. Aquí lo llamamos "arroz y pava", lo hacíamos mucho durante la guerra, porque sólo se necesitaba arroz y alubias. Y usted encima viene de Valencia… Tierra del arroz. Le va a parecer poca cosa. Encima que ha venido con buenas noticias… Espero así poder aliviar la presión sobre mi pobre madre.

A Agustín le supo mal decir que no solía comer arroz, que le sentaba mal. La mujer parecía tan feliz, que le brillaban los ojos.

—Me encanta probar cosas nuevas. Demos ese paseo.

Pilar dejó al pequeño Toni con Loles. Lola, sin embargo, salió corriendo a la calle, en dirección indeterminada. Le encantaba irse sola a explorar, le recordaba a ella misma cuando era pequeña, adoraba su pequeño pueblo.

—Quiero saberlo todo, punto por punto. No soy capaz de entender lo que ha sucedido. Ni nos hablaban, ni contestaban a nuestros requerimientos, durante meses, como si quisieran demorarlo todo. Ni siquiera conseguí que pagara los honorarios del médico… Los niños son pequeños y Don Avelino viene casi todas las semanas en invierno.

—Ahora podrás hacerlo tú misma. Y es sólo el principio. La justicia siempre ha estado de tu lado, pero es lenta, y son provincias distintas.

Pilar miró al abogado embelesada mientras paseaban. Contuvo las ganas de abrazar a aquel desconocido. Su salvador. Tantos años creyendo que su lucha jamás acabaría. Daba la guerra casi por perdida. Su madre siempre había tenido grandes palabras para aquel hombre, y ella no le había prestado una excesiva atención, aun así el

abogado les había ayudado prácticamente con desinterés. Había gente buena y amable en aquel mundo.

Ahora, aquel hombre tan distinguido estaba cambiando su destino. Con su traje de chaqueta a medida, y sus zapatos de lazada marrones. Siempre le estaría agradecida, y sintió que tendrían una larga amistad. Apenas tenía amigos de su edad, siempre estaba con los vecinos, o con sus hijos. El abogado era un soplo de aire fresco en su vida.

E P Í L O G O :

"Coger el toro por los cuernos"



Valencia, 1968.

Por raro que le pareciera a todo el mundo, le encantaba estar sola en la pequeña casa de Fuentealbilla. Mimando sus cactus y charlando con sus vecinas. Sus hijos apenas ponían un pie en el pueblo. Tenían sus vidas en Valencia, sólo ella parecía tener un vínculo emocional con Fuentealbilla.

Toni había acabado la facultad de empresariales, y se casaba ese verano. Lola vivía con ella en Valencia, en el antiguo piso de sus padres cerca de la Gran Vía de Germanías. Se sentía muy orgullosa de ellos, eran personas muy divertidas e independientes. Verlos crecer felices, había sido por un lado un logro, por otro lado, una maravillosa aventura. No es que fueran ajenos a la tragedia, sino más bien que formaba parte de ellos, impulsando las ganas de vivir. Sus hijos eran muy diferentes, pero tenían en común su curiosidad, sus ganas de crecer y ver mundo. Podía ver a Rómulo en ambos.

Toni como persona era un torbellino, siempre estaba preocupado por ella, y llevándola de un lado a otro, como una peonza. Como si ella pudiera aburrirse… Siempre la hacía reír, era la alegría de cualquier fiesta. Su hija Lola se estaba convirtiendo en una consolidada artista, y volaba con el viento por todo el mundo. No le daban miedo los aviones, como a ella: un día estaba en China, otro en Tailandia, pero siempre volvía a puerto seguro con ella. Le encantaba vivir con su madre.

Pilar apenas conducía ya, solía coger el autobús para ir al pueblo desde la estación, detrás de Nuevo Centro. Siempre se encontraba con alguien conocido y le resultaba muy cómodo.

Pero aquella vez era diferente, necesitaba su coche. Había ganado la última batalla de una gran guerra, pero a nadie salvo a ella parecía importarle. Sus hijos no habían hecho ningún comentario al respecto, sus tías lejanas les eran completamente irrelevantes. Era curioso lo que hacía el paso del tiempo. Aun así, ella llevaba la espina clavada, y necesitaba sacarla. Sabía que algo en su interior no estaba bien, puesto que era la única que no había logrado pasar página.

Esa misma mañana su hija se lo había dicho:

—Mamá, no sé por qué quieres ir a ver a las tías. Esa gente no es importante. Al tenerles tanta inquina, les haces fuertes. No es bueno odiar a terceros. Siempre nombras a la tía Felisa, como si fuera un demonio, pero yo ni siquiera le pongo cara.

Su hija tenía toda la razón. Lola era un ser de luz, pero ella no. Le gustaría serlo, y para eso debía coger su coche y coger el toro por los cuernos, por muy tarde que fuera. Para ella todo lo sucedido, cuando eran pequeños, había resultado traumático.

—Lo sé, Lola, pero no lo puedo evitar. Nos hicieron tanto daño en un momento tan duro, que siento que, de alguna forma, nunca he logrado superarlo.

Lola la abrazó.

—Lo sé, mamá. Pero tienes que dejar de pensar en esa gente, no se lo merecen. Tenemos que organizar una boda y muchas cosas en las que pensar.

—No he sabido pasar página, me he hecho mayor, y me he dado cuenta de que lo tengo tan interiorizado, que siendo un dolor acumulado. Me encantaría no ser así, quiero ser mejor persona.

—No deberías sentirlo. Esas personas no son nuestra familia. Ni amigos. Ni nada. Odiar no es bueno. Odias a la tía Felisa, ¿verdad?

Quiso responder que no. Decir que era tan madura y buena persona, que era incapaz de sentir odio.

—No lo sé. No sé si es odio, o es sólo dolor y enfado. Siento algo muy fuerte.

—Entonces está bien, mamá, tienes que ir. Si quieres te acompaño, déjame organizarme en el trabajo y voy. Tengo que hacer dos entregas, pero la semana que viene puedo acompañarte.

Lola miró a su madre y le sonrió. Quería transmitirle su cariño, todo el asunto de la familia de su padre era absurdo. No formaba parte de sus vidas, y eran felices.

—No, prefiero ir sola. De verdad. No quiero ni que te vean.

Para ella, sus hijos eran un tesoro de tal magnitud, que había que ocultar a aquella gente. Saber que no habían tenido acceso a él, le reconfortaba como venganza.

Pensó en Rómulo. A él, le pasaría como a Lola, no le gustaría aquella actitud negativa suya, ni aquel rencor. Padre e hija tenían mucho en común. Y cuando tenían aquellas charlas, sentía como si él también le diera su opinión a través de su hija.

Si viviera su marido, estarían cogidos de la mano, viajando por el mundo siguiendo a Lola. Seguía pensando en él, cada día. No sólo no había sabido pasar página, sino que no había querido. Tenía una gran amistad con Agustín Cervera, su abogado, pero que jamás pasaría de ahí. Era él quien la había acogido en Valencia, y le había presentado a su círculo de amigos, un gesto del que siempre estaría agradecida. Ninguno de los dos se había vuelto a casar, así que solían ir a visitar exposiciones, museos, teatros y cines.

Algunas veces había intentado volver a enamorarse, habría sido todo tan sencillo con Agustín, pero su corazón se negaba a ello. Sólo podía enamorarse una vez, y ya lo había hecho. Ahora, desde los años vividos, se le hacía natural, igual que uno solo vivía una vez, había gente que sólo podía enamorarse una vez. Ella sentía a Rómulo aún en su interior. Era su lado bueno, aquél que le decía que cogiera el coche rumbo a Valdeganga, pero para solucionar las cosas.

Ella no tenía intención de ir a hacer las paces. Respondería a la injusticia. Iba a dar la cara, ahora no sólo que tenía la mitad de las propiedades de la familia Valentín a su nombre, sino que había invertido hábilmente y duplicado todo lo obtenido con la ayuda de su hijo. Se había convertido en una próspera y consolidada mujer empresaria, gracias también a la ayuda de su amigo Agustín

Cervera, era él quien se había encargado de cada trámite legal durante todos aquellos años. Pilar tenía más de cien empleados a su cargo, y sus mantas se vendían por todo el mundo. El sueño de su marido se había hecho realidad. Su hijo se encargaba de ello. Juntos habían conseguido mucho éxito. Lola también aportaba su granito de arena, aunque se dedicaba a su pasión creativa. Ella hacía diseños, dibujos y elegía colores.

Pilar entró en su inmenso cuarto y se vistió con su mejor traje, el que tenía las hombreras más grandes. De luto, como cada día. Por él.

Era su forma de recordarlo y quererlo. Cada mañana, al vestirse. Poca gente compartía con ella aquella necesidad, pero a esas alturas, lo que pensaran los demás, poco le importaba.

Se recogió el pelo en un moño. Cogió una horquilla de la boca y la enganchó, por un lado. Repitió el gesto con otras cuatro. Se maquilló. No solía hacerlo, pero los años habían pasado y quería que ella viera lo estupenda que estaba. Seguía siendo bella. ¿Era absurdo ser presumida en un momento como aquél? Seguramente. Todo aquello lo era. Vivían en una época cambiante, de hecho, aún estaba consternada por la noticia del reciente fallecimiento de Robert F. Kennedy que recogía toda la prensa del país. Se le veía en las fotos tan joven y guapo, pensó en su viuda. Le era fácil sentir su dolor, ella que también lo había vivido.

Cogió el coche y emprendió el camino hacia el pueblo, aprovecharía y echaría un vistazo a la casa, regaría los cactus. Desde allí, haría el mismo camino que había hecho hacía tantos años, para pedir un trato justo a su cuñada tras la muerte de su marido, cuando se había quedado sin nada. Aquel día en el que recibió un hachazo, en vez de consuelo, por la muerte de su marido. Era ahora, cuando sus hijos eran independientes y estaban a salvo, cuando se había dado cuenta del daño que le habían infligido.

—Rómulo, seguro que te parece que soy una tonta después de tanto tiempo intentando ajustar cuentas. Quiero ver la cara de Felisa, ahora que ha perdido sus negocios más prósperos.

Se aseguró de llevar el sobre con la última sentencia. Inapelable. Era una mujer acaudalada, después de tantos años de lucha. No

tuvo nada, y había vivido de la caridad, justo los años más delicados, en los que era joven e inexperta y tenía a dos pequeños pegados a sus faldas. Quizás ahora aquel dinero no era tan necesario, pero era justo, sus hijos tenían un futuro brillante por delante. Habían estudiado lo que habían querido y, gracias a su situación, Lola podía tener su propio estudio y galería de arte.

Miró por el retrovisor y arrancó su descapotable amarillo, camino de Fuentealbilla, hasta continuar a Valdeganga. Sentía como si estuviera haciendo un peregrinaje a Lourdes.

Jamás pensó que volvería a aquella horrible casa. La última vez había tenido la esperanza de encontrar una familia que la acogiera y algo de amabilidad tras la muerte de un ser querido, pero había salido sola y humillada. No quería ni recordar el día de la partición de la casa, horrible. Esta vez no sería tan ingenua. Felisa intentaría atacarla, o quién sabe lo que sería capaz al verse vencida. Podría tener guardada cualquier cosa en la recámara.

Disfrutó de cada curva y recoveco. Paró el coche varias veces, sólo para andar un rato o tocar las amapolas. Como si no tuviera prisa, como si aquel camino fuera su vida.

Aun así el viaje se hizo corto. Estuvo apenas media hora en la casa de Fuentealbilla, no necesitó más. Echó incluso un vistazo a la parte de la casa tapiada, siempre lo hacía, allí seguía todo, congelado por el polvo y el tiempo. Absurdo, una casa que nadie había utilizado en veinte años. Su casa, la que había decorado con su marido y donde habían nacido sus hijos. Le dolía aquel amargor. Tenía que crecer y deshacerse de todo ello. Había llegado el momento de enfrentarse a todo.

Sabía que aquello estaba mal, que era incluso pueril. Era una señora mayor, con una vida hecha al margen de toda esa gente. No le había contado a Agustín que haría aquella visita, ni a su hijo. Sólo a Lola. Le daba vergüenza.

No debería hacer aquel tramo del viaje. Sin embargo… allí estaba; su orgullo. Ese defecto tan atractivo que le gustaba tanto de ella a Rómulo. Su orgullo y cabezonería, embravecido después de tantas estocadas, quería tomar partido en aquella confrontación. Realmente iría a Valdeganga a restregarles en la cara que había vencido por

completo. Sabía que no estaba bien, ni era de buen cristiano. ¡Pero a la porra!

Se tocó su precioso collar de perlas y miró su maquillaje por el retrovisor. Estaba elegante y distinguida.

Llegó a la finca a media tarde. Se equivocó de camino varias veces, por eso tardó en encontrarla. Todo el paisaje había cambiado mucho y la inmensa finca, que antes estaba alejada de todo, ahora estaba integrada en el núcleo poblacional, ya que habían construido a su lado unas inmensas naves industriales. Ahora que lo pensaba, algunas parecía que se habían edificado sobre solares de su cuñada, le extrañó. Aun así, la casa seguía teniendo bastante terreno a su alrededor.

Observó la verja sucia y oxidada abierta de par en par. El campo seco y descuidado. Le resultó bastante inquietante. No era buen augurio.

Arrancó el coche y entró por el camino principal hasta la casa. Silencio. No pudo evitar pensar que parecía el regreso a Manderley de la película "Rebecca", que tanto le gustaba, pues era fan de Alfred Hitchcock.

Esperó en el coche a que alguien saliera a recibirla. ¿Quizás la misma Felisa escopeta en mano? ¡Ojalá! Así no tendría ni que entrar.

Pero tras quince minutos plantada como un pasmarote, sin que nadie saliera, se decidió a llamar a la puerta principal.

Tardaron en abrir.

—Buenas tardes, señora. ¿Se ha perdido?

—En absoluto. Dígale a la señora que tiene visita.

La mujer no mostró ni el más mínimo interés, para su exasperación. Menuda venganza de pacotilla.

—¿Por qué señora pregunta?

Pilar no dio crédito.

—¿Cómo que qué señora? ¡Pues la señora Felisa, naturalmente!

La mujer levantó la mirada, incómoda. Como si le estuvieran diciendo una locura. Aquello le extrañó.

—Espere aquí. ¿Puede decirme su nombre?

La joven desapareció en el interior sin esperar respuesta.

—¿Me va a dejar en la puerta? ¡Es increíble! Dígale que soy la viuda de Rómulo Valentín.

Esperaba que, con esa revelación, la cara de la mujer cambiara o se asombrara, o le prestara más atención. Pero no hubo ni una señal de reconocimiento, como si ese nombre no significara nada en aquel lugar. ¿Cómo podía ser?

La sirvienta volvió, con gesto cansado y repitió:

—Viuda de Rómulo, Valentín. Entendido, enseguida le hago pasar, no esperábamos visitas.

Se apiadó de la empleada. Ella no tenía la culpa, debía de ser nueva en el puesto. ¿Cómo no saber quién era ella si no?

Desapareció en el interior. Pilar se quitó los guantes de conducir y suspiró. Seguro que ahora la mujer volvía y la conducía fríamente al temible despacho de Felisa, pero ella ya no era una joven ingenua devastada por la pérdida. Se iban a enterar, la iban a oír por toda la casa.

Sin embargo, para su asombro fue una de las primas, Adelaida, quien salió a recibirla con una inmensa sonrisa en los labios:

—¡Pilar! ¡Qué felicidad más grande! Pasa, qué alegría se va a llevar Bernarda. Ya la he mandado llamar.

Y para su espanto, la abrazó. Sus armas cayeron al suelo, de golpe. Su discurso se torcía en su cabeza. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Adelaida la condujo a través de la casa, hasta el patio interior cogida por el brazo, como si fueran íntimas amigas. Le quemó aquel contacto, pero no supo zafarse de ella, aquella recepción era lo último que esperaba en la vida. Pilar observó boquiabierta la casa, las cortinas sin color. Los visillos caídos. A la prima parlotear alegre como si aquello fuera un horrible reencuentro familiar de los que salían en los folletines.

Apretó el sobre con la sentencia a su favor, y se obligó a sí misma a seguir indignada y enfadada. Algo raro pasaba en aquel lugar.

Enseguida entró Bernarda, esperaba su constante rictus disconforme, pero también apareció con semblante cordial. Parecía tener una lesión en la cadera y se apoyaba en un bastón.

—¡Pilar! ¡Qué ganas teníamos de verte! Siempre hablamos de ti. Y de invitarte con los niños a pasar unos días por Navidad.

Pilar abrió los ojos todo lo que pudo. ¿Las primas se habían vuelto majaretas?

—No pretendía hacer una visita de cortesía, primas, no tengo nada en contra de vosotras…

Adelaida rio.

—¡No has cambiado nada! Siempre tan directa. Sin pelos en la lengua, ¡cómo exasperabas a Felisa! ¡Eras la única persona que lo lograba!

Un momento. "Exasperabas a Felisa."

Pilar se llevó la mano al corazón.

—¿Felisa ha fallecido? ¿Ha muerto? ¡No puedo creerlo!

Las dos hermanas se miraron sorprendidas.

—Por supuesto que no, te habríamos avisado para el funeral. Eres todo lo que nos queda de la familia.

Familia. Se había pasado media vida sola, sacando adelante a dos niños pequeños marcados por la tragedia. Y la trataban, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera habido agravio. ¿Hace un rato había alguna incluso había mencionado algo de invitarlos por Navidad?

Aquello la enfadó.

—Pues si no ha muerto, quiero verla ahora mismo.

Ambas se miraron, con pena.

Aquello la inquietó.

—Ahora mismo, síguenos, prima.

Los muros se tambalearon cuando Adelaida la llamó prima, hacía muchos años también lo había hecho. No lo eran por sangre, pero sí por la unión.

Pasaron por el inmenso comedor para cuarenta comensales.

—Ya nunca se utiliza. Sólo es un lugar de paso absurdo. Llevo años queriendo vender la mesa.

Adelaida iba haciéndole una especie de visita guiada, sin tener en cuenta su cara de enfado. No pudo evitar asentir a todo lo que le decía, y poco a poco su orgullo fue empequeñeciendo.

¿A dónde la llevaban? Subieron una gran escalera, que no recordaba y llegaron a un ala de la casa repleta de cuartos. Daba a un patio interior y en medio había una gran balaustrada.

—Pues ya hemos llegado.

Se pararon delante de una gran puerta. Las dos la miraron.

—Pasa. Antes queremos comentarte que Felisa, tal cual la conocías, ya no está. Enfermó poco a poco. Nos la encontrábamos perdida, por el pueblo, y confusa. Luego empezó a olvidar hasta nuestros nombres. Entra y sale de sus recuerdos sin sentido. Los médicos no pueden hacer nada.

Nada la había preparado para aquello. Ni siquiera aquellas breves explicaciones. Había escuchado con asombro las palabras de Bernarda, pero no las había comprendido.

Entró en la estancia, como un fantasma de Navidad. No le salía hacer otra cosa.

En la alcoba estaba, sentada en una gran butaca Felisa, con un viejo batín y el pelo largo suelto. Toda su melena era blanca. Miraba al infinito. Su pelo, otrora brillante y tupido, eran poco más que varios mechones entre calvas. Sus ojos viajaban de lado a lado, perdidos. No quedaba nada de su imponente elegancia. Le recordó a la corza de un cacahuete.

Se llevó una mano al pecho, por el impacto desolador que aquello le causó.

—¿Cuánto tiempo lleva enferma?

—Pues así lleva tiempo, ocho años mínimo, pero comenzó mucho antes. Tenía episodios fuertes que iban y venían. Demencia le han diagnosticado. El médico insiste que comenzó con la muerte de su hermano. El fallecimiento de Rómulo fue el detonante.

La temible Felisa era un frágil bulto de huesos, con calvas en la cabeza.

—Prima Felisa, hoy tenemos visita. ¡Qué alegría!

Bernarda chillaba y cogía de la mano a su prima, como si fuera un niño pequeño al que contentar. Pero Pilar no pretendía, en modo alguno, ser una alegría para nadie de aquella casa, y menos para Felisa.

Aun así, estaban las convenciones sociales, ésas que le empujaron a andar hacia ella, rodeada por las primas.

—¿Felisa? —acertó a decir, aún asombrada.

—¿Quién eres?

Su cuñada la miró, confusa.

—Felisa, es Pilar. Pilar, la mujer de Rómulo. Tu cuñada. —Fue Adelaida quien la presentó.

La mujer pareció buscar entre sus recuerdos. Cerró los ojos, casi de forma obsesiva.

—La mujer de Rómulo. ¿Rómulo mi hermano?

—Tu hermano, sí.

Entonces su semblante se dulcificó.

—¡Rómulo! He estado con él esta mañana. Ha venido a desayunar antes de ir al campo. Luego volverá a despedirse.

A Pilar se le cayó el corazón en los pies. Allí estaba, con sed de venganza, tras tantos años de espera, frente a su gran enemiga. La mujer de sus pesadillas y su obsesión absurda durante años. Y ella no sabía ni quién era ella. Ni que Rómulo estaba muerto. Ni por supuesto, que la había dejado sola en su día, en la ruina. No podía contarle que no había podido con ella, que había encontrado un trabajo tocando el piano, y dando clases, y que, con la primera fábrica que había vuelto a su poder, había logrado ahorrar lo suficiente como para comprarse un pequeño chalé en Denia. Tampoco podía detallar cómo luego había ido recuperando las empresas de su marido, una a una, y que había trabajado duro para afianzarlas.

Dudó si soltar el discurso tantas noches ensayado. Al menos se daría un gusto, pero era inútil. Nadie le quitaría ya los años de obsesión a cuesta, nadie, salvo ella misma.

Tampoco podía leerle las palabras del juez, subrayadas con mimo en aquellos papeles.

Restituir a la Doña Pilar Gabaldón todos los bienes usurpados a su difunto esposo, Don Rómulo Valentín.

Felisa estiró la mano para coger la suya. Pero no fue capaz de corresponderla. Era demasiado, le quemó aquel gesto.

Pilar salió corriendo de aquella habitación. Y con todo el dolor de su corazón, por fin habló. Más para sí misma, que para Felisa.

—Te perdono Felisa.

Lo dijo al aire, mientras bajaba las escaleras.

Sus primas lo oyeron.

—¡Qué bonito Pilar! Sabemos el daño que te hizo en su día. Pero estaba ya enferma seguro… la muerte de Rómulo, fuera como fuera, desencadenó su locura, siempre fue infeliz. Es muy piadoso por tu parte. ¿Qué tal están los niños? ¡Queremos saberlo todo!

Pilar la miró con asombro. Felisa siempre había sido infeliz. En teoría era lo que siempre había querido oír, pero ahora, tras verla postrada con aquella mirada… Todo ello la entristeció. Sentía muchas emociones y no sabía cómo manejarlas. Era como si hubieran metido su vida en una coctelera.

—Los niños ya son adultos. Toni se casará este año.

Bernarda aplaudió, feliz. No la recordaba ni por asomo tan locuaz.

—¿Una boda? ¡Qué alegría! Una boda en la familia, justo lo que necesitamos para tender puentes. Háblanos de la novia, y cómo se conocieron. Tienes que ponernos al día. Nos hace mucha ilusión, siempre hablamos de vosotros.

Encima tendría que invitarlas al convite. Estupendo. Seguro que acababa incluso pasándoles una renta a aquellas dos inútiles, que no sabían siquiera que ella era la dueña de aquella casa, tal y como señalaba aquella sentencia que pesaba ahora en sus manos. Y, por tanto, de aquella enferma.

Menuda ironía, mantendría a aquellas mujeres. No les haría pasar por lo que ella había vivido.

—Por supuesto, os enviaremos las invitaciones. Será algo elegante, en Valencia, en los jardines del Real.

Antes de salir de la inmensa casa, se obligó a calmarse. Había vivido una vida feliz, rodeada de gente que la quería. Siempre había tenido un techo y comida en el plato. Tenía el amor infinito de sus hijos, y el de su querido Rómulo, que aún podía sentir.

Y sonrió al pensar en él, porque aquel final era muy propio de lo que habría querido él. Rómulo hubiera querido que viviera su vida como una pluma, sin cargas, ni rencores. Quería que cuidara de

aquellas mujeres, podía sentirlo. Seguro que se estaba riendo de ella, donde fuera que estuviera.

Miró al cielo, de soslayo, y le sacó la lengua, por si estaba allí. Entendía la lección que acababa de vivir. Había cometido el error de enrocarse en un sinsentido.

Las primas salieron a la puerta, parecían preocupadas por su impetuosa salida.

Pero ella rio, con fuerza y ganas. No podía parar. Aquella situación era tan ridícula y rocambolesca, que veía la mano de su marido por todas partes.

—No os preocupéis, volveré de visita.

Nunca les diría que su situación era precaria, no las avergonzaría. No sacaría sus enseres a la puerta, como absurdamente tantas veces había imaginado.

Fue Adelaida quien se aventuró con una fecha, como si no quisiera dejarla ir:

—¿Quizás para el puente de mayo? ¡Podrías venir con alguno de tus hijos! ¡Tenemos tantas ganas de verlos!

Pilar sonrió a las primas. No había mejor final.

—Quizás.

AGRADECIMIENTOS



Llevo tres libros publicados, y en ninguno había escrito agradecimientos. Será porque siempre me los solía saltar en los libros que leo. Digo solía, porque ya no lo hago. Siempre me había parecido que la seguidilla de nombres y apellidos; de amigos, familiares y editores, no resultaban relevantes. Pero errar es de sabios, como le sucede a la protagonista de nuestra historia. He aprendido que los agradecimientos son sólo para la utilidad con la que han sido creados: para agradecer.

Y yo, tengo mucho que agradecer. Este año, 2023, ha sido un año nefasto, para familia y amigos, por diversas razones que ellos conocen, y que sólo me entristecen. Me he dado cuenta de que, al igual que hay personas a las que les cuesta exteriorizar la alegría, a otras les cuesta hacerlo con la tristeza. Creo que es mi caso, evado la tristeza. Sin embargo, estar triste es sano, necesario y natural, y debo aceptarlo sin demoras. No tiene lógica estar alegre cuando debo estar triste y viceversa. Creo que se llama mala gestión de las emociones. Estas páginas me sirven para poner orden en ellas.

Mi agradecimiento más profundo a mi padre, él me ayudó con esta historia, me dio documentación, anécdotas y detalles. Me dio permiso para modificar la trama inicial, basada en la historia de su padre: Antonio Navarro. Fué siguiendo el hilo conductor de la rocambolesca historia de mi abuelo, al que nunca conocí, salvo a través de los recuerdos de mi padre, que este libro ha sido posible. Por pocas semanas no llegó a leer el borrador del manuscrito. Lo tenía acabado, pero con tanto hospital, trabajo y niñas, no pude dar prioridad a su corrección. El personaje de Rómulo está perfilado por una mezcla de los recuerdos de su hijo, y la propia personalidad de mi padre. Quienes le conocimos, sabemos que era único, siempre veía el lado positivo de todo, aún hace veinte años, cuando no

existía tanto libro de autoayuda que recomendara esta técnica. No quería morir. Quería vivir, hasta el último segundo. El mismo día de su fallecimiento, se enfadó conmigo porque le estaba tratando como si fuera a irse de este mundo. Le agradezco su ejemplo, ha calado tan hondo en mí, que puedo reconocer muchas cosas suyas en mi personalidad. Soy parte de él, y vive a través de mí. Este libro es mi homenaje personal para él, el mejor padre del mundo, como dice mi querida hermana. Literalmente.

Fue él quien me ha alentado a seguir escribiendo, sin seudónimos esta vez, ni con colaboraciones. Mi padre quería que volara en solitario, con mi nombre y su apellido. Y así lo hago. Papá, tuve la suerte de poder abrazarte fuerte, sabiendo que pronto te irías, lo que no es siempre posible. Tengo la suerte de poder llorarte con paz y cariño a través de las páginas de este libro. Puedo oír tus consejos y bromas.

Así que el mayor de los agradecimientos que nunca pueda escribir es para ti. Porque tú me enseñaste la importancia de los libros y la lectura. Tú me contaste las peripecias para conseguir un libro prohibido, y contigo compartí cientos de opiniones literarias. También me acuerdo cuando tenía dieciséis años y me castigaste sin libros, porque no podías comprarme tantos. Y eso que cogía de la biblioteca. Me dijiste que me comprarías sólo doce libros, pero cuando trajera las notas de fin de curso. Así fue durante años, hasta que acabé la facultad. Íbamos juntos al Corte Inglés de Pintor Sorolla, y nos pasábamos la tarde eligiéndolos juntos. Jamás leí el de los monjes guerreros, lo tengo pendiente. Te agradezco sobre todo que mi hicieras diferente, que me dieras herramientas distintas y que me alentaras por ser una freaky. Te agradezco enormemente hacerme una gran lectora, y una pequeña escritora. Porque como siempre me decías, tengo mucho tiempo por delante para hacerme a la idea de ser, y crecer, escribiendo. Siempre me sentí más cómoda del lado del lector. Tu orgullo por mis novelas era máximo. Así que gracias, Papá. Donde estés, sigue siendo tan feliz como lo eras aquí. Tú compraste hace unos meses mi último libro de *Alejandría Olvidada* en la librería París-Valencia.

También quiero agradecer a mi familia toda su ayuda. A mi tía María Dolores por darme todos los datos y documentación, por su apoyo y ayuda con toda la logística familiar. A mi marido Pancho, al que espero contagiar algún día mi pasión por los libros, no desistiré. Gracias por ayudarme a tener momentos de tranquilidad en nuestra locura de casa, para poder escribir. Eres un mecenas, como los de antaño. Te quiero.

A mis hermanos. Siempre nos tendremos los unos a los otros, para discutir por cada cosa que sucede en este mundo: ya sea elecciones, o una pandemia. Os quiero.

A mis hijas, Victoria y Eugenia, que me hacen ya una digna competencia, especialmente como lectoras. En breve, me superan. Ocho libros llevan leídos cada una este verano de 2023 con catorce años, no está nada mal, que nadie os quite eso, ni hagáis caso cuando os digan que lo cambiéis por stories de Instagram. Sois grandes, no por lo que os hace iguales a los demás, sino por lo que os diferencia.

A mi pequeña, Cristina, la pequeña de la familia, mimada por todos… Ya sé que tú me lo vas a poner más difícil con esto de la lectura. Te gustan tanto los deportes y estar al aire libre, que entiendo que será difícil. Pero gracias, por hacerme reír cada día, por tus charlas interminables y tus abrazos, que lo curan absolutamente todo. Todo ello me ha ayudado a escribir este libro.

A mi madre, otra gran lectora, por transmitirme su fuerza y valores. A mis hermanos, otra vez, porque son mi mundo y parte de mí. Ellos también han escrito esta historia. A mis cuñados. A mis sobrinos por ambos lados: Almu, Alberto, Ramón y Salomé.

A mi agente, Eva Fraile, porque desde el principio supe que encajábamos, eso se sabe. Espíritus afines.

A Verónica Ruiz, por su amistad y correcciones. Fuiste una gran tutora, y ahora eres una gran aliada.

A mis amigas, para empezar a las que me soportan desde literalmente siempre (tiene mucho mérito): María Romero, Marta Aliño, Angela Ferrer y Esther Campoy. No sois mis amigas, sois mi familia. Sin vosotras, no sólo no habría escrito ni un solo libro, es que tampoco leería. Crecer con vosotras ha sido perfecto, siempre me habéis sustentado. No veíais nada raro que quisiera que lloviera a la hora del patio, sólo para poder quedarme leyendo en los cojines de la biblioteca. Me apoyabais, como lo hacéis ahora. Me gustaba cuando Angela aparecía en mitad de la biblio, para preguntarme qué estaba leyendo y comunicarme que había dejado de llover. Ahora que estoy criando dos adolescentes veo lo importante que es y la suerte que he tenido con vosotras. Con vosotras siempre encajo.

A mis marichulis, por hacerme feliz: Nuria Estrada, Nuria Llorca, Raquel, mi Paula, Elena, Eva, Rosa y Encarna. A mis golferas: Paloma, Anuka, Inma, Lucía y Gema.

A mis amigos de Rocafort, qué bien lo pasamos pegando carteles… Y a todos los que me conocen y me quieren.

Muchas gracias por acompañarme en esta maravillosa vida.

Otros libros de la autora



AROMA DE AZAFRÁN, NOVELA FINALISTA DE
LOS PREMIOS CALIGRAMA BEST SELLER 2020.

«La esencia que llena una vida. Esta es la historia de Victoria, una mujer fuerte y luchadora que ha vivido entre azafrán, os la recomiendo»

«Aroma de azafrán me resultó una lectura atractiva, muy dinámica y entretenida»

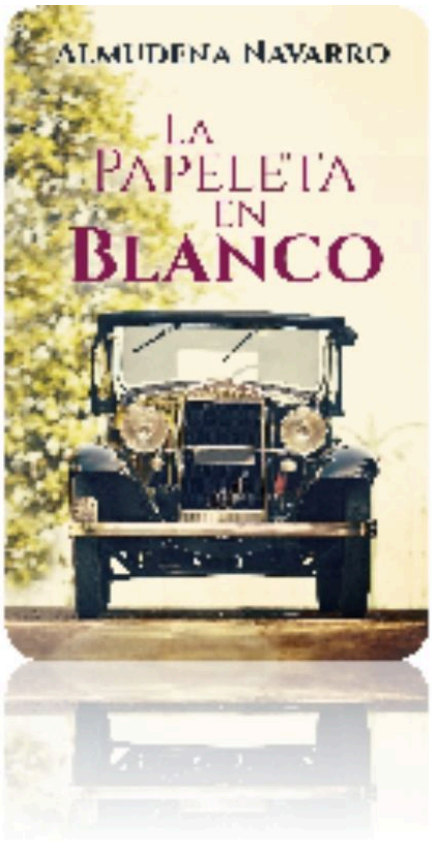
«Me ha apasionado la historia de Victoria, a imagen de las heroínas de los clásicos ingleses. Versión española (Thomas Hardy, Jane Austen, las hermanas Brontë…)»

«Es la mejor novela de autora. Tiene algo de nostálgico, como si fuera una historia recatada del olvido. Me ha recordado mucho, en versión manchega, a Lejos del mundanal ruido»

AROMA DE AZAFRÁN es una novela costumbrista con tintes de novela policíaca, ambientada en pequeño pueblo manchego a finales del siglo XIX, años tumultuosos en la historia española.

Almudena Navarro es autora de los bestsellers "La papeleta en blanco" y "La Alejandría Olvidada" con miles de lectores en todo el mundo.



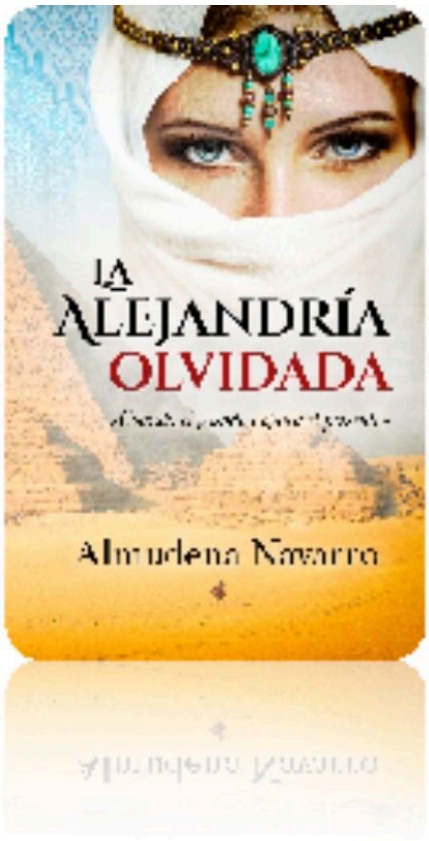


***Título edición Editorial Roca:**
LA ALCOBA ESCONDIDA*

La novela "La Papeleta en Blanco" transcurre durante la II Republica, en un pequeño pueblo manchego, Las Mesas. La comarca está controlada férreamente por unos pocos terratenientes, entre los que destaca de forma inusitada una mujer, D. ª Enriqueta López Muyeras. La vida de todos en el pueblo gira en torno suyo y de su familia. Enriqueta tiene 2 hijas, Rocío y Milagros, de carácter y suerte dispar. Rocío, la más joven, se ha educado en los mejores colegios de Madrid, lejos de Las mesas. Milagros, por culpa de un defecto de nacimiento, se ha criado en el pueblo. Enriqueta provoca terror y admiración a partes iguales entre los habitantes del pueblo, pero también en sus propias hijas y familia; Enriqueta decide por todos, todo debe pasar por ella, nada se le escapa.

La vida de toda la familia cambia con la irrupción del otro protagonista de la historia, Enrique Cartero, un joven ambicioso al que D. ª Enriqueta "compra" o "contrata" como yerno. Así se suceden los problemas familiares, los celos entre hermanas, la rivalidad con su cuñado por el control del capital familiar y las sesiones del congreso en las que siempre nada entre dos aguas. Todo ello es sólo una pequeña muestra del universo creativo de La Papeleta En Blanco.





Cuenta la leyenda que Alejandro Magno, en su afán de conquista, fundó a su paso más de setenta ciudades con su nombre, de las que hasta bien entrado el siglo XX sólo se conocía una: la Alejandría de Egipto. ¿Cuántas fueron en realidad? ¿Setenta? ¿Cincuenta? Este es uno de los grandes enigmas de la historia y desvelarlo, el sueño dorado de cualquier arqueólogo.

Miles de excavaciones se llevaron a cabo en distintos emplazamientos del centro de Asia, infructuosamente, hasta que en 1961 todo cambió cuando durante una cacería el rey de Afganistán, Mohamed Zahir Shah, descubrió por casualidad, entre la maleza, un precioso capitel corintio. Era el principio del descubrimiento de la ciudad más grande, rica e influyente que fundara el Gran Alejandro: Ai Khanoum.

París. (Año 2002): El doctor en Historia Gaspar Bitball desde su despacho en la Universidad de la Sorbona trata de proteger el fruto

de sus años de especialización, el yacimiento de Ai Khanoum, situado al norte de Afganistán. Desde que en 1979 Rusia invadiera el país, nada se sabía sobre su estado; los arqueólogos franceses nunca pudieron volver a él. La comunidad internacional teme lo peor y se cree que el yacimiento puede haber sido expoliado.

Gaspar, con la ayuda de Irine, una joven intérprete de origen afgano, formará parte de la comisión de expertos internacionales que entrarán como observadores en Afganistán tras la ocupación de las tropas americanas e inglesas. Juntos deberán superar sus miedos y sortear un conflicto armado repleto de obstáculos para recuperar la memoria de la ciudad perdida y, por segunda vez en la Historia, olvidada.

Imperio Bactriano (Año -148 a.C.). Alejandría de Oxo, cerca del norte del actual Afganistán:

El filósofo Aenas se ve obligado a exiliarse de Macedonia, derrotada y humillada por Roma. Atravesará todo el continente buscando un atisbo del antiguo esplendor de su pueblo, en el extremo más alejado de Asia Menor, en Alejandría del Oxo, la ciudad de sus sueños, la capital del Imperio Independiente Greco-Bactriano. Un lugar único y exótico, convertido en leyenda.

Con la ayuda de la familia Papadopoulos, conseguirá entrar en la ciudad y allí conocerá a la gran sacerdotisa Atanasia, mujer que cambiará su destino y, con él, el de la Alejandría olvidada.

Disponible en amazon

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO:
"Un noviazgo de aceite y agua"

CAPÍTULO SEGUNDO:
"Insectos y fango"

CAPÍTULO TERCERO:
"Los políticos son dinosaurios que vivirán en la luna"

CAPÍTULO CUARTO:
"Soy la villana de una preciosa historia de amor"

CAPÍTULO QUINTO:
"El borrador de tristezas"

CAPÍTULO SEXTO:
"El buen novio"

CAPÍTULO SÉPTIMO:
"Definitivamente, 1936 será un buen año"

CAPÍTULO OCTAVO:
"¡No nos dejarán vivir tranquilos!"

CAPÍTULO NOVENO:
"Juegos de tabas y canicas"

CAPÍTULO DÉCIMO:
"El patio de mi colegio es particular"

CAPÍTULO UNDÉCIMO:
"Tengo buena fortuna"

CAPÍTULO DUODÉCIMO:
"La fuente brilla, ya sé lo que es el amor"

CAPÍTULO DECIMOTERCERO:
"Vive y vencerás"

CAPÍTULO DECIMOCUARTO:
"Caudillo victorioso"

CAPÍTULO DECIMOQUINTO:
"Esa novia ingrata…"
CAPÍTULO DECIMOSEXTO:
"¿Le parece divertido?"
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO:
"¿Una pluma o una piedra?"
CAPÍTULO DECIMOCTAVO:
"Os repito que me voy a casar…"
CAPÍTULO DECIMONOVENO:
"El azul más bonito"
CAPÍTULO VIGÉSIMO:
"En la guerra no había chocolate"
CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO:
"Un suspiro de felicidad"
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO:
"Haz un doble nudo"
CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO:
"Entre algodones"
CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO:
"Había logrado todo lo que quería en la vida"
CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO:
"Dejar de latir"
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO:
"Cien pájaros volando"
CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO:
"Esta cenicienta ya no tiene príncipe"
CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO:
"No blasfemes"
CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO:
"Macetas de colores"
EPÍLOGO:
"Coger el toro por los cuernos"
AGRADECIMIENTOS
Otros libros de la autora